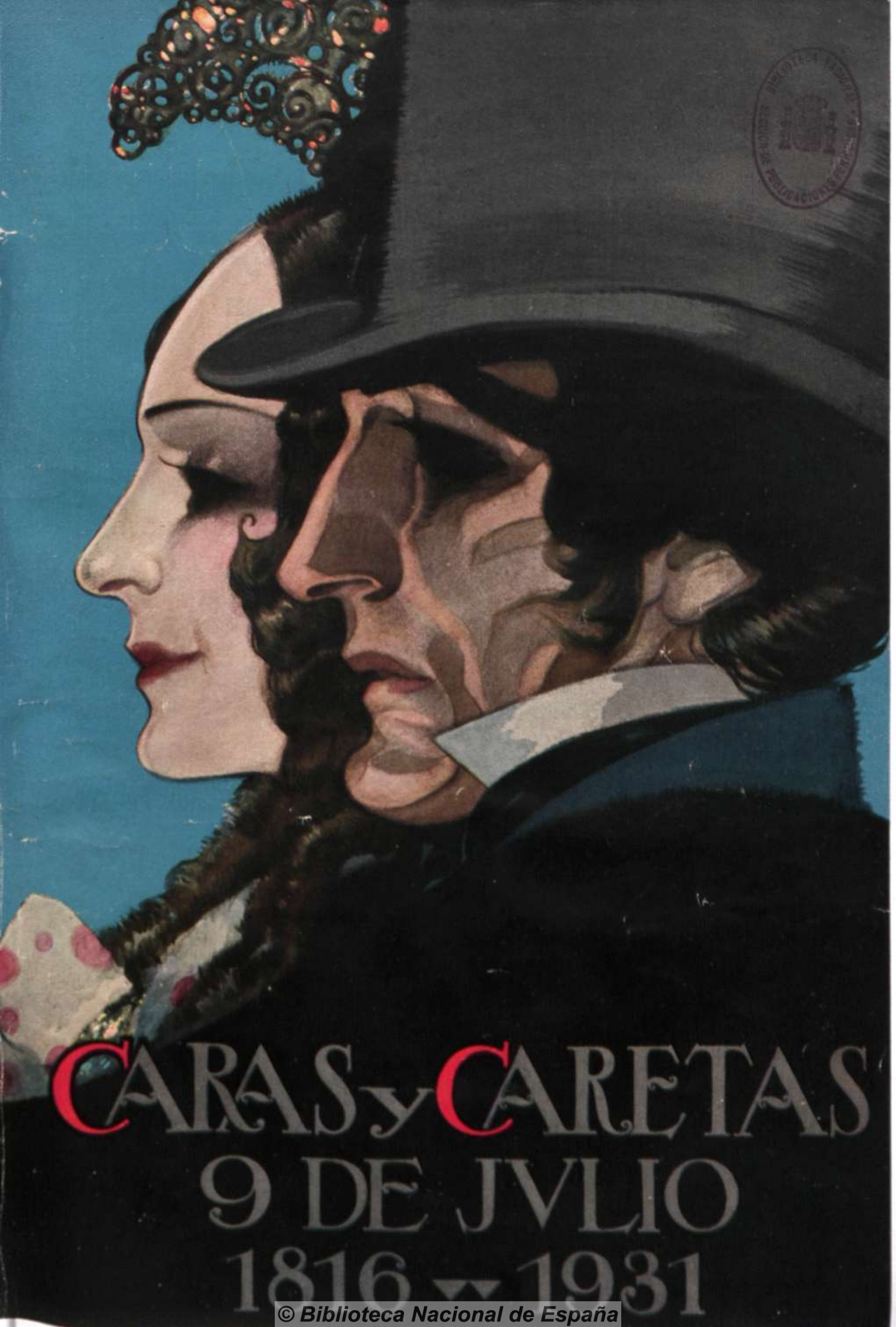

CARAS Y CARETAS
9 DE JVLIO
1816 — 1931

Untisal

Unas gotas de **Untisal**, harán que su mano calme el dolor en cualquier parte del cuerpo que se aplique.

Una franela empapada con Untisal constituye el mejor fomento.

Untisal **Remueve y Renueva la Sangre**



FRASCO GRANDE

$ 6.—

FRASCO MEDIANO

$ 1.80

A la Bandera Argentina



"Caras y Caretas" hónrase en ofrecer, en la página inicial de este número, una poesía inédita del doctor Matienzo, cuyo ánimo juvenil se reparte enérgica y patrióticamente en la triple labor jurídica, catedrática y literaria como un ejemplo de virtud moral y de fortaleza ideológica.



Símbolo augusto de la patria mía,
Yo te saludo en el glorioso día
Que ella celebra alborozada hoy.
A tu sombra se agrupa un pueblo altivo,
Que mantiene el cerebro siempre vivo
Y lleno de nobleza el corazón.

Tus colores proclaman su grandeza.
Con el blanco denotas la pureza
En que inspira su acción la voluntad.
Con el azul expresas el anhelo
De hacer de nuestra tierra todo un cielo
De justicia, de paz y de verdad.

Mientras el viento de la humana historia
Te haga ondear, no cifrarás tu gloria
En la conquista cruel, ni en la opresión.
Tú enseñarás, bandera de mi tierra,
A amar la libertad, a odiar la guerra
Y a guardar el derecho, ley de Dios.

Salve, bandera inmaculada. El mundo
Te respeta, y tu pueblo, con profundo
Cariño, te proclama su pendón.
Sé la enseña inmortal, jamás vencida,
Que señale, en la cumbre de la vida,
La gloria de ser grande con honor.

José Nicolás Matienzo



La belleza de la mujer argen

Anécdotas y aventuras de las

El amor de las criollas. – Cómo San Martín se enamoró de hermana del caudillo Güemes. – Su belleza y sus hazañas heroi invasiones se enamoran de las criollas. – El novio de Mariquita

Por JUAN JOSE

El amor de las criollas

ERA en 1812.

La fragata inglesa "George Canning" se dirigía a Buenos Aires. Viajaban a su bordo cuatro argentinos misteriosos — cuatro militares — recién salidos del horno de la guerra española. Regresaban de España a su terruño, atraídos por el encanto de la libertad. La patria era libre. Pero, era necesario defender esa libertad con uñas y con dientes; además, era menester difundir esa misma libertad por América...

Se trataba de cuatro jóvenes anónimos: Zapiola, Vera, Carlos de Alvear, José de San Martín... El más viejo de todos — San Martín — acababa de cumplir treinta y cuatro años. Había peleado heroicamente contra Napoleón en las batallas de Albuera y de Bailén. Durante el viaje, en los días inútiles del mar, los cuatro soldaditos hablaban de la gloria. Discutían de amor.

—*Creo* — decía San Martín — *que los militares no debieran casarse. Yo nunca he de casarme. Me conozco muy bien.*

—*Tú te conoces bien* — le dijo Alvear — *pero no conoces todavía la magia de las muchachas criollas. Te fuiste de la patria siendo niño.*

—*Todas las mujeres son iguales. ¡Ya ves! Las españolas, con ser maravillosas, no han podido vencerme.*

El 9 de marzo de 1812 los cuatro patriotas desembarcaron en Buenos Aires. Al día siguiente, San Martín conversaba con Alvear delante del Cabildo. De pronto ambos vieron venir a una jovencita, suave, transparente, cristalina, impalpable. La seguían dos mulatas bien almidonadas con sendos almohadones de raso. La niña iba a misa de nueve... ¡Criolla de pura cepa! ¡Un ángel! Catorce años celestes. A través de su negra mantilla de blondas, la niña miró a San Martín bajando las pestañas.

Alvear vió que su amigo cerraba los ojos.

—*¿Qué tienes, San Martín?*

—*¡Miedo! Esa mujer me ha mirado para toda la vida.*

Era María de los Remedios de Escalada. Ocho meses después — el 12 de noviembre de 1812, — San Martín se casaba con ella. Actuaron como padrinos de la boda don Carlos de Alvear y su esposa, Carmen Quintanilla. Al finalizar la ceremonia, Alvear aproximóse a San Martín y le dijo al oído:

—*¿Qué tal, amigo mío? ¿Sigues creyendo que los militares no debieran casarse?*

—*¡Milagros de mi patria!* — suspiró San Martín.

Remedios de Escalada murió joven. Alta, delgada, sutil, siempre pálida, ojerosa y sombría, su espíritu romántico era como el reflejo de su propio organismo. Murió de la tristeza de las flores o del mal de las alas, el 3 de septiembre de 1823. No tenía aún veintiséis años. Dicen que había sufrido mucho. Algún día la historia descubrirá el secreto de su pena. Ahora duerme en un viejo sepulcro de la Recoleta, bajo una lápida de mármol cuya leyenda fué redactada por el propio marido: "*Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín*".

Nunca tiene una flor. Toda mujer enamorada debiera sentirse un poco hermana de ella...

tina a través de la Historia

más bellas mujeres del país

Remedios de Escalada. – Una ironía de Alvear. – "La Macacha", cas. – A la conquista de los conquistadores. – Los ingleses de las Sánchez. – El ingenio de las criollas. – Las frases de Juana Baudrix.

DE SOIZA REILLY

Alma de mujer

¡La Macacha!

Era, a juicio de los cronistas de nuestra Independencia, la mujer más hermosa de Salta. ¡Temeraria afirmación en una tierra de mujeres nacidas para vivir en verso, en cuadro o en estatua! Debió, sin duda, ser maravillosa, no sólo por la hermosura de su cuerpo, sino también por el coraje heroico que puso en sus acciones. "La Macacha" era hermana del prócer Martín Güemes. Su verdadero nombre era Magdalena Güemes de Tejada, pero el país la conocía mejor por "La Macacha", cariñoso apodo familiar que le puso su hermano.

—"*La Macacha*" — dice Vicente Fidel López, en su Historia Argentina, tomo V, página 338 — *era una mujer superior, célebre en Salta bajo ese diminutivo de su nombre. La belleza y los clarísimos talentos con que había tomado parte en la política provincial, la habían constituído en un verdadero personaje. Su hermano la idolatraba y la tenía por oráculo en todo aquello que le interesaba resolver con madurez y acierto*".

No se concretaba a ejercer su perspicacia de dama superior. En muchas ocasiones se la vió galopar por las montañas, con la melena al viento, esgrimiendo su lanza como una de esas vírgenes aureoladas de luz de las leyendas áureas. Los gauchos al oírla hablar en nombre de la patria, la seguían ciegos de sol, esclavos de belleza, locos de su vida. En cierta ocasión, un escuadrón de gauchos iba a retroceder ante el empuje formidable de los soldados españoles. Los criollos huían... Ella, "La Macacha", se les puso delante; los arengó gritándoles:

—*¡Cobardes! Vean cómo pelean las mujeres de mi tierra. ¡Así!*

Blandió su lanza criolla y, dando gritos feroces de triunfo, se dirigió hacia el enemigo, sola, soberbia, bárbara, estupenda. Todos los gauchos que ya retrocedían, volvieron sus caballos y se fueron con ella. Pelearon hasta que no quedó en las cumbres ni siquiera un soldado realista. Cuando la lucha terminó, los gauchos rodearon a su diosa. Descendieron de sus cabalgaduras. Se quitaron los chambergos y se pusieron devotamente de rodillas.

—*Ella* — cuenta un historiador — *sonrió con ternura a sus leones andinos. Después, todos los gauchos, uno a uno, le fueron besando las manos. Por la noche, la oyeron llorar, orgullosa, quizás, de sus leones.*

La conquista de los "conquistadores"

La belleza argentina comenzó a hacerse célebre en Europa, después de las dos invasiones inglesas. Muchos oficiales y hasta marineros que llegaron al Río de la Plata con Berresford y con Whitelocke, perdieron en Buenos Aires la cabeza. Llegaron decididos a llevarse todo por delante; dispuestos a conquistar a sangre y fuego el territorio del país. Cayeron prisioneros, seducidos, conquistados por el hechizo de las mujeres criollas. Otros ingleses que vinieron después con fines puramente materiales, mercantiles, a llevarse comercialmente nuestra riqueza al hombro, se quedaron aquí para siempre. El amor de las pibas porteñas les hizo perder la chaveta. ¡Ellos, tan cuerdos,

perdieron los tornillos! Se les veía cantando delante de las rejas, al son de la guitarra... ¡Locos como mi abuelo!

De aquellos ingleses apasionados quedaron entre nosotros estos apellidos que han honrado durante varias generaciones al país: Robertson, Wilde, Gowland, MacKinlay, Tomkinson, O'Reilly, Williams, Stegman, Thwaites, Brown, Billinghurst, Lesley, Thompson, Green, Napp, Mulhall, O'Farrell, O'Connor, Wells, Keen, etc., etc.

—*Esos diablillos de ingleses* — dice don Santiago Calzadilla, en el capítulo II de "Las beldades de mi tiempo" — *sufrieron por partida doble las penas de San Clemente. En primer lugar porque todas las muchachas tenían ya novios del país "a la vista". Y en segundo lugar porque nadie les entendía ni jota de lo que conversaban. Además, sufrían el inconveniente de que las mamás de las niñas los consideraban "herejes", es decir, protestantes...*

Cuando una niña era festejada por un súbdito inglés, los padres tomaban precauciones. Se ponían furiosos. Guardaban a la piba bajo siete mil trancas. La lavaban con agua bendita para ahuyentar la sombra del hereje.

—*¡No quiero que salgas a la puerta! Si ese pícaro vuelve a pasar, irás de cabeza a un convento de monjas reclusas.*

La niña lloraba en silencio, soñando con "su príncipe rubio".

—*"A estos festejantes ingleses* — agrega Calzadilla — *no les permitían entrar en las casas. A veces, por la noche, el padre de la niña ubicaba a alguno de los negros sirvientes, el más fiel y fornido, detrás de la puerta de calle, armado de un garrote feroz. Cuando el inglés pasaba en puntitas de pie con el ansia de ver a la amada, el negro lo cascaba de lo lindo.*

La criollita lloraba. Pero el inglés era inglés. Terminaba casándose con la chiquilina. Y así, poco a poco, todos los ingleses de las invasiones entraron por su propio capricho en las jaulas doradas del amor.

El novio de Mariquita Sánchez

Entre estos ingleses — sigue narrando Calzadilla — *hubo uno, el señor Thompson, que sobrepasó a todos sus compatriotas en las artimañas para entenderse con la linda criollita de sus sueños.*

El señor Martín Jacobo Thompson se había enamorado de una mujer encantadora: Mariquita Sánchez, célebre por su belleza, por su gracia, por su talento y por su patriotismo. Los padres de la niña, al saber que se trataba de un inglés protestante, aunque culto y muy rico, se opusieron tenazmente al idilio.

—*Pero el inglés* — refiere Calzadilla — *sin duda no era lerdo. Parodiando al duque de Buckingham con Ana de Austria, se puso de acuerdo con el "aguatero", pues en ese tiempo no había aguas corrientes, ni pestes, ni microbios...*

El señor Thompson consiguió que el vendedor ambulante de agua del río le prestara su traje todas las mañanas. Además, se pintaba la cara de sucio para que la mamá de Mariquita no lo conociera, y así entraba en la casa con los baldes repletos. Llenaba las tinas, las tinajas y hasta el baño de su Dulcinea. Hablaba con ella al pasar. A veces sólo conseguía verla a la distancia. Otras veces lograba estrecharle las manos. Ella le decía:

—*¡No sea bobo, señor aguatero! Está volcando el agüita en el piso.*

Por fin, un día el inglés no pudo con su genio. Tiró los dos baldes al suelo. Hubo un beso sonoro. Le oyeron.

—*¡Horror!*

Se casaron. El Sumo Pontífice concedió la licencia. El "aguatero" obtuvo la bula de Roma. Al mismo tiempo, como obsequio de bodas, entregó a la niña los títulos de propiedad de la manzana de terreno comprendida entre las calles de Florida, Sarmiento, San Martín y Cangallo.

Como en los cuentos, los novios fueron muy felices. (En casa de ellos cantóse por primera vez el Himno Nacional).

El ingenio de las criollas

Las mujeres no se reducían simplemente a ser bellas. Su ingenio fué el mejor encanto de su hermosura física. Lástima que los historiadores en su afán de hablarnos de las grandes batallas, olvidaron las frases de las grandes mujeres. Muchas de esas frases tuvieron, a menudo, maestría de puñales. Otras veces iluminaron con su gracia picante los salones porteños.

—*Las mujeres argentinas* — escribió Mansilla — *son invencibles en la controversia, hasta cuando no tienen razón. ¡Claro! Ellas saben que la verdad es aquello que a fuerza de ingenio hacemos creer a*

los demás. Por otra parte, su picardía rápida y aguda les permite madrugar a los madrugadores. Yo, gracias a mi madre — hermana de Rosas, — jamás he sido zonzo. Sin embargo, confieso con orgullo que mis paisanas me han derrotado siempre...

Una de las mujeres ingeniosas a que parece referirse Mansilla, fué la filantrópica Juanita Baudrix. Sus tertulias en su residencia de la vieja plaza del Retiro fueron un continuo torneo espiritual. Sus frases hacían época. Alfredo Duhau ha recogido algunas con noble cariño de esteta. Un día, Juana hablaba en presencia de varios políticos sobre finanzas nacionales. Hablaba con tal conocimiento de las estadísticas, que el general Roca, asombrado, le dijo:

— *Si yo fuera presidente de la República, usted sería mi ministro...*

— *¿Y por qué no había de ser yo el presidente y usted mi ministro?*

Falleció hace muchos años un político probo que, no obstante su gran talento, escribía artículos editoriales muy aburridores, largos, secos, que nadie leía. Juana asistió al entierro y tuvo que escuchar diez discursos sólidos e infinitos que se pronunciaron sobre el ataúd.

— *¡Caramba!* — exclamó Juana al salir del cementerio. — *Yo creí haber asistido al entierro de mi amigo y he venido, en cambio, a uno de sus artículos...*

Aristóbulo del Valle, que se complacía en escucharla, le solicitaba opiniones sobre gentes y cosas:

— *¿Qué le parece, Juana, la literatura de Sarmiento?*

Juana, sin inmutarse, replicó:

— *¡Que tiene olor a potro!*

Aristóbulo del Valle afirmaba, según Duhau, que no podía decirse sobre la vibrante prosa de Sarmiento nada más concluyente, nada más definitivo, nada más nacional...

Belleza entrerriana

No olvide usted — me aconseja un colega — *a Teresita Urquiza.*

¡Olvidarla! La ilustre dama doña Teresa Urquiza de Sáenz Valiente sigue siendo *Teresita Urquiza*. Su belleza, su inteligencia, su espiritualidad, su distinción, han hecho de su hermosa silueta un símbolo de las mujeres entrerrianas. Yo recuerdo la época azul en que su gallardía de niña soltera iluminaba el paseo de la calle Florida, Palermo, los teatros, los templos.

— *Ahí va Teresita.*

El pueblo la quería. La amaba. Era la belleza criolla en síntesis de música. Nadie pasaba a su lado sin sentir el deslumbramiento que produce una reina; pero una reina vestida con joyas y galas de Rubén Darío... Cierto poeta lírico, entrerriano como ella, Diego Fernández Spiro, vivió siempre enamorado platónicamente de su hechicería. Jamás habló con ella, pero escribió hace treinta años unos versos de fuego — "Canto a Teresa" — publicados en el número 229 de CARAS Y CARETAS (21 de febrero de 1903). Son versos que, posiblemente, ella no ha leído jamás. Transcribo unas estrofas:

CANTO A TERESA

Déjate amar, Teresa. La impetuosa
sangre entrerriana que en mis venas arde
bajo el sol de tus ojos,
hija triunfal de mi Montiel querido,
se enardece. Y te adoro, delirante,
ideal imposible de mi vida.

. . . .

. . . .

Cuando pasa tu mágica belleza
dejando tras de sí como un reguero
de luz crepuscular, pulso mi lira
y entono el canto de la excelsa noche.

. . . .

Deja que mi pasión, como un incendio
resplandezca en tu vida.
Soy el yaguareté que entre el boscaje
se encela de tu piel a los reflejos.

. . . .

A las errantes ondas
del soberbio Uruguay, en cuya playa
rodó tu cuna y se meció la mía,
confié el ansia secreta
del impetuoso amor que me inspiraste
y con flores del aire de sus islas,
soñando con tu amor, tejí orgulloso
para tu altiva frente
mi corona nupcial.
Canto de gloria
este canto vibrante en el que entrego
tu nombre a las edades,
quede como un blasón sobre tu escudo.
Y el lejano murmullo de mi río
hable a tu corazón de mis amores
cuando la Muerte en majestuoso vuelo
guíe a su cumbre el alma del poeta.

Elogio de la mujer de ayer

Las mujeres de ayer eran tan elegantes y tan lindas como las chicas de hoy?

A menudo se olvida que la belleza no reside en las cosas. Desde que lo dijo ese futurista de Aristóteles sabemos que la belleza de lo exterior está en nosotros mismos.

— *¿Es linda esa mujer?*

Sí. Es linda porque concuerda con nuestro criterio. Es bella dentro de nosotros. Pero, para un orangután, la belleza perfecta estará ciertamente en la señorita orangutana.

Las modas influyen, desde luego, en el concepto que nos forjamos de lo bello.

En la antigüedad, las modas se modificaban a través de los siglos. Basta hojear la historia de los trajes. Cada cien años el traje femenino se transformaba con la dinastía de los reyes. Ahora, ¡qué digo treinta años!, cada cinco años la moda universal sufre un vuelco tan rudo que ninguna mujer de 1925 sería capaz de salir a la calle con un traje de entonces. Las modas cambian en rasgos tan violentos que las mismas "niñas 1910" — jóvenes y bellas todavía — han de asombrarse frente a sus retratos de la diferencia que las desfigura.

— *¿Es posible* — se preguntan — *que este monumento haya sido yo?*

Sin embargo eran ellas las que irradiaban la hermosura; eran ellas las que conquistaban la admiración en los salones y en la calle; eran ellas las que enloquecían de amor en todas partes. Contémplense las fotografías de hace veinte años que hoy publica Caras y Caretas y, a despecho de las modas viejas, se advertirán las maravillas de aquellas esculturas; la perfección de aquellos rostros; la luz subyugadora de aquellos ojos, algunos de los cuales ¡ay! se apagaron para siempre por designio de Dios.

Elogio de la mujer de hoy

Qué diferencia observa usted entre la "niña 1910" y la "señorita 1931"?

La diferencia está en el traje. Vistamos a una chica con el heroico corsé de la mamá, con el traje de cola y el sombrero mayúsculo. Resultará la misma...

Cambian las modas; se acortan o se alargan los vestidos; los sombreros son, de pronto, grandes como velódromos o diminutos como solideos, pero, en resumen, la belleza de las mujeres criollas sigue siendo la misma.

Para los turistas transitorios, la mujer argentina presenta un solo tipo. Para nosotros, cada provincia o, por lo menos, cada zona geográfica produce un ejemplar estético distinto. Resultará muy escabroso establecer gráficamente en qué se diferencian las cordobesas de las mendocinas, o las salteñas de las entrerrianas, o las tucumanas de las santiagueñas, pero es indudable que un criollo no puede confundirlas.

Las cordobesas, por ejemplo, son graciosas, exquisitas, traviesas, enamoradas, doctas; las mendocinas, tienen ojos enormes, negros, que, acostumbrados a mirar las montañas, cuando miran se elevan; las sanjuaninas, blancas como la nieve de sus cumbres, se enardecen al hablar, demostrando que bajo aquella nieve hay volcanes dormidos; las puntanas son tristes, melodiosas, maternas, querendonas, fieles para toda la vida; las salteñas, orgullosas y humildes, femeninas y trágicas, robustas y sutiles, poetisas y hacendosas y siempre inolvidables; las catamarqueñas, patriotas, férvidas y suaves, con un canto en la voz y una sombra en los ojos y una boca tan linda, que no hay forastero que vuelva con sus cinco sentidos; las riojanas, famosas por sus bellas manos, ¡las manos más bellas que pintó Leonardo!; las santafecinas, multiformes: en el Rosario, oro de Fenicia y belleza extraída de todas las razas, y en Santa Fe, sangre azul, belleza de abolengo; las correntinas, solemnes, con aire de reinas, con ojos dormidos y de voz tan dulce que para hablar de amor parece que usaran los versos de Guido y Spano; las entrerrianas, Teresita Urquiza; las de Jujuy, juguetitos, muñecas de ojos soñadores, de pie japonés y de amores eternos; la santiagueña, sólida, maciza, la virtud en persona, la patria en efigie; la tucumana, la Gloria; la porteña, París, Londres, Nueva York, Hollywood, Palermo, avenida de Mayo, el Hipódromo, el teatro Colón, el cine y las tiendas.

Soiza Reilly

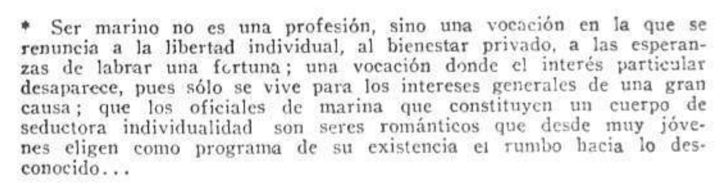
LOS LIBROS QUE DEBEMOS LEER





La novela del mar

Con el título de "La novela del mar", un viejo marino argentino ha publicado no ha mucho un volumen lleno de emoción y amenidad, en el que ha recogido recuerdos de su vida andariega y laboriosa. Se trata de un libro argentino en el cual — caso poco frecuente — se habla del mar y de sus hombres, de ese mar del cual, aun estando tan próximos, no siempre estamos espiritualmente cercanos. Veterano marino, conocedor de todos los mares del mundo, el contraalmirante Mariano F Beascoechea es de aquellos que más destacada actuación tuvieron en nuestra armada. Es por esto y por la bella emoción que ha derramado en sus páginas autobiográficas, que su libro merece y debe ser leído por todos los hombres jóvenes, por aquellos, precisamente, en cuyos oídos aun es posible que resuene la canción seductora de la ventura.



* Ser marino no es una profesión, sino una vocación en la que se renuncia a la libertad individual, al bienestar privado, a las esperanzas de labrar una fortuna; una vocación donde el interés particular desaparece, pues sólo se vive para los intereses generales de una gran causa; que los oficiales de marina que constituyen un cuerpo de seductora individualidad son seres románticos que desde muy jóvenes eligen como programa de su existencia el rumbo hacia lo desconocido...

* Aquel oficial que pasa orgulloso de su uniforme, modesto y altivo, serio y afable, viene de muy lejos; ha dado ya una o dos vueltas por todos los mares del planeta; ha visto la costa de todos los continentes, fondeado en todos los grandes puertos, visitado las ciudades más lejanas. Sólo tiene treinta años y ya ha vivido toda una existencia; ha pasado muchos inviernos tibios y primaveras heladas; tiene amigos en todas las latitudes. Para él, el nombre de una capital, de un puerto, de un paraje cualquiera, no es el nombre de un accidente geográfico, es un montón de recuerdos...

* Buques de guerra... Buques que no transportan nada de esas cosas que se compran y se venden, pero que siempre están presentes cuando el honor de la patria está en juego.

* ¡Pobres barcos! Entre la oscuridad tenebrosa que sólo por instantes rompía la luz de los relámpagos percibíamos sus luces de situación, y ellas nos indicaban que el huracán y el oleaje los hacía girar sin aliento, subir, bajar, escalar las montañas de agua; los veíamos sumergirse en los senos profundos, y como Flor de Cerezo quisiera abrigarme, nos envolvimos ambos en mi capa, y seguimos contemplando a la luz de los relámpagos aquel extraordinario cuadro.

* Llegué al muelle, donde una embarcación del hotel me esperaba para conducirme a la fragata. Las aguas mansas, azuladas; ligeras nubes en el cielo, suaves ráfagas de viento... Y al llegar encontré a la "Sarmiento" a *son de mar,* los botes izados y adentro; los *tangones* abatidos; trincados todos los pesos móviles; cerradas las *portas* y las *escotillas;* la tripulación descalza con los cuerpos a la intemperie, los pantalones arremangados hasta la rodilla, frontando la cubierta enarenada en pleno *baldeo,* entre los chorros de agua que se escapaban de las mangueras y el laboreo de los andariveles cubiertos de ropa blanca y *cois* de la tripulación, recién lavados, que en busca de aire y de sol para secarse, marchaban hacia arriba en líneas horizontales que engalanaban el buque.

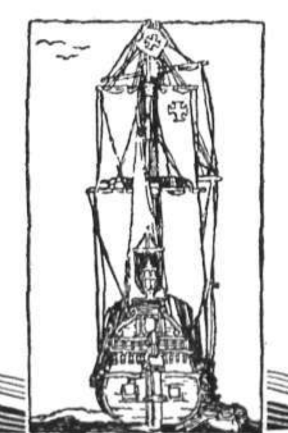
* Cuando el mar, el viento, las corrientes, la noche y la tempestad se encarnan y se multiplican y dudas ansiosas conmueven al navegante que va cruzando entre las tinieblas rodeado de peligros; desde un punto en el lejano horizonte, una luz brota, estalla, blanca, clara, aguda. ¡Es el faro! Que luce, que guía, que salva, que se une al buque y no lo deja hasta ponerlo sobre ruta segura.

* El puente de una fragata, teatro exclusivo de toda actividad marinera, enseña al aire libre nociones de responsabilidad y de prudencia, que forman el carácter, templan el espíritu y avivan el golpe de vista, y las maniobras dan agilidad al cuerpo y familiaridad con el peligro.

* Nada más interesante que las leyes de las tempestades.

* Algo viene flotando a la distancia... Nos aproximamos. Es el mástil de un buque náufrago cubierto de algas y conchilla... ¡Cuántas reflexiones nos sugiere! ¿Dónde están los que lo tripulaban? ¿Dónde y a qué hora los sorprendió la tempestad que los llevó al abismo? ¿Quién presenció la agonía de tantos seres? ¡Nadie! Las olas, el horizonte...

* ¡Oh, mar de Dios! Decirte adiós para siempre es como decir adiós a la felicidad y a la vida!



Bajorrelieve de

Por ALBERTO

BUENOS AIRES, CIUDAD HERMOSA

Ha de ser Buenos Aires únicamente una gran ciudad? ¿No puede ser tambien una ciudad hermosa? Ha crecido en pocos años; se ha multiplicado. Un cuarto de siglo antes ofrecía aún aspectos coloniales. El transeúnte descubría a cada trecho, en las cuadras del centro, casas que dejaban ver, a través de la amplia puerta de rejas, tres patios espaciosos, con una higuera en el fondo. Era la época en que la diminuta locomotora del vendedor de maní nos daba una idea de los prodigios de la técnica y el organillo arrastrado por el débil jamelgo nos educaba la sensibilidad musical. Desde entonces, Buenos Aires se levantó y se ensanchó. En la altura en que las cometas tendían su vuelo, las torres de los edificios alzan su aguda fábrica y al cielo hay que buscarlo en la plaza pública, pues en la angosta cinta de las arterias apenas si cae la luz de las estrellas. Mas ese vasto emporio que es Buenos Aires, con su trepidación de trabajo, con su vértigo de vehículos, con su espesura de pórtland volcado a montañas, ofrece descuidos que los urbanistas critican y el vecindario reprocha. El progreso urbano se ha desarrollado sin un criterio estético bastante severo. Para corregirlo se intentan a menudo planes que no se llevan a cabo por demasiado costosos o cuyas ventajas no se advierten por ser excesivamente reducidas. Una nueva tentativa nos prueba de que los funcionarios de la comuna perseveran en el loable afán de embellecer la urbe. En Belgrano, por ejemplo, apareció una calle bordeada de naranjos. Deseo creer que así amaneció y a la mañana siguiente los niños del barrio, al dar sus ojos con las copas cuajadas de frutas maduras, creyeron en un milagro, que podía ser un retardado regalo de los Reyes Magos. ¿No habrían surgido, acaso, por arte mágico?

Alabemos ese agradable milagro que dará a los afortunados vecinos, en verano, sombra suave y olor de azahar. Existe entre nosotros una predilección monótona por los plátanos, las tipas, los álamos plateados. Son, sin duda, árboles interesantes, pero no es difícil buscar un poco más de variedad. Limoneros, naranjos, durazneros adornarían y llenarían con su aroma a la ciudad, y el viajero creería al visitarla que ha desembarcado en alguna capital exquisitamente asiática, en que los meses se cuentan por el enfloramiento de la arboleda callejera.

VIAJERO PERPETUO

La historia de Mahomet Faix es más triste que la de Childe Harold. El personaje byroniano vagaba por impulso de su propio destino. Podía detenerse en su ruta, vivir en sociedad. Mahomet Faix es un viajero cautivo, por haber sentido la ansiedad de conocer el mundo y de tentar la fortuna. Un día, en Nueva York, se escondió en un barco que partía para el Plata, seducido por la ilusión de los países desconocidos. Nacido en Chipre, había vivido en Alejandría, le era familiar la formidable ciudad norteamericana, donde, como en el Egipto, no consiguió la prosperidad. Posee condiciones para realizar las grandes conquistas; es audaz y joven. Una cosa le falta. Mahomet Faix carece de documentos de identidad. Como se ignora, por constancia oficial, quién es, se le teme en todas partes. Y por esto, desde hace medio año, navega en el "Western World". Ha venido ya cuatro veces a Buenos Aires y en ningún puerto se le permite descansar de su interminable travesía. Fatigado de contemplar el océano, de arrinconarse en su hueco de prisionero, va y vuelve sobre el mar, entristecido y huraño.

Los países se defienden de ese hombre indefenso, porque representa, teóricamente, el peligro del huésped indeseable. Como se ve, los seres derrotados y sombríos que nos pintan Gorki y Panait-Istrati son mucho más frecuentes y más conmovedores en la realidad que en la novela.

EL ABECEDARIO EN LA PATAGONIA

Se ha iniciado en las escuelas una subscripción a diez centavos por alumno para proporcionar abrigo a los niños de la Patagonia.

El frío patagónico, más intenso que el europeo, hace sufrir a las poblaciones de esa parte lejana de nuestro país, sin que tengan defensa, porque los que viven allá no disponen del confort elemental de la casa cómoda y de la estufa encendida. Frío de Siberia casi, con vientos recios, ponen a prueba, en esa naturaleza áspera y hermosa, el carácter de los pobladores. Los que van a la Patagonia, para conquistar la fortuna, son hombres de temple másculo. Sirven a la república civilizando esos lugares con su trabajo duro y con su constancia admirable. Pero, si se piensa en el aula perdida en el campo de los territorios distantes, en los niños que no poseen, como los de Alasca, grandes gabanes de pieles, y que deben recorrer a veces leguas y leguas para regresar a su casa, se comprende la importancia de la iniciativa a que me refiero. Sí; pensamos en los niños de la Patagonia. Nos olvidamos de los maestros. Los que se establecen en esas latitudes con el objeto de lograr su bienestar, como quien afronta una ardua aventura, tienen en el sacrificio el estímulo de la esperanza. No es la situación del maestro. Va a la Patagonia por su limitado sueldo, para enseñar, para difundir el abecedario, para trabajar por la cultura argentina, y sabe que sus años irán pasando en los sitios hostiles y crueles sin una alternativa sonriente.

Alberto

Algunos hechos

GERCHUNOFF

LA MUJER QUE NO QUISO BESAR

Helen Wills Moody, famosa jugadora de tenis, fué contratada para trabajar en los estudios cinematográficos de Hollywood por cien mil dólares. La difícil popularidad de la pantalla, a que aspiran las mujeres más bellas, se le otorgaba, sin esfuerzo. La gloria de ser admirada universalmente, de hacer suspirar, de ser un ideal para los hombres, se le brindaba con la riqueza. Y a pesar de esto, Helen Wills Moody abandona su inaccesible posición. No quiere repartir besos en las películas. El drama en que debía actuar exigía este sacrificio. Tenía que dar un beso al galán, probablemente un beso que se sabe cuando comienza y no cuando puede concluir y que más de una vez ha provocado la ira de los moralistas. ¿Le desagradaba el compañero de tarea o alguien más fuerte que la fama y que el dinero la sometía a esa rigurosa abstención? Hay libros, numerosos libros, sobre el beso en el teatro. Los artistas que opinan al respecto, lo despojan de importancia. Lo dan con la indiferencia con que se traza un gesto mecánico. Helen Wills le restituye su trascendencia fundamental, y antes de malgastar el beso, prefiere sacrificar su éxito de actriz. Convengamos en que a nadie le ha costado tanto un beso — cien mil dólares, — y más todavía, un beso que no se ha llegado a dar.

HAROLD HOFFDING

Hubo un tiempo en que Harold Hoffding gozaba de notoriedad ruidosa. Sus obras de psicología se estudiaban en las universidades, se citaban sus pensamientos en las crónicas de los periódicos. El profesor fallecido en Copenhague, en la ancianidad y en el olvido casi, tenía, además de la influencia de su talento y de su sabiduría, el prestigio que da la moda. Desde hacía años vivía en el retiro, y sus amigos se complacían en visitarlo y en oír su conversación. Hoffding comentaba las doctrinas actuales, disertaba serenamente sobre los problemas, opinaba sobre los libros de los autores nuevos. Jamás se sorprendía en el viejo maestro un reproche para nadie y sus visitantes se asombraban con frecuencia por su afición a las teorías más audaces en arte y en filosofía.

Una vez, alguien, al alabar su vida noble de hombre consagrado a la ciencia, le dijo:

— Usted es, seguramente, la única persona en la tierra que podrá morir sin tener de qué arrepentirse.

— Se equivoca — contestó Hoffding. — Debo arrepentirme de no haber hecho ninguna locura en mi existencia.

LA VIDA Y EL IMAN

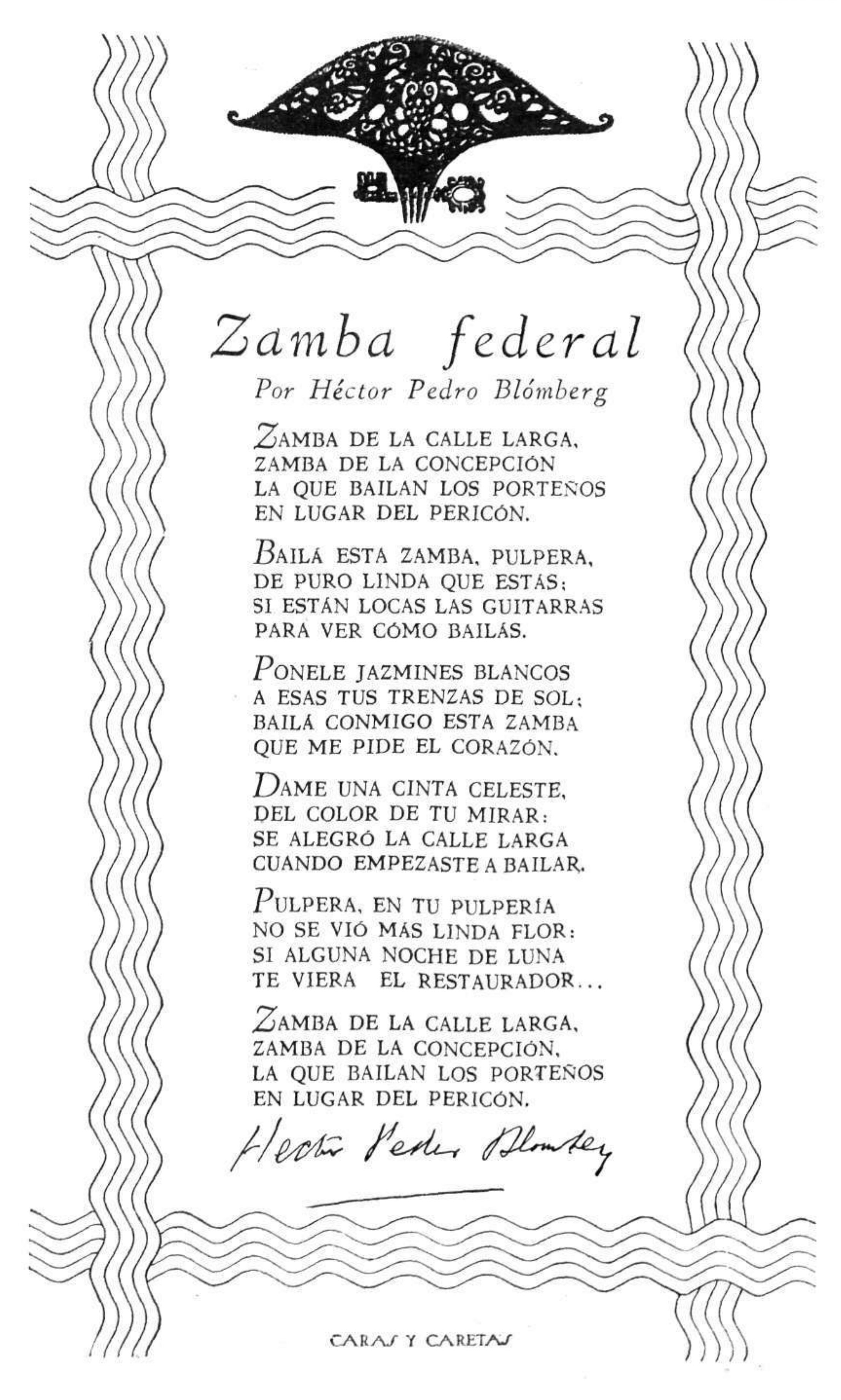
Un fisiólogo de Boston ha declarado que el organismo del hombre, en el equilibrio de la salud, funciona con una coherencia semejante a las moléculas del hierro imantado. El envejecimiento del cuerpo no es más, a juicio del doctor Ingerson, que la pérdida de cohesión de las células que, al anarquizarse, determinan los fenómenos graduales de decadencia.

La química se encargará de encontrar el medio de devolver a los elementos vitales su fuerza juvenil restituyéndoles aquella unidad de función, aquella armonía que se define en el individuo como una manifestación de su plenitud. La substancia vegetal o mineral que opere en este sentido renovará la juventud externa e interna de la persona, cuya vida se prolongará así por más de dos siglos y medio. La quimera del doctor Ingerson no se enuncia por primera vez. Se vuelve, en el laboratorio científico, al propósito de los alquimistas, pues el imán del fisiologista de Boston es la legendaria piedra filosofal que buscaba Fausto y que sustituyó con el pacto nefando con Mefistófeles. Tanto se cansó de buscarla. ¿No nos pasará lo mismo con la espera de la milagrosa medicina que nos prometen en Boston?

UN POCO DE VINO

Mientras en Estados Unidos los prohibicionistas se esfuerzan en mantener la ley seca, en París se ha oído, en los debates de un congreso internacional, la voz de los defensores del vino. Representantes de dieciséis países se han reunido para sancionar la necesidad moral e higiénica del alcohol. No conciben que se vede en el banquete, en la comida de intimidad, la copa de champaña o la sabia voluptuosidad de una gota de licor. Entre los que predican su beneficio, en esa asamblea de delegados de pueblos, figuran catedráticos ilustres, higienistas, sacerdotes. Parecen decirnos: "No confundáis la deformidad del vicio con los pequeños placeres que dan encanto a la vida. Por otra parte, con las leyes que los prohiben se consigue agravar y no resolver el problema social que indujo a los parlamentos norteamericanos a adoptar tan extrema medida." Tienen razón. En Estados Unidos es más poderosa la industria clandestina del alcohol de lo que era su comercio lícito antes de la ley. En Estados Unidos se consume alcohol por ocho mil millones de pesos al año. Es lo que en el congreso reciente de París se calificó como "estatuto legal del peor alcoholismo".

Gerchunoff



Zamba federal

Por Héctor Pedro Blómberg

ZAMBA DE LA CALLE LARGA,
ZAMBA DE LA CONCEPCIÓN
LA QUE BAILAN LOS PORTEÑOS
EN LUGAR DEL PERICÓN.

BAILÁ ESTA ZAMBA, PULPERA,
DE PURO LINDA QUE ESTÁS;
SI ESTÁN LOCAS LAS GUITARRAS
PARA VER CÓMO BAILÁS.

PONELE JAZMINES BLANCOS
A ESAS TUS TRENZAS DE SOL;
BAILÁ CONMIGO ESTA ZAMBA
QUE ME PIDE EL CORAZÓN.

DAME UNA CINTA CELESTE,
DEL COLOR DE TU MIRAR:
SE ALEGRÓ LA CALLE LARGA
CUANDO EMPEZASTE A BAILAR.

PULPERA, EN TU PULPERÍA
NO SE VIÓ MÁS LINDA FLOR:
SI ALGUNA NOCHE DE LUNA
TE VIERA EL RESTAURADOR...

ZAMBA DE LA CALLE LARGA,
ZAMBA DE LA CONCEPCIÓN,
LA QUE BAILAN LOS PORTEÑOS
EN LUGAR DEL PERICÓN.

Héctor Pedro Blomberg

El último

Hoy cumple años la independencia argentina. Venimos de estrechar la mano del más viejo de nuestros ancianos, único sobreviviente de aquel día inmortal. Negro, muy negro, pero de conciencia más blanca que muchos blancos que ennegrecieron en desleales contiendas, su no amortiguada mirada, y su memoria viva aún, recuerda cuanto vió, cuanto sintió y cuanto sufrió en su larga vida.

José Lara, que a sus ciento veinte años vive en la calle del nombre que conmemora la cuna de San Martín (Yapeyú 663), cuyas campañas siguió, es el hombre de mayor longevidad que hemos encontrado en esta y cuantas tierras recorrimos. ¡Bien merece un recuerdo en el aniversario de la Patria que vió nacer! Evitemos que este último resto de la Patria Vieja muera sobre el pobre jergón de sus recuerdos, y de no ofrecerle lecho blando y mullido, que no sólo por sus años merece, el mayor de esta ciudad, sea al menos calentado por el cariño de la ciudad que defendió. El único de nuestros convecinos que ha saludado la luz de tres siglos, pues la aurora del XIX le encontrara, no jugando a los cocos en Mozambique, sino arrebatado de su ribera en la molienda de cañaverales (Habana), es admirable cómo recuerda admirables escenas del pasado siglo.

De Cuba lo trajo el Provincial Visitador Lara, y luego de las costas del Brasil a este convento de dominicos, en cuya portería por muchos años hacía "vis-a-vis" al santo negro Benito, hasta que los soldados ingleses llegaron a llamar, no con el puño ni la espada, sino a golpes de rifle, puerta que el portero no abrió. Señales de tan singular llamado, sobre su hoja derecha, por cuyos agujeros de bala puede aún meter dedo el curioso lector, huellas son que lo atestiguan.

Tiempo tuvo sí, Lara, de dar toque de alarma, primero desde la torre de las balas, y después, como buen compañero de ellas, echar sus negras campanas a vuelo, repicando victoria, cuando certeros cañonazos desde el Fuerte la hicieron bambolear por tres veces, despeñando de lo alto muertos y semimuertos, con simple empujoncito, en cantidad tal, que el hombre que voló allí el 5 de julio de 1807, con banderas por alas (teniente Leiva), sólo quedó sordo para toda la siega, porque sobre mullido colchón de cadáveres cayera, amontonados sobre el barrial.

Entre los soldados que San Martín consiguiera llevar de Salta al ejército de los Andes, llegó a Mendoza. Herido en Chacabuco, en el batallón de Martínez, después de Maipo, embarcóse con la expedición al Perú, peleando bajo las órdenes de Olazábal, al pie del Pichincha.

Después de muchos años, regresó a Buenos Aires con los últimos que regresaron. No calentó asiento aquí, que muy luego fué con el ejército al Brasil. Recordando que en la Argentina, Chile, Perú y Ecuador, le habían hecho pelear contra blancos por la libertad, y en el Brasil, contra negros, por la misma, deducía (no sin ingenio), que la libertad no tendría color, o que bajo los amplios pliegues de su bandera, caben todas las razas, sean blancos, indios o morenos.

Pastor Obligado



LA FIEL EXPRESION DEL ARTE CRIOLLO

Novedades para

JULIO

A SUS

NUEVOS PRECIOS

Dos discos de gran éxito de Carlos Gardel, que actualmente triunfa en forma decisiva en París.

18838 a $2.90 — LA TROPILLA. Triunfo. S. H. Rocca - M. Pardo / DELIRIO GAUCHO. Vals. A. Gobbi

18840 a $2.90 — LAS FLORES DE TU BALCON. Pasodoble. F. Catalán / MALA SUERTE. Vals. E. Cárdenas-J. Aguilar

IGNACIO CORSINI. Con acompañamiento de 3 guitarras: PAGES-PESOA-MACIEL.

18635 a $2.75 — La que murió en París. Tango. H. P. Blomberg-E. Maciel / No quiero ni verte. Vals. H. P. Blomberg-E. Maciel

ADA FALCON. Con orquesta: F. CANARO.

11209 a $2.75 — Yo no sé qué me han hecho tus ojos. Vals. Francisco Canaro / La última copa. Tango. Juan A. Caruso-Francisco Canaro

LOLA MEMBRIVES. Con orquesta.

17203 a $2.75 — El delantal de la china. Zamba. Antonio Viergol-Osman Pérez Freire / Viene clareando el día. Zamba. Carlos M. Portela

Dúo RUIZ-TORRES. Con 4 guitarras.

10451 a $2.75 — Decís que me querís. Tonada chilena. Cristina Herrera / La colorada. Polca paraguaya. J. Fernández-J. Maglio-L. González

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica.

3004 a $2.50 — Estoy en la vía. Tango. Alejandro Scarpino / Zapatea juerte, mi negra. Ranchera con estribillo. Carlos Rivarola

3005 a $2.50 — Qué te han hecho los muchachos. Tango con estribillo. Anselmo A. Aieta / Dulce gitana. Pasodoble con estribillo. I. Rugnone

FRANCISCO CANARO. Y su orquesta típica Sinfónica.

4735 a $2.50 — EL POLLITO. Tango. F. Canaro / FLOR DE FANGO. Tango con estribillo. A. Gentile

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica.

4736 a $2.50 — Vos también vas a sonar. Tango con estribillo. A. Polito / Flor deshojada. Vals. A. Polito

4723 a $2.50 — Noche de luna. Fado con estribillo. L. D'Andrea / El esgunfío. Tango. E. Barabino

JUAN MAGLIO. Orquesta Típica "PACHO".

9098 a $2.50 — Cuentos viejos. Tango. J. Maglio / El charabón. Ranchera con estribillo. L. González-J. Maglio

FRANCISCO LOMUTO. Orquesta Típica.

7874 a $2.50 — Divagando. Tango con estribillo. D. Alvarez / Música triste. Tango. T. y M. Lespés

RAFAEL ROSSI. Orquesta norteña.

9867 a $2.50 — La quiaqueña. Zamba. R. Rossi / No seas ingrata. Bailecito boliviano con estr. (Bandoneón y guitarras). R. Rossi

MASSOBRIO-CALDARELLA. Acordeón y guitarra.

634 a $2.50 — Pisando maíz. Ranchera. Massobrio - Caldarella / Elisa. Vals. Massobrio - Caldarella

Grabación "Verotón"

CONCESIONARIO EXCLUSIVO

MAX GLÜCKSMANN

La alegría del hogar moderno

Sin ruido de púa.

FLORIDA, 336 - 44 EDIFICIO PROPIO

SUCURSAL: CALLAO, 188 - 92

SUCURSALES:

ROSARIO: Córdoba, 1065 - 69. MONTEVIDEO: 18 de Julio y Río Branco. CORDOBA: 9 de Julio, 76. SANTIAGO DE CHILE: Ahumada, 91.



"Viaje al país de los matreros"

El libro de Fray Mocho, genuinamente nacional, me sugiere estas reflexiones porque demuestra una tendencia patriótica que debe ser estimulada, tendencia o modalidad que, aparte de otras condiciones que forman el temperamento de cada escritor, ha hecho de Joaquín González, de Rafael Obligado, de Joaquín Castellanos y otros que no olvidan la tradición de Esteban Echeverría, algo más que una promesa: una fuerza apreciable que deja ya sentir su influencia bienhechora y da los primeros lineamientos a la literatura argentina.

Somos un pueblo joven y quizá alguno de los que lean estas líneas me haga el cargo de que pertenezco al número de los impacientes, pero los hechos me dan la razón.

Y no es que yo tema, al hacer estas reflexiones, que se perpetúen en nuestras cosas las influencias exóticas; yo sé bien que la evolución que se opera en nuestra naciente sociedad quedará encauzada, en un período más o menos cercano, en la corriente de aguas puras y cristalinas.

Observo, sin embargo, que los esfuerzos no están a la altura de los elementos de que disponemos para la realización de la obra común.

Un nuevo libro, fruto de la observación y del estudio de las cosas de la tierra, es un paso más hacia el progreso que anhelamos para nuestras letras.

El *Viaje al país de los matreros* representa esa tendencia loable, y esto hace su mejor elogio.

Por eso yo prescindo de los detalles de la crítica severa y adusta que suele tener injustas exigencias, y lo recibo como el fruto de un corazón y de un cerebro que vive encariñado con las cosas de la tierra.

Los cuadros de Fray Mocho tienen el sabor de la tierruca, como diría Pereda, el sabor de esta *tierruca argentina*, tan rica y pintoresca en sus diversas y dilatadas comarcas que al norte, al sur o en cualquier rumbo que se la observe presenta siempre rasgos prominentes, condiciones variadas de clima donde se desarrollan diversas producciones.

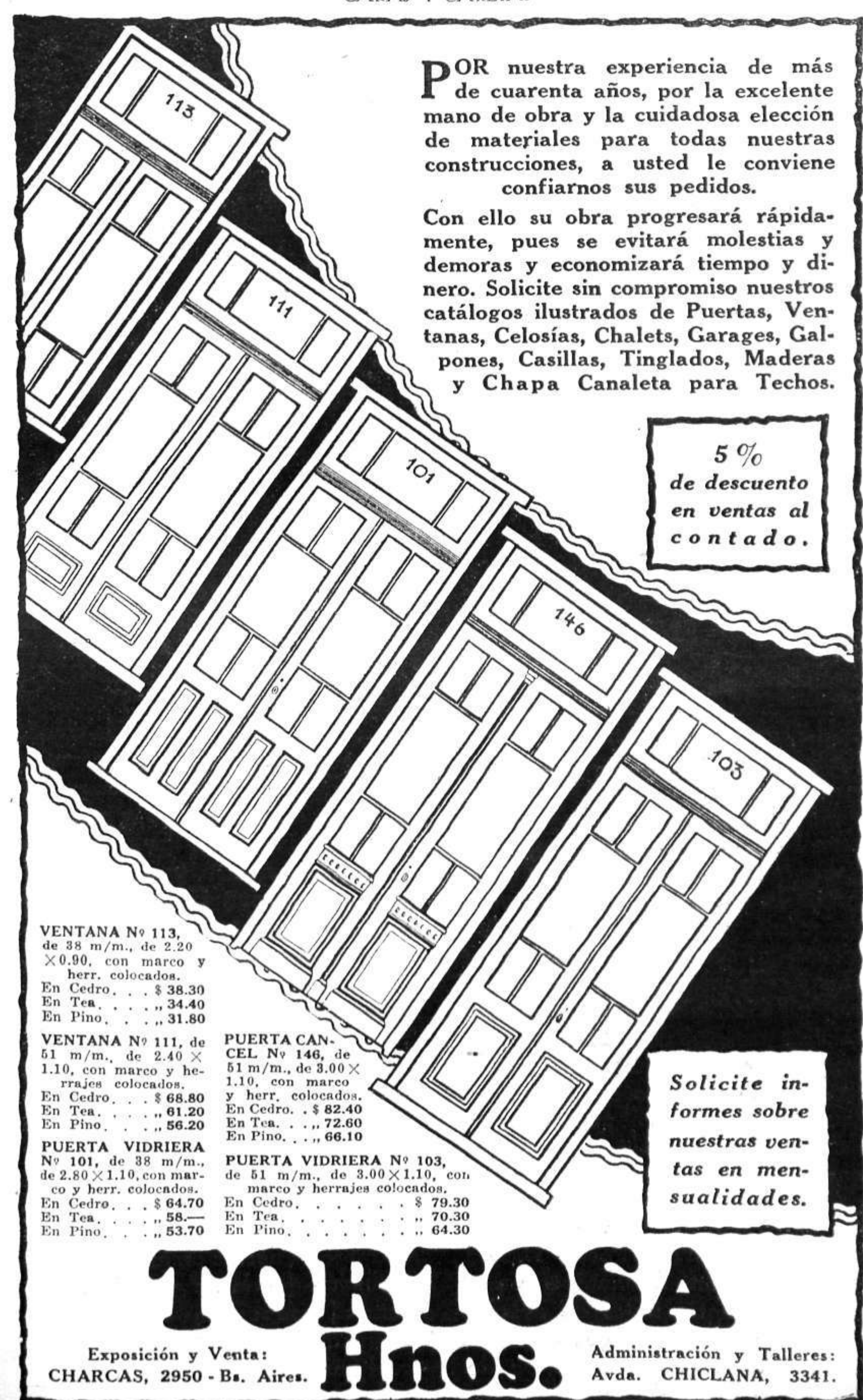
No me detendré a enumerar todo lo que encuentro de bueno en la obra que me ocupa, ni indicaré los pequeños lunares que nos resaltan.

No discutiré yo, como cierto amigo, en aquella bella página de la iguana que acecha al camoatí, sobre si hizo o no bien el autor en arrojar al agua al goloso lagarto que busca con astucia las mieles de aquel *Himeto* semirredondo colgado de la rama de un ceibo.

De todos modos si, como sostiene nuestro amigo, la iguana no sabe nadar, y peligra la vida en el arroyo, yo pido a Fray Mocho que no la saque del agua, pues necesita muchas abluciones mientras las porfiadas y vengadoras avispas que se le clavaron en la coraza no cedan en la furiosa embestida.

En todo caso, el autor podrá repetir como Guido, acosado por un crítico incipiente, que le reprochaba haber hecho nadar a los flamencos: "lo siento por el pobre animalito".

P e d r o   D e l h e y e

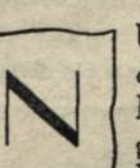

POR nuestra experiencia de más de cuarenta años, por la excelente mano de obra y la cuidadosa elección de materiales para todas nuestras construcciones, a usted le conviene confiarnos sus pedidos.
Con ello su obra progresará rápidamente, pues se evitará molestias y demoras y economizará tiempo y dinero. Solicite sin compromiso nuestros catálogos ilustrados de Puertas, Ventanas, Celosías, Chalets, Garages, Galpones, Casillas, Tinglados, Maderas y Chapa Canaleta para Techos.
113
111
101
146
103
5 % de descuento en ventas al contado.
VENTANA Nº 113, de 38 m/m., de 2.20 × 0.90, con marco y herr. colocados.
En Cedro. . . $ 38.30
En Tea. . . . „ 34.40
En Pino. . . „ 31.80
VENTANA Nº 111, de 51 m/m., de 2.40 × 1.10, con marco y herrajes colocados.
En Cedro. . . $ 68.80
En Tea. . . . „ 61.20
En Pino. . . „ 56.20
PUERTA VIDRIERA Nº 101, de 38 m/m., de 2.80 × 1.10, con marco y herr. colocados.
En Cedro. . . $ 64.70
En Tea. . . . „ 58.—
En Pino. . . „ 53.70
PUERTA CANCEL Nº 146, de 51 m/m., de 3.00 × 1.10, con marco y herr. colocados.
En Cedro. . $ 82.40
En Tea. . . „ 72.60
En Pino. . . „ 66.10
PUERTA VIDRIERA Nº 103, de 51 m/m., de 3.00 × 1.10, con marco y herrajes colocados.
En Cedro. . . . . . . $ 79.30
En Tea. . . . . . . „ 70.30
En Pino. . . . . . . „ 64.30
Solicite informes sobre nuestras ventas en mensualidades.
TORTOSA Hnos.
Exposición y Venta: CHARCAS, 2950 - Bs. Aires.
Administración y Talleres: Avda. CHICLANA, 3341.

POST - GATTY ¡HURRA!


Harold Gatty.




Wiley Post.


UEVA York, Londres, Berlín, Moscú, Novo, Irkhustk, Blogosvestchensko, Khabarovsk, Salomón, Fairbanks, Edmonton, Cleveland y ¡Nueva York!, y el "Winnie Mae" posó en Roosevelt Field sus alas acariciadas o estremecidas por todos los vientos del mundo. Tan magnífico fué su vuelo, y tanta la firmeza varonil de sus pilotos Post y Gatty, que no es posible hallar la palabra que sea digna corona de la empresa estupendamente concebida y cumplida. Cuando se piensa que sólo se emplearon cuatro días y ocho minutos efectivos en recorrer 24.758 kilómetros y que en el breve plazo de 8 días, 15 horas y 51 minutos se cerró una gira que unió ciudades de América, Europa y Asia, la sorpresa llega a tal punto, que es dado suponer que el hombre está por encima de la magia y el sueño. ¿Y qué era hasta ayer el ajustado pájaro mecánico vehículo de la hazaña? ¿Y quiénes eran Wiley Post y Harold C. Gatty? Uno de tantos aviones, y dos entre miles de aviadores. Hoy el "Winnie Mae" es el ave devoradora de distancias, y los bravos pilotos, dos domadores del espacio.

Con esta hazaña, los Estados Unidos de Norteamérica se cubren de gloria, aunque el triunfo es accidente de tanta frecuencia en el país de las estrellas y las bandas, que se ha trocado en costumbre. Sin embargo, imaginamos el retorno de los vencedores a la soberbia ciudad de los rascacielos, el entusiasmo de las multitudes congregadas en torno al avión triunfante y el gesto asombrado de todos los hombres de todos los países ante el relato del vuelo que Post y Gatty emprendieron después de una promesa, que era una lección de valor heroico y de optimismo: "Volaremos alrededor del mundo o a otra parte". Volaron alrededor del mundo y dieron a su patria la certidumbre de que el orbe partía de Nueva York y terminaba en la metrópoli gigantesca, a la cual trajeron en el "Winnie Mae" soplos de vientos oceánicos, calor de regiones soleadas, helados latigazos de estepas y visiones múltiples de mares y tierras distintos, sin otra ambición que la de conquistar el ¡hurra! emocionado de sus compatriotas, ese ¡hurra! al cual unimos el nuestro con todo entusiasmo.


1er GRAN PREMIO
UN regio "CHALET" obsequiamos en nuestro 4º Gran Concurso. Está situado en Martínez, F. C. C. A., en la calle Pueyrredón entre José C. Paz y Quintana, a una cuadra de la avenida asfaltada al Tigre. Si usted dispone de unas horas libres le invitamos cordialmente a visitarlo.
Consuma Aceite CUVILLAS y participe en nuestro 4º Gran Concurso. ¡$ 50.000 en premios! Solicite las bases en todos los almacenes.
NAREDO CUVILLAS y Cía.
BUENOS AIRES — MONTEVIDEO — ASUNCION
VALPARAISO — LIMA — RIO DE JANEIRO
ACEITE COMESTIBLE
PURO DE OLIVA
DE PRIMERA PRESION
Sabino Cuvillas
SEVILLA (ESPAÑA)
NAREDO CUVILLAS Y Cía
BUENOS AIRES
ACEITE
Cuvillas
PURO DE OLIVA · UNICO DE PRIMERA PRESION

¿Se ha acabado la orden del Toisón de Oro?

Alfonso XIII había manifestado, no hace mucho — poco antes de su retiro — la intención de reunir en Barcelona un Capítulo de la Toisón de Oro. Pero Alfonso ya no es rey de España; en consecuencia, ya no es gran maestro de la orden.

Tal orden, muy noble y muy antigua, no tiene decididamente mucha suerte.

Fundada en Brujas, en 1429 por Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, tuvo por gran maestro, después de su fundador, a Carlos el Temerario y a Carlos V. Cuando este último abdicó, la gran maestría siguió atribuída igualmente a las dos líneas de la casa de Habsburgo, que reinaban una en Austria, la otra en España.

Fué así como hubo dos Toisones de Oro hasta el año 1918.

La monarquía austriaca desaparecida, la Toisón de Oro española subsistía solamente y el rey de España era el único gran maestro.

Helo destronado a su turno.

¿Qué va a ser de la orden famosa?

Por la voluntad de su fundador y por sus estatutos, es una orden soberana. No parece, pues, que pudiera servir en el orden democrático, y que, así, la gran maestría pudiera corresponder a un presidente de república.

La Toisón de Oro está, por tanto, destinada a desaparecer... a menos que...

... A menos que no se decida devolverla a su país de origen, y a dar la gran maestría al soberano que reina en tal país, es decir: al rey Alberto I de Bélgica.

Hasta 1792, el tesoro y los archivos de la Toisón de Oro se encontraban en Brujas. En tal época, el ejército austriaco, huyendo de los Países Bajos ante las tropas de Dumouriez, pillaron las riquezas heráldicas de Bélgica y se llevaron a Viena el tesoro de la Toisón.

Los belgas no han dejado desde entonces de pedir la restitución.

En fin, en 1918, después de la caída de los Habsburgo, Bélgica reclamó una vez más el tesoro que le había sido arrebatado cientoveintiséis años antes.

¿Se salvará la orden, siendo devuelta a Bélgica?



El portero de la pista de patinaje, a la víctima de la cáscara de banana. — ¿Por qué no viene a patinar al salón, señor? Está muy lindo...

(De *The Humorist*, Londres)

FIDELIDAD A TRAVÉS DE LA HISTORIA

POR LA LIBERTAD ESCALÓ ALTURAS CASI INACCESIBLES



. . . y el "STANDARD" MOTOR OIL ES IGUALMENTE FIEL

SUBA Ud. la cuesta más empinada . . . atraviese el desierto más agreste . . . láncese a toda velocidad . . . vaya despacio . . . en tiempo frío o caluroso . . . y el motor de su automóvil siempre quedará inmune al peligro, mientras el "Standard" Motor Oil lo lubrifique.

El "Standard" Motor Oil, *el gran protector de su automóvil*, es un libertador moderno. Libre a su automóvil de la fricción, el tirano siempre presente que acecha al motor para destruirlo. El "Standard" Motor Oil brinda un automovilismo placentero, día tras día y un servicio económico, año tras año. Renuévelo a cada 1,000 kilómetros y conseguirá una protección segura.

Use Wico "Standard"— la nafta preferida

West India Oil Company

"STANDARD" MOTOR OIL

"Un peso un litro"

Lea los próximos capítulos



IAS


PUBLICIDAD
ALAS
SAN JOSE 377





Por
JUAN
CARLOS
DAVALOS

DEAN FUNES

I

Camino de San Juan, bajamos en la estación Deán Funes, donde nos enteramos de un cambio de horario que va a dejarnos a pie por cuatro días. Tal contratiempo, si le ocurriese a un turista despreocupado, tanto mejor; pero a nosotros, que salimos de Salta con los medios indispensables, nos llena de zozobra. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Nos veremos forzados a viajar en segunda?

Y como andamos en gira artística, nos parece lógico apelar a expedientes profesionales y afrontar la crisis con un modesto concierto del maestro Schianca. Pero esta idea, tan oportuna en principio, no es viable en Deán Funes. En efecto, al recorrer el pueblo esta mañana, topamos con el campamento de un circo que ha sentado sus reales en un hueco, frente a la plaza principal. Los mástiles y el armazón de cuerdas tensas están esperando el gran toldo que ha de cubrirlos. Ya las graderías baratas, a base de caballetes y tablones, esbozan el hemiciclo. La arena circense aparece limitada por el broquel de tablas viejas, colchadas de trapo rojo por donde funambulea el tony en diálogo con el payaso.

El oso, un oso negro, californiano, está comiendo en un tacho, con su boca bisabuela, un vil putriaco de pan, verduras y leche. Tal vez de puro viejo quedó sin dientes; quizá estos ladrones, previendo alguna avería, le arrancaron las marfilinas armas que Dios le dió. Hay tal expresión de caducidad, de conformidad, en la cara de la triste bestia, que pienso, naturalmente, en tanta parecida miseria humana.

El asno, el caballejo, los perritos sabios, de quienes el azar traidor nos vuelve competidores, no nos infunden sino desabridas sugestiones. Esta fauna doméstica, más la niña de la bola y el hombre serpiente, nos ganaron de mano, y mañana serán dueños del público por derecho de primeros ocupantes. La música y la poesía — estas nobles artes que profesamos — vense así desplazadas por menos trascendentes y más fáciles recreaciones.

En las carpas, la farándula todavía duerme. Sólo en una de ellas se oye una pelotera gitana de hombres y mujeres. A este hora temprana, somos los únicos testigos del circo en ciernes. Nos acercamos a un montón de cajones entre los que reconocemos dos grandes jaulas con letreros: "Cuidado con las fieras". Los gases amoniacales que las jaulas despedían ya indicaban claramente el contenido, y los tigres o leones — si estuviesen allí de veras — no daban señal alguna de vida. Fieras de circo, caídas en vituperio indecible, dormían tal vez acurrucadas en la pocilga, reservando fuerzas para no desmayarse de hambre en la función.

II

A pocos pasos del circo vimos el frontis de un cinematógrafo. Entramos a conocer la sala. Es amplia y decorosa. En el fondo, delante del proscenio, en una especie de sepulcro entarimado, yace un piano vertical de roble.

La empresaria — una simpática piamontesa que nos franquea la entrada — dice que el piano ha mucho que nadie lo toca. El maestro Schianca levanta la tapa de ese ataúd armónico, pulsa unas teclas. Pocas son las que responden al estímulo. La mayoría del teclado ha enmudecido. Ya no hay piano, ni nadie lo echa de menos. El noble instrumento murió aquí virgen, como doncella desperdiciada en inútil soltería. El músico que debió despertar el alma armónica del piano jamás llegó a él, y un día se instaló en la sala una radio.

CRUZ DEL EJE

III

En un inmenso patio, anexo al cinematógrafo local, el pueblo se reúne esta noche para presenciar una serie de pugilatos. Empeñados en dominar mejor la escena, pandillas de muchachos trepan por una escalera de mano al techo de una galería. Se llega al corral pasando por el "bar y salón de billares", donde unos altoparlantes aturden cumplidamente a los parroquianos.

En el estadio hormiguea la gente. Por un lado, una gradería, afirmada sobre un sólido muro,

es un escaparate de muñecos vivientes; por el opuesto, sirve de cazuela el techo de la galería, y allí los espectadores se sientan a la turca. Hace un calor húmedo, pegajoso; el aire se satura de miasmas deletéreos. La concurrencia hace "pan francés", grita, suda, y tanto más apesta cuanto más bulle.

Se aguarda con nerviosidad la primera sopapina; les toca a dos chiquillos de unos doce años que por fin aparecen, pelados, en alpargatas y cubierta la vergüenza con el taparrabo deportivo. En el cine de al lado aprendieron los contendores las actitudes espectaculares de los atletas yanquis, sus mañas y su técnica. Brincan de un lado al otro como diablos y se aporrean a gusto. Por fin, uno tiene un ojo en compota, y el público, enardecido, prorrumpe en alaridos bestiales.

Después de los chicos, ocupan el ring los atletas adolescentes, de cuerpos esbeltos, elásticos, con los rostros contraídos por los gestos del miedo y del odio. Y estos sí que se propinan formidable tunda. Las cajas torácicas retumban como bombos; resuellan como fuelles agujereados, y para descansar o para evitar un golpe, los contrincantes se enredan en "clinches", y entonces son hermanos que juegan o borrachos que se apuntalan. El "referee" se apresura a separarlos, y los amonesta:

—¡Hay que pelear! ¡No agarrarse!

Otra mano de sopapos, y otra vez al "clinch", y así siempre. Suena el gong del descanso. En las esquinas opuestas del tablado, los entrenadores se apoderan de sus gallos. Les dan a chupar limón, les friegan canillas y abdomen. Los aventan con toallas mojadas. Les borran con la esponja el sudor que baña los rostros forajidos.

IV

El dueño del cine nos ha ubicado en sitio de preferencia, junto a las cuerdas. El maestro Schianca trajo su acordeón para hacer oir una pieza o dos, por vía de propaganda, porque mañana a la noche ofrecerá el músico su concierto. Aprovechamos, pues, un intervalo entre dos "matches de fondo". Zancudo y flaco, el maestro aparece en medio del ring, saluda con una gentil venia, y comienza unas explicaciones folklóricas. El público ha visto el acordeón y grita:

—¡Metele, Catriel, que es polca!

El músico se amarra al instrumento con unas correas, se sienta en posición, estira el fuelle, y hombre y máquina se funden en la armonía brillante de un gato correntino. La multitud, entusiasmada, me toma también por músico y del tejado parte una voz:

—¡Que cante el grandote!

Y acaso nuestra actuación acaba en fideo si, en un abrir y cerrar de ojos, una oportuna lluvia no desbanda aquel hato de bellacos.

Juan Carlos Dávalos

Aquí están

Su fama aumenta cada día porque tienen la virtud invariable de hacer las comidas más sabrosas.

Pruebe **Vinagre, Pickles o Salsa** *(tipo inglés)*

OMEGA

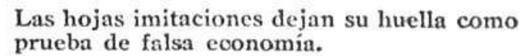
Pídalos en almacenes y despensas.

Lagorio & Cía. Ltda. S. A.

Guarde las etiquetas para tomar parte en el **Gran Concurso** combinado con Kalisay y Oporto Argentino Lagorio.

Su rostro cuenta la historia

Paquete de 10 HOJAS $ 1.80


Las hojas imitaciones dejan su huella como prueba de falsa economía.

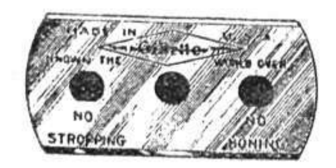
Es falsa economía porque las hojas Gillette legítimas, de tipo de tres agujeros, ilustrado, se venden ahora a un precio tan bajo como el de las imitaciones.

¡En realidad! *Las hojas Gillette legitimas,* han sufrido una reducción considerable en el precio. La presentación de la Gillette de nuevo tipo nos permite efectuar esta oferta tan notable.

Adquiera buenas hojas al mismo precio que las imitaciones. Compre varios paquetes hoy mismo. En venta en todas partes

Estas hojas Gillette legítimas sirven para las navajas de tipo Gillette antiguas.





Agentes: PALMER Y COMPAÑIA
574 Calle Moreno, Buenos Aires

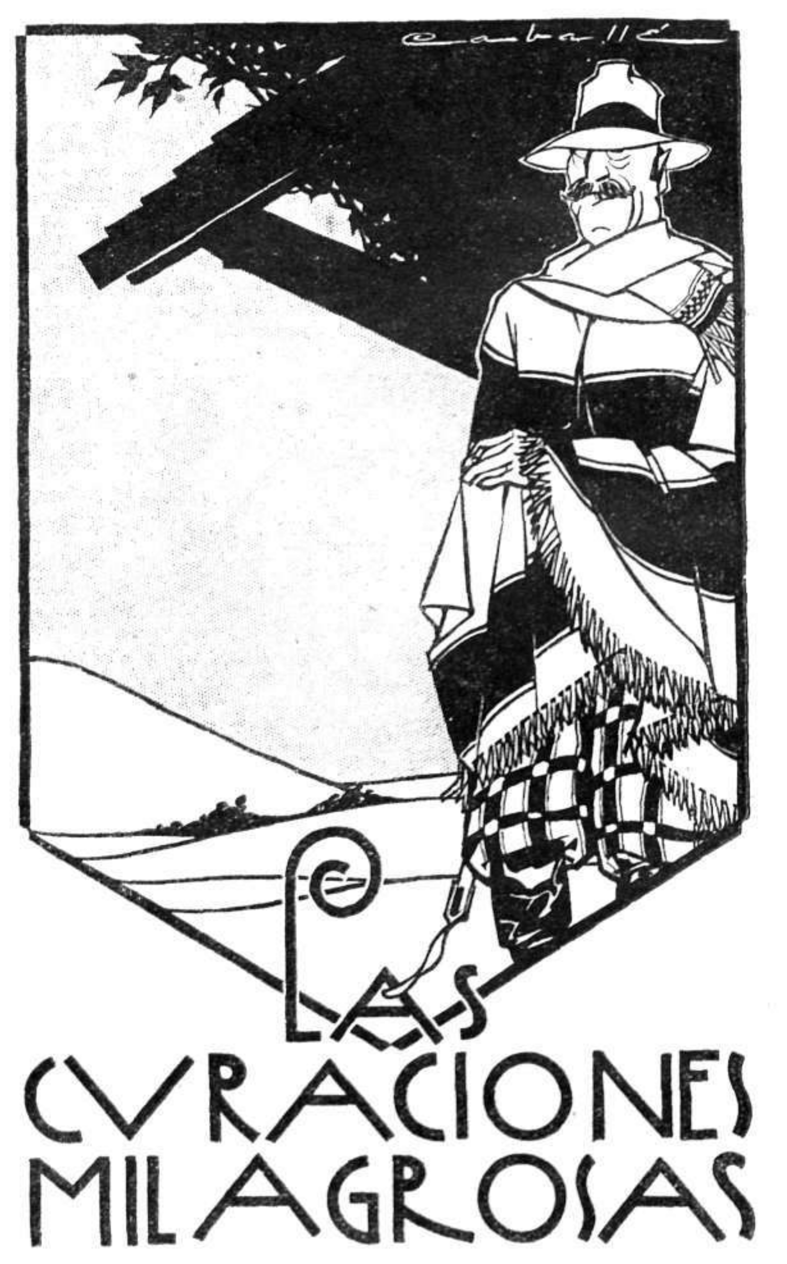
HOJAS Gillette

Gillette

Gillette Safety Razor Co.



¡GRAN OCASION EN HOJAS GILLETTE LEGITIMAS!



LAS CURACIONES MILAGROSAS

Por JULIO ARAMBURU

Desde que míster Dowling se hizo cargo de la finca, su única preocupación fué la vigilancia de la hacienda. Gustábale recorrer el campo, visitar los rastrojos, observar largamente las bestias que pastaban. Tenía por la vida de los animales un profundo sentimiento de cariño. Él conocía los diversos lugares de refugio, las aguadas de la sed, los árboles de la sombra preferida. En breve tiempo adquirió una verdadera experiencia de baqueano. Todos los días realizaba las mismas tareas y las mismas andanzas. Su mayor placer era internarse en los montes, atravesar llanuras, y en cualquier sitio del pago, numerar la existencia del ganado. Raro caso de inglés que, siendo dueño de estancia, prefería los fatigosos menesteres del peón.

La actividad del extranjero era admirable. Despertábase al alba, ensillaba su caballo, y luego de dar las órdenes caseras, se alejaba a recorrer la propiedad. Algunas veces se detenía en los potreros donde araban los bueyes, y se quedaba horas y horas mirando los surcos de la tierra. En otras, extasiábase frente al riego de los alfalfares, cuando se abrían las compuertas de las acequias y el agua anegaba los terrenos. Después, la multitud de pajarillos que bajaban al suelo revuelto y mojado también lo distraían largamente. El espíritu del hombre era demasiado sensible a la emoción de las cosas, y sentía una grata curiosidad por todos los rasgos del paisaje y las costumbres.

Cada día míster Dowling alargaba el límite de su exploración geográfica. Solo o acompañado, su único anhelo era descubrir las encrucijadas del rodeo. Desechaba los caminos de tránsito, para internarse en el laberinto de la selva. Parecía buscar el acecho del peligro y la realidad de la aventura. Bajo esa disciplina de valiente conducta, los secretos de la región quedaron revelados. El nombre de los árboles, la calidad de los pastos, la ubicación de los arroyos, pasaron a ser un don de su experiencia. Él quería convertirse en un hábil paisano, y logró la victoria del aprendizaje. No de otra manera la gente de los ranchos le tomó estimación, y el solitario británico resultó infaltable en todas las fiestas del arriendo.

Todos los domingos el inglés hacía reunir la hacienda en los corrales. Era una especie de obligación y de deporte. Confrontar el estado de las bestias, ver si había enfermos o heridos y si faltaba alguna en la lista, era la misión de la peonada. Mientras revisaban los animales, el patrón contemplaba con orgullo las progenies. Cada ternero, cada novillo, cada vaquilla, tenían su apodo de cariñosa distinción. La edad, el tamaño, la gordura y las pelambres le daban su motivo de cálculo y elogio. En realidad, todo el ganado interesaba al dueño, pero nunca su simpatía llegaba a más alto grado sino cuando veía la tropa de los bueyes. Aquellos mansos esclavos de la gleba le revelaban el total renunciamiento de la vida, y por eso su alma se llenaba de ternura y de piedad.

Mansos, flacos, con las astas melladas por los yugos, las pobres bestias siempre aparecen con su clásica estampa de cansancio. Parecería que un trágico martirio los abate en todo instante de reposo. Rumiando, la cabeza gacha, los ojos tristes, ellos van a cualquier sitio de obediencia. Van

tranquilos a roturar el suelo como igualmente al lugar del matadero. Quizá ningún animal de la tierra lleve en su destino mayor desventura que el buey. Víctima de la pena capital, su única suerte es tirar el arado y las carretas. He allí la causa honda y dolorosa por qué míster Dowling amaba la resignada existencia del vacuno.

Su conmiseración por las bestias era infinita, y por eso, en todos los rastrojos, su presencia fiscalizaba las tareas de labranza. Observaba el ajuste de las coyundas, el nivel de las manceras, las treguas del descanso. Cambié el aguijón de la picana por el látigo de tientos. Para cultivar el terreno de la finca, tenía innumerables yuntas de servicio, separadas por estatura y fortaleza. Su preocupación perenne era la edad y la duración de las jornadas. Todos los animales trabajaban en igualdad de tolerancia, pero, sin embargo, había entre ellos una pareja que merecía una especial consideración. Era un par de bueyes moros, con la cara manchada de blanco y los cuernos largos y ondulantes.

Aquellos cornúpetas de su predilección trabajaban menos que los otros y gozaban de mayor ocio en la libertad del monte. Ellos parecían reconocer el beneficio y lo demostraban en buenas actitudes cuando venían a lamer los panes de sal en el corral y se encontraban con el amo. Entonces se acercaban sin miedo y extendían su lengua áspera y humeante por la mano protectora. El inglés domesticó la confianza de las bestias, y así, todas las mañanas llegaban a saludarlo con mugidos de contento. Al levantarse, la primera mirada del inglés era para el lugar donde invariablemente estaban los rumiantes. Pero una vez, de la fiel pareja, apareció uno solo, asustado, mugiendo y con la vista curiosa a todas partes. El hombre, que conocía a sus amigos, se inquietó grandemente. Pero resolvió esperar un nuevo día. Sin embargo, al alba subsiguiente, también faltó el compañero, y entonces, ya afligido, el patrón tuvo que salir en busca del ausente.

Recorrió potreros, callejones, bosques y playas vanamente. Azuzó los perros, hizo correr la hacienda, y el animal no aparecía. A mediodía regresó a la casa, almorzó rápidamente y luego, en unión de varios peones, salió de nuevo a la pesquisa. Unos por un lado, otros por diverso rumbo, la búsqueda urgente se repartió en el dominio. Revisados los distintos lugares y ante el resultado negativo de la empresa, algunos pensaron, con razón, que el buey se hallaría en otra propiedad. Ningún límite del valle y de la sierra quedó sin visitar, y ya cuando, a la tarde, todos se volvían desengañados, sintieron que los perros se pararon a ladrar junto a una enramada. Era un sitio fuera del camino, subiendo una barranca cubierta de árboles, enredaderas y pedrones. Los paisanos detuvieron la marcha y entonces uno de ellos se bajó a investigar el lugar de la sospecha. Avanzó unos pasos y encontró allí al pobre buey, bien acostado sobre un montón de ramas.

El animal estaba prisionero por chaguares y lianas, sin poderse mover ni levantarse. Inmediatamente, todos acudieron para sacarlo de la incómoda situación. Nadie sabía si se hallaba enfermo o lastimado. Sin embargo, al acercarse uno de los peones advirtió que de la cabeza le brotaba un pequeño hilo de sangre. Luego vieron que tenía en medio de las astas una gran hinchazón. La herida parecía de un murciélago, y la mala suerte había hecho que se llenara de gusanos. En dos días de calor, la herencia de las moscas transfiguró la mordedura. La bestia, atolondrada, no salía de su sopor, y luego de muchos esfuerzos, consiguieron que se parase. Después, lentamente, la hicieron andar hasta el camino, y allí se acostó con resignación fatal de desahuciado.

El patrón, al ver el estado irremediable del enfermo, hizo traer de la casa una botella de acaroína y vertió en la herida un chorro del líquido. El animal no se movía y todos comprobaron la gravedad de la infección. Míster Dowling reconoció que el buey se acababa, porque la gangrena le interesaría los sesos. El mal no tenía remedio; era inútil llamar a un veterinario, y hondamente conmovido, se retiró del lugar. Fué entonces cuando un paisano del grupo se le acercó a manifestarle que él se comprometía a sanarlo por secreto. Necesitaba únicamente que lo dejaran solo para llevárselo a su rancho. El inglés dejó todo a la voluntad del peón, ya que el caso era perdido y de igual manera daba que la bestia se muriese en cualquier sitio de la finca.

Los campesinos, que sabían todos los misterios de la superstición, no dudaban que aquel hombre lo salvaría de la muerte. Un día más estuvo el buey tirado en el camino, y luego, no se supo cómo, lo llevaron hasta la vivienda del paisano. Pasó una semana, pasaron dos y nadie hablaba ya del animal, pues el curador negaba toda noticia del enfermo. Sin informes de ninguna clase, al mes justo del tratamiento, el hombre se presentó al dueño de la estancia a decirle que el vacuno se hallaba curado. Míster Dowling no quiso creer la primicia halagüeña, pero, sin embargo, tuvo que convencerse cuando el buey de su idolatría volvió sano y gordo a su presencia.

El inglés se quedó abismado en profundas cavilaciones. El, que siempre fué incrédulo a las brujerías y leyendas, tenía que dar fe a la palabra del médico rural. Aquel hombre no usó remedios de farmacia y nadie supo el verdadero procedimiento curativo. Además, el paisano no cobraba un centavo por la acción, y allí estaba seguramente la eficacia de su triunfo. Míster Dowling, que de todos los hechizos se reía, tuvo desde esa vez un religioso respeto por las curaciones milagrosas, y cuando le preguntaban algo de su buey, respondía que aquella salvación era un verdadero secreto de la naturaleza humana.

Julio Aramburu



DIBUJOS DE CABALLÉ

Los querandíes

SINTETIZANDO las diferentes opiniones de los cronistas, podemos decir que los querandíes eran semisedentarios.

Nuestro historiador doctor Vicente Fidel López dice en el volumen I de su "Historia Argentina", que aquellos pueblos que defienden con obstinación su territorio no son nómades. Sin embargo de esto, tenemos pueblos nómades, como los matacos y tobas (tribus guaycurúes) del norte de la república, que defendieron con tesón el suelo que les pertenecía, defensa que continuaron hasta nuestros días.

Se ha dicho también que el caballo ha sido "la causa" para hacer adquirir a los pueblos hábitos nomáticos. Esta razón es, a nuestro modo de ver, poco eficiente, siendo elemental que antes de su uso hubo pueblos nómades. Los mismos querandíes, dadas las cualidades físicas que les asignan los cronistas, de ser sumamente resistentes a las fatigas y de recorrer grandes distancias, son una prueba en nuestro favor.

Aun hoy, los collas de las provincias del norte de la República recorren distancias enormes sin otro medio de locomoción que el de sus piernas. No obstante esto, no dejamos de reconocer que la introducción del caballo ha influído mucho en el despertar de los instintos románticos, en pueblos de hecho sedentarios. Pero que el caballo ha sido la causa, jamás. La pesca obliga al que la practica a permanecer por intervalos en aquellos sitios donde sea abundante, y lo mismo pasa con la agricultura, que no permite retirarse antes de haber recogido la cosecha. Siendo los querandíes individuos que se dedicaban a ambas cosas, claro está que sin ser nómades eran semisedentarios.

Los utensilios domésticos que usaban los querandíes nos prueban la misma cosa. Aquellas personas que conozcan los pesados morteros que se hallan en los "paraderos", lo mismo que el gran número de piezas de alfarería que elaboraban para sus quehaceres domésticos, se convencerán de que era casi imposible el continuo traslado de un lugar hacia otro. Se nos puede objetar que estos utensilios eran abandonados al cambiar de residencia, pero es de todo punto imposible el que pasase esto, si se tiene en cuenta que la piedra era para los querandíes un objeto precioso, dada la poca abundancia de esta materia prima en el territorio por ellos ocupado, lo que hacía que hasta la más pequeña laja de pedernal o canto rodado fuese aprovechada.

También se nos puede decir que estos objetos no les pertenecían o que por lo menos eran usados por ellos como vestigios dejados por otros pueblos. Esto es imposible, pues a hombres que sabían labrar hermosas puntas de flechas y bolas arrojadizas, fácil les era el trabajo de ahondamiento de las lajas de piedra para transformarlas en morteros.

Constituían las habitaciones de los querandíes, toldos construídos con pieles de los animales que cazaban, las que eran colocadas sobre estacas clavadas en el suelo. La relación de Schmidel es poco explícita en este punto.

Félix F. Outes

Las multitudes militares

En la jornada del Villar, donde fué muerto Padilla, sólo sesenta fueron los muertos de la batalla y ochocientos los ejecutados. El implacable Aguilera hizo clavar la cabeza de Warnes sobre una picota y en el espacio de menos de cuatro meses mandó fusilar novecientas personas de todas las edades.

Pero la multitud triunfa con la "ilógica" de su táctica, como los ejércitos disciplinados en otras ocasiones con la "lógica" suya y su arte lleno de admirables previsiones.

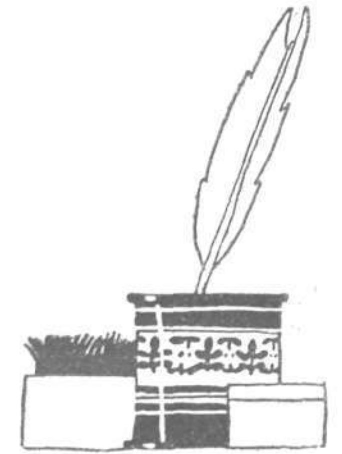
En todas esas extrañas batallas los rápidos golpes, más que hábiles, de una audacia impulsiva, constituyen uno de los recursos de su arte. ¿Queréis nada más inesperado que aquel rodeo que dió el ejército patriota a la ciudad de Tucumán para caer sobre el flanco del realista en el principio de la acción? Rapidísimas, como las de la fiera desesperada, eran a veces sus marchas, incontrastables fueron siempre sus empujes. ¿Acaso el centro del ejército de Tristán se imaginó jamás que la llamada "infantería" patriota, sin bayonetas unos, con cuchillos otros, y todos en una inferioridad material evidente, iría a estrellarse contra sus férreas compañías, dispersándolas en una violentísima y desesperada carga? El buen sentido, los principios más elementales de la táctica, ¿no aconsejaban abstenerse de cargar a "cuchillo" y a "palos" las columnas admirablemente disciplinadas y coherentes de un ejército como ése?...

La multitud argentina poseía la naturaleza del protoplasma; muerta y consumida, cualesquiera de las partes que quedaba, tenía el depósito de la vida y seguía funcionando y representando la encarnación del pensamiento o del sentimiento motriz de la emancipación. El interés que tiene el estudio de la vida se concentra todo él en esa maravillosa substancia, que es la única apta para producirla. La multitud encierra ese secreto de la vida colectiva cuyo vigor es un misterio, dada su sencilla organización. Si es imposible atribuir al protoplasma una forma o una estructura complicada, es igualmente vano querer asimilar la estructura de la multitud a la tribu, a la horda, a la secta, buscando en cualesquiera de esas configuraciones morales el secreto de su fuerza. El protoplasma no es ni un sólido, ni un líquido, y sin embargo tiene la resistencia de los primeros y la docilidad de los segundos para afectar una forma. Flúido, el protoplasma se fusiona con los líquidos en el seno de los cuales vive; sólido, es decir, transformado por el progreso de la evolución, ya no tiene las propiedades vitales de resistencia primitiva. Su consistencia peculiar es, pues, una condición indispensable de su existencia, y todo demuestra que la vida, en lo que tiene de más general, reside en una substancia sin forma, sin estructura particular, que hasta se la ha supuesto sin dimensiones determinadas y sin personalidad.

Tal es la multitud que encierra, como el protoplasma, ese secreto de la vida elemental.

José M. Ramos Mejía

EL PADRE CASTAÑEDA, MAESTRO DE PERIÓDISTAS



COMO LARRA, DISEMINO SUS ESCRITOS EN HOJAS PERSONALISIMAS, EN LAS QUE EL ERA TODO. VALIENTE Y ALTIVO, DEJO QUE SUS PREDICAS Y SUS ATAQUES, ANTES QUE VIRULENTOS Y ARROLLADORES, FUERAN AMENOS, AGRADABLES, RISUEÑOS POR ENCIMA DE TODO. MERECE SER CLASIFICADO COMO EL PRIMER IRONISTA DE NUESTRAS LETRAS Y, POR SU LABORIOSIDAD Y FECUNDIDAD, SU PUESTO ES EL DE MAESTRO DEL PERIODISMO DEL RIO DE LA PLATA.

"YO sé por experiencia lo peligroso que es en una revolución alentar semejantes quejas; pero estoy decidido a ser mártir de la educación pública, o más bien diré, que es tan profundo el dolor que me causa la culpable omisión que observo sobre este particular, que cualquier padecimiento por tan santa causa más bien serviría para mitigar algún tanto mis angustias".

Con estas palabras, casi de iluminado, lamentábase fray Francisco de Paula Castañeda, al Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, exponiéndole el abandono y el poco cuidado que las autoridades demostraban por todo aquello que a la educación pública se refería, empeñadas en las luchas por la emancipación civil y las rivalidades políticas que, desdichadamente y para perdurar largos años, apuntaban en el horizonte.

Fray Castañeda, en el año 1800, rivalizando con un claustro anticuado y sedentario, había obtenido la cátedra de filosofía de la universidad de Córdoba. Hombre de talento y espíritu avanzado, sentía verdadera predilección por el adelanto de la juventud. Poseía una excelente y profunda preparación, la que, unida a las dotes naturales de su inteligencia, le dispensaba las simpatías de los hombres liberales y hasta la celosa admiración de sus colegas de claustro.

Estaba empapado de las doctrinas de los filósofos más modernos de su tiempo, y bien puede asegurarse que, en el campo ideológico, fué uno de los más eficientes factores de la revolución.

Así transcurrieron algunos años de su vida hasta que, en 1815, en el mes de agosto, en el convento al cual pertenecía, fundó una escuela de dibujo, la que, meses más tarde, declarada de utilidad pública, recibió algún subsidio del Cabildo. En esta obra puso un empeño ejemplar, y el discurso que pronunció con motivo de la inauguración de los cursos, difundióse grandemente y su producto acrecentó el ínfimo peculio de la escuela.

Las luchas políticas comenzaban; la población, en verdad, poco dispuesta podía hallarse para patrocinar empresas culturales de aquella condición; empero, fray Castañeda realizó el milagro, a fuerza de insistencia, repitiendo aquellas sus ejemplares palabras: "Buenos Aires será cautiva mientras sea ignorante".

Su oratoria era famosa y, en los momentos difíciles, cuando el clero no se atrevía a tomar ninguna determinación, su voz varonil y recia clamaba desde el púlpito, enardecida, sabia, dinámica.

Escritor fecundo, con un estilo agudo, cáustico en el terreno de la sátira, sabía darle una forma magistral. Aun hoy, pese al estilo excesivamente castizo, se lee con interés. Laborioso en extremo, hacía gala de su fecundidad y escribía, al mismo tiempo, en varios periódicos del matiz político más distinto. En aparente contradicción, echaba mano a esta estratagema para exponer sus ideas y argumentos con mayor amplitud, precisión y claridad, a la vez que presentaba la de sus contrarios de la manera que a él mejor le convenía. Por eso, el doctor Gutiérrez, al hablar de la oposición llevada contra el gobierno de Rivadavia, dice: "Entre esos escritores se distingue un célebre sacerdote de la conventualidad franciscana, satírico, cáustico y fecundo escritor, con cuyo estudio podía llenarse una de las páginas más picantes y de color más riguroso de nuestros anales literarios".

De esta manera, este santo varón inundaba la ciudad con impresos de títulos extravagantes y humorísticos, ideados a fin de que sus solos nombres constituyeran un factor de simpatía. Eran famosas sus excomuniones epigramáticas, las que lanzaba en forma de imágenes risibles contra sus opositores.

Sin ser un extraordinario poeta, mereció ser colocado entre los famosos de la *Lira Argentina*. Ni él aspiró nunca a ser poeta, ni lo merece por sus obras. Fué, empero, un ironista, cuyas palabras y calificativos, como aquellos festejadísimos de *teruleques* y *anchopilecos*, epigramática y acertadamente aplicados, empero, lo consagran.

De la larga lista de sus periódicos, se recuerdan: *El Gaucho Político, Doña María Retazos, Ven acá portugués que acá es, La Verdad Desnuda, Buenos Aires Cautiva y la Nación Argentina Decapitada, Derechos del Hombre* y otros más.

Tan excesivos ataques motivaron su destierro. Lo enviaron a Patagones, de donde logró huir hasta Montevideo, burlando el fallo de sus jueces.

De Montevideo pasó a Santa Fe. Decidido partidario de la reducción de los indígenas, llevó sus miradas hasta los del Chaco. En 1824 y 1825 fundó dos escuelas, una en Rincón y otra en Paraná. Más tarde, con una paciencia verdaderamente franciscana, recogió los restos dispersos de la imprenta de don José Miguel Carrera y, como siempre, sacó de ella extraordinaria producción.

Comprendido en la "Ley del Olvido", no quiso, empero, regresar a Buenos Aires, muriendo en Paraná, en el año 1832.

Veinte años más tarde, los doctores Navarro Viola y Victorica, y los jóvenes Eusebio Ocampo y Juan A. García sacaron un periódico, *El Padre Castañeda*, que fué digna demostración de las enseñanzas dejadas por aquel que merece ser el maestro de los periodistas argentinos, por su saber, por su lealtad y por su rara valentía.

Independencia y democracia

No encontraremos sobre el polvo de la guerra el perfil olímpico de la democracia, pero están allí hechos carne y sangre sus bríos y sus pasiones. Especie de esfinge aterradora, se modela en el horizonte su fisonomía monstruosa, reflejando una alma que no reconoce señor.

La independencia, primero; la democracia, en seguida; ved ahí los hechos elementales e invencibles, engendrados por la revolución. Ambos contienen la ley histórica del pueblo. El Congreso los encara y observaremos su actitud.

Fácilmente se concibe que, naciendo de hechos y constituyendo hechos espontánea y violentamente realizados, eran el principio vivo de toda legislación trascendental, y que cualquiera ley, por venerable que fuera su sanción, que los desvirtuara, olvidase o contradijera, se estrellaría contra ellas y sería arrogantemente despreciada. El aniquilamiento es el destino de todas esas leyes precarias, que no se alimentan de los elementos de vida, residentes en las sociedades. Leyes ideológicas sin cuenta del cuadro moral en que han de funcionar, perecen como planta exótica, y caen vencidas como la teoría por los hechos, que la contraindican. Aquel Congreso empírico y tan vacilante que parecía satisfacerse con vivir del día, entra en su gran período.

De ambos hechos conquistados, reconoce el uno, y vuelve la espalda al otro. Lleno de pueril candor, cree que al recibir la investidura de la soberanía nacional, ha recibido también la potencia de modelar a su capricho los hombres y las cosas.

Aceptó, digo, el grande hecho de la independencia, y lo aceptó con honra y con coraje.

El 9 de Julio de 1816, fecha gloriosa, levantada por el sentimiento de los pueblos casi al nivel del aniversario de 1810, los "Representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside el Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representaban, protestando al cielo, a las naciones y a los hombres de todo el globo la justicia de sus votos, declararon solemnemente a la faz de la tierra, que era voluntad unánime e indubitable de las Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, e investirse del alto carácter de nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli."

El 19 se juraba la independencia respecto de España y de toda otra dominación extranjera. El pueblo la juró en la capital el 13 y 14 de septiembre, el 8 de agosto el ejército de los Andes; y todo hombre argentino, por fin, la acataba como expresión de su voluntad. Esta quería efectivamente la absoluta independencia del país.

José Manuel Estrada



—Me las olvide en casa...''

«Jamás salgo sin ellas, pues desde que empecé a emplearlas nunca me molesta la TOS, ni aún teniendo un fuerte resfrío.

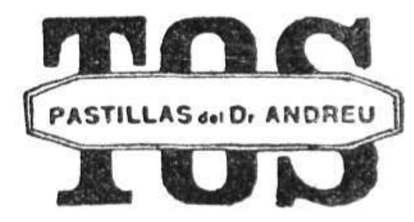
¿Te acuerdas en cambio de aquel Pectoral líquido? ¡Qué inutilidad! En la oficina, en la calle, en el club, en todas partes me acometían accesos de Tos. ¡Y tener que aguardar a llegar a casa para echar mano al frasco!

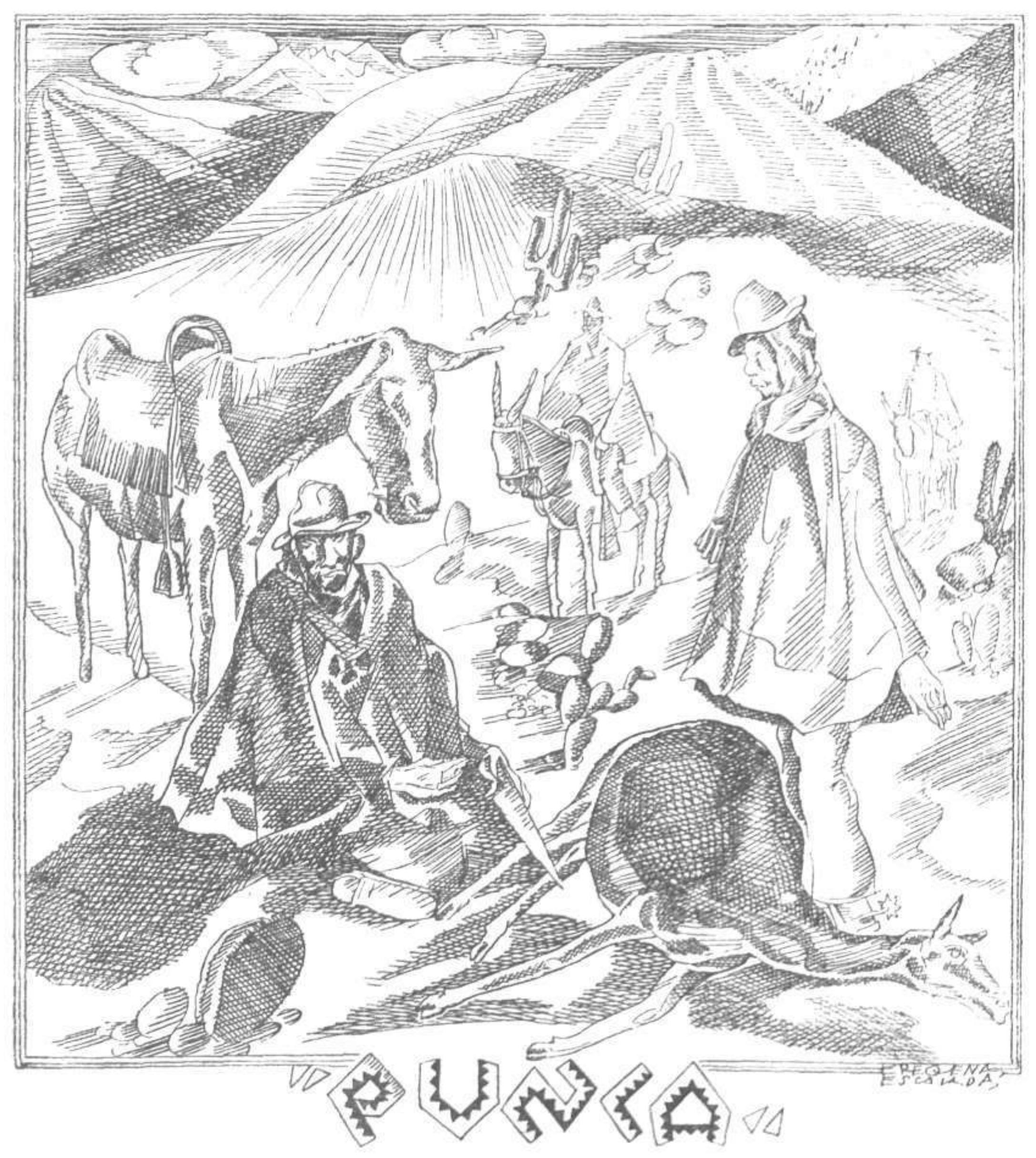
Mañana sin falta, manda a que me compren otra cajita de

Pastillas del Dr. Andreu

Conviene tenerlas siempre a mano a fin de encontrar un inmediato alivio. Descongestionan las mucosas, fortalecen los bronquios y facilitan la expectoración.

El envoltorio contiene además una cajita con seis Pastillas. Su tamaño no estorba en el bolsillo.





PUNCA

(*Narraciones del altiplano*)

Por Osvaldo Muñoz Maines

VIVÍA Punca en un poblacho salteño. Era un colla enjuto, enano, de aspecto ascético y grave expresión mística. Nadie sabía con certeza su edad; quizá ni él mismo, cosa que debería serle, por otra parte, perfectamente indiferente. De vez en cuando subía al altiplano a la caza de guanacos. De regreso dormía o dormitaba días enteros. Se decía que oteaba una manada como un puma, y como un puma también se le allegaba en silencio. Su rostro, curtido y tajeado por misteriosas señales de viejas luchas, era tan impasible como podría serlo un ídolo de piedra de esos que abundan en la tradición norteña. Coqueba del alba a la noche. Sólo sus maxilares tenían continuado movimiento en su rostro. Vestía generalmente unas bombachas que fueron marrones, camisa tejida a mano y un ponchito de Bolivia de colores fuertes; calzaba ojotas.

Desaparecía del pueblo durante días. Se iba solo con su mula sierra arriba; volvía a pie enflaquecido, más cobrizo si cabe, más silencioso. Nunca llevaba víveres; se arreglaba quién sabe cómo en las soledades heladas. Su retorno se hacía visible de lejos. La mula bajaba lentamente los cerros con su carga de pieles: Punca se iba delante seguido mansamente por la bestia. Así, sin sacrificar al animal, solía marchar días enteros en busca de las manadas.

Nadie le había visto usar nunca armas de fuego. De un trenzado de cuero crudo que le servía de cinto, pendían unas pequeñas boleadoras de piedra. Arrollaba a su cintura un lazo, que tal vez le sirviera para cruzar abismos.

—¿Pero, caza Punca guanacos con boleadoras?

—Así a e'ser... — me explicó un nativo.

— Punca — le dije un día que lo tuve a mano.

— Quiero que me acompañe a cazar guanacos...

Tardaba en contestar.

— ¿Acepta? — le pregunté impaciente.

Sin mirarme, sin razones, me dió la respuesta.

— No, ñor...

Quise tocar su avaricia:

— Todo lo que yo cobre con mi carabina será para usted...

— No, ñor...

— *Le daré una retribución excelente*...

Punca ya no se dignó contestar; su concentración era absoluta en el remiendo de una montura chilena destripada: su único patrimonio además de la mula.

En el pueblo poco o nada se sabia de él. Llegó allí con restos de una caravana de arrieros extraviados en la Cordillera y a los que salvara sin una palabra, sin querer aceptar un regalo. Cuando se habló por las autoridades de rendir un homenaje a su valor, desapareció con su mula una noche y regresó un mes después más hosco y más agresivo si cabe. Nadie volvió a acordarse del asunto.

Un día salí con una expedición de caza. Ibamos tres con un arriero: un español, Mendieta, viajante de comercio; un inglés, míster Harper, que compraba cacharros embalándolos como tesoros, y yo. Salimos al atardecer con dos mulas de refresco, marchando toda la noche a través de los pedregales, siempre arriba, alumbrados por esas lunas maravillosas propias de las latitudes, brillantes como soles en la atmósfera helada y transparente. Al amanecer hicimos alto para un breve descanso. Preparamos el desayuno: el inglés dijo que extrañaba su jamón con huevos. Trepados a un cerro buscamos largo rato en vano una manada: nada movible aparecía en los valles; un silencio angustiante nos rodeaba. Provisto de un prismático escruté las sombras brumosas que se iban disipando lentamente. Cuando el Sol apareció alumbrando el escenario con blancura dolorosa, el contraste abajo fué más fuerte.

De pronto algo se movió frente al lente a enorme distancia; a su lado otro; más allá un tercer bulto; luego muchos...

— ¡Guanacos! — grité a mis compañeros.

Míster Harper me arrebató el lente. Hube de orientarlo largo rato, con impaciencia, mientras detrás de nosotros las mulas dormitaban sin hambre o quizá por esta misma causa.

La luz a brochazos se abría camino en la profundidad. El inglés no apartaba los ojos del prismático. Indudablemente la visión debía interesarle.

Calculamos la distancia: media legua hasta la manada, es decir fuera del alcance de nuestras carabinas, con éxito al menos. Era necesario esperar o bien que aquella se acercara a una vertiente próxima, o que algún accidente la pusiera a tiro de nuestras intenciones. El arriero aconsejó guardar silencio y el menor movimiento posible. Estábamos bien ubicados con viento que soplaba del lado de los animales. Estos al parecer se acercaban lentamente: calculamos que tres horas después se hallarían al alcance de nuestros disparos.

Echado boca abajo sobre una piedra saliente admiraba el panorama. Con mi lente, incansable fuí escudriñando el valle buscando con qué matar las horas. *Súbitamente tuve un sobresalto. A mitad* de camino de la manada apareció un cuerpo obscuro, borroso, indefinido. Se movía, sin embargo:

— ¡Un puma! — grité.

— ¿Dónde?

— ¡Allí, tras de aquellas piedras!

Míster Harper, presa de gran emoción, me pidió suplicante el lente. Apuntó con él al sitio marcado por mí; su investigación fué larga y minuciosa. Finalmente debió hallar el objeto, porque los prismáticos permanecieron inmóviles:

— ¿Y? — le pregunté malhumorado.

— ¡Maldito pulso! — contestó. — No puedo ver bien... Se mueve demasiado.

Se refería al lente.

Con insistencia precipitada le supliqué que me lo cediera. Lo hizo al último con una interjección británica que no quise oír. Antes de apuntar con él a la fiera me volví al arriero. A pocos metros, inmóvil, miraba curiosamente con su maravillosa vista al extraño ser perdido en la inmensidad del valle. Lo interrogué:

— Es puma, ¿verdad?

— No, ñor... Puma duerme de día...

Me quedé maravillado por el pensamiento sencillo que no se me había ocurrido. Sin embargo el bulto estaba allí. Al enfocarle los gemelos lo distinguí mejor. Se arrastraba por el pedregal lentamente rumbo a la manada. A momentos parecía





erguirse y rápidamente volvía a ocultarse a aquella, que, confiadamente, seguía avanzando despacio, sin alarma.

—¿Qué es, entonces? — pregunté colérico ante una risita de Mendieta.

—Punca, ñor...

—¡Hombre, haberlo dicho!

—¡Punca! — preguntó el inglés. — ¿Qué es eso?

Hube de explicarle rápidamente quién era Punca. Al oírme míster Harper repitió las interjecciones británicas, muchas traducidas al castizo:

—¡Maldito sea! Bruto, estúpido... ¡Nos arruinó la caza!

Lleno de furia levantó con presteza la carabina todavía estéril. Lo detuve.

—No se precipite, míster Harper. Verá algo mejor que nuestra cacería: un nativo cazando sin armas de fuego. Le pido no me haga perder esta ocasión...

Mendieta también estaba furioso. Hasta habló de matar de un tiro al maldito colla. El arriero oía todo impasible. Lo llamé:

—Dígales a estos señores — exclamé — si es posible cazar esos guanacos evitando la presencia de Punca.

—No.

—¿Verdad que será tiempo perdido?

—¡Así será...!

Se convencieron mis cofrades: uno en inglés y el otro en español purísimo se desataron en improperios contra el "opa" que así venía a cruzarse en nuestro camino.

—¡Nos ha arruinado el día! ¡Maldito sea...!

—¡Que el diablo cargue con él! — rezongaba míster Harper.

Me descuidé de ambos que fumaban rabiosos como dos chimeneas. Dirigí el lente a Punca. Ahora, gracias al sol que tostaba ya, pude verlo de cuerpo entero. Iba absolutamente desnudo, a gatas, doblados en arco los brazos como los remos delanteros de un perro alemán. Se arrastraba con una lentitud desesperante. Cada movimiento leve era seguido de larga inmovilidad.

Llegó mediodía. La manada se había acercado mucho. No debía mediar mayor distancia entre el colla y aquélla.

Punca no se movió más. Viéndolo tendido y obscuro me pareció a momentos la sombra grotesca de una piedra.

Así corrieron las horas: mis compañeros charlaban y reían. Se burlaban de mí, pero habían acatado mi pedido. Súbitamente percibí una alarma en los animales. Desvié un poco los ojos: hombre y guanacos se hallaban en el mismo campo del lente. Vi a Punca tirado de espaldas con los pies en dirección a la manada.

En un momento dado percibí que sus rodillas subían lentamente al encogerse las piernas. Luego su mano derecha comenzó a voltear rápidamente. La tropa se detuvo: el que formaba cabeza miró en dirección del colla nerviosamente, como si temiera algo. Olfateaba indudablemente el aire. Todas las cabezas de los guanacos se habían vuelto en la misma dirección. Se iba a iniciar la fuga.



—¡Pronto! — oí que decía el inglés.

En ese instante, como un resorte que se suelta, Punca se puso de pie: algo salió disparado. Al mismo tiempo di un brinco: junto a mí Mendieta y míster Harper habían hecho fuego. A la distancia, mientras la tropa huía a velocidad increíble, algo cayó: el macho delantero que vigilaba la tropa. Se revolcaba al parecer en los estertores de la agonía.

Punca sin parar atención en los tiros corrió hacia el caído: de un salto se precipitó sobre él. Pareció entablarse entre ambos una lucha gigantesca. Nosotros bajamos a saltos el valle. Mendieta y Harper gritaban como locos no sé qué...

Llegué el primero, sin aliento. El pobre animal, casi inmóvil ahora, como resignado, con sus ojos mansos muy abiertos, soplaba ruidosamente. Los cuartos traseros estaban aún maneados por las mismas boleadoras. Punca no nos miró siquiera, esperando sin duda la reclamación.

—¡Yo *voltié* ese animal! — gritó rabiosamente míster Harper. — Es mío...

—¡Qué va a ser, hombre! — aullaba Mendieta. — Fué mi tiro que lo volteó.

El arriero llegaba junto a nosotros:

—El guanaco es de Punca — sentenció.

—Yo lo herí — vociferó el inglés, perdida su flema británica.

—Un momento — dije. — A ver la sangre.

Tomamos al animal, lo dimos vuelta. Apareció su piel brillante y sana.

Punca no había dicho una palabra.

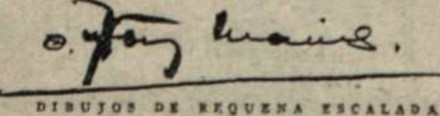
—¡Qué extraño! — murmuró míster Harper. — Cayó en el momento en que yo hacía mi tiro.

Hizo una nueva observación meticulosa del animal. Tuvo que rendirse a la evidencia.

—El guanaco es suyo, Punca — exclamé.

Levantó los ojos y me miró. En aquella mirada generalmente apagada brillaba un punto de ironía. Se plegó su boca en una sonrisa.

Y mientras nos alejábamos sin haberle podido arrancar una expresión y en tanto que Mendieta discutía él solo haciéndose las preguntas y las respuestas y míster Harper lo miraba desdeñoso, oí el gemido del animal sacrificado. Punca, sin mirarnos, como si fuéramos sombras, comenzaba a desollar tranquilamente la res.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



RESFRIO



en un día bastan para cortar un Resfrío quitándole su gravedad. Tóme uno cada dos horas. Millares de personas así lo hacen, y con entusiasmo también a otras lo recomiendan. Contra Resfríos, Geniol es lo mejor.

La triple fórmula del Geniol, le permite una triple y simultánea acción, pués el Geniol Calma, Entona y Descongestiona, procurando desde la primer dosis un alivio de la Cabeza, que se despeja, y de los pulmones que trabajan menos, pués la aspiración se hace mas profunda, debido a la descongestión que se produce y a las fuerzas que renacen.

Geniol

QUITA EL DOLOR

DA BUEN HUMOR

$ 1.30



Preparado por los Laboratorios Suarry

EL TUBO DE 20 PASTILLAS

Arquitectura

La arquitectura budista y neobrahmánica de la India está sometida ciertamente a las leyes de una estructura de revestimiento. Pero no basta el punto de refugiarse a toda costa en lo superficial. El hindú no evita lo cúbico y sabe moverse conscientemente a través de todas las fantásticas posibilidades de una configuración corpórea llena de vida y movimiento. Aquí, en contraposición absoluta con las costumbres imperantes en los antiguos países del Oriente islámico y cristiano, la voluntad plástica, como ya vimos, es la que reviste la estructura lapidaria para dominaria, para someterla a las inspiraciones del artista. En Occidente la idea arquitectural de nuestras catedrales flota triunfante sobre la multitud de figuras de una estatuaria noble y armoniosa. El escultor debía someterse al arquitecto. En la India, al contrario, el arquitecto no es nada; el escultor lo es todo. Durante largos siglos de los períodos de gestación, el hindú estuvo encadenado a las posibilidades de la madera, dócil a los caprichos del artista. Y de entonces le ha quedado un hábito, el hábito de trabajar la piedra como si fuese madera, tanto en los grandes elementos arquitectónicos como en la decoración plástica figural y ornamental. Hasta esos caballos que se destacan en las columnas y pilares de las galerías de Madura (siglo XVII) se ofrecen, no como esculturas pétreas que son, sino como si hubieran sido tallados en madera.

Se ha sostenido que el templo dórico imita las maneras de la arquitectura primitiva de los griegos, de aquella cuyo material eran los troncos desbastados de los árboles. No es posible negar que hay en esa presunción mucho de verosímil. Pero también es cierto que la impresión definitiva que un templo dórico nos deja — recuérdense el templo de Pestum y el Partenón — es en absoluto lapidaria: la piedra en Grecia ha vencido a la madera. Decimos lapidaria y quizá seria más exacto decir cristalina, si admitimos que el cristal simboliza en arte la noción de lo accesible, de



— Eso de esperar a que un pez agarre el anzuelo, es una lata.

— Lo mejor es tirar la caña y meterse en el agua...

— Permanecer dentro todo el tiempo que uno quiera...

— Y llenar el canasto con los peces que se agarren con la mano.

(De *Fantoche*, Méjico).

hindú

algo ajustado a la medida del hombre. De este modo, desde los días de Grecia la arquitectura netamente occidental se mantiene alejada de toda arquitectura de revestimiento y de los medios que le son peculiares. Mientras tanto en la India era la norma desde antiguo imitar en la piedra las modalidades de cualquier otro material plástico; éste es uno de los principios fundamentales de su arquitectura de revestimiento en cuanto concierne a las puras esencias formales. Más tarde, cuando la voluntad plástica languidece, comienza a usarse otro medio de ornamentación inspirado en los revestimientos con piedras preciosas propios de la arquitectura islámica. Hasta en los más gigantescos monumentos son de ver entonces los centelleantes mosaicos de minúsculas porcelanas cubriendo con su policromía todos los muros y fachadas. Tal es el caso en ese estadio avanzado en que se funden todos los desarrollos arquitecturales de la India, estadio conocido con el nombre de *rococó siamés*. En lugar de un cúmulo inmoderado de figuras, en lugar de las postreras cristalizaciones de las más elevadas posibilidades escultóricas, en lugar de ese máximum de plasticidad, que nos ofrece, por ejemplo, el barroco del sur de la India, vemos surgir de nuevo una tendencia a la inmaterialización, a los efectos superficiales. Las plásticas decoraciones de los monumentos siameses son vivos testimonios de esta evolución. Y también las ciclópeas *estupas* de la Indochina — tal la famosa pagoda *Shwe Dagoon* en Rangoon — forradas literalmente con hojas de oro muy a menudo renovadas; sobre estas superficies relumbrantes el sol de los trópicos vierte sus oleadas de luz que se reflejan con una inconcebible magnificencia de destellos; los enormes sillares, la piedra ingente pierde su materialidad; las esencias formales espiritualizan la materia bruta.

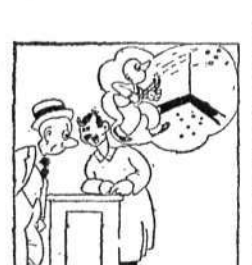
O T T O   H O V E R



— Me han dicho que la *naftalina* es muy buena para matar los parásitos.

— Deme diez bolitas de naftalina.

El droguero (al día siguiente). — ¿Otras diez? Aunque sea mucho preguntar ¿para qué las emplea?




— Para matar los parásitos; pero todavía no tengo puntería.

(De *Buen Humor*, Madrid)

A sus visitas— sirva nuestras "VISITAS"



LAS Galletitas "Visitas" no faltan nunca en las fiestitas familiares. Es que una caja de este surtido es un verdadero tesoro de sorpresas y placer. Incluye una variadísima selección de las más exquisitas y costosas galletitas que se conocen.

Sus vivos colores y sus gustos delicados dan alegría a la mesa y deleite a los paladares.

Hay galletitas con fruta, con jalea, con coco, con chocolate, con crema de Chantilly, dulces y semidulces; en fin, la **crema** de nuestras cincuenta y dos variedades de galletitas.

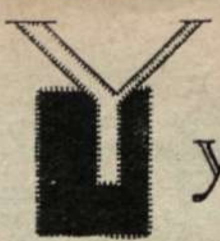
Pague lo que pague, no podrá servir nada más delicioso ni más aristocrático que el famoso Surtido Visitas.



SURTIDO

VISITAS

Bágley



¡Y ya te veo, pebete!

Por Eduardo R. Rossi

¡Ven a mis rodillas, ven
y dame un beso, tesoro!
¡Qué hermoso estás y qué bien
se esparce sobre tu sien
el cabello en bucles de oro!

Queda quieto y oye atento
lo que te voy a contar.
Ahora te voy a rimar
un poemita en vez de un cuento.

El poemita de tu vida
rebosante de ilusiones,
arrullada por canciones
y por amores tejida.

Veo tu vida lozana
que se está abriendo triunfal,
como un florido rosal
al beso de la mañana.

Y te veo en mi soñar,
crecer, mi lindo pebete...
¡y te veo hecho un cadete
del Colegio Militar!...

Te veo, al cinto colgado,
tu espadín de reglamento;
y, altanero y bien plantado,
ya te veo abanderado
con jinetas de sargento.

Y ya te veo pasear
por esas calles porteñas,
mientras cien pibas risueñas
van marcando tu pasar
con guiñadas y con señas.

Y, encendidas de rubor,
al verte pasar marcial,
mientras besan una flor,
soñarán con el amor
de mi futuro oficial.

¡De línea vas a salir,
y desde Coca a Meneca,
las chicas, como manteca
se te van a derretir,

cuando te vean pasar
en criollo corcel jinete,
con tu traje de cadete
del Colegio Militar!...

Eduardo R. Rossi

Gloriosa enseña

Símbolo de la patria que gallarda se enarbola entre las compactas filas, para que se la tenga presente en todo momento. Lábaro triunfante que jamás el insolente vencedor oriundo de otras comarcas ató a su carro de victoria. Eléctrico talismán de sugestión emocionante. Potencia moral, bárbara, que enardece la masa regimentada y fuerte, y transforma en llama el hielo del estupor: encadenando al mismo tiempo con imperio y marcial solidaridad, bajo su dominio absoluto, todas las voluntades, por más irreductibles que sean. Bajo la disciplina de esta ley grandiosa, de este espíritu de secta, que atrae y congrega con votos solemnes, multitudes armadas, especie de mezcla de amor inmenso y deber adusto, que sólo vive en el alma del soldado, se alcanza el último grado de heroísmo. Es preciso sentir en medio del fragor de la batalla el grito angustioso del alma que sale del pecho como rugido de león herido: "La bandera está en peligro. Soldados: ¡a salvarla!" para poder comprender, sentir con toda la concepción del espíritu lacerado, la desesperación del coraje, la abnegación llevada a la cumbre del sacrificio que errumpe como una explosión de la patria airada, de lo más profundo del corazón guerrero, que todo lo expone para evitar el deshonor de perder la bandera que se le ha confiado a su valor, que ve en el espasmo de la razón perturbada que ya cae en manos del enemigo; es que la enseña sagrada es un pedazo de tierra que arrancan de su hogar, es el suelo bendito en que ha nacido: oasis feliz de su amor primero, y de su cariño funerario de la última hora; allí, donde duermen para siempre sus hijos, sus padres, sus abuelos.

La bandera es el lazo moral que eslabona con solemne voto, voto que vibra por instinto en el robusto pecho de esos cartujos de la gloria, que llaman soldados, por ella todo lo sacrifican; y sacuden con enérgico afán los amagos de la nostalgia; por ella todo lo sufren: miseria, esclavitud, los rigores de la inclemencia del tiempo, el martirio de las heridas, su orgullo de hombres libres; todo por la bandera, sí, todo por la bandera.

El batallón San Nicolás guardó incólume su honor, su honor de cuerpo; porque guardó su bandera, aquel hermoso estandarte bordado por bellas manos, asociando así el culto de la mujer al culto de la patria, y desde ese momento sus pliegues fueron la sombra en la que se cobijaron los bravos.

Formado de las milicias del pueblo de San Nicolás de los Arroyos, de la provincia de Buenos Aires, constituyó una fuerte unidad de combate, haciendo parte de los ejércitos que combatieron en Cepeda y Pavón.

Al iniciarse la campaña del Paraguay, al mando del comandante Boerr, le toca con el 1º de línea formar la primera brigada de la división del general Paunero.

Desde las márgenes del río Paraná marcha hasta las del Uruguay y se encuentra en la batalla de Yatay, asistiendo al sitio y rendición de la Uruguayana.

José Ignacio Garmendia

LOS JABONES de MYRURGIA

Creados para Embellecer

En su fabricación paciente, meticulosa y sabia, se emplean los más caros y finos ingredientes. En el secreto de su pasta inimitable, radica su real y positiva virtud de embellecer la epidermis y hacer posible la juventud eterna, y en su fragancia sutil y acariciante, se evidencia la original y magnífica personalidad de MYRURGIA.

Son los de MYRURGIA, los jabones más finos, los que más duran **y los únicos que Vd. debe usar señora, si en verdad quiere tener en su tocador el mejor aliado de su natural y juvenil belleza.**



MADERAS de ORIENTE



Los productos MYRURGIA son importados





AGUA DE COLONIA

FLORA · IBERICA

CONTRA LAS CANAS

Con su uso, devuelve en diez días a los cabellos blancos su primitivo color. No mancha la piel ni la ropa, da brillo y suavidad al cabello y evita la caspa.
Su aplicación es igual a cualquier loción de tocador, y su fragancia es suave y atractiva

FLORA IBERICA

es lo mejor que existe para las canas. Pruebe y compare. Jamás usará otra.

Unicos importadores para la República Argentina:

GONZALEZ, ANGUITA & Cía. - Alsina, 1056-58 - Buenos Aires

El Valle de la Abundancia

Por
María Celina
Neyra de Sola

Sin duda alguna fué un gran humorista el que bautizó aquel trozo de tierra con el pomposo nombre de Valle de la Abundancia. En esa llanura casi ahogada por las sierras sólo crecían cactos, cuyas hojas estaban continuamente recubiertas por una capa de polvo gris. No se recordaba allí haber visto llover; por lo tanto, sus habitantes se pasaban la vida mirando al cielo, ansiando la llegada de alguna nube que trajera la limosna de unas gotas de agua, y las seis o siete escuálidas vacas — propiedad de un rico vecino — buscaban inútilmente una brizna de pasto verde. El caserío se componía de una cincuentena de miserables ranchos con techos de paja descolorida por el ardiente sol. Eso sí, dos eran las pulperías que se hacían competencia en la venta de licores y vinos, amén de unas malas telas, peor tabaco y unas cuantas alpargatas. Esos negocios se veían continuamente concurridos y tenían la particularidad de poseer un solo vaso cada uno, de manera que los parroquianos debían esperar pacientemente el turno para poder beber. Pero, como no tenían prisa y así estaban acostumbrados, no le daban a la cosa mayor importancia.

El edificio mejor construído era la capilla, blanqueada por fuera y muy sucia por dentro. El pequeño campanario carecía de campana, mas no le hacía falta, porque los fieles concurrían puntualmente a misa todos los domingos a la salida del Sol. Una vez al año — el día de San Fructuoso, patrono del lugar — se hacía una gran fiesta, implantada por el señor cura. Este buen viejo, llegado al valle hacía unos cuantos años, no olvidaba la bella y lejana tierra que lo viera nacer; una pintoresca aldea española, con sus casitas blancas rodeadas de verdura, sus altos trigales y un arroyuelo cuyas transparentes aguas saltaban entre los guijarros, produciendo un dulce rumor.

Al caer la tarde don Pastor se sentaba en el banco que había en la puerta de su actual pobre casucha, cerraba los ojos y por momentos se hacía la ilusión de encontrarse en su aldea y estar oyendo el rumor producido por las aguas.

La pequeña huerta del señor cura era el oasis de aquel desierto; había allí toda clase de hortalizas, como también una higuera — único árbol del lugar — y varios pies de viña que su dueño cuidaba amorosamente. Llegado el momento de recoger su escaso producto, don Pastor mismo lo transformaba en exquisito vinillo que guardaba celosamente para las grandes ocasiones. El jefe político de la región llegaba de tarde en tarde a charlar con el cura y saboreaba con deleite aquella aromática bebida con que le obsequiaban.

Un burrito de ojos inteligentes era el que servía para dar vuelta la noria y también transportaba en su lomo a don Pastor cuando éste iba a prestar socorro a algún moribundo.

En las fiestas del santo patrono la gente del pueblo coöperaba gustosa. Con anterioridad se hacía una colecta entre los vecinos del Valle de la Abundancia y hasta entre los de un pueblito cercano que quedaba del otro lado de la sierra. Naturalmente, éstos asistían a la solemne misa seguida de procesión. Se sacaba entonces al santo del altar, se lo colocaba con ceremonia en una angarilla y así era llevado por los cuatro fieles más robustos del pueblo. Seguíanle los niños y niñas vestidos con sus mejores ropitas, pero con los pies desnudos. Después iban las mujeres con sus hijos en brazos y cerraban la marcha los hombres, llevando cada uno una palma bendita. En primer término el muchacho que mejor se portara en la clase de doctrina iba tocando el tambor. No lo hacía muy bien, pero ponía en ello tan buena voluntad...

Después de dar una vuelta por el pueblo, volvían al santo a su altar y el cura repartía entre chicos y grandes estampas y golosinas traídas de la capital. Así hubiera continuado la apacible vida de los habitantes de aquel valle, de no mediar la autoridad de un nuevo jefe político llegado sin que nadie lo esperara ni necesitara. Aquel hombre era un militar retirado llamado don Eladio Núñez. Se instaló en el pueblo y a los pocos días fué a saludar a don Pastor y ponerse a sus órdenes. Después de una larga plática que sólo fué interrumpida por una invitación del señor cura, empeñado en hacer probar su vino casero, se separaron buenos amigos, prometiendo don Eladio ayudar al progreso del pueblo, trabajar en bien de sus hijos y honrar a Dios como se debe.

Más tarde recorrió el caserío, visitó a los vecinos, acarició a los chiquillos, a los que regaló algunas monedas, y por último se dirigió a las pulperías. Asombrado quedó cuando vió que todos los hombres bebían en un mismo vaso, y pidió explicación de tan extraña costumbre. Nadie supo darla. Antes de retirarse entregó dinero a los dueños para que adquirieran vasos en cantidad suficiente para todos los clientes. A pesar de su buena voluntad, no faltó quien protestara por tal innovación y hasta corrió el rumor de que los pulperos cerrarían sus puertas durante dos días en señal de protesta.

Don Eladio, en su afán de "hacer algo", fué de nuevo a ver al cura proponiéndole recolectar dinero con el fin de hacer pintar la capilla por dentro y fuera, componer las numerosas grietas de las paredes y cambiar la vieja puerta, que por sus roturas permitía entraran al lugar sagrado toda clase de alimañas.

Don Pastor puso el grito en el cielo, protestó

enérgicamente diciendo que conocía perfectamente a sus fieles, a los que no les interesaba si la iglesia estaba o no pintada, y que sólo iban allí a venerar al santo. Pero don Eladio objetó que no era en beneficio de los fieles sino en honor a la casa de Dios que se debían hacer esas reparaciones y... se dió comienzo a la obra. Gente del lugar fué encargada de ejecutarla. Poco adelantaban los dos hombres en las "dos horitas" de trabajo. El calor les quitaba a los pobres las pocas fuerzas que tenían... Afligido el buen cura, veía llegar el día de San Fructuoso y temía que los arreglos no estuvieran terminados; así que, cuando los obreros se marchaban, subía a los andamios con una agilidad rara en sus años y daba unos cuantos brochazos para concluir de una vez con aquello.

Tres días antes de la fiesta los feligreses del valle y los del pueblo cercano se congregaron en casa de don Pastor pidiendo que se designara a los cuatro hombres que conducirían en andas al santo. Eran pocos los puestos, y los postulantes muchos. Algunos de los más ricos ofrecieron dinero. Entonces al buen cura se le ocurrió un medio para complacer a todos, y propuso que los puestos fueran rifados. Cada uno daba su óbolo y recibía un número. Salieron agraciados tres hombres de la localidad y uno del pueblo vecino. Como éstos no quedaron satisfechos con el resultado obtenido, se eligieron cuatro hombres más y resolvió don Pastor alargar las varas de la angarilla para poder dar cabida a los nuevos portadores. Seis de éstos eran de elevada estatura; los otros dos, más bien pequeños, protestaron porque tendrían que ir con los brazos en alto. Calmóles el cura, y para contentar a los muchos que pedían lugar preferente junto a la imagen del santo, quedó decidido poner varios cordones que, partiendo de la angarilla, pudieran ser llevados por los fieles.

Llegó por fin el día de la fiesta y, naturalmente, nadie faltó a misa. Daba gusto ver a esa gente humilde que llenaba el templo. Los hombres llevaban anudados al cuello pañuelos de vistosos colores; las mujeres estrenaban zapatos con tacos, y los niños lucían sus caras limpias y el cabello peinado. La capilla en su albura semejaba un enorme jazmín abierto al rocío de la mañana. El altar resplandecía con sus numerosas velas encendidas, y el cura oficiaba, radiante de alegría. Los concurrentes admiraban las mejoras del templo, pero estaban visiblemente nerviosos e impacientes, ansiando el momento de iniciar la procesión, que sin duda alguna sería la más hermosa que se había llevado a cabo, debido a las innovaciones hechas.

En momento en que don Pastor daba la bendición, llegó a todos los oídos el redoble de un tambor. Prestó atención el sacerdote y los fieles miraron hacia atrás, como queriendo ver de dónde provenía el extraño sonido y quién era el que se atrevía a interrumpir así la ceremonia. Como el redoble se oyera más cercano, algunos hombres abandonaron sus puestos y salieron para cerciorarse qué era aquello. Las mujeres, algo atemorizadas, se preguntaban si sería anuncio de revolución, y los chicos pensaron que sin duda el buen muchacho de la doctrina se había puesto a tocar con demasiada anticipación. Don Pastor apresuraba inconscientemente el final de la misa, que, por otra parte, nadie seguía, distraídos por el inesperado acontecimiento. Terminado el oficio, los hombres designados se dirigían a colocar la imagen en la angarilla, cuando hizo irrupción en la iglesia don Eladio, uniformado y lleno de entorchados, al frente de una compañía de soldados hechos venir expresamente para el acto. Estos también vestían de gala y llevando bayonetas caladas. Luego el jefe ordenó a sus hombres rindieran armas a San Fructuoso. La estupefacción de los feligreses iba en aumento; contemplaban boquiabiertos el espectáculo para ellos desconocido. Don Eladio, saludando con su espada hasta tocar el suelo; los soldados, rodilla en tierra, y el abanderado, inclinando la enseña patria. Esta actitud extática era acompañada del redoble del tambor. El efecto fué extraordinario. Don Pastor y su acólito, dando espaldas al altar, no volvían en sí de su asombro. Don Eladio y sus hombres avanzaron, retiraron los cordones ya preparados, colocaron al santo en la angarilla y levantándola se pusieron en marcha; los otros soldados formaron alrededor de ella apretada fila. Y... no hubo nada que hacer; los fieles no pudieron acercarse al santo y siguieron de mala gana tras de él, mientras mascullaban no se sabe si oraciones o palabras de protesta. Así se recorrió el pueblo. Terminado el acto, los afligidos vecinos se dirigieron a la casa del cura pidiendo la devolución del dinero, ya que las cosas se habían hecho en muy distinta forma de lo estipulado, defraudando así sus más caros deseos. Parte de ese dinero lo había gastado ya don Pastor en velas, cordones y arreglos de la angarilla. Como los interesados no entendieran razones, tuvo que intervenir don Eladio para calmar los ánimos y explicar que en lo ocurrido no había habido mala voluntad de parte de nadie y cómo él había querido dar una agradable sorpresa al cura y rendir mayor homenaje al patrono. Después de discutir y consultarse, quedaron conformes en que se les entregara la mitad de sus aportes y se marcharon llevando en sus ánimos una cordial antipatía a don Eladio, que de esa manera les había aguado la fiesta.

Al poco tiempo marchábase el jefe político de la región y nunca se supo cuáles fueron los motivos de tan brusca partida.

Desde entonces han pasado seis años. La calma ha renacido en el Valle de la Abundancia; los vasos de las pulperías se han roto y sólo queda uno, donde beben por turno los parroquianos; la gente no se cansa de mirar al cielo para ver si llega la ansiada nube cargada de agua; la blanqueada iglesia se descascara día a día; el sol hace resquebrajar la tierra; los cactos han ido multiplicándose, y el burro sigue dando vueltas a la noria. El señor cura, algo más viejo, se sienta todavía a la puerta de su casa, contempla los montes próximos, sonríe algunas veces, quizás pensando en don Eladio; luego cierra los ojos, recuerda su lejana patria y cree oir aún el murmullo de las aguas de aquel arroyuelo.

María Celina Neyra de Sola

La Independencia y San Martín

Jura de la Independencia

En la ciudad de Mendoza, a ocho de agosto de mil ochocientos diez y seis, reunidos en la sala de despacho del señor gobernador e intendente de la Provincia, coronel mayor don José de San Martín, todos los jefes del estado mayor del ejército en sus diversos ministerios, los de los cuerpos de línea que lo componen, desde la clase de brigadier a la de sargento mayor inclusive, y asimismo el teniente vicario general castrense, leída a consecuencia la famosa acta del soberano Congreso Nacional de 9 de julio del corriente año, por la que su soberanía sancionó por aclamación plenísima y voto unánime la independencia y emancipación absoluta de las Provincias Unidas del Sur en esta parte de América de la dominación del rey de España, Fernando VII, sus sucesores, y metrópoli y de todo otro poder extranjero; y concedido un intervalo justo a los transportes de placer y ternura más sublimes que inundaron a todo el concurso, tomó el señor intendente la palabra anunciando el sagrado objeto de la reunión, y puestos en pie los circunstantes, les recibió juramento y protestación solemne de promover y defender la enunciada independencia y libertad de estas provincias sosteniendo sus derechos hasta con la vida, haberes y famas, según la fórmula de juramento mandado cumplir por el mismo soberano cuerpo, lo que protestaron cordialmente en el modo más cumplido.

Con lo que terminó este acto. — José de San Martín. — *José Ignacio Zenteno*, secretario del ejército.

Sobre las elecciones de los Cabildos con motivo de la expedición a Chile

Es sin duda de la más alta importancia y forma el objeto de mayor interés de las Provincias Unidas al éxito dichoso de la expedición que debe obrar la libertad del reino de Chile, y todo medio capaz de inducir el menor estorbo a tan estimable fin exige su remoción por cuantos resortes estén a nuestros alcances. Así es que cuando V. S. y el ilustre ayuntamiento de esa ciudad presentan la benemérita provincia de Cuyo, expuesta a convulsiones en el momento mismo de seguirse el más tranquilo, rápido y simultáneo concurso de sus habitantes para realizarla, ha resuelto la soberanía que sin embargo de lo prevenido en el capítulo 2º de la sección 5º del reglamento últimamente sancionado y circular que en su consecuencia se expidió en 26 del pasado, para que las elecciones de cabildos se hiciesen popularmente; en el presente año en todos los ayuntamientos de esa provincia se posesionen de dichos cargos los que fueron electos últimamente o en caso de no haberse practicado los nombramientos se verifiquen por el mismo método que hasta el presente.

Lo que se comunica a V. S. para su inteligencia y cumplimiento, a cuyo efecto deberá participar esta resolución a los cabildos subalternos de San Juan y San Luis.

Congreso en Tucumán, 24 de diciembre de 1816. — Dr. Pedro Miguel Aráoz, Presidente; *José Mariano Serrano*, Diputado secretario. — *Al gobernador intendente interino y cabildo de la ciudad de Mendoza.*

Los tiranos

La batalla de Caguazú vino a producir sobre el aletargado espíritu del pueblo de Buenos Aires un efecto conmovedor. En todos los semblantes se reflejaba la esperanza. Las gentes salían a la calle, se aventuraban hasta las plazas. Una ráfaga de libertad parecía llegar desde lo lejos... Y el tirano empezaba a temblar en Palermo. La manera de proceder de todos los tiranos es idéntica. Lo mismo oprimían y derramaban sangre Gengis Kam que Cambises, que Nerón, que Calígula y Mahomet III. Su fuerza se apoya en el terror. Lo cual no impide que lleven siempre el alma atormentada por la desconfianza y el miedo. Raro es el tirano valiente. Cuando alguno de ellos llega a serlo, suele mostrarse generoso alguna vez. Pero Rosas era un cobarde, y pertenecía, por consiguiente, al número de los más repugnantes. Tenía siempre su reserva de víctimas para sacrificarlas sin misericordia, cuando su rabia, su capricho o su sed de sangre lo impulsaban a matar. Y en esto, como en lo demás, se parecía a sus más nefandos predecesores. Los emperadores del bajo imperio acopiaban carne humana para arrojarla viva en el circo a la voracidad de las fieras. Dionisio de Siracusa la despedazaba a lanzazos por su propia mano. Rosas guardaba hombres para darse el bestial placer de entregarlos, en circunstancias dadas, al fusilamiento y el degüello. Vió en aquel entonces que el pueblo se agitaba, y temió acaso una reacción. Tal vez creyó escuchar gritos de condenación y de venganza; tal vez se creyó en peligro. Lo cierto es que la noche del día en que se supo en Buenos Aires el espléndido triunfo que el general Paz había obtenido en Caguazú sobre las armas del dictador, éste llamó a su presencia a Reyes y ordenó una hecatombe. Y los condenados a marchar al sacrificio fueron los jóvenes patriotas en cuyo grupo se encontraba Leonardo.

¡Qué magnífica ocasión para Torcidas, de dar una prueba más de adhesión a la "Santa causa", luciendo algunos de sus diabólicos inventos! No la malogró, por cierto, y su satánica maquinación mereció el aplauso del tirano.

— Soy de parecer que la correa salga del mismo cuero — dijo Torcidas a Reyes. — Ese mocito Espinosa se ha mostrado amigo de los "salvajes" que van a morir. El oficial que los ha provisto de pan y vicios debe ser el mismo encargado de ordenar la descarga que acabe con semejante polilla.

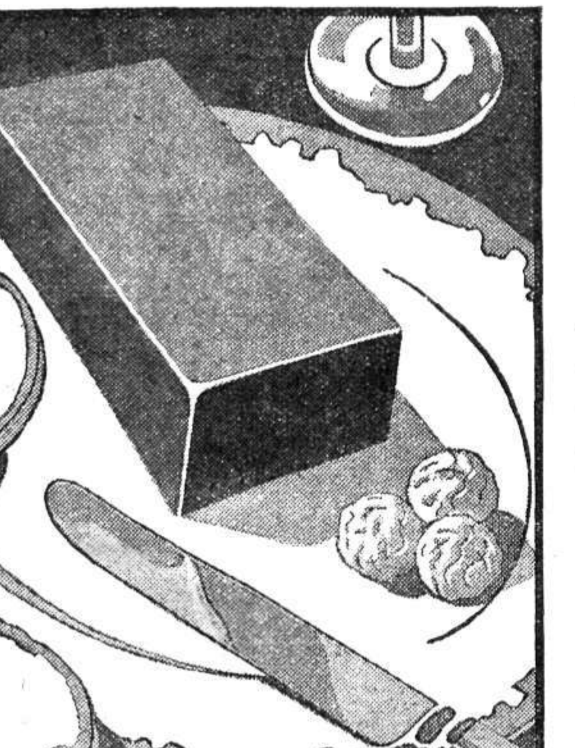
La indicación fué aceptada en el acto. Y se llevó a cabo la inaudita infamia de obligar a Espinosa a ser el ejecutor de sus amigos.

Antes de que avanzara el pelotón que debía ultimarlo, Leonardo se quitó la blusa que llevaba. La besó devotamente y suplicó a Espinosa que la hiciera llegar a manos de cierta dama, quien se encargaría de ponerla en manos de su madre. Una descarga cerrada abatió todo el grupo de mártires. Y dos carretas pasteras condujeron luego los cadáveres hasta la hoya común. Así se cumplieron los fatídicos sueños que en una noche de nuestra adolescencia me refiriera mi desgraciado amigo a orillas del río...

Pedro Echagüe

¡Qué gran Comodidad...

significa este Postre que Noel *le ofrece*



para la

Comida de Hoy!...



SIN moverse de su casa, con sólo encargárselo a su almacenero Ud. podrá tener hoy mismo un postre rico... y por tan poco dinero...

Los paquetes de dulce de membrillo creados por la casa Noel, contienen un dulce suave, sabroso y resultan tan económicos que las amas de casa hacendosas lo prefieren a cualquier otro postre. ¡Un paquete herméticamente cerrado, que conserva el dulce fresco y limpio! ¡Cuesta sólo 20 ctvs. y alcanza para cuatro personas! ¡Y qué dulce! Está hecho con membrillos maduros y azúcar refinado... de inmejorable calidad... Pero mejor es probarlo... Llame a su almacenero y pídale uno de estos paquetes o si no, cuando salga, en cualquier parte, podrá encontrarlo siempre fresco y sabroso.

La porción familiar protegida por un envase y una marca.

OTROS EXCELENTES PRODUCTOS NOEL

Chocolate Noel.
Caramelos "Capitán Kid"
Bombones "Caresses"
"Kelito"

Uno de los 88 manjares NOEL

20¢
en la Capital Federal



Pida siempre así:

= *"un paquete de* DULCE NOEL" =

NOEL & CIA. LDA. • FUNDADA EN 1847 • BUENOS AIRES



El árbol que nunca muere

Es el ombú. El más genuino y característico de los árboles de nuestro suelo. Peculiar de esta parte de la América del Sur, pertenece al género "Fitolaca", especie "Dioica", cuyo nombre griego significa "dos casas", pues estos árboles tienen la particularidad de ser unos masculinos y otros femeninos.

En botánica el ombú tiene el nombre de "Picurnia dioica". Es el árbol del pueblo pastor, al que ofrece sombra y amparo en medio de la pampa. Nunca se le ve en los montes, y una de sus características es su longevidad. Nadie ha visto a un ombú seco de vejez. Además de su longevidad, está más bien dotado por la naturaleza, que no hay huracán que lo derribe, ni sequía ni fuego que lo destruyan. En sus abultadas raíces tiene una reserva de jugos que absorbe en los días de humedad.

ARBOL LEGENDARIO, CANTADO POR LOS POETAS, RECORDADO POR LOS HISTORIADORES, FUERTE Y NOBLE COMO UN HOMBRE DE LAS PAMPAS, TUVO SUS ORIGENES EN NUESTRO SUELO Y LLEGO A SER TRASPLANTALO A ESPAÑA, PARA DIFUNDIRSE EN LAS LLANURAS DE ANDALUCIA.

Tanto los poetas como la leyenda han asegurado que el ombú es un árbol que no sirve "ni para leña". Es un error. El ombú refrigera con la frescura de su sombra a hombres y animales, cuando el sol de verano parece calcinar las pampas. Otro error es el de creer que su sombra produce dolores de cabeza. Entre otras particularidades medicinales atribuídas a sus hojas, está la de mitigar, precisamente, los dolores de cabeza y, también, la de preservar de las insolaciones. Antiguamente, con eficacia, se empleaba su jugo contra la embriaguez. El zumo de su fruto se emplea para quitar las manchas de la ropa y, todo el árbol, por su elevación y su naturaleza acuosa, colocado en la proximidad de las viviendas, es una garantía contra los rayos.

No hay árbol que le aventaje en belleza, frondosidad y majestad. Ha sido la admiración de los viajeros y objeto de leyendas literarias, como aquella de Julio Verne, que lo convirtió poco menos que en una torre donde estuvieron rodeados por las aguas y todo género de peligros los expedicionarios que buscaban al capitán Grant.

Hasta no hace muchos años, la patria del ombú fué un verdadero enigma. No faltó quien lo considerara de origen europeo. En 1878, el sabio doctor Carlos Berg realizó un prolijo estudio en el cual llegó a la conclusión de que el frondoso y bizarro árbol procedía de la laguna Iberá, en Corrientes, con lo cual puso término a las discusiones.

En España, particularmente en la región de Andalucía, se ven algunos ejemplares a los cuales la gente conoce por "Bella sombra". La Sociedad Forestal Argentina, no hace mucho, puso de una manera terminante las cosas en su lugar, gracias a algunos documentos facilitados por don José Marcó del Pont. Según esas indagaciones, por solicitud del administrador general de correos de Madrid, don Manuel de Basavilbaso, administrador de los mismos en esta ciudad, remitió en 1775 algunas semillas y unos arbolitos de ombú, por si aquéllas no llegaban a fructificar, agregando que había muchos en esta ciudad "por ser comunes en estas provincias y en todas partes". Este dato aclara lo de la existencia de ejemplares en algunas regiones de la Peninsula. Precisamente, en aquella época, fué nombrado primer ministro del reino el conde de Florida Blanca, decidido propulsor de la agricultura, quien fundó el Jardín Botánico madrileño. Sus gestiones coinciden con la fecha en que se solicitaron a Buenos Aires las semillas de ombú, y sería interesante saber si, en las colecciones del antes citado jardín, existe algún ejemplar del legendario árbol de nuestras pampas.

En nuestra historia hay una abundante serie de ombúes que han pasado a la posteridad. Está el ombú del virrey Vértiz, con una existencia de más de cinco siglos y que fué la admiración de los que visitaban la famosa quinta. A tres leguas de la capital, en las chacras de Perdriel (actualmente, San Martín), estaba el que fué testigo de la memorable acción contra los invasores ingleses, el primero de agosto de 1806. El ombú de Sobremonte estaba en las proximidades del canal de San Fernando. Sobremonte fué, el 2 de febrero de 1806, el que extrajo la primera palada de tierra del canal. Después de la ceremonia, como hiciera calor, con su comitiva, guarecióse a la sombra de un ombú que fué luego, por mucho tiempo, famoso. También en San Isidro estaba el ombú llamado de la Esperanza, bajo el cual placíales a San Martín, Pueyrredón y Guido reunirse para hacer proyectos revolucionarios. Pueyrredón, cuando su destierro en la provincia de San Luis, plantó en 1812 un ombú, procedente de su quinta de San Isidro.

Gobernadores de Tucumán

1814. — *Coronel Hilarión de la Quintana,* nombrado teniente gobernador provisorio el 31 de agosto, en relevo del coronel Bernabé Aráoz, que había sido designado para el gobierno de Salta, libre ya del poder del enemigo; pero por nueva disposición del director Posadas, fué Aráoz reservado a otro destino y Quintana nombrado gobernador intendente de la nueva provincia, creada por decreto de 8 de octubre, formándose una, independiente de la de Córdoba, compuesta de los pueblos de San Miguel de Tucumán, Santiago del Estero y Valle de Catamarca, con la denominación de *Provincia del Tucumán,* teniendo por capital la ciudad de este último nombre.

Creada así esta *Provincia,* el gobernador Quintana mandó publicar, el 26 de octubre, el decreto del director Posadas, con repique general e iluminación por seis días consecutivos y con una salva de 21 cañonazos.

Por disposición del citado director del Estado (14 de noviembre), Quintana pasó a Salta a servir el mismo empleo de gobernador intendente, en lugar de Aráoz, habiéndole acompañado, en clase de asesor de la Provincia, el ciudadano don José Serapión de Arteaga.

Coronel Bernabé Aráoz, primer gobernador intendente de la nueva provincia, nombrado por el director Posadas el 14 de noviembre de 1814.

Fué su ministro, nombrado el 6 de diciembre (1814), don José Belvis, y asesor, don José Serapión de Arteaga, desde el 14 de noviembre, habiendo desempeñado igual cargo en el gobierno intendencia de Salta, del mismo Aráoz; y el ciudadano José Manuel Terán entró a hacerse cargo del ministerio de hacienda desde el 2 de diciembre de 1816. El después brigadier general José María Paz fué ayudante general de Plaza de Tucumán, desde el 17 de septiembre de 1816 y don Juan Bautista Paz fiscal de hacienda, desde el 26 de agosto del siguiente año, en cuyos cargos continuaron ambos durante el gobierno que sucedió al de Aráoz.

El Congreso nacional, que, desde su instalación, celebró sus sesiones en la ciudad de Tucumán, comunicó en 23 de septiembre de 1816 al Director y a todas las provincias, su resolución de trasladarse a la ciudad de Buenos Aires, habiéndolo verificado en enero de 1817 y acordando los diputados unánimemente que el día 15 de marzo se reuniría en esta capital. Sin embargo, su arribo (a mediados de abril) hizo imposible su reunión hasta la noche del 19 de dicho mes y después de haber celebrado dos sesiones preparatorias — el 3 y el 5 de mayo — se señaló, para la apertura solemne de las sesiones el día 8, en que, por causa del mal tiempo, se trasfirió al día 12, en que ella tuvo lugar con asistencia del Director del Estado con todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas que le acompañaban.

La decisión de la provincia de Tucumán, por la causa de la patria, fué muy pronunciada, debido en gran parte a la influencia de la familia de los Aráoz y muy particularmente a la de don Bernabé, que, diez años después, tuvo un fin desgraciado.

Antonio Zinny





DIEZ PILDORAS POR DIA COMPLETAN SU TRATAMIENTO.

DE LAS VIAS URINARIAS

SOLO PODRA SENTIRSE SEGURO Y TRANQUILO TOMANDO LAS

PILDORAS BEIZ PLATEADAS

ELOGIADAS por las más grandes eminencias médicas, representan el súmmum de la perfección, tanto por ***la precisión de su fórmula,*** preparada con los ***medicamentos más costosos del mundo,*** como por la ***compleja e importante acción*** que desarrollan en el organismo. ***Sin lavajes ni inyecciones podrá usted comprobar*** la rapidez y eficacia de su acción en la ***Blenorragia*** (aguda, subaguda y crónica-gota militar), ***las enfermedades de la vejiga*** (cistitis), ***Piuria*** (pus en la orina); ***Prostatitis, los ardores de la micción, Filamentos*** y, en fin, todos los trastornos de las vías urinarias.

$ 6.50 el frasco de 80 píldoras.

EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

BLENORRAGIA Y ENFERMEDADES DE LAS VIAS URINARIAS COMO SE CO... Y SE TRAT...

Cada frasco lleva un prospecto explicando su uso.

Conozca los fundamentos científicos en que se basa este nuevo tratamiento.

LEA el librito que ofrecemos en el presente cupón.

Recorte y envíe este CUPON

C. C. 17.

Sr. Concesionario de las Píldoras BEIZ
C. Correo 2493 - Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratuitamente su librito titulado **BLENORRAGIA y ENFERMEDADES DE LAS VIAS URINARIAS, COMO SE CONOCEN y SE TRATAN;** en sobre cerrado y sin membrete. ADJUNTO 0.10 centavos en estampillas para el franqueo.

NOMBRE. . . . .
CALLE. . . . . Nº . . . . .
LOCALIDAD. . . . . F. C. . . . .

DEL CANCIONERO POPULAR DE SALTA

Por

Juan Alfonso Carrizo



DEJÉ a mis espaldas el cerro de las Pirguas, que proporcionó a M. ten Kate y a Eric Boman mucho material antropológico, con sus cementerios de niños y sus cuevas con restos prehispánicos. Diez leguas largas hay desde Pampa Grande a Guachipas, y por eso llegué al cerrar la oración al pueblo cabecera del departamento. Es una villa en decadencia; floreció en el siglo pasado con sus pasteaderos y su cría de ganado, de que no poco provecho sacó Güemes para la defensa del país, y empezó su serie de años malos con la entrada del ferrocarril, que dejó el pueblo a trasmano, y obligó a sus habitantes a emigrar en procura de mejor suerte. Buscaba yo con especial interés en las poblaciones del valle de Salta alguna canción que se refiriese a la guerra de la Independencia, pero todo era en vano. En Jujuy hallé coplas sobre los ejércitos que pasaban al Alto Perú; pero lo que yo deseaba con tanto empeño no era eso precisamente, sino algunas décimas en que el cantor pudiese explayar más su pensamiento, y por eso mis primeras averiguaciones fueron sobre esas décimas viejas y tuve la suerte, esa misma noche, de darme con un paisano que me dijo:

—Le voy a dictar unas décimas; eran cuatro, pero yo no recuerdo más que dos y un poco de otra. Me la dictó en 1902 un viejito de Ledesma (Jujuy). Él tendría 85 ó 90 años y me contaba que esa canción era muy vieja y que se refería a los tiempos en que se peleaba por la libertad.

Las décimas son éstas:

Nuestra vida y nuestros bienes
No los contamos seguros,
Porque en trabajos y apuros
A cada instante nos tienen;
Las comisiones que vienen
Todas con crueldad nos tratan;
Vacas, caballos y plata
Todo nos quieren quitar,
No nos dejan trabajar
Y vienen gritando ¡patria!

Nada queda garantido
Desde que patria se dijo,
Ni cuenta el padre con su hijo
Ni la mujer con marido;
Las leyes se han abolido,
Marcha el hombre a padecer
Y lo llevan sin saber
A qué fin lo obligan tanto
Mientras lloran su quebranto
Los hijos y la mujer.
....
Las guerras van para largo
Y todos buscan al cargo
Sin distinguir la opinión...

Supongo que, en efecto, se trata de una canción de la época de la Independencia — 1813 a 1820, — puesto que habla de largas guerras, y es el caso que en Salta y Jujuy las requisas de animales, las contribuciones forzosas y las levas de paisanos se venían exigiendo desde el año 11 en que Castelli y Balcarce pasaron rumbo al alto Perú.

Todas estas demandas de elementos se hacían en nombre de la patria naciente, y si es cierto que los paisanos se alistaban en las filas revolucionarias, siguiendo sus propios ideales y su natural instinto de conservación, no es menos seguro que con los años concluyeron por cansarse de tantos sacrificios.

Históricos son los contratiempos que halló Belgrano para abastecer su ejército, después de los atropellos de Castelli; que había dejado a los pueblos exasperados contra la causa patriótica, y los malos ratos que pasó Rondeau cuando entró en Jujuy. No creo que se trate de una canción hecha por realistas, pues habla de padres y de hijos separados por la guerra; y los reclutamientos de gauchos en nombre de "la patria" no podían ser hechos sino por los revolucionarios, ya que los realistas — siendo invasores, — venían con sus tropas más o menos organizadas desde sus centros de operaciones en el Alto y Bajo Perú. Esto, en cuanto a la ubicación de las décimas dentro de la historia. En lo que a la geografía se refiere, la dilucidación de su lugar originario no es tan fácil, puesto que desde Tucumán a las puertas de la quebrada de Humahuaca, todos los paisanos tenían ganado, y aunque no todos fuesen propietarios — muchos eran criadores y puesteros de propietarios ricos, — la mayoría de ellos tenían bastante que perder con la guerra.

Las décimas pudieron muy bien ser de Ledesma, donde vivía el viejo que las dictó; pero con igual derecho podríamos referirlas a la región "fronteriza", vale decir, a los departamentos salteños de Rosario de la Frontera, Metán o Campo Santo, que era entonces la verdadera frontera, como lo demuestra todavía la ruina del fuerte de Cobos. Río Piedras, el Pasaje y la estancia "Yatasto" son lugares que se hicieron históricos por haber sido teatro de hechos de armas. En conclusión, lo cierto es que si algo puede asegurarse, es que la canción es salteña o jujeña, y que ella nos proporciona un punto de vista popular de la guerra de la Independencia. Conviene advertir que no es ésta la única canción popular que trate de las consecuencias de la revolución, puesto que en Cerrillos (Salta) hallé una glosa en que el cantor protesta contra el régimen imperante.

He aquí una de las cuatro décimas de la glosa:

Antes se pagaba el diezmo
que justamente alcanzaba,
puntualmente se pagaba
sin agraviarnos por eso;
hoy nos recargan un censo
que nos va sacrificando
y anualmente va aumentando
aunque no "haiga" capital,
que el grito de libertad
ahora vamos pagando.

Como nota marginal a este comentario — que otra cosa no son estas líneas que aparecerán mejor informadas en el Cancionero de Salta, — conviene advertir que entre las poesías populares recogidas por mí — más de 8000 estrofas — abundan las de índole histórica y ellas no se apartan de la verdad al rememorar los hechos, contra lo que dice Sarmiento en su "Facundo", cuando, al hablar del cantor popular, desdeña su pueril pretensión de creerse historiador.

El cantor popular, que tiene una sensibilidad más exaltada que sus paisanos labriegos y artesanos, canta la realidad, opina sobre los hombres que actuaron y sobre las consecuencias de sus hechos. Ese es el valor de sus cantos, y ya en la Edad Media el Rey Sabio rendía culto a ese verismo de la poesía juglaresca, cuando mandó prosificar las "gestas" e insertarlas en la Primera Crónica General.



Juan Alfonso Carrizo

DIBUJOS DE BESARES SORAIRE

Fáciles Métodos para Mantenerse Joven

Por Renée de L'Enclos

Los tratamientos de belleza son en su mayor parte costosos y difíciles de seguir. Por eso es que sólo los ricos pueden gastar tiempo y dinero en ellos. Los consejos de belleza que desde hace años estoy dando en estas columnas están destinados a las personas que, teniendo inclinación por la hermosura, no tienen ni tiempo ni dinero para concurrir a los Institutos de Belleza de gran lujo. Todas las recetas que yo doy son las que emplean famosísimas bellezas y resultan de poco costo y de fácil aplicación. Los ingredientes pueden ser obtenidos con toda facilidad en la mayoría de las farmacias.

CUTIS SECO Y FEO. — No, no hay ningún grave desarreglo. Lo que hay es simplemente una marcada tendencia del cutis de su cara a retener por demasiado tiempo la desgastada cutícula exterior, siendo esto lo que da a su tez esa apariencia enfermiza de que usted se queja. Aplíquese cera mercolizada todas las noches antes de acostarse, y, en pocos días, se desprenderá en diminutas partículas toda la cutícula muerta, apareciendo así, sin defectos y en toda su hermosura, el nuevo cutis que usted posee debajo de la vieja tez.

FALTA DE COLOR. — La anemia debe ser tratada de acuerdo con las prescripciones del médico. Pero, cuando sólo se trata de conseguir un poco de color en el rostro, creo que lo mejor es aplicarse con las yemas de los dedos un poco de rubinol en polvo, substancia que da un sonrosado y perdurable colorido natural y que es mucho mejor que el rouge.

EL VELLO. — Siempre recomiendo mucho cuidado en la elección de un medio destinado a hacer desaparecer el vello. Yo, por mi parte, indico solamente el empleo de porlac en polvo en lugar de los depilatorios que usted nombra. Podrá procurarse porlac en la farmacia. Con un poco de porlac y de agua usted se prepara una pasta que una vez aplicada al pelo superfluo lo hace secar y morir en pocos instantes. Procediendo así usted borra todo rastro de vello.

Rasgos de San Martín

SON numerosas las anécdotas geniales que de él se recuerdan. En una ocasión hizo ademán de entrar en el laboratorio de mixtos vestido con uniforme de general, con botas herradas, como se usaban entonces, y espuelas, contra sus propios reglamentos. El centinela le prohibió la entrada por dos veces. Sin decir palabra, volvió atrás, se vistió un traje de brin y calzó un par de alpargatas, permitiéndosele entonces la entrada. Luego hizo relevar al centinela, y con ademán severo le regaló una onza de oro. En otra ocasión se le apersonó un oficial de su ejército, pidiéndole hablar con el ciudadano don José de San Martín, y no con el general, y le confió bajo fe de caballero, que era habilitado de un cuerpo y había perdido al juego la cantidad destinada a su abono mensual, haciendo promesa de enmienda. El general, sin decir palabra, se dirigió a una gaveta y le entregó en onzas de oro la suma perdida al juego, diciéndole al ponerla en su mano: "Entregue usted ese dinero a la caja de su cuerpo; y guarde el más profundo secreto, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar". A uno de sus ingenieros, mientras dibujaba bajo su vista un plano secreto en que le hacía consignar sus reconocimientos de la Cordillera, le dijo en tono entre amistoso y amenazador: "Mucho pulso en el dibujo". Y agregó: "Si mi mano derecha supiese lo que hace mi mano izquierda, me la cortaba". Ultimo rasgo humorístico de pureza administrativa: dueño absoluto de la renta de Cuyo, se le ocurrió una vez hacerse sospechar de ladrón. Ordenó que todo peso sellado que entrase en arcas con las armas españolas, le fuese entregado día por día. La orden se cumplía estrictamente y algunos pensaban que él se apropiaba este dinero. En vísperas de emprender su campaña a Chile, llamó al tesorero y le preguntó si había llevado cuenta exacta de los pesos entregados, como era su deber, y en vista de ello devolvió al tesoro público en la misma especie las monedas de que era depositario.

Tan sólo se permitió una venganza humorística. Un fanático fraile agustino, haciendo un juego de palabras, había predicado contra él durante el período de Marcó. "¡San Martín! ¡Su nombre es una blasfemia! — había exclamado desde el púlpito sagrado. — No le llaméis San Martín, sino Martín, como a Martín Lutero, el peor y más detestable de los herejes". Llamado a su presencia y con ademán terrible, fulminándolo con su mirada, lo apostrofó: "¡Cómo! ¡Usted me ha comparado a Lutero, quitándome el "San"! ¿Cómo se llama usted?" "Zapata, señor general", respondió el fraile, humildemente. "Pues desde hoy le quito el "Za", en castigo, y lo fusilo si alguien le da su antiguo apellido". Al salir a la calle un correligionario le llamó por su nombre. El fraile, aterrado, le tapó la boca y prorrumpió en voz baja: "¡No, no soy el padre Zapata, sino el padre Pata! ¡Me va en ello la vida!"

Bartolomé Mitre



LA CASA QUE
VENDE MAS BARATO
DESDE HACE 78 AÑOS
(FUNDADA EN 1853)
$18
CASILLERO BIBLIOTECA en rauli, 1 metro de frente por 1.12 de alto, a pesos 18.-
JUEGO VESTIBULO "Futurista" en rauli lustre nogal, con tallas y asiento de madera, compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas, 1 mesa y 1 percha. EL CONJUNTO DE 7 PIEZAS, a
$ 175.-
DORMITORIO estilo Modernista, en raulí lustre nogal, compuesto de:
ROPERO de metros 1.20 de frente, con 2 puertas y gavetas interiores, a $ 120.—
COMODA TOILET de metros 1 de frente con gavetas interiores, tapa de madera y 1 MARCO con luna biselada, para colgar, a. . . . . " 80.—
MESA de luz con repisa y tapa de madera, a. . . . . " 25.—
CAMA de 1 plaza con elástico de hierro, a. . . . . " 70.—
EL CONJUNTO DE 5 PIEZAS, a
$ 295.-
$48
BUTACAS inglesas, trabajo esmerado de tapicería, a
$ 48.-
$75
ELEGANTE ESCRITORIO CHIFFONIER en extra raulí, estilo Reina Ana, frente y dos cajones enchapados, divisiones interiores finamente terminadas, alto 1.07 frente 0.90, $ 75.-
PARA NUESTROS CLIENTES del INTERIOR-LAS NUEVAS CREACIONES - LOS MEJORES MODELOS, pueden elegirlos en el
NUEVO CATALOGO
7.ª Edición — SOLICITELO.
CREDITOS
Baratti y Cia
Muebles
CORRIENTES 1145

Derechos del pueblo

Dad al César lo que es del César, y al pueblo lo que es del pueblo. Si éste no delibera ni gobierna, como en las antiguas repúblicas, tiene el derecho perfecto de elegir sus representantes, y es un verdadero crimen de lesa patria todo lo que tienda a restringir o a impedir el uso de esa prerrogativa en su más extensa manifestación.

¿De qué nos servirá el esfuerzo de nuestros padres para cimentar una república grande, libre e independiente, si hubiésemos de vivir como ilotas, sin otros derechos ni garantías que los que quisiesen acordarnos nuestros mandatarios? Pensad que el estado no puede absorber las individualidades humanas, ni tiene más facultades que las que son indispensables para mantener un justo equilibrio entre todas; pensad que hay ciertos derechos, anteriores a la legislación, que se fundan en la propia naturaleza del hombre y sin los cuales no se concibe su existencia como ser racional e inteligente.

Si esos derechos desaparecen, si una reglamentación arbitraria los altera en su esencia, nos encontramos reducidos a la condición de los esclavos, sin más ley ni más regla que la voluntad caprichosa de los gobiernos; y eso no lo podéis querer vosotros, porque ningún argentino, "ni ebrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país".

En el ejercicio de las funciones políticas de que me estoy ocupando, trabajad también por que se radiquen en esta tierra querida y sean respetadas por todos, mandantes y mandatarios, las instituciones comunales, porque es el municipio la base de la organización social y la escuela donde debemos aprender el ejercicio regular de los derechos cívicos.

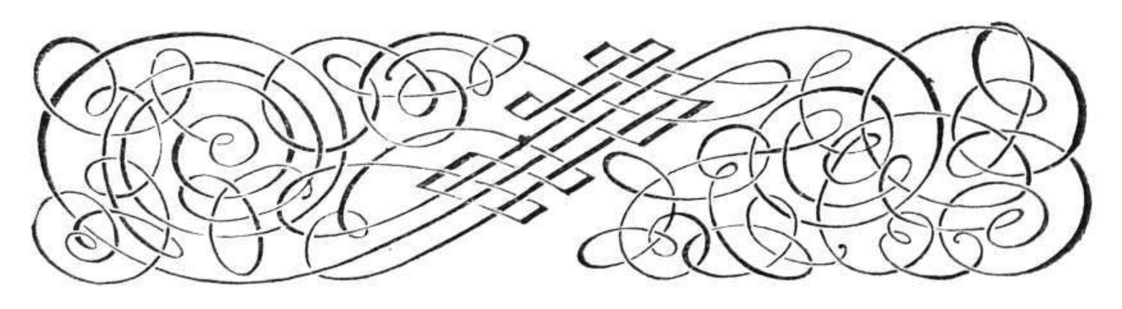
Recordad, por último, que todos los poderes son limitados; que en nuestro régimen de gobierno la nación y la provincia giran dentro de órbitas perfectamente determinadas, y que sería atentatorio todo lo que sirviese para destruir la armonía de esas dos entidades, la nación y la provincia, como lo sería lo que sirviese a destruir el equilibrio que debe existir entre la sociedad y el individuo.

Si esto hacéis, si ponéis vuestro talento y vuestras luces al servicio de tan buena causa, si procuráis un gobierno justo y paternal, de todos y para todos, y conserváis intacto para vuestros hijos el depósito de honradez que habéis recibido de vuestros padres, habréis merecido bien de la patria y la consideración y el respeto de vuestros conciudadanos.

Es posible que la lucha sea difícil, y que os tengáis que poner en pugna con los poderosos, pero no temáis que se os corte la lengua, como lo quería Napoleón respecto de los abogados que se servían de ella contra los gobiernos. Temed más bien que el deseo de llegar a las alturas os haga olvidar las lecciones recibidas y que habéis nacido en la patria de Moreno y de Belgrano.

¡Jóvenes doctores, salud!

Juan José Montes de Oca

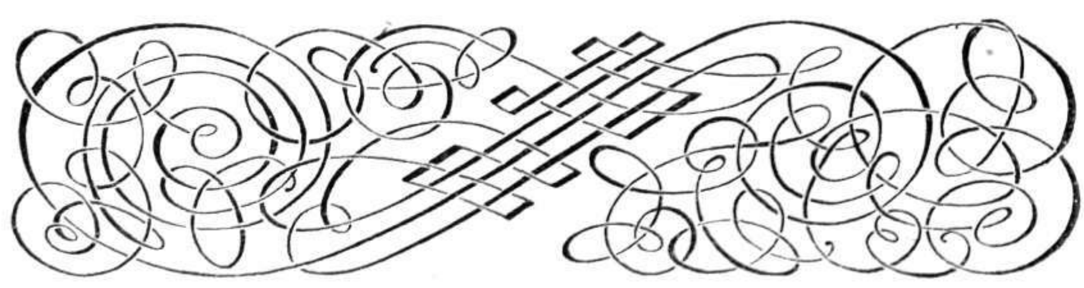


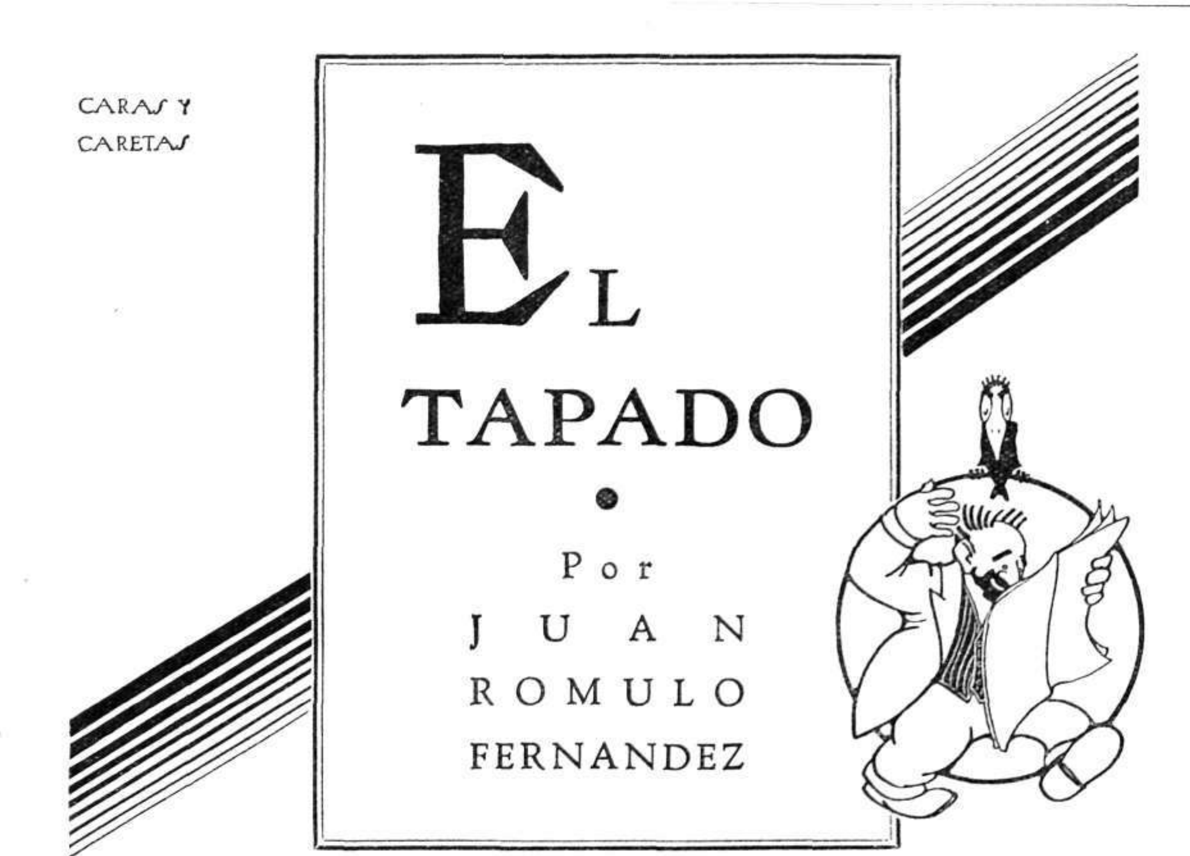
Romance de las tres enamoradas

Las tres pensaban la carta
pero una sola escribía.
Las tres blancas, las tres rubias
como el sol del mediodía.
Las tres decían razones
y una sola las ponía;
razones para un amigo
que ya del mar no volvía.
En recibiendo la carta,
jamás adivinaría
el buen doncel, de las tres
cuál la carta le escribía.
Las tres pensaban la carta
y ya la tarde caía.
Una tiene entre las manos
clavel que mucho lucía.
Otra tiene un pensamiento
que un antifaz parecía.
La tercera, la tercera
sólo la pluma tenía.
Una mira una paloma
que al palomar se volvía.
La otra ve cómo la tarde
rosas de oro florecía.
La que escribe no ve nada,
pero soñando escribía.
Las tres sueñan en la tarde
el galán que no volvía,
las tres hermanitas rubias
como el sol del mediodía.
Se enamoraron las tres
de una misma fantasía.
Ni lo dicen, ni lo niegan. . .
La vida después diría.
Las tres pensando se quedan
en tanto que anochecía.
De pronto se oye un galope
que de la sombra venía.
A caballo por la senda
el galán aparecía.
Cuando nadie le esperaba
las buenas noches decía.
La que escribía la carta,
ya en el seno la escondía.
Color de grana se puso.
Las otras dos, de agonía.

Ser tal caballero yo
verdad que nunca querría.

Arturo Capdevila





EL TAPADO

Por JUAN ROMULO FERNANDEZ

Un tapao... Sí, señora, un tapao. ¿Sabe usté?

Por ahí anda ño Tiburcio arrastrando su desmirriada humanidad, como un rezago de la vida. Se queja, al parecer sin ton ni son, de su perra suerte. Habla con medias palabras, y cuando está en chispa, sus labios se desatan y expiden alguna sentencia. "Nadie sabe para quién trabaja", es su estribillo. Bien que se le compadece, no es de envidiar el sino de este buen hombre.

Buscavida, todavía sirve el hombre lo mismo para un barrido que para un fregado. Domador, arriero, vigilante, todo eso ha sido, y aun se cree apto para cualquier trote; pero ño Tiburcio no se apea de la higuerita. Anhelos e inspiraciones no le han faltado; lo que le falta es estrella. Nadie sabe para quién trabaja en este mundo, decía hoy mismo, y su dicho iba acompañado por un significativo movimiento de cabeza.

—Si no oí mal, ño Tiburcio tuvo, ha poco, que vender su caballo, su apero y su manta de vicuña...

—Que son las últimas prendas que vende un paisano.

—¡Qué lástima de hombre! No sé por qué, pero tengo por él una especial consideración.

—Y su hijo, el escribano, tan orondo... como si tal cosa.

—Cosas de la vida.

Y mi interlocutor refirió la historia de ño Tiburcio, diciéndome: "Es la historia de un tapao".

La reconstruyo en estas páginas con la fidelidad posible.

Hubo, hace años, un vecino, llamado Patricio Suárez, cuyos negocios de afincado y ganadero le permitieron redondear una apreciable fortuna. Varias hijas mujeres y don hijos varones, Salvador y Pantaleón, formaban su prole. Salvador habia partido, con el grado de subteniente, en el primer batallón que salió de San Juan con el fin de incorporarse al ejército en la guerra del Paraguay, y Pantaleón, que frisaba hacia los veintidós años, compartía en la casa con el padre las faenas rurales. En la vida de la comarca es aquélla tal vez la época en que el hombre vivió más adherido a la tierra y su producción. Don Patricio Suárez era lo que se dice un hombre feliz.

Orgullosa estaba su familia de contar un oficial en el ejército que mandaba el Presidente en persona. Las noticias procedentes del muchacho, más que reseñar los obstáculos y acritudes de la campaña, se complacían en pintar los episodios de armas, como el del Boquerón, en exponer la pena causada en las filas por la muerte de Dominguito Sarmiento en Curupaytí, y en traducir el entusiasmo patriótico de aquel puñado de valientes. Y, como se comprende, el vecindario todo vivía en el ambiente de tales emociones.

En eso cayeron por aquí, como una sombra siniestra, los "colorados". Los colorados eran fieras en figura de hombres. Arrasaron el gobierno, arrasaron el comercio, arrasaron los hogares, y, lo que es peor, ultrajaron a las mujeres. Carneaban una ternera para comer un costillar, como carneaban un hombre si no se prestaba a una delación. Conducían hasta sus cuarteles a los jóvenes para obligarlos, bajo su yugo, al servicio militar, y a los viejos, a título de inservibles, los pasaban por las armas y tiraban sus cabezas a los pies de los deudos, para infundir terror.

Atado codo con codo, condujeron a Pantaleón hacia unas carpas, donde un grupo de soldadotes sandungueros bebía a reventar. Don Patricio pudo salvarse metido en un pequeño sótano que había en el comedor. Una estera cubrió el piso del comedor; fueron colocados encima los muebles, incluso un antiquisimo sofá, y allí se pusieron las mujeres

de la casa a trabajar en costuras. Percales, bramantes y casinetas, alrededor de la máquina de coser, caían por el suelo.

Antes de encerrarse en el sótano, don Patricio había puesto a buen seguro su capital efectivo: dos tinajas llenas de monedas de oro y plata. Otros vecinos, menos acaudalados, guardarían sin duda sus valores metálicos, de acuerdo con la costumbre local, dentro de cogotes de guanaco, cosidos por los extremos, en algún hoyo cavado en la pared de su cuarto de dormir o entre los trastos más viejos de la casa. Así había que arreglarse, a falta de establecimientos bancarios.

Cuando una pandilla de los colorados penetró en la casa de Suárez oteando por todas partes, la señora y las niñas hallábanse ante una buena partida de ropa, terminada en parte y en parte a punto de terminarse. Difícil era disimular su inquietud en presencia de aquellos forajidos. La señora los recibió con muy buenas maneras y les ofreció la casa. Recorrieron la casa, ciertamente, en busca de los varones que en ella hubiese; pero como hasta en el fondo de los malhechores hay un resto de pudor, se conformaron en este caso con apropiarse de algunos valores que había en una caja de algarrobo, piezas de vajilla de plata y toda la ropa recién cosida. ¡Qué alivio cuando se alejó la turba! Pero grande fué el dolor que sobrevino cuando madre y hermanas supieron, poco después, que Pantaleón había sido destinado por los opresores a dirigir el servicio de carneada durante la marcha que los colorados emprenderían, en días más, rumbo a Chile. El camino de Chile era para los colorados el camino de la huída, Pero mientras llegaban las fuerzas nacionales que venían del litoral para reprimir el levantamiento y las depredaciones, el vecindario hallábase equí indefenso y a merced de ellos.

De resultas de aquellos padecimientos don Patricio quedó afectado en su salud. Guardó cama por algún tiempo. Como Pantaleón no volvía, hubo que llamar a Salvador. Este, no sin serias dificultades, obtuvo licencia y, con el alma transida, se dirigió a su casa paterna. ¡Más de un mes de viaje a mula! Después de una reacción pasajera, don Patricio había vuelto a ponerse mal, y acaso para no levantarse ya. Si alguno de los dos hijos hubiese llegado en esos días, seguramente el viejo habría podido surgir a la vida. Entre tanto, Salvador marchaba noche y día, a lo que daban las mulas.

Fué preciso llamar al notario y al cura. Cuando uno tras de otro llegaron a la casa de Suárez, éste entraba en agonía. No testó, pero recibió los últimos sacramentos de la Iglesia. La familia se había vuelto un mar de lágrimas. Personas del vecindario entraban y salían. Era un día viernes, y parecía en verdad un viernes santo. Hacia la oración don Patricio expresó el deseo de hablar a solas con su mujer. Así que todos salieron del cuarto del enfermo, don Patricio articuló la primera parte del Ave María y luego empezó a referir a su consorte lo del tapado.

— Son dos tinajas — dijo con voz jadeante. — Son nuestros bienes... Son tuyos y de nuestros hijos. Ahí quedan, junto con mi bendición.

La señora apretaba las manos de aquel varón justo que así emprendía el tránsito final.

— Oye, hija: la llave con que se abre, abre... el cajón del escri... escritorio donde está la explicación para... para desenterrar las tinajas... está... está...

— ¡Salvador! Llega el oficial — dijo una voz en el patio de la casa.

La señora se incorporó súbitamente y corrió hacia el patio.

Jamás hubo un abrazo más apretado y cordial que el de tal madre y tal hijo.

Cuando se acercaron ambos a la cama del enfermo, éste había perdido el uso de la palabra.

Don Patricio reconoció a su hijo, abrió tamaños ojos, quiso alargarle los brazos, pero el mismo esfuerzo cortó el hilo de su vida.

Todo el pueblo lloró por la muerte de don Patricio Suárez.

Las tinajas de valores quedaron envueltas en el misterio. No quiso hablar de ellas, durante cierto tiempo, la familia Suárez, como si temiese profanar la memoria de su fundador. Cuando se las buscó, porque debía buscárselas algún día, no se tuvo resultado; y se las volvió a olvidar.

Vinieron épocas de escasez y entonces la viuda de Suárez empezó a cavilar. En sus cavilaciones recordó que a los pocos días de la muerte de su marido circuló en la casa el rumor de que una persona había penetrado en la pieza del enfermo en el instante de la llegada de Salvador. Sin duda esa persona oyó las últimas palabras del moribundo, aquellas palabras que revelaron el lugar donde estaba la llave que conduciría a encontrar el tesoro.

Los ruidos que por la noche se oyen en ciertas casas antiguas — casas de adobe y de tapias pisadas — corresponden siempre a la existencia de una tinaja con valores metálicos. A veces el ruido es como si alguien en una habitación inmediata majara maíz y luego echase a rodar la mano del mortero; otras veces el ruido parece el de una carretilla que alguien condujese de un lugar a otro. "Anima en pena", dicen las personas no informadas sobre la causa de tales ruidos subterráneos. Pero el buen criollo sabe que se trata de un tapado, se calla y piensa en la posibilidad de descubrirlo. Uno de estos criollos sanjuaninos tuvo en sueño la revelación de un tapado; era la voz de un pariente fallecido hacía años. Si el tapado es de plata blanca, puede llegarse a descubrir porque en la obscuridad de la noche, en verano, se percibe a flor de tierra una cierta luminosidad como de fuego fatuo. Más de una fortuna lugareña reconoce su origen en el feliz hallazgo de un tapado.

En el caso de esta historia lo ocurrido es que el capataz de don Patricio Suárez entró en la pieza de éste y oyó sus últimas palabras. Fué al granero y de un manojo de llaves herrumbradas que pendía de una estaca en un rincón sacó una llave torcida; con ella abrió después un cajón pequeño del escritorio y extrajo un sobre lacrado: todo conforme a las palabras pronunciadas dificultosamente por el moribundo. El capataz rompió el sobre, pero no halló dentro otra cosa que un papel escrito con letras y rayas que él no sabía leer y descifrar. Había oído solamente lo del sitio de las llaves y del cajón que se abría con ella. Se trata de valores, pensó. Pero sobre el contenido de los papeles se quedó en ayunas. "¡Qué desgracia la de ser analfabeto!" Su perspicacia de paisano le indicó, sin embargo, que debía guardar el sobre lacrado para cuando sus hijos supiesen leer. Y ahora...

¿Estamos? El capataz del señor don Patricio Suárez fué Tiburcio, y el hijo de éste, el escribano, se adueñó del sobre lacrado y del tesoro. Cosas de la vida...

— Realmente: nadie sabe para quién trabaja.

— Un tapao...

O, como dicen los criollos viejos:

— Un entierro.

Juan Rómulo Fernández

Belgrano

El puesto del general Belgrano, durante toda la retirada, es eminente. Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad, la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones más peligrosas se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía pusilánimes, aunque usando a veces de causticidad ofensiva. Jamás desesperó de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión a los que opinaban tristemente. Dije antes que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor brioso de un granadero, que lo hace muchas veces a un jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate su actitud era concentrada, silenciosa, y parecían suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decían, y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacían; pero cuando hablaba era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo, o si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo. Su valor era más bien (permítaseme la expresión) cívico que guerrero. Era como el de aquellos senadores romanos que parecían impávidos sentados en sus sillas curules.

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fué siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo, y haciendo menos graves nuestras pérdidas. En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirables; de modo que, a pesar de nuestros reveses, *no se relajó la disciplina ni se cometieron desórdenes*. No fué así en otras retiradas, como las del Desaguadero y Sipe-Sipe, en donde hubo escándalos de todo tamaño, porque, desbandada la tropa, sólo vino a rehacerse después de ochenta y aun más de cien leguas. De allí provinieron esos horrorosos combates, ya individuales, ya en escala mayor, entre el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que habían roto el freno de la obediencia, por otro; los unos, por defender sus personas y sus propiedades; los otros, por invadirlas, los que hasta cierto punto eran disculpables; pues no marchando en cuerpo, no habiendo distribuciones regulares para satisfacer sus necesidades, habían de pedir o quitar, y ya se deja entender el camino que esto abría a los abusos.

¡Honor al general Belgrano! El supo conservar el orden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando él mandó en esos días de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venían pasiblemente a traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba; tan lejos de manifestarnos aversión, sólo se dejaba percibir en lo general un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fratricidas, ni pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia: nada de escándalos que deshonran el carácter americano y manchan la más justa de las revoluciones. Pero, ¿a dónde voy? Quizá excedo los límites que me había propuesto; más tarde, si escribo sobre las campañas del Alto Perú, en que me hallé, explanaré más estas observaciones.

José María Paz

Júpiter

No sé por dónde empezar. Lo declaro ingenuamente, por más que ustedes no lo crean.

Yo sé que ustedes están acostumbrados a verme salir airoso de los atolladeros confidenciales en que me suelo meter. Pero es que esta vez la confidencia se refiere a personas impecables — que el conflicto viene precisamente de ahí.

Y, en efecto, ¿qué cosas interesantes puedo yo tener que decirles a ustedes de mi hija, de mi persona y de mi perro — de mi perro Júpiter, que no es el perro de Bismarck, ese perro histórico, que desempeña un papel tan importante en la vida del gran canciller?

Mi perro no me ha servido, hasta ahora, para conseguir que los sastres y los zapateros que me visten y me calzan sean puntuales.

Yo sé que mi perro es muy inteligente, que él me conoce a mí mejor que yo a él. Pero, aunque yo sea mucho más inteligente que él — lo que no les permito a ustedes poner en duda, — no habiendo nacido indudablemente con el don envidiable de entenderme con animales, no se me ocurre mediante qué educación yo podría hacerle entender a Júpiter lo que se cuenta que Bismarck ha tenido el talento de hacerle entender a su perro.

Esto:

— ¿Ves ese hombre?

El perro mueve la cola de abajo para arriba: quiere decir "sí".

— Bueno, es mi zapatero; le estoy diciendo que si mañana antes de mediodía no me lleva las botas que le he encargado, tú vendrás aquí... y, ya sabes...

El sabueso no necesita más explicación.

Tiene el rabo parado, lo baja, y esto quiere decir: ya estoy.

Y tan quiere decir "Ya estoy", que si al día siguiente, antes de mediodía, Bismarck no recibe sus botas, el zapatero está expuesto a ser devorado por el formidable coadjutor.

Yo sé bien que los rudimentos de lo que habitualmente consideramos bases verdaderas de la personalidad existen, a no dudarlo, en un grado más o menos marcado, en los animales inferiores al mismo perro. Pero, ¿qué quieren ustedes? Yo medio entiendo a los hombres, algo a las mujeres, que son al hombre lo que un jeroglífico egipcio es a la lengua latina, mucho más difícil de descifrar, y, a la edad que tengo, hasta ahora he conseguido hacerme entender de los "brutos".

¡Ah! ¿Por qué no soy yo Bismarck? ¡Y qué cosas no le enseñaría yo a mi perro! ¡Y cómo se haría entender él de mí! — entendiéndome a la vez mucho más de lo que me entiende ya.

Mi perro Júpiter, he dicho. Es un modo de hablar. Júpiter pertenece a mi hija Esperanza. Ella me lo ha dejado hasta que vuelva, y como en una de sus últimas cartas me habla de él, pidiéndome noticias suyas, con interés, y extrañando que al mentarlo, en una de nuestras conversaciones anteriores, haya sido tan lacónico, diré bíblicamente: Júpiter, hijo de Lord, hijo de Sara — cuadrúpedos de mi pertenencia, — son alemanes y están actualmente en la provincia de Santa Fe, donde llaman la atención, como ya la llamaron aquí, entre los aficionados a perros, por su tamaño colosal.

Lucio V. Mansilla



FRANCES



ITALIANO



RUSO



ESPAÑOL



INGLES



AUSTRIACO





BELGA

HUNGARA



ARMENIO

En ocasión de la fiesta patria "Caras y Caretas" rinde en esta página un homenaje a las razas que han contribuído al progreso del país y cuyo proceso ha estudiado recientemente el Dr. Manuel A. Zuloaga.

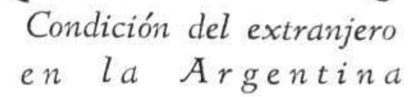


SUIZA



ALEMAN

Nuestra Raza



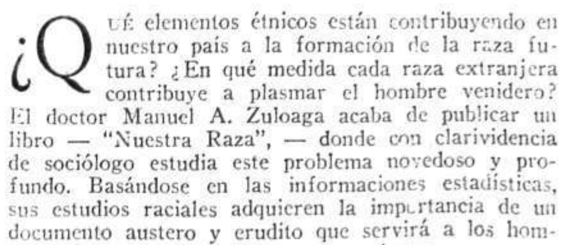
Condición del extranjero en la Argentina



CHECOESLOVACO



POLACO



¿QUÉ elementos étnicos están contribuyendo en nuestro país a la formación de la raza futura? ¿En qué medida cada raza extranjera contribuye a plasmar el hombre venidero? El doctor Manuel A. Zuloaga acaba de publicar un libro — "Nuestra Raza", — donde con clarividencia de sociólogo estudia este problema novedoso y profundo. Basándose en las informaciones estadísticas, sus estudios raciales adquieren la importancia de un documento austero y erudito que servirá a los hombres de gobierno para orientar las leyes de la inmigración. Además, en sus páginas el autor ha historiado la condición del extranjero en la Argentina, sus aportes al progreso de la *nación y su influencia* en el idioma, en las costumbres y en las actividades colectivas. Un libro, en fin, escrito con amor a la patria.





ESCANDINAVO



CEILANDES



JAPONESA



CHINO

El deán Funes

RECONCENTRÉMONOS, señores, antes de mirar hasta el fondo la complicada situación de un hombre que así divisa la jornada de la vida pública en la que acaba de iniciar su propia condición de filósofo. Tres siglos de opresión sobre la América empujan su espíritu a la luz, que es la verdad, en este comienzo de martirio, piedra de toque para los sacrificios venideros. Se sintió fuerte como la fuerza misma y emprendió la marcha hacia el lejano ideal. ¡Cuánta terrible prueba en la conquista! ¡Cuánto dolor inextinguible desde aquel duro comienzo de la Revolución! A la selva obscura de este otro caminante asáltanlo las pasiones como fieras, desde la envidia hasta el desdén, desde la ambición hasta el odio. Se contaminó de todos los pecados inherentes a la lucha y experimentó los goces y las penas inherentes al triunfo y a la vida. Amó y renegó; sintió el beso del aura popular sobre su orgullo y la glacial indiferencia de la muchedumbre en torno de su ancianidad desfallecida. Fueron sus armas para atacar y defenderse, su inteligencia y su pluma, los mismos instrumentos que, limpios al sol, los ofreció en holocausto de la patria, la de su credo inmarcesible, su musa inspiradora, bella, eterna.

El mismo año diez el deán se incorpora a la junta de gobierno de Buenos Aires que acaba de someter a su juicio la cuestión del patronato. Con los delegados de las demás provincias y en su seno, plantea, con el prestigio de sus talentos, el papel que habrían de tener los diputados del interior en la ciudad capital. Es el primer anuncio que la historia nacional contiene del problema más trascendental de nuestra vida política. Y ya que en la historia, como en la naturaleza, los fenómenos se acercan por más grande que la distancia sea, déjeseme establecer que aquella resistencia demostrada por Moreno a nombre del espíritu de la metrópoli para aceptar el influjo de los provincianos, fué la misma que quedó sepultada en 1880 en el propio lugar en que surgiera y domeñada por el idéntico impulso que inspirara la palabra del deán.

Ya de entonces asoma sobre el puente de la nave, para recibir antes que nadie los embates de los vientos y las olas, embravecidas e imponentes. No se arredra. Antes, provoca nuevas tempestades como para templar con ellas su varonil contextura de viejo luchador, presintiendo que había de servir de esclarecido modelo a quien más tarde le rinde su admiración gloriosa en una de sus imborrables páginas.

Si el deán asume en Córdoba el tamaño de salvador de la revolución, este otro acontecimiento lo señala en Buenos Aires el sucesor de la personalidad de Moreno, pesada herencia, porque en él y en Saavedra hace crisis la oposición que fuera acumulando el avasallador y genial secretario de la junta sobre el ánimo reaccionario del elemento español y de las fracciones que comenzaban a formarse. En su pasaje por el gobierno, empero, ejercita su acción con virtuosos pensamientos y obras de adelanto para su provincia.

David Peña

Exportación

No nos han faltado gobernantes fieles a su mandato que han depositado en el surco el germen fecundo de la libertad y el derecho, contrariando las exigencias de sus partidarios, y que al descender de su elevado puesto, han podido responder a sus reproches, que allí no tenían gracia ni favores que dispensar, sino deberes que cumplir con la serena imparcialidad de la justicia.

Tampoco nos han faltado dignos representantes del pueblo que, despreciando todos los halagos de la fortuna y el poder y desafiando todas las iras y venciendo todos los obstáculos, hayan hecho sobresalir la voz de la justicia y la verdad sobre el clamoreo de los desvariantes coros de la adulación y las orgías del sibaritismo político.

Ya parecía esterilizada la escarnecida virtud de nuestros patricios, que eran mirados con el insolente menosprecio del vicio entronizado, mientras la silenciosa conciencia de la sociedad hacía pensar en la ligera ingratitud atribuída a las repúblicas.

Pero la Providencia ha sacado una vez más triunfante a la verdad y a la virtud, hundiendo a sus falsos apóstoles y levantando en los brazos de la gloria a sus abnegados servidores.

Ensayad, jóvenes doctores, las fuerzas adquiridas luchando por cuenta propia con las armas del trabajo inteligente y honrado bajo vuestra responsabilidad, que debe ser tanto más grande cuanto mayor es vuestra ilustración.

Si el modesto obrero no necesita rebajar su dignidad para vivir y llenar noblemente su misión en la familia y en la sociedad, ¿por qué habría de sacrificarla el hombre ilustrado, provisto con los recursos y prestigios excepcionales de una elevadísima carrera?

Fortificad el carácter, que es la potencia activa al servicio del bien de que tanto necesita la práctica de las instituciones libres, y manteniendo el calor del alma en los generosos sentimientos, alcanzaréis ese goce supremo, ese paraíso íntimo e inefable que da la satisfacción del deber cumplido y de los abnegados servicios de la patria.

No os dejéis ofuscar por los triunfos que a veces alcanzan los malos medios, porque son transitorios y terminan indefectiblemente en la vergüenza.

Macaulay ha dicho profundamente que no hay prestigio sin desinterés.

Recorred en vuestra memoria las grandes figuras de nuestra historia, que evocan estos gloriosos días, y las encontraréis a todas fundidas en el bronce de un carácter puesto con sacrificio al servicio de la patria, sin claudicaciones humillantes ni servilismos odiosos.

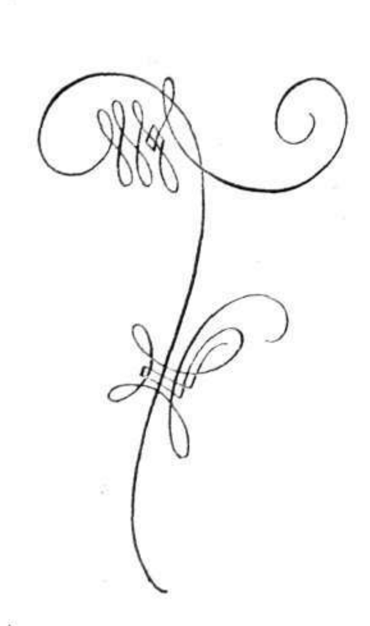
Así seréis el legítimo orgullo de la familia y la gloria de vuestra sociedad, y os sentiréis cada vez más dignos y ennoblecidos ante vosotros mismos.

Wenceslao Escalante

HUE-LLAS

Por

RICARDO DEL CAMPO



I

Huellas de sol que doran
la serranía
y disipan las nubes
en pleno día.

Huellas de las carretas
en el sendero
que con su helado soplo
barre el pampero.

Huella, huellita, huella
del alma mía
que ni la misma muerte
la borraría.

II

Huellas de los fogones
—humo y cenizas—
que dispersan al aire
las leves brisas.

Huellas de los luceros
que resplandecen
y que al rayar el alba
desaparecen.

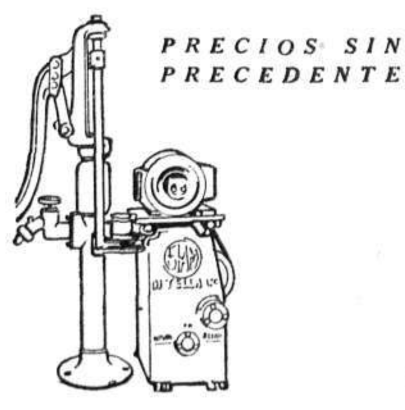
Huella, huellita, huella
del alma mía
que ni la misma muerte
la borraría.

SUBSTITUYEN AL MOLINO A VIENTO...

S. I. A. M. presenta una nueva serie de equipos Motobombeadores *para pozos profundos* que en poco tiempo predominarán en todo el país. Proporcionan agua en abundancia, independiente del viento y sin necesidad de torres o tanques altos.

Nuestros Motobombeadores no sólo cuestan menos que el molino a viento, sino que su costo de manutención es también inferior, y duran de 4 a 5 veces más.

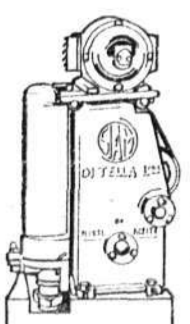
PRECIOS SIN PRECEDENTE



Modelo para pie de molino. Motor eléctrico ½ H. P.

Modelo completamente Automático. Motor eléctrico ½ H. P.

SOLICITE CATALOGO ILUSTRADO



Modelo eléctrico, ½ H. P. para bombeo directo.



Modelo con motor a nafta para bombeo directo.

S I L E N C I O S O S


VALOR LEALDADE E MERITO
LUIS DUFAUR
DOM LUIZ
1830
PORTO
MARTINS & C.IA
LUIS DUFAUR
SUCCESSOR
BUENOS AIRES

BUENOS AIRES, 11 DE JULIO DE 1931

AÑO XXXIV

CARAS Y CARETAS

Número 1710

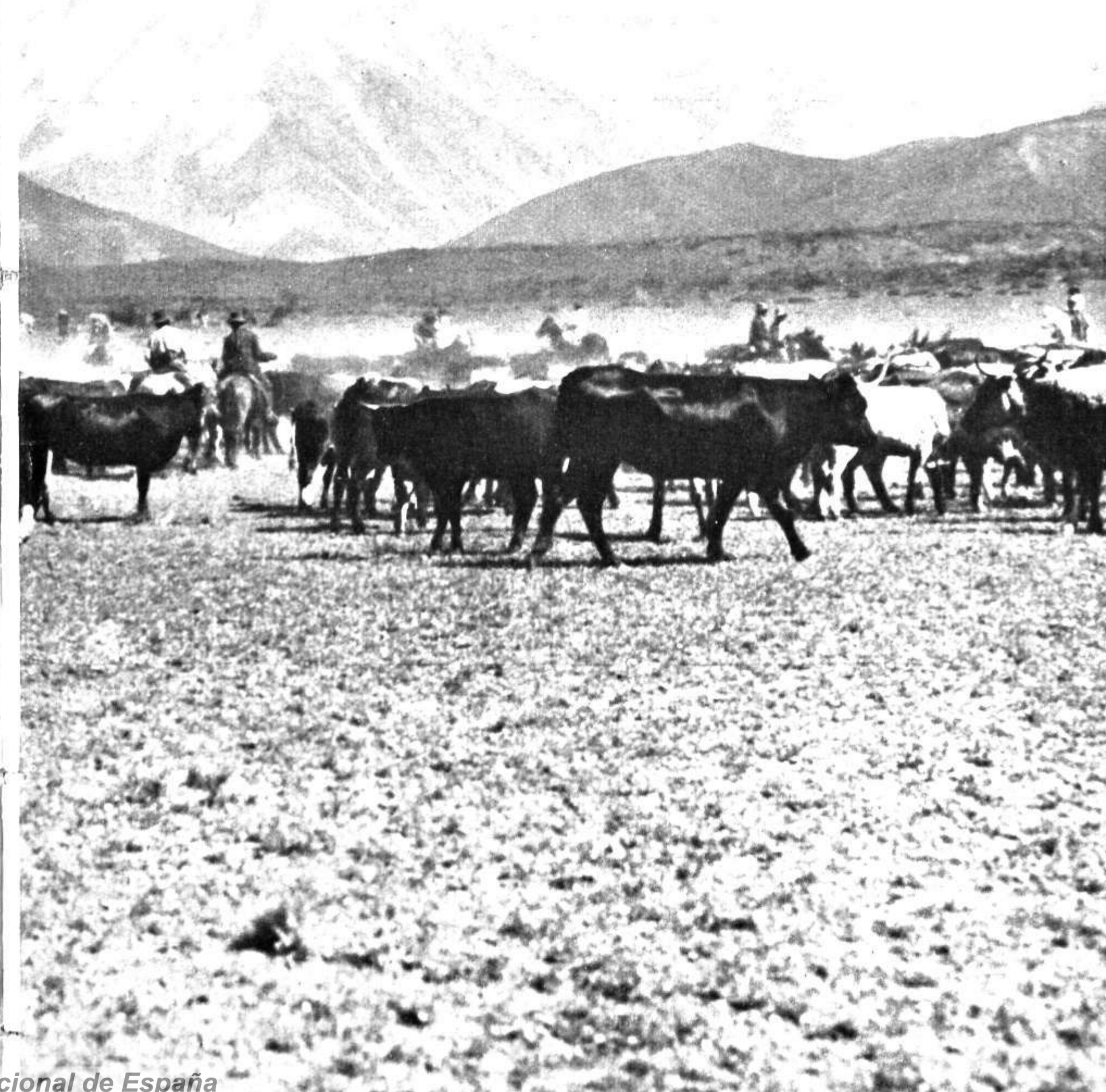
JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



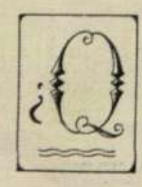
El alma de la llanura

La costumbre de domar horizontes les dió, a caballo y jinete, esa sencilla firmeza que sólo florece en nuestra pampa, campo de infinitud, de labor y de heroísmo.

Desde el altivo Ande hasta el inmenso Atlántico, la generosidad de la tierra argentina muestra el tesoro de su maravillosa fecundidad



El aplauso femenino



¿QUIEN no asocia al recuerdo de un desfile militar el rostro sonriente de la linda mujer de nuestra ciudad? Es esa sonrisa el alma de Buenos Aires; tiene poder estimulante, aviva la marcialidad en el soldado, provoca un natural sentimiento de envidia en quienes no pasan ante ella bajo un refulgir de bayonetas y evoca, suave y cristalina, las otras sonrisas, las sonrisas abuelas que un día pusieron su dulzura en los ojos de aquellos varones que animaron a la colonial aldea con sus morriones granaderos, con sus sables testigos de cien hazañas épicas, con sus corbatas deshechas durante las discusiones en los primitivos consejos y con sus manos que, después de esgrimir armas de guerra, temblaban tímidas al oprimir las de quienes sabían de adioses románticos en horas de inqu[illegible]ad.



El abanderado de la Escuela Militar



Para la marinería



Pasan los Cadetes de la Escuela Naval



Pasa la artillería

Desfilan los legionarios



ARECIO un espectáculo nuevo. Y no lo era. Buenos Aires supo siempre de la grandeza cívica; el civismo ha latido y late constantemente en el hondón del pueblo; es el secreto de su energía, es la fuerza que resurge viril en todos los instantes y pone banderas de aliento y de esperanza sobre la nación. En cercanos días — mediaba Mayo, — ese espíritu de civismo paseó las calles de la ciudad, y fué una columna masculina, enérgica y ordenada. Compartió con los lucidos regimientos el aplauso multitudinario, y sus componentes, entrañablemente emocionados, vieron caer sobre sus cabezas la flor lanzada por femeninas manos, y vieron a esas manos que, al arrojar el delicado premio, temblaban conmovidas, obedeciendo a ese sentimiento que acusa su presencia en horas renacientes y auspiciosas.

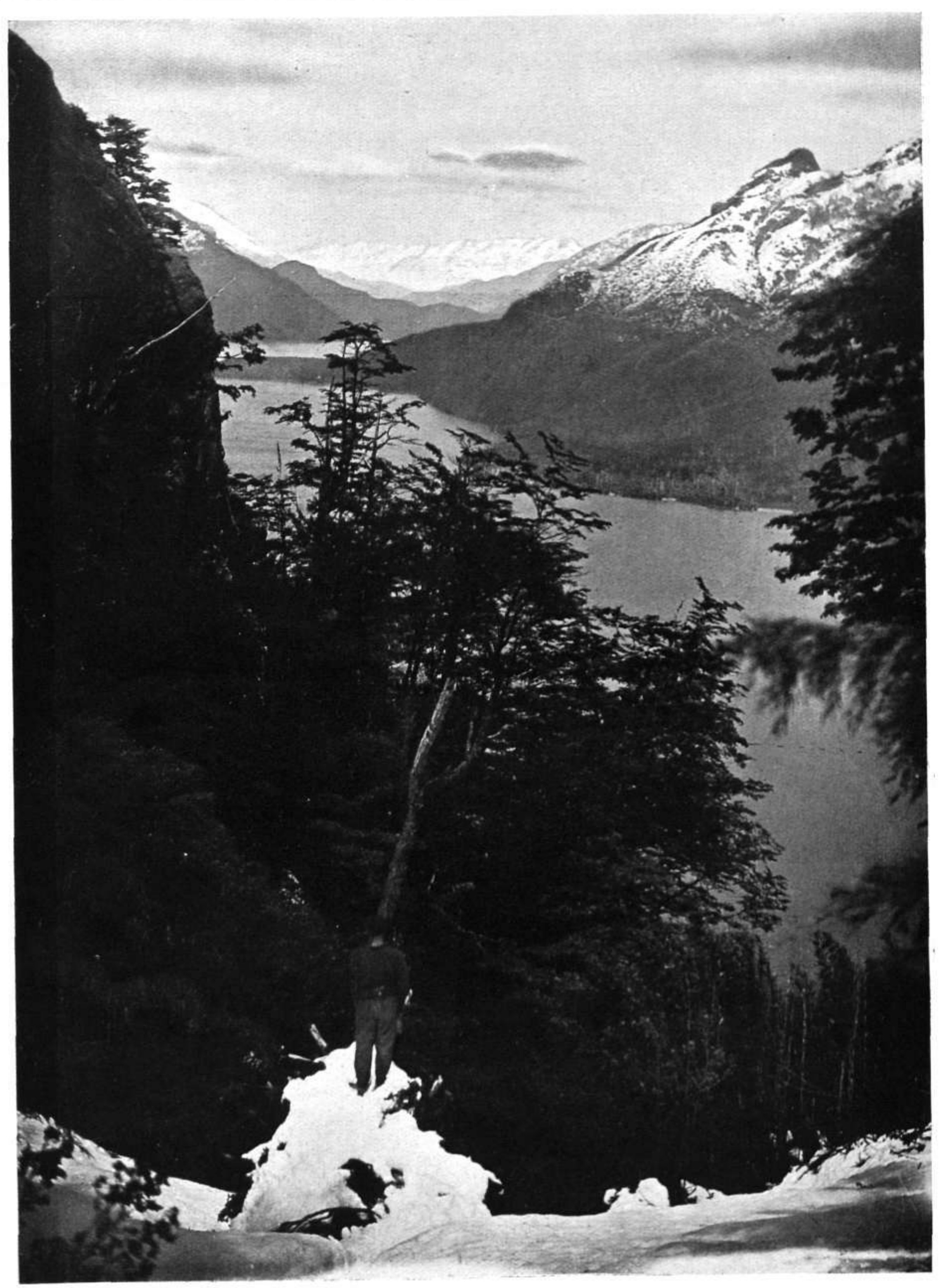
Los tradicionales desfiles



VIBRANTE el aire de la gran arteria de tambores y clarines, pasan argentina, luciendo su belleza y su distinción revela, entusiasta y patria crece de modo intenso en el sentimiento del pueblo que sabe



las tropas de apostura marcial, mientras desde los balcones la mujer palpitante el generoso patriotismo que anida en su pecho. Y entonces la conservar celosamente las glorias del pasado sin descuidar su porvenir.



Nuestra soberbia naturaleza

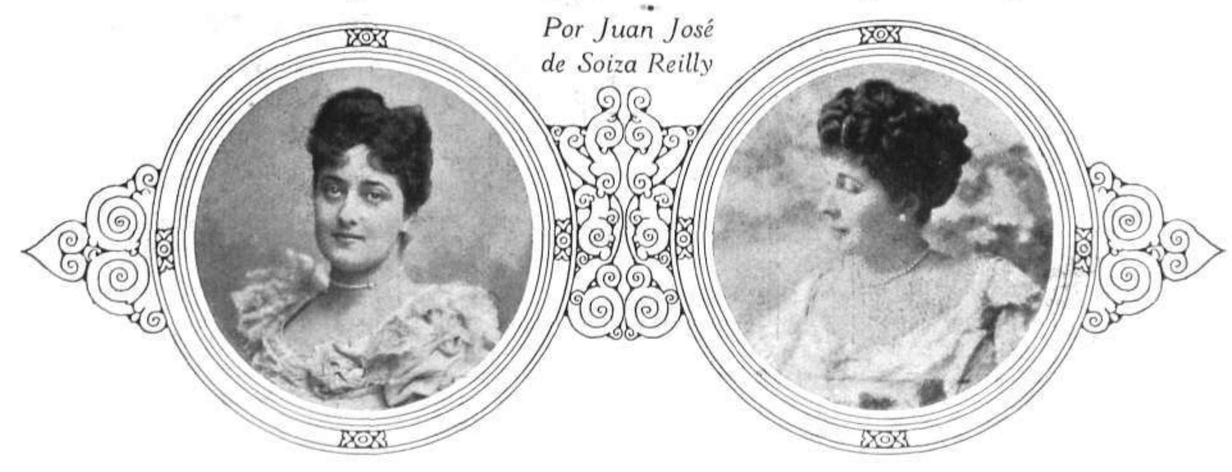
Espejo gigantesco, el lago Nahuel Huapí copia selvas y montañas fabulosas y, cuando se encrespa irritado, es como una vibración entrañable de la tierra, que florece en brillo, color y armonía en el maravilloso paisaje patagónico.

La hermosura de las porteñas fué siempre famosa en todo el mundo. La silueta exquisita de la señorita María Tedín Uriburu llamaba la atención en los salones de nuestra aristocracia.

La Belleza de la Mujer Argentina a través de la Historia

Anécdotas y aventuras de las más bellas mujeres del país

Por Juan José de Soiza Reilly



Reina de los Juegos Florales, la belleza de María Edelmira Sánchez

Señora Mercedes Zapiola de Ortiz Basualdo, joya de las tertulias más

La moda de antaño con sus raros caprichos no hacía palidecer la belleza suave de las lindas porteñas. (Fotografía de la señorita Sara Ayerza).

Felisa Ortiz Basualdo, en su silueta evocadora y elegante, cuando la moda no había cortado las faldas suntuosas que daban a las niñas prestancia de reinas.



La señora Jovita Achával de Bunge en traje de "soirée".



Josefina Mitre de Caprile con el peinado de las damas patricias.

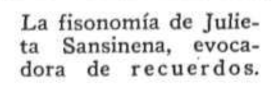


La señora Elisa Solveyra de Marcó del Pont.

En las primeras páginas publicamos

La ilustre dama Teresa de Urquiza de Sáenz Valiente, cuya belleza y cuya espiritualidad iluminaron de gracia los salones de una época histórica.

Señora Sara Escalante, perteneciente a una antigua familia argentina y vinculada por su enlace con el señor Antonio Maura y Gamazo a la aristocracia de España.



La fisonomía de Julieta Sansinena, evocadora de recuerdos.

Doña Carolina Lagos, esposa del gran tribuno Carlos Pellegrini.



Sara Sahores, tipo de belleza netamente argentina.

el texto de esta interesante nota.



Señor Leonel Aguirre, prestigioso hombre de letras y periodista de su país, embajador uruguayo.

Embajada del Uruguay

Para "Caras y Caretas", decana siempre próspera y brillante, de las revistas argentinas

Leonel Aguirre

Las repúblicas del Uruguay y del Brasil envían la [illegible] Julio sea sobre la



Señor Joaquín F. de Assis Brasil, personalidad de grandes méritos en la diplomacia, embajador brasileño.

Embajada del Brasil

EMBAIXADA DO BRASIL

Toda a minha sympathia
ao nobre povo
Argentino.
J. F. de Assis Brasil

a nuestro cielo sus alas fraternas, para que en
urbe porteña una fiesta del alma americana.

Oratoria. — Pintura. — Literatura. — Obras en sus más destacadas manifestaciones

·ORATORIA·



CONDE DE GUADALHORCE. "Organización económica de España".



GOMEZ DE LA SERNA. "Greguerías" y otros temas.



LUCIEN SIMON. Temas de pintura francesa.



OCTAVIO R. AMADEO. "Sarmiento".



Mons. GUSTAVO FRANCESCHI. Temas morales y religiosos.



CARLOS F. MELO. "Siria".



ROBERTO ACOSTA. "Vacuna antidiftérica".



NIDIA LAMARQUE. "Moreno el jacobino".



JUAN J. DIAZ ARANA. Temas económicos.



EMILIO RAVIGNANI. "Bolívar en el Río de la Plata".



ALBERTO GERCHUNOFF. "Schulom Alejim".



F. SOTO y CALVO. "Poemas rusos del siglo XX".



VICTORIA GUKOWSKY "Un viaje por los cielos".



ATILIO CHIAPPORI. "Italia en el arte argentino".



JOSE M. MONNER SANS. Temas teatrales.

·PINTURA·



PABLO ROJAS PAZ. Temas estéticos.



LORENZO GIGLI. Nordiska.



LUIS CORDIVIOLA. Amigos del Arte.



MIGUEL VICTORICA. Amigos del Arte.



MANUEL F. CASTELLO. Temas técnicos.



SUAREZ MARZEL. Müller.



LUIS BORRARO. Clayton.



HECTOR NAVA. Amigos del Arte.



JUAN SOL. Witcomb.



ALBERTO MARTIN. Zuretti.

teatrales. — Artistas de teatro. — Cine, durante los seis primeros meses del año

·LITERATURA·


LEOPOLDO LUGONES. "Política revolucionaria".


HUGO WAST. "Confidencias de un novelista".


MARGARITA ABELLA CAPRILE. "Sombras en el mar".


A. CAPDEVILA. "Rivadavia y el españolismo liberal de la Rvción. Argentina.


MARIANO F. BEASCOECHEA. "La novela del mar".


PEDRO MIGUEL OBLIGADO. "La isla de los cantos".


CARLOS B. QUIROGA. "Animalitos de Dios".


W. JAIME MOLINS. "El príncipe".


R. LEVILLIER. "Nueva crónica de la conquista del Tucumán".


MARIANO A. BARRENECHEA. "Winckelmann o la estética".


JACINTO A. FIGUERERO. "La montaña y su espectro".


JULIO VIGNOLA MANSILLA. "Entre sueño y vigilia".


GUILLERMO SARAVI. "Carne de ensueño".


BARTOLOME GALINDEZ. "La bestia".


JULIO ARAMBURU. "Solar jujeño".

·OBRAS TEATRALES·


A. HERRERO MAYOR. "Artesanía y prevaricación del castellano".


A. VACCAREZZA. "El conventillo del Gavilán".


BAYON HERRERA. "Gran manicomio nacional".


MARIO FLORES. "Fray Milonga".


BAUDILIO ALIO. "Tras la ruta del sol".


GERMAN ZECCIS. "Los tres ases de Blandengues".


CARLOS DEDICO. "Los tres ases de Blandengues".


J. FERNANDEZ. "Cuando llora la milonga".


HERMINIO BRAGA. "Medianoche en la Ribera".


JUAN VILLALBA. "Medianoche en la Ribera".

TEATRO


TITA RUFFO.
Teatro Colón.


LILY PONS.
Teatro Colón.


TITO SCHIPA.
Teatro Colón.


ALEJANDRO MOISI.
Teatro San Martín.


HENRI ROLLAN.
Teatro Maipo.


VERA SERGINE.
Teatro Maipo.


R. LUPI.
Teatro Odeón.


PAOLA BORBONI.
Teatro Odeón.


F. MORANO.
Teatro Odeón.


L. MEMBRIVES.
Teatro Odeón.


V. LEON.
Teatro Maipo.


A. REDONDO.
Teatro Maipo.


C. NUNZIATA.
Teatro San Martín.


M. VITELLI.
Teatro San Martín.

CINE


"INSPIRACION".
Greta Garbo.


"LUCES DE LA CIUDAD".
Carlos Chaplin.


"EL GRAN CHARCO".
Chevalier y Colber.


"AMANECER DE UNA RAZA".
Eva Bettoni.


"LA HOJA DEL ESCANDALO".
Bancroft y Francis.


"LA PASION DE Mme. DU BARRY".
Norma Talmadge.


"PRESIDIO".
Juan de Landa.


"MARRUECOS".
Marlene Dietrich y Cooper.


"NOVIAS RUBOROSAS".
Joan Crawford.


"MONTE CARLO".
Mac Donald y Buchanan,


"SEVILLA DE MIS AMORES".
Novarro y Montenegro.


"DANTON".
Frit. Kortener,

Ante el símbolo sagrado de la patria, los futuros oficiales de mar ofrendan su juventud, su inteligencia y su corazón, en un arranque de viril y entusiasta patriotismo.

La Jura de la bandera

Tremolando al aire sus vistosos gallardetes, las naves de la patria alegran el corazón de la valiente juventud que aprende a defender y mantener las gloriosas tradiciones de la escuadra argentina.
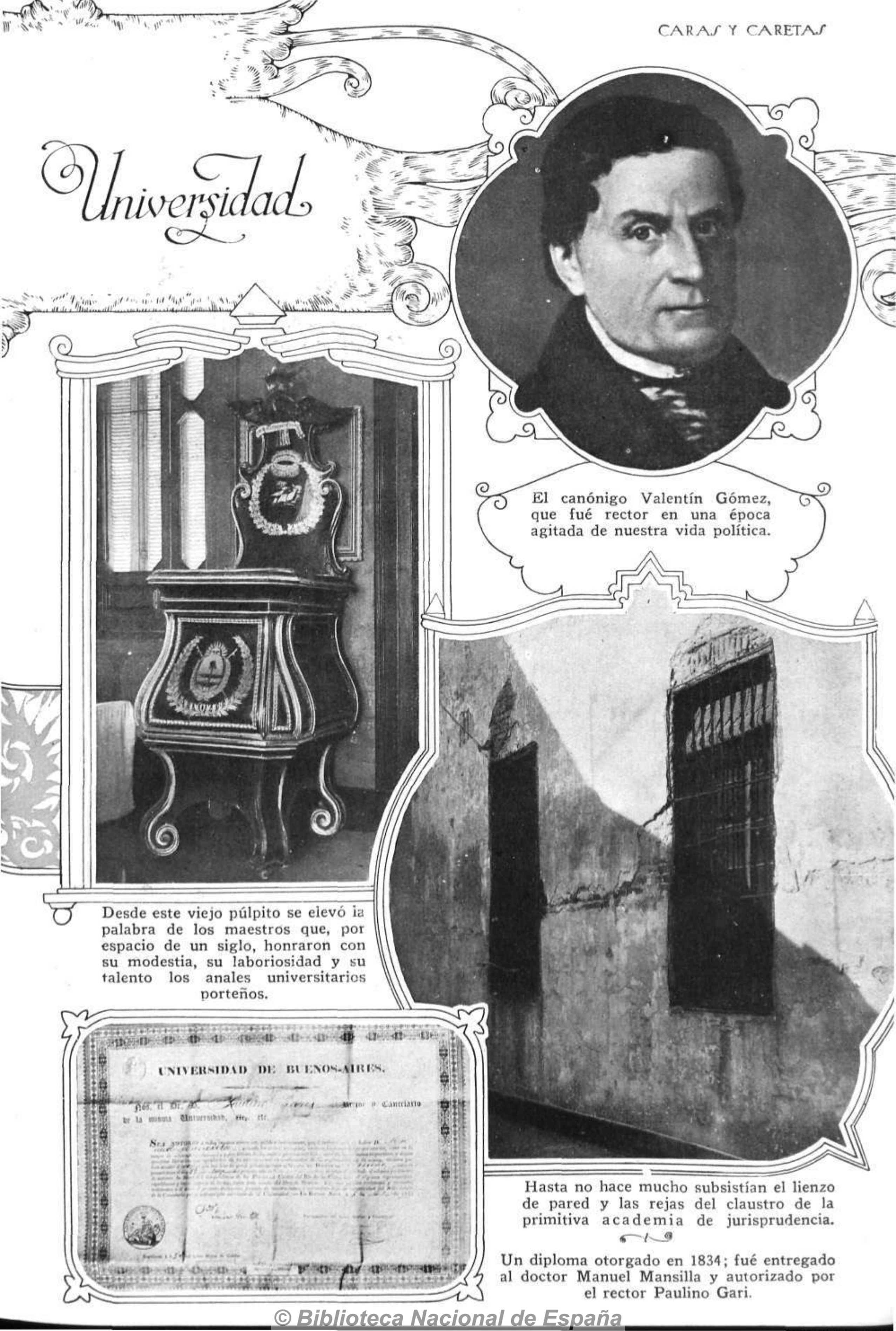


El doctor Antonio Sáenz, primer rector de la Universidad de Buenos Aires, fundada en 1821.

En este sillón de jacarandá, cuya cabecera del respaldo ostenta el escudo argentino, sentáronse la mayoría de los rectores que presidieron la vida de la Universidad de Buenos Aires.

Mesa y sillas en el salón de actos del convento de San Francisco, casa eclesiástica que fué sede universitaria hasta 1854.

La sola presencia de este escaño evoca hábitos y levitas, catedráticos y barbudos alumnos en trances definitivos.



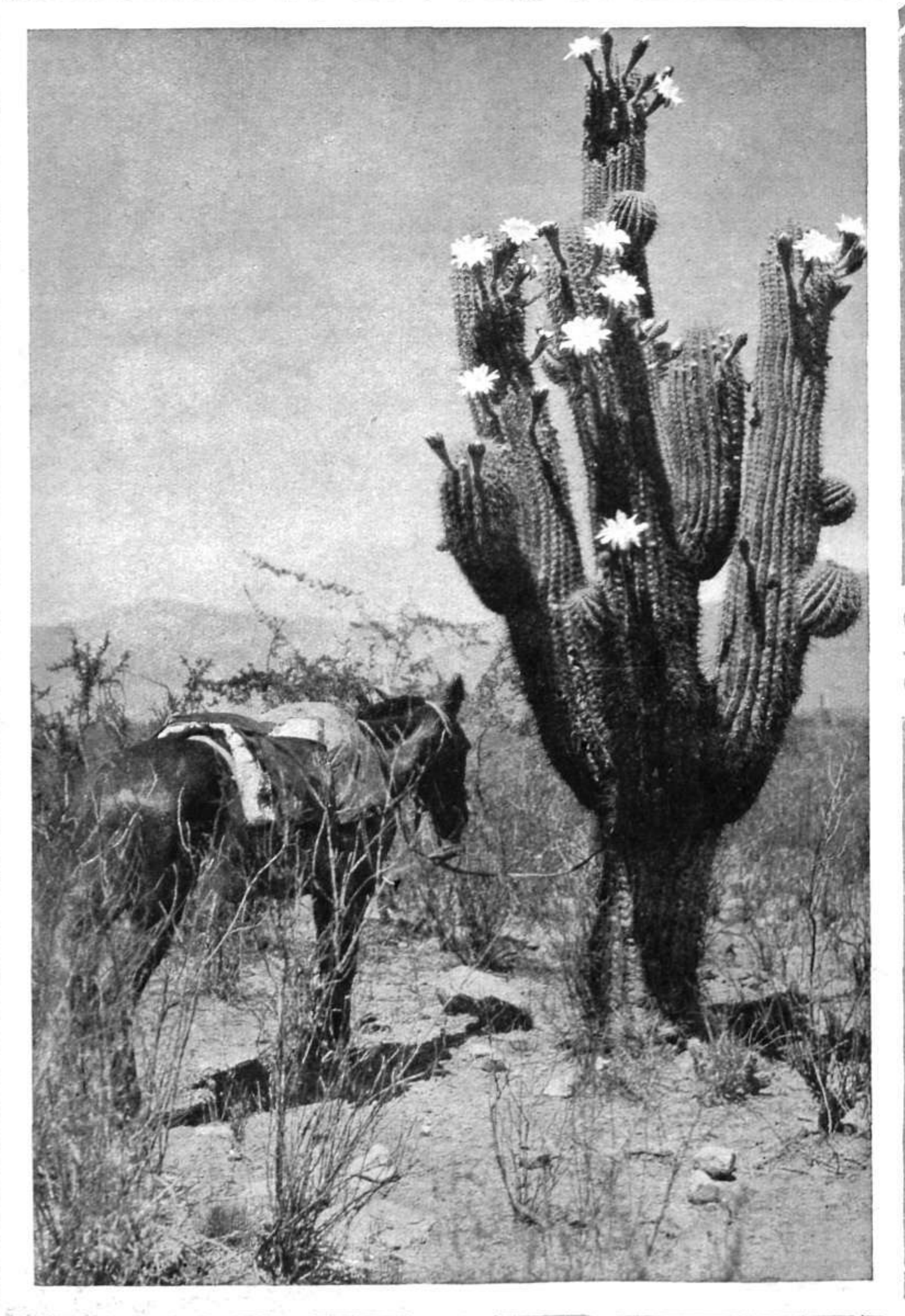
Universidad

El canónigo Valentín Gómez, que fué rector en una época agitada de nuestra vida política.

Desde este viejo púlpito se elevó la palabra de los maestros que, por espacio de un siglo, honraron con su modestia, su laboriosidad y su talento los anales universitarios porteños.

Hasta no hace mucho subsistían el lienzo de pared y las rejas del claustro de la primitiva academia de jurisprudencia.

Un diploma otorgado en 1834; fué entregado al doctor Manuel Mansilla y autorizado por el rector Paulino Gari.

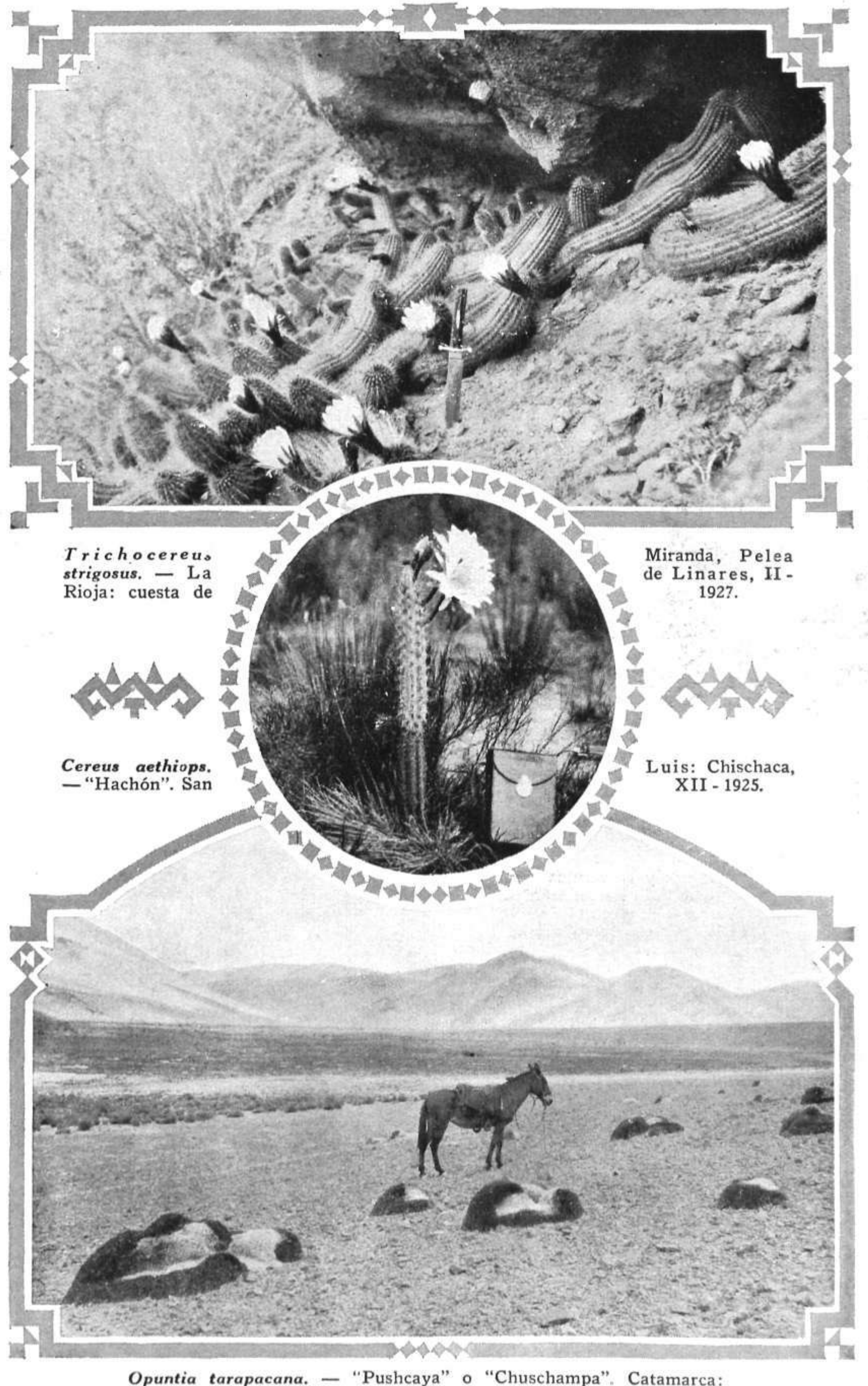


Trichocereus Terscheckii. — "Cardón" o "Cardón del Valle". La Rioja: Guanchín, XI - 1927.

LAS · CACTACEAS

POR

ALCIDES · PLUKENET



Trichocereus strigosus. — La Rioja: cuesta de Miranda, Pelea de Linares, II-1927.

Cereus aethiops. — "Hachón". San Luis: Chischaca, XII-1925.

Opuntia tarapacana. — "Pushcaya" o "Chuschampa". Catamarca: Las Peladas, 3800 m. s. m., camino al cerro San Francisco, 30-I 1930.

FOTOS DEL AUTOR

Lea el texto en las últimas páginas.

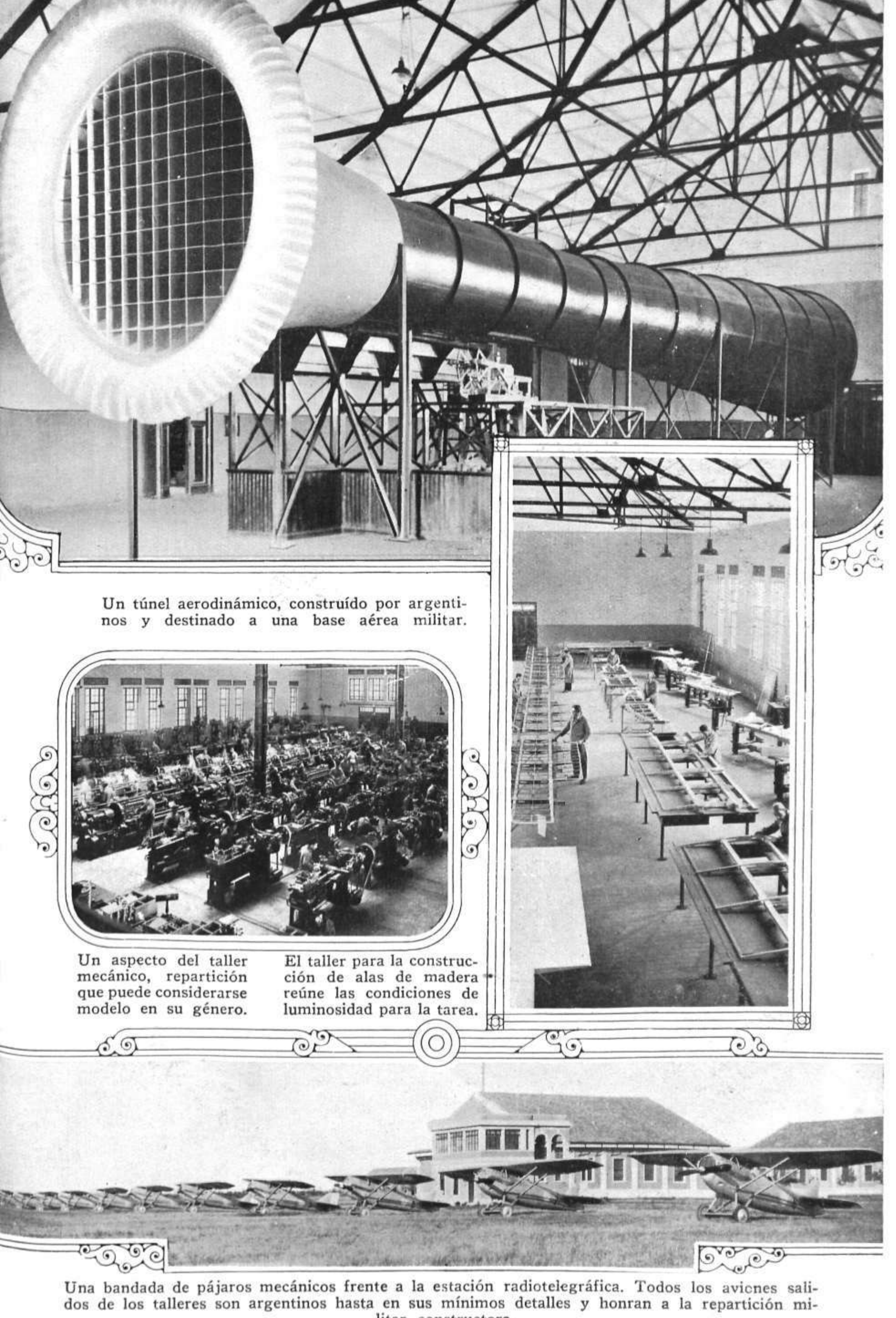
FABRICA MILITAR de AVIONES en CORDOBA

Esta foto fué obtenida en el campo de ensayo, frente a la fábrica, después de haberse terminado de revisar el primer avión construído en la misma, y muestra al aparato y al personal técnico y mecánico del establecimiento.

La fábrica militar de aviones situada en las cercanias de la capital cordobesa honra al ejército argentino. Alzada sobre un vasto campo y construída sólidamente, produce la mayor parte de las unidades con que se dota a la quinta arma, y tanto el personal técnico y administrativo como el obrero acusan una idoneidad que asegura una producción próspera.



Los pabellones con que cuenta la fábrica, situada a corta distancia de la capital cordobesa, reúnen las exigencias estéticas que requieren las grandes instituciones de aviación.

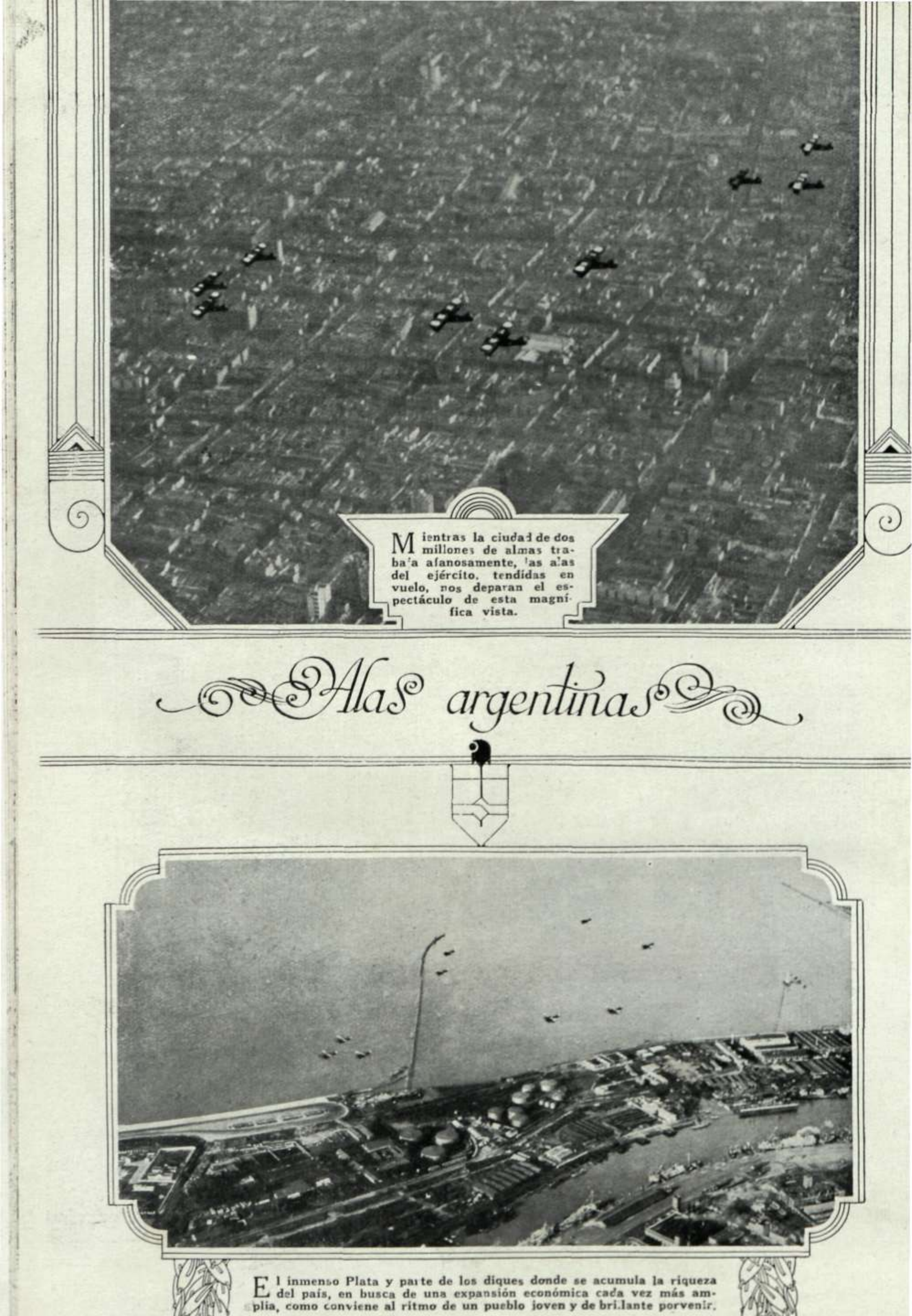


Un túnel aerodinámico, construído por argentinos y destinado a una base aérea militar.

Un aspecto del taller mecánico, repartición que puede considerarse modelo en su género.

El taller para la construcción de alas de madera reúne las condiciones de luminosidad para la tarea.

Una bandada de pájaros mecánicos frente a la estación radiotelegráfica. Todos los aviones salidos de los talleres son argentinos hasta en sus mínimos detalles y honran a la repartición militar constructora.



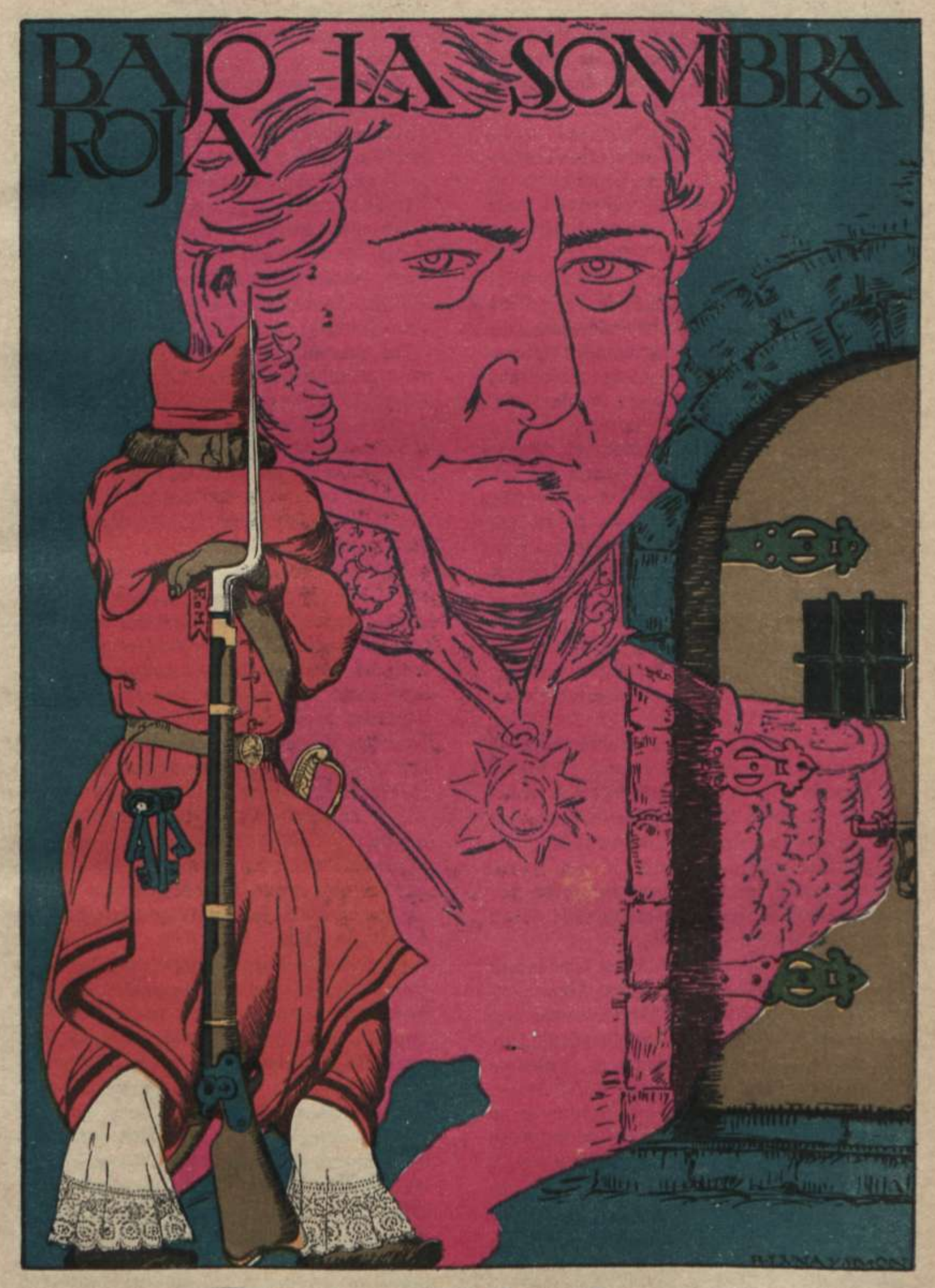
Mientras la ciudad de dos millones de almas trabaja afanosamente, las alas del ejército, tendidas en vuelo, nos deparan el espectáculo de esta magnífica vista.

Alas argentinas

El inmenso Plata y parte de los diques donde se acumula la riqueza del país, en busca de una expansión económica cada vez más amplia, como conviene al ritmo de un pueblo joven y de brillante porvenir.

LA NOVELA DEL JUEVES

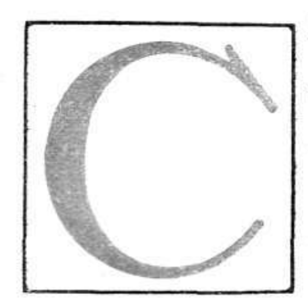
ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"



POR Luis Franco

ILUSTRACIONES DE B. LUNA Y SIMON

EL MONSTRUO



CUANDO el guardián cerró la puerta, dando las últimas órdenes a los centinelas, el preso, reducido al mundo de su celda, se sintió vacilar ante la primera mirada del monstruo. ¡La soledad!

Fatiga, insomnio, hambre, frío, afrentas de fuego y de pringue: todo lo ha sufrido por cinco días, sin demasiado asombro, porque ya sabéis que amontonados dolores se desgastan entre sí, y el movimiento y el cambio hacen que el alma medio se olvide del cuerpo y de ella misma.

Pero solo ahora, solito ante el destino que se le viene encima — ayer sus hombros un monte, su brazo una avalancha, hoy un ratón de ratonera — pared por medio con la muerte ya — el general cautivo siente el gusaneo de los instantes que empiezan a roerlo.

Hijo de la guerra, hombre de penurias y de jaques sin cuento, no le conocieron sonrisas a la vida sus días, duros y escuetos como nido de águila. Pero esta soledad encarnizada...

Pide como única gracia la compañía de otro preso. Viene un mozo opaco de seso y de corazón. ¿Qué importa? Al fin el ruido de las palabras logra tapar el zumbido del solitario silencio — inaguantable.

Cuando aquél se va, llega un nuevo compañero. Y es como cambiar cobre por plata. Alguien, ¡ah!, con quien canjear un poco de espíritu.

Lo visitan, por curiosidad o condescendencia, los personajes oficiales. Alguna señora extrema atenciones. Recibe cartas que traen condolencias como por la pérdida de un deudo, que es él mismo, o mensajes de amistad póstuma...

Su último compañero queda libre y se va. Y el adiós del buen amigo es doloroso como una traición.

Pero donde menos se piensa salta un hombre de oro. El capitán Echenique acepta *la prisión e incomunicación del amigo*, con tal de acompañarlo. No se lo permiten, es claro.

Se agarra ahora a la idea de la evasión, profundamente. Lo han apalabrado de afuera. Tiene la llave de la cerradura. Lo demás va a estar listo. De pronto sus carceleros duplican el cierre y la cautela. ¿Qué? ¡El patrón de la fuga era un espía del gobierno!

Y el cautivo queda con la esperanza a los pies.

Y sobre eso, no es nada el odio ni el filoso rigor junto a la suciedad de esas almas manchadas por la sombra que proyecta el jefe siniestro. Todo es una sola mancha, y por eso nadie la advierte. Todo, hasta el crimen, es chiquito y torcido y rastrero como un gusano.

Un día sabe que un muchacho, criadito suyo, corrompido por los otros, intenta asesinarlo dormido, para robarle un puñado de onzas.

El general gobernador vuelve al fin de su afortunada campaña. La ciudad se pone de pascuas para recibirle. Por varios días arcos y zalemas, cohetes y músicas, luces y vivas de colores. ¡La gloria en visita de familia! Entre tanto, como adhesión al festival, los carceleros maltratan con los desaires más zurdos al prisionero, que se defiende como puede.

Las ilustres visitas de los primeros días se le han retirado poco a poco, sin duda adelantándose a la voluntad del amo.

¡Qué mucho, si sus propios amigos o compañeros de causa le han echado ya al olvido como un poncho viejo! Digo más: se acuerdan aún de él cuando precisan gratificar su memoria con alguna patraña de ley. ¿No ha llegado un ducho hasta descubrir que se dejó capturar adrede?

La soledad sigue trabajándole más hondo.

¡Su hermano, su hermano llega! ¿Pero qué es esta visita intervenida por el jefe de la guardia? Nada más que la amargura de la despedida.

Otro día le llega la noticia de la ejecución de los compañeros de armas. Después de varios meses, cuando podía confiarse que la cólera roja del hombre que en Buenos Aires ha substituído al destino se habrá enfriado. El de Santa Fe le ha enviado en presente de amistad esta carne de suplicio como aquellos bárbaros que se lamían mutuamente la sangre de sus heridas en signo de juramento. Es algo que no se sabe cómo contarlo, porque las palabras *no quieren mancharse. Sacerdotes ancianos* y venerables, decapitados como salteadores de caminos. Y un niño de doce años, degollado como un corderito delante del padre, que espera turno. El terror convertido ya en endemia.

Qué vísperas para nuestro reo, ¿de veras? Si ésa es la suerte de hombres com-

prometidos a medias, meros secuaces algunos, ¿cuál será la suerte del jefe? Mentas vienen y van. De su suplicio inminente, ni dudas; las hay apenas de detalles. Creen los más que su demora obedece a que quiere hacerse algo de ejemplaridad inolvidable.

Los dos amos de la República se han reunido en Arroyo del Medio, y todos esperan, reteniendo el aliento.

Y el cautivo entre tanto sorprende en los ojos de los pocos que llegan a su celda la mirada de los deudos para el enfermo que acaban de desahuciar los médicos, una mirada de adiós final, de lejanía casi póstuma. No le queda más que un solo afán, monstruoso: familiarizarse con la idea de la muerte — ¡y qué muerte! — ¡El, hombre en la plenitud de sus días que respetaron balas y espadas en un montón de combates, esperar infinitamente a la muerte en una cita infame!

Pasan días y meses también, hasta que llega, en secreto, una noticia que hermosea al mensajero: Lo dejarán salir del país. Un poco más de paciencia, y será todo.

Pero el tiempo sigue pasando, eterno. Y aquello que fué luz de amanecer al comienzo, palidece, vacila, es un fuego fatuo ya. Y el paciente agoniza en esa incertidumbre peor que la seguridad de la última desgracia. Apenas si lo distraen un poco de tamaño afán las perrerías del último jefe de la guardia que administra su encono con minuciosidad generosa... Llega hasta cambiarlo de celda sólo porque ésta tiene "el desahogo de una ventana" que regala a sus ojos un cachito de mundo".

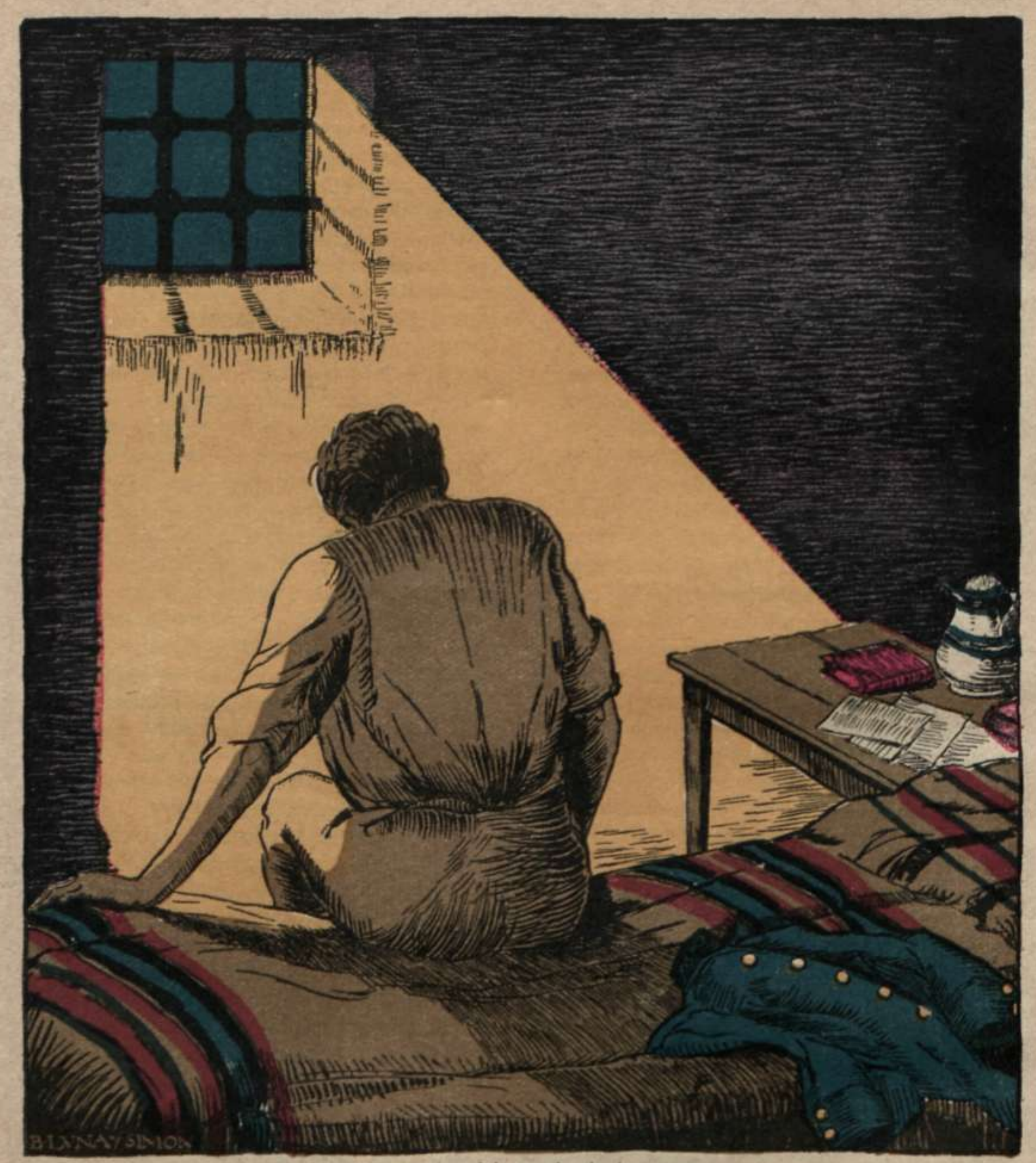
Pero en éste como en otros puntos el ojo profundo del cautivo no tarda en descubrir el juego de un personaje que maniobra en la sombra. El ministro del gobierno, que es, dicen, su todo. ¿Odio personal? ¿Lujo de prepotencia? Un poco de eso, acaso, pero se trata, mejor, de la ambición de un hombre cuya alma oblicua, en complicidad con un ambiente que no lo es menos, despliega un juego desconcertante. Tan pronto cierca de halagos al cautivo como se le retira fríamente. Tratándolo a rigor, quiere recomendarse ante sus copartidarios, siempre celosos. Mostrándole los dientes, quiere propiciarlo, encareciéndole el desafío a los suyos que eso significa. Busca ganárselo, una vez, porque espera de él confidencias que le serán una arma; otra vez, porque un gran peligro militar está en juego, y acaso podría echar mano de él como último recurso. Llega a incitar a los parientes de su víctima a que recaben recomendaciones de personajes con quienes quiere vincularse. Un día, franqueándose de golpe, se deja decir comprometedoras palabras de amenaza y desprecio para el hombre que desde Buenos Aires está ya magnetizando a todos.

Siguen los días de soledad y desesperanza. La nueva celda es más escondida, como si bajara un tramo más hacia la sombra definitiva. ¿Qué hará un hombre en un aislamiento que marea como el mar y un silencio sonoro como un tábano? ¿Qué hará mientras el tiempo sigue trotando en las agujas de su reloj a compás de su corazón sin esperanza? ¡Dios mío, si no se hubieran inventado los libros! Es cierto que los hay apenas y conseguir uno cuesta un ojo de la cara, y que hay que leer dos o más veces los mismos, pero así y todo, ¡qué hubiera sido, qué sería de su vida sin ellos! Además, por intermedio de los libros, gracias a una clave, mantiene con su hermano, que es quien se los manda, una ávida correspondencia, que sostiene su vida. Recibe noticias del mundo de los vivos y la gota del aceite para que el último resto de esperanza no se apague del todo.

Pero eso no basta, no basta, para capear la muerte de las horas eternas. ¿Inmóvil como santo de palo ahora un hombre con veinte años de guerra, de días más inquietos que el azogue? ¿Qué hará, qué hará, si nada se puede? Y bien: lavará su ropa como un soldado en campaña; se hará su propio calzado como un buen artesano. Y aun más, porque la naturaleza y el arte quieren unirse para alcanzarle un rayito de sol hasta su calabozo. "Fabricar jaulas de pájaros y tenerlos por compañeros". Un buen brasileño, hombre del oficio, que le hace centinela, lo alecciona gustoso en perfeccionar aquel minúsculo arte de inocencia y de gracia. Y a poco, son asombro de entendidos y profanos esas jaulas tejidas en todas las formas del capricho, labradas con paciencia de acecho y primor de encantamiento, fuertes en su ligereza como una ala.

Y los pájaros — cautivos ellos también, pero aun tan llenos de cielo — le desmenuzan a ratos, con sus picos de alba, la pena espesa y negra.

Mas aquí sucede que su suerte, tan ladeada ya, se vuelca al fin del todo. El gobierno descubre un conato de revolución. Varios los comprometidos y más los sospechosos. Su hermano sale deportado, sin lugar a despedirse.



Recibe noticias del mundo de los vivos...

Entonces, en este puñado de sombra de su celda, ya sin un amigo ni un conocido siquiera, sin recursos, con la incertidumbre más temblorosa sobre su fin, el recluso se confiesa que no podría olvidar este día aunque viviera mil años. ¡Qué mucho, si en su corazón llamea como una plegaria el voto supremo: la muerte, la muerte salvadora! "¡Qué no piensa un desgraciado!" Porque ¿para qué ocultarse que será más muerte que la otra esta muerte viviente que le espera? La soledad, hueca como un perpetuo bostezo. El silencio, como un grito tan hondo que no se oye. Y el reloj, único viviente verdadero, royendo el tiempo con paciencia implacable. Y la vigilia y el sueño, un solo insomnio, ¡ah! Y detrás, la locura acaso... Pero ¿porqué antes no se ha de apiadar la muerte?

Y, sin embargo, los días siguen pasando y pasando con arrastre de orugas. Y, ¿se creerá? La monotonía de semejante vivir, mortal ¿quién lo duda? no lo es acaso porque hay algo que la quiebra: las hazañas del gobernador y los suyos con otros cautivos. Cuatreros azotados prendidos a su propia reja. Luchas de indias desnudas. Peleas de indios emborrachados adrede. Un indio entregado a la venganza de indias avampiradas. Otro ejecutado después de ocho días de capilla... Pero, ¿a qué seguir?

II.—ALBRICIAS

No sé si el lector ha reconocido ya a nuestros personajes. El cautivo, el general Paz, presidiario en Santa Fe. El gobernador, don Estanislao López, y su ministro Cullen, preboste de la intriga. El hombre que en Buenos A res y en toda la República ya ha suplantado al destino, don Juan Manuel de Rosas. Estamos en el año 1834.

Un día domingo... ¿Para qué, piensa el cautivo, tienen nombre los días del mundo, si todos son iguales? ¡Mil c'ncuenta y seis días de cárcel ya! ¿Para qué se cuentan los días, si no se acaban nunca?

Allá lejos, en el patio de la cárcel, el sol, muy ladeado ya, cruza una franja oblicua. Desde el piso alto en que está su celda, el general ve entrar al oficial de la guardia con algo extraño en las manos. ¿Qué? ¡Dos manos de indio recién cortadas! Viene a mostrarlas a las indias cautivas; viene él, aprend'z de bárbaro, a darse el lujo de horrorizar a salvajes verdaderos.

Entra en eso una negra vestida con decencia, conversa con el oficial, sorprendido en tan honorable trance, y se dirige en seguida hacia la celda del general. Es la Isabel, la negra criada de su casa paterna. Y el recio varón tiene nublados los ojos.

Anochece apenas, cuando cierran las puertas del calabozo y el preso se pone en cama. De pronto, suena el candado de afuera, la puerta se abre y el ayudante le dice algunas rápidas palabras. Y apenas ha tenido tiempo de vestirse al vuelo, cuando una joven, hermosa como una albricia, se echa en su pecho, gimiendo. "Nada de lloros, Margarita, ¿sabes?", le secretea tierno y firme el general, que abraza ya a la dolorosa anciana que es su madre. Un oficial presencia aquella visita intimísima. ¿Comprendéis? Después de tanta ausencia y tanta angustia, el cautivo no puede franquear su alma a los únicos que saben de ella. ¡Es preciso que cada uno tenga su corazón en el puño!

No es cautela inútil. López, Cullen y demás concesionarios de sus días, han estado en acecho de aquella visita, seguros de poder gozarse del desbordado dolor de una madre y de sus hijos. Y se les aguó la fiesta.

III.—¿AMANECER?

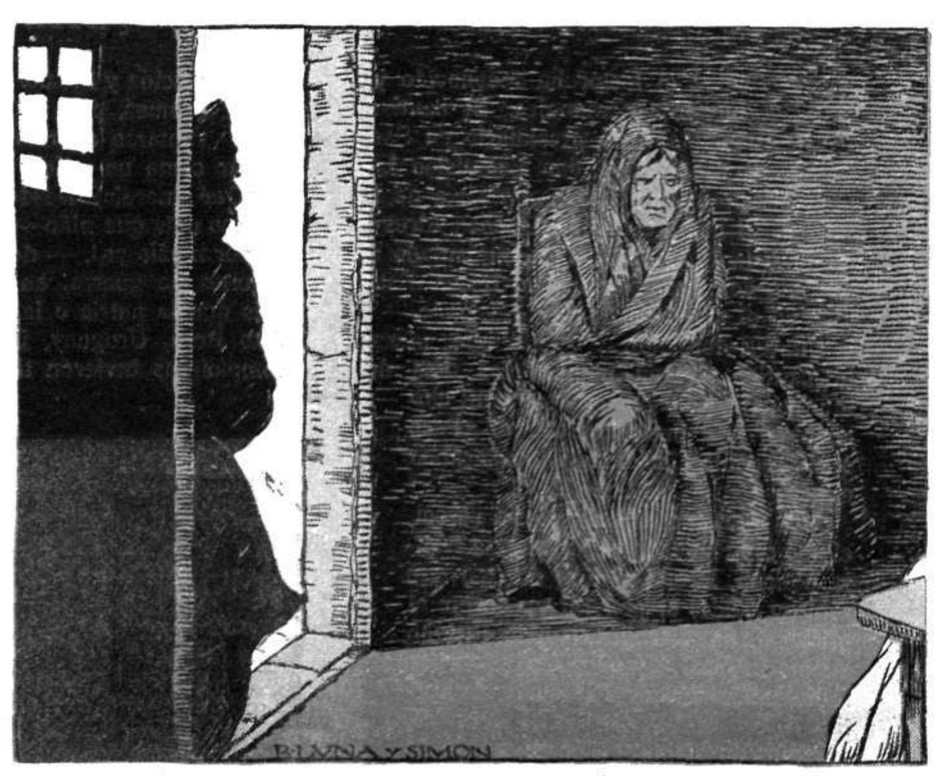
La celda y la suerte del preso son las mismas, pero su corazón quiere levantarse ahora como una espiga y cantar como un pájaro...

¿Qué queréis? Desde aquel día en que, apenas más que niño — ¡veinticuatro años de por medio ya!, — dejó las aulas por los fogones de guerra, en su pecho no cupo más que la patria o la fama. Tucumán, el Alto Perú, Uruguay, Brasil. Mientras sus compañeros tuvieron tiempo de aparear a



Cuatreros azotados prendidos a su propia reja.





A un costado, el cautivo;

la de armas la aventura galante, él mantuvo su corazón cerrado. Cierto que una vez y otra vez el amor de la mujer desconocida, como una misteriosa nostalgia, se estremeció en él, pero el destino no decía nada. ¿Novio? Como no fuera su espada...

Así fué hasta que en un alto del camino, en vísperas de la guerra brasileña, el joven coronel tropezó con dos ojos que daban otro color al mundo. Eran los de Margarita, entonces más niña que un alba.

Se habló, sin nombrarlo, del porvenir. Se soñó, a hurtadillas, con la dicha. Pero vino la guerra y el joven tío se fué para volver con charreteras de general bordadas por la gloria. La guerra todavía: tres batallas soberbias lo nombran el primero de los estrategas y media República se confía a él como a un padre. Y después el más traidor de los golpes de azar. La cárcel. Y la muerte colgada de su cuello.

Sin embargo, las horas del día no son su pesadilla ahora. La soledad afloja sus anillos de hierro.

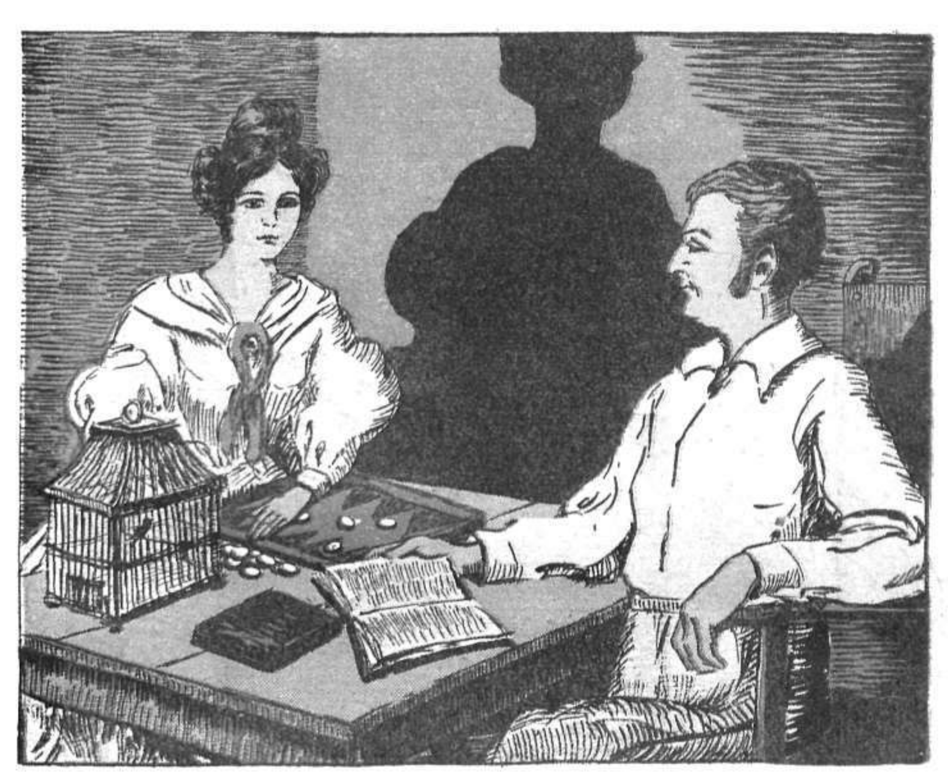
Por las tardes, sobre la pobrecita mesa de la celda, brillan como risueñas las fichas del chaquete. A un costado, el cautivo; al frente, la joven, que es como un claro de luna en aquella sombra; juegan con olvido casi de niños, mientras, sentada aparte, la anciana, tan labrada por los años y las penas, se ensombrece pensando en la suerte del más noble de los hombres que es su hijo o los mira a ratos con sonrisa en que la esperanza lucha con el mal presentimiento.

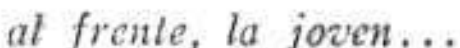
Y el tiempo se aligera también. Y al recluso le parecen lejanísimos los días en que el silencio cosquilleaba sus oídos porque hasta le prohibieron hablar con los centinelas; cuando oía sonar su propia voz como un gozne herrumbroso. Y el insomnio enrojecía sus párpados. Y la soledad era más pesada que piedra de tumba.

Su alma ahora ha olvidado casi que la muerte es su madrina. Su alma está ocupada sólo por la imagen y los gestos de aquella cuya pureza es inconsútil como una rosa. Cuando habla y su alma tiembla en sus palabras como rama en el aire. Cuando mira triste. Cuando sonríe y es como si amaneciera. Cuando anuda sus trenzas hermosas. Cuando su corazón tiñe sus mejillas. Cuando descuelga las jaulas y da de comer y dice niñerías de cristalino hechizo a sus pájaros.

¡Dios mío! ¿Es acaso que el amor quiere albergarse en un calabozo, como la torcaza anida en el tala espinudo? Sólo sabe que cuando ella se va, su oído recoge hasta el último de sus pasos; que cuando vuelve, su corazón, que la adivina, quiere echársele de alfombra.

Pero no puede ser. ¡Cómo! El sólo es carne de presidio. El no es más que novio de la muerte y de la muerte infame. ¡Oh, nunca!




al frente, la joven...



ro la cobardía también sabe por un instante vencerse a sí misma y habla. Y el guerrero, aniñado por primera vez ante el peligro, ve que ella, limpia como una espada, se empaña en lágrimas de entregado amor.

Y sin embargo es como para creer que la suerte quiere ponerse de su lado. Se dice, y aun se asegura, que se les permitirá salir del país bajo fianza. Cuestión de días más. Y en todo caso, si aquello fallara, cuenta con un plan de evasión ya bien maduro.

Pero el cautivo desconfía de sí mismo. ¿No estará engañándose, no ya con su esperanza, sino con su propia fe en ella? ¿No será que la nueva magia de su pecho le transfigura todo?

¡Bah, no sabe ni quiere saberlo cuando los ojos de Margarita lo iluminan! Sólo un temor tiene entonces: el de estar confundiendo el tranquilo afecto o la piedad con el tembloroso amor. Porque él no es hábil. El, maestro de la guerra, casto como el acero, no es ni aprendiz del arte galante. Pero acaso el gran amor nunca es hábil. Presiente que su pecho no se equivoca. ¿Quién lo sabe?

Está pálido. ¿Del encierro? ¿De la espera de la muerte? No, de acobardado amor.

Llega ella, al fin. Gozo y temblor de su corazón como jardín cuando llega la brisa. ¿Lo adivina ella que se pone más pálida y hermosa? El sólo sabe que en ninguno de los dieciocho combates en que se halló ha sentido su pecho estremecerse así. Pe-

IV.—ENCRUCIJADA

Todo se ha resuelto con la facilidad de los sueños: libre él, por cualquier vía pasará al Uruguay; se casará por poder desde allí; su esposa volará después a su lado.

Pero el destino no quiere renunciar así no más a esas jugarretas que gasta con él. Del destierro liberador se guarda ya el más sospechoso silencio. Y cuando, cansado de él, y echando los dados al fin, el cautivo fija día a la evasión — mañosamente preparada de antemano, — listos la llave del calabozo, los fiambres de avío, el bote sobre el Paraná y sus remeros, su encargado, el maestro Tadeo, pide aún días de espera. Chicanas. Era que, mirado cara a cara, el lance le pareció mayor que su coraje, y reculaba.

De sus amigos, ¿quién le dará noticias?

Vuelven días acérrimos, como los peores, en que la vista al porvenir es un callejón cerrado. ¿Quién quería ligarse a su suerte? Y sobre todo ¿cómo, sin acegado egoísmo, puede aspirar a eso? ¡Oh, él, que un día quiso dar el adiós final a la vida, va a conocer otro más vehemente: el adiós a un gran amor! De veras, hasta entonces, el destino no ha apretado del todo sus puños.



... el idilio floreció en una cárcel, como nido colgado de un árbol...

Pero he aquí que cuando al fin el mundo y los hombres vuelven la espalda, definitivos, una mujer echa en la balanza de su suerte su corazón maravilloso. ¡Margarita! ¿Prisión, olvido, soledad, incertidumbre, miseria, muerte? Qué importa. Su amor será aureola para tanta sombra. Y lo que hay de maternal en toda mujer habló también en ella ante el hombre desgraciado. Cree y obliga a creer que estas bodas en la sombra serán rehenes de la libertad del cautivo.

Pero en el fondo adivina mejor que serán el rescate de esa vida dolorosa y admirable, que la soledad del presidio, como un pantano, tragará en silencio.

El se niega, sin embargo. Después ya no sabe lo que dice; ya no sabe qué cosa es su alma. Sólo reza en su corazón esta palabra: ¡ángel!

V.—LO INCREIBLE

Y así, bajo la sombra cada vez más roja de Juan Manuel, el idilio floreció en una cárcel, como nido colgado en un árbol en que se amadrigan las víboras.

Luis Franco

DIBUJOS DE LUNA Y SIMÓN

Plantas y pájaros

La planta es el hermano menor del árbol, y si no es fuente, como éste, en general, de riqueza, es, a menudo, mayor fuente de placer que él, mediante las vistosas flores de que se cubre y los sabrosos frutos que produce. No reina en los bosques ni en los campos: reina en los jardines y en los parques. Es, como los niños y los pájaros, la alegría de los hogares. Quien las cultiva, las ama. ¡Con qué impaciencia se espera que la semilla se convierta en tierna plantita! ¡Con qué cariño se le sigue a través de su lenta evolución!

Los pájaros son el complemento del jardín y del hogar. Cuando faltan los niños, que son la sonrisa de éste, los pájaros los reemplazan, en parte, con sus trinos y gorjeos, que semejan las frescas risas y los cantos de aquéllos. Fuera de ser agradables, son útiles. Limpian de insectos los terrenos y los árboles y plantas, sus flores y sus frutas, estando probado que más es el servicio que prestan que los perjuicios que ocasionan, con raras excepciones, una de las cuales la constituye, y eso sólo en parte, el gorrión, verdadero atorrante con que nos ha infestado la Europa para ocupar el lugar que tenían antes el jilguero, el cardenal, el zorzal, la calandria y tantos otros hermosos ejemplares de nuestra fauna alada.

Ellos, como los árboles y las plantas, suministran motivos para observaciones y estudios que han de dar por resultado un mayor desarrollo mental y moral; y es éste el punto más importante y que más directa relación tiene con la escuela.

La vida de los árboles, de las plantas y de los pájaros, es fuente perenne de observación que ejercita y aguza la inteligencia, despierta y dilata el sentimiento; estimula la voluntad y ejerce marcada influencia sobre el carácter. Los niños están siempre interesados en todo lo que tiene vida. La vida para ellos es una fuente de constante curiosidad y admiración; pero como a menudo la naturaleza es un libro cerrado, el maestro debe enseñar a hojearlo para que él les revele sus bellas e interesantes historias.

El primer propósito de la celebración del día del árbol debería ser el de despertar en los niños un gran deseo de conocer el mayor número de cosas respecto de los árboles, las plantas y los animales que están cerca de ellos, y preocuparse de cuidarlos y protegerlos. El maestro, que en el día del árbol y en los sucesivos realice tal propósito, puede estar seguro de que mucho ha hecho para ampliar la vida y aumentar la felicidad de sus alumnos. Así lo constatan las mejores autoridades norteamericanas, agregando que los poderes públicos que han establecido esa festividad han contribuído no sólo al bienestar material de los ciudadanos por la mejor apreciación de los beneficios que produce la arboricultura, sino a la mejora de sus sentimientos estéticos y de un mayor desarrollo mental. Por tal medio se han creado en las nuevas generaciones un amor genuino por la naturaleza en todas sus formas, mayor sensibilidad, ideales más generosos de la vida y más respeto y veneración por la sabiduría y beneficencia de la naturaleza.

J. B. Zubiaur



PROBAK
PROBAK
LA HOJA
que afeita
con más comodidad
DE VENTA EN
TODAS PARTES



En el presente, cuando aparatos luminosos y potentes reflectores eléctricos iluminan los venerables edificios públicos y las enormes construcciones particulares, casi nadie o nadie recuerda a los viejos y temblorosos reverberos de gas que hasta no ha mucho, quizá un cuarto de siglo, dieron esplendor a los festejos populares.

El gas lleva ya bien cumplido su siglo de existencia. Fué en París, en el año 1819, para los festejos de Navidad, que comenzó a iluminar a aquel público. Sus progresos fueron lentos. Todavía en 1839, la capital de Francia empleaba más el aceite que el gas. Según una estadística, la iluminación pública, en aquella época, comportaba 11.654 mecheros de aceite contra 1.162 reverberos de gas. Para fines del reinado de Luis Felipe, la capital francesa sólo tenía 8.600 faroles de gas, restando 5.880 de aceite.

En Inglaterra, los primeros ensayos datan del año 1810, en que se lo exhibió más como curiosidad que como cosa útil en Londres. En Bélgica se lo conoció en 1814. En Berlín, cinco años después. Y, como dato curioso, agregaremos que en Persia, recién para 1891 se conoció el alumbrado a gas en la ciudad de Teherán.

En Buenos Aires, en la Gran Aldea, por muchos años, la iluminación durante los grandes festejos patrios quedó reducida a los pobres y olorosos faroles de aceite cuando no a los candiles de grasa. Los viajeros ingleses, que son los únicos que por aquellos tiempos se preocuparon por los usos y costumbres de nuestra tierra, recuerdan las penurias de nuestros abuelos cuando se trataba de dar un poco de luz a los festejos populares. Las fiestas del 25 de Mayo y del 9 de Julio en razón de la estación en que ambas caen, solían "aguarse" con desesperante frecuencia, aunque, eso sí, y bien se cuidan ellos de dejar expresa constancia, al fulgor de las luminarias substituíalo con ventaja ejemplar para las generaciones futuras, el entusiasmo de todos los ciudadanos congregados en la venerable e histórica plaza.

En las colecciones de periódicos antiguos se encuentran amenas y curiosas referencias sobre el uso y difusión del alumbrado a gas; pero, de todas, ninguna tan elocuente ni tan reveladora del espíritu de la época como la que apareció en el número doce de *El Padre Castañeta*, periódico crítico, burlesco, literario, político y de costumbres, correspondiente al día cinco de mayo de 1852 y en el cual aparece un canto al Primero de Mayo y a Urquiza, cuya exhumación en el presente resultaría interesante por más de un concepto. En ese mismo número es donde aparece la noticia que nos interesa por referirse a la iluminación por medio del gas.

Dice aquel suelto: "Para las próximas funciones de Mayo, la Policía prepara un hermoso espectáculo iluminando la Plaza con gas. Esta nueva importación ocupa mucho la atención general y por eso la llamamos "cuestión del día". Algunos aplauden la idea, y ven en ella un principio de adelanto en la iluminación de la ciudad; otros la adoptan por curiosidad, y otros la rechazan por temor. Se dice que el gasómetro está colocado en un lugar poco a propósito; pues que un descuido hará volar la manzana donde se halla; pero a esto contestan que no hay peligro ninguno, que están bien tomadas las medidas".

Y luego, el contraste, la nota crítica y sincera, característica de la desenfadada y libre prensa de aquella época. "La química nos es tan desconocida como las palabras que coronaban el sábado los adornos de la Pirámide, y así como no diremos si éstas eran sublimes o no, no diremos si la policía era temeraria o prudente".

Tal el comentario del día que el implacable "Lima Sorda" dedicó hace ya ochenta años, a la primera iluminación a gas que tuvo la plaza histórica para la rememoración de un acontecimiento patrio.

Cincuenta años después, aun el gas iluminaba todas las calles de Buenos Aires. Plazas y paseos mostraban los reverberos y se alegraban por la noche con su silbante canto. En los cafés era el gas el que daba a hombres y mujeres esa palidez muy 1900, grata de Degas e infaltable en los diseños galantes de Toulouse Lautrec. Y en la porteñísima calle de Artes, en globos de esmerilado cristal y arcos triunfales, ponía una nota de extraordinario e ingenuo esplendor.

LOS PRIMEROS FESTEJOS PATRIOS QUE ILUMINO EL GAS

La hierra

Vaya, pues; ya está despierto el patrón. ¡A ver si suben a caballo y salen de una vez! — dijo, dirigiéndose a los peones, los que pocos minutos después se perdían en rumbos diferentes. A medida que iba amaneciendo, se oían a la distancia los alaridos de la gente. La hacienda, hilada, disparaba, semejante entre las sombras mal disipadas aún a una bandada de enormes cuervos volando a ras del suelo. El campo, estremecido, temblaba sordamente, como tronando lejos. A eso de las seis, los animales paraban en el rodeo. Algunos caminaban, iban y venían; las madres mugían en busca de sus hijos; los extraviados de las mismas puntas se juntaban; los más pesados se habían echado. Sobre la extensa faja multicolor que dibujaban, solía alzarse la maciza corpulencia de algún toro trabajando, mientras de trecho en trecho los peones escalonados, inmóviles, parecían como los postes de un corral. El señuelo, cincuenta colorados con un madrino negro de cencerro, pastaba a pocas cuadras.

— Puede ir principiando, Villalba — ordenó Andrés, que en ese momento llegaba de galope.

El mayordomo, a su voz, haciendo cordón seguido de la peonada, atropelló, bruscamente cortó una punta del rodeo y con la ayuda del señuelo, entre todos la arrearon al corral. Cuatro hombres entraron a caballo y ocho a pie, cerrando éstos la tranquera junto a la que varias marcas se enrojecían al calor de una enorme fogata de osamentas. Pronto todo ya, se dió comienzo al trabajo. Los cuatro de a caballo sacaban de entre la hacienda, agolpada contra los postes del corral, otros tantos terneros enlazados. Los de a pie, echando verija, los pialaban, o prendidos de la cola los volteaban a tirones. Una vez caídos y maneados, el mayordomo marcaba. Al asentar el fierro, un humo negro y denso se desprendía, el cuero chirriaba, el animal bramaba de dolor. El calor, el encierro, los golpes que llevaban, el tumulto, la vecindad de los hombres, provocaban el enojo de algún toro o de alguna vaca vieja que, solos, se cortaban del montón, agachaban la cabeza, olfateaban la tierra, la escarbaban, sacudían las astas y atropellaban bufando. El corral se transformaba entonces en una plaza; el trabajo se convertía en una lidia.

Al grito de "¡Guarda!", los peones azorados daban vuelta, cuerpeaban al animal, corrían, gambeteaban. Muy apurados, ganaban los postes o se echaban de barriga, chuleándolo por fin en medio de una algazara salvaje, infernal, así que lograban salvar el bulto.

Un toro hosco, morrudo y bien armado, se mostraba, sobre todos, emperrado, recalcitrante.

Varias veces había hecho zafarrancho entre la gente.

— Póngale el lazo a ese y métanle cuchillo en la verija, a ver si se le quitan las cosquillas — dijo Andrés, caliente ya con el animal.

Eugenio Cambaceres



No comer para no sufrir

Esto hacen aquellos que a continuación de cada comida tienen que soportar las molestias y dolores de una digestión laboriosa. No hay martirio más cruel y refinado que éste, porque no puede nadie prescindir de comer. Sin embargo deberían todos saber que mediante el bicarbonato catálico es fácil calmar al instante todos los malestares provenientes de la digestión irregular. El bicarbonato catálico en dosis mínimas es suficiente para neutralizar el exceso de acidez y procurar la digestión perfecta; es un producto científico, que no hay que confundir con el bicarbonato común. Pídase el interesante folleto respecto a sus bondades a los señores Laich & Rey, Belgrano 2544, Buenos Aires.

La Ciencia Médica Argentina

Comprueba los Irrefutables Exitos, para Exterminar las Afecciones del CABELLO con la

Semilla de Pelo "ALACK"

CERTIFICADO:



Dr. LUIS LEON

Ex Médico del Departamento Nacional de Higiene, del Hospital Durand y de la aristocracia argentina.

Buenos Aires, 12 de abril de 1931.
Señor Propietario de los
PRODUCTOS "ALACK" Ltda.
Corrientes 980.

Muy señ r mío: Tengo el gusto de comunicarle haber comprobado en diferentes experimentos efectuados en mi Clínica, los resultados con su Producto SEMILLA DE PELO "ALACK". Debo ad ertirle, que siendo especialista en la piel, una de las afecciones más generalizadas es la seborrea, la que ocasiona la caída del cabello y prematuras calvicies, y los componentes terapéuticos de su Producto son de una poderosa desinfección y exterminio de estos parásitos, y en poco tiempo es segura la recuperación del cabello. Creo haber cumplido con un deber en bien de la humanidad y extirpación de estas tan generalizadas afecciones, autorizando a usted para los efectos que considere convenientes de esta mi opinión. Saludo a Vd. atentamente.

No sólo eminencias médicas en capitales europeas y americanas han comprobado los resultados con el uso de la SEMILLA DE PELO **"ALACK"** y nos han honrado con sus certificados, sino que, también experimentos efectuados en clínicas de Buenos Aires, confirman este triunfo de la ciencia dermatológica ante la incredulidad e ineficacia de preparados anunciados sin ningún resultado.

NO Calvicie - **NO** Seborrea - **NO** Caspa
NO Tiña - **NO** Caída del Cabello

ESTAMOS en condiciones de afirmar con miles de testimonios irrefutables, que no se trata de "un preparado más" entre los muchos que ya existen de muy dudosos éxitos: trátase de un científico PRODUCTO el que excluye todo charlatanismo y se basa en rigurosas experiencias médicas no superadas hasta la fecha.

CONSTE que la SEMILLA DE PELO **"ALACK"**, no es un elixir, loción, agua teñida ni solucion alguna, presentada con la mayor o menor cantidad de "Veneno" para el cabello (alcohol, aceites, ácido salicílico, potasa, amoníaco, azufre, nitrato de plata, plomo, etc.), la SEMILLA DE PELO **"ALACK"** está elaborada por la reunión de varios productos estimulantes y concienzudamente preparados, los cuales convertidos en una suave CREMA, se aplican sobre el cuero cabelludo y zonas afectadas por la CALVICIE.

Sus componentes desinfectantes, son asimilados paulatinamente por los vasos pelíferos; penetrando en el "bulbo piloso" y regularizando sus funciones obliga el crecimiento de cabello nuevo en substitución del que cayó; porque constantemente se mantiene la SEMILLA DE PELO **"ALACK"** en el cuero cabelludo para fortalecer las papilas débiles a más de tener siempre limpio, brilloso y peinado el cabello, sin engrasar la cabeza.

La SEMILLA DE PELO **"ALACK"** posee una eficacia tan extraordinaria, que a los ocho días de tratamiento, se comprueba el renacimiento de cabello, no sólo en casos de calvicie de personas jóvenes, sino también en casos antiguos y de avanzada edad.

NO TRATAMOS de efectuar "reclame" ni hacer argumentos plagiando tratados, ni sugestionar con toscos afiches, ni promesas engañosas... para introducir nuestro científico PRODUCTO. Tratamos de salvar la propagación de las afecciones capilares, exterminar la antiestética CALVICIE, eliminar—sin teñir—las envejecedoras CANAS, detener la CAIDA DEL CABELLO como la desaparicion de las SEBORREAS, CASPAS, TIÑA, etc.

CONSULTENOS hoy mismo o solicite EL TRATADO ANATOMICO DE LAS AFECCIONES DEL CABELLO **"ALACK"**, el que le remitiremos a vuelta de correo, **ABSOLUTAMENTE GRATIS**, dirigiéndose a nuestra UNICA dirección en Buenos Aires.

PRODUCTOS "ALACK" Ltda.
Calle CORRIENTES Nº 980 - Buenos Aires.
De venta: Farmacia "Franco Inglesa", Sarmiento y Florida. Farmacia "Sarmiento", Esmeralda y Sarmiento.

FIRMAS COLOMBIANAS

GENESIS DE LA EMANCIPACION

Por

G. PORRAS TROCONIS

ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"



Los primeros años de la revolución americana de emancipación son de tanteos e incertidumbres: en los espíritus germina el deseo de independizarse de la madre España, al calor de los esplendores que irradian las batallas ganadas por los angloamericanos en su lucha contra la vieja Albión, y al influjo de las ideas democráticas que desbordan del gran hervidero de la Francia revolucionaria; pero la acción de los hombres directores del movimiento separatista se resiente de impreparación, de candoroso optimismo y de la más absoluta falta de unidad en los planes y en la ejecución de los medios que era necesario poner por obra para llegar a la meta del ideal. Las cabezas directivas son las más ilustres, sí, pero también las más inexpertas en las graves cuestiones de la guerra y totalmente desconocedoras de los principios de la cibernética. En la Nueva Granada se llaman Camilo Torres, varón docto que supera por la severidad de sus costumbres y la rectitud de sus doctrinas a los Alcibíades y Catones de la antigüedad; Antonio Nariño, talento excepcional y corazón entusiasta hasta el sacrificio; Jorge Tadeo Lozano, José Fernández de Madrid, Francisco José de Caldas, brillantes cultivadores de la ciencia del derecho, de las naturales y de los estudios humanistas; pero nacidos para el gabinete más que para las armas y la política. En Venezuela, Juan Germán Roscio, "varón de gran virtud y doctrina"; Francisco Javier Yáñez, Francisco Javier Ustariz, Martín Tovar, "en quien la virtud no era esfuerzo sino instinto"; José Cortez Madariaga, espíritu inquieto y revolvedor, de palabra elocuente y apasionada. En el virreinato del Río de la Plata, Mariano Moreno, "un místico que en la hora de doctorarse había cambiado la teología por la de-

mocracia"; Gregorio Funes, teólogo, historiador, educacionista, literato, polemista; Bernardo Monteagudo, el Camilo Desmoulins de la revolución platense. En Chile, el padre Camili Henríquez, clarín de las ideas revolucionarias; Juan Martín de Rozas, autor de la llamada "Biblia de la independencia chilena"; José Miguel Carrera, Bernardo O'Higgins. En Méjico, los curas Miguel Hidalgo y José María Morelos, emprendedores y desgraciados. En la presidencia de Quito, Juan Pío Montúfar, el soñador marqués de Selva Alegre, y los abogados Juan de Dios Morales y Manuel Quiroga. Toda esa pléyade de hombres, jóvenes en su mayoría, enamorados de las ideas de independencia y democracia, cultivadores de todas las disciplinas mentales, pero sin la versación que reclaman los asuntos públicos en horas de confusión y de zozobra, acometieron la ardua tarea de constituir a la América en estados independientes, y llegado el momento terrible de la reconquista peninsular, sellaron con el lacre de su sangre generosa la substancial transformación que habían ansiado establecer en las tierras del Nuevo Mundo. Después de ellos, sobre el surco mojado con la sangre de aquella hecatombe temerosa, germinó fecunda la simiente de sus ideales y florecieron los grandes capitanes, los elegidos por el dios de las victorias para echar sobre basalto las bases eternas del edificio de la independencia americana. Por eso aquellos primeros años de ilusiones, de candor y de nobleza, pero de dolor y desengaños, han recibido en nuestra historia los simbólicos calificativos de "Patria Boba", o de "Patria Vieja", y su recuerdo agolpa en los ojos el manantial de las lágrimas y hace florecer en los labios la rosa fragante de la sonrisa.

Pasados los primeros tiempos de la era revolucionaria con su cortejo de ensueños y desesperanzas, de triunfos efímeros y de sangrientas derrotas, de generosas utopías y de realidades amargas, de quimeras y emulaciones, de fugaz goce y dolor perdurable, de abnegación y sacrificio, surgen al sur, al centro y al norte las tres cabezas salvadoras de la revolución. Esta se limita y desvirtúa, reniega de uno de sus fundamentales principios y cae sacrificada por la justa indignación de la democracia burlada en sus más caros anhelos; la primera se anticipa a todas, va derecha a su objetivo y la suerte la protege, revuelve hacia el septentrión en busca de campos más dilatados para sus energías y rebota contra el muro que le había levantado la mano de la Providencia, para cederle el paso al caudillo del centro, el más genial y sintético de todos, aquel para quien los obstáculos sólo sirvieron para avivar su voluntad indomable, el verdadero Héroe de América, para quien ninguna empresa fué superior a la clara visión de su mente ni a la vigorosa acometida de su esfuerzo, que llevó en su cerebro prodigioso todo el pensamiento revolucionario, lo proclamó como magno orador, lo estatuyó como legislador único, lo practicó como gobernante insuperable, lo desenvolvió como estadista universal en teorías que se adelantaron a su siglo, lo aquilató con su ejemplo, lo abrillantó con sus acciones y lo consagró con su muerte, pobre, resignada, tranquila, después de haber renunciado voluntariamente el poder y los honores y de dejar a sus conciudadanos de América y a la humanidad toda, como legado precioso, aquella frase sublime que sugiere el recuerdo de las divinas enseñanzas de Jesús en el Calvario: "Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

Pero largo y sostenido hubo de ser el esfuerzo del genio para sobrepasar al nivel común, para domeñar los múltiples obstáculos que ora la naturaleza, ya el medio social y las condiciones étnicas, la envidia o la emulación de sus conmilitones, la adversa suerte o el fiero acaso de los antiguos le opusieron en el largo camino que debía recorrer antes de tocar la meta de sus constantes aspiraciones. Por eso es admirable, más grande, más único, cuando sobre las ruinas de Caracas el año fatídico de 1812 asegura con la fe del predestinado el futuro triunfo de la revolución; cuando, expatriado, perseguido, solo, levanta en Cartagena de Indias la bandera de la guerra y proclama la ofensiva, único camino de salud; cuando, nuevamente proscrito, destituído esta vez por sus mismos subalternos, pero indomable y fiero, afirma en la valiente proclama de Carúpano que no habrá voluntad sobre la tierra que detenga el curso de sus acciones, y vaticina: "Dios concede la victoria a la constancia"; cuando otra vez expatriado, "sin ejército, sin buques, sin dinero", profetiza el porvenir de la América: "La América española se dividirá en quince o más repúblicas independientes..."; cuando, a punto de caer en manos de sus enemigos, postrado por la fiebre y perdido en la selva y las tinieblas, descorre ante sus tenientes sorprendidos el camino de victorias que habría de comenzar en Boyacá, cruzar sobre la diamantina cimera de los Andes para ceñirse en Ayacucho la postrera corona de laureles, después de haber derribado para siempre el último baluarte de la dominación peninsular en el Nuevo Mundo.

DIBUJOS DE E. REQUENA ESCALADA

El trabajo y la riqueza

Cuando se dice que la riqueza nace del trabajo, se entiende que del trabajo del hombre, pues trata la riqueza del hombre.

En otros términos, la riqueza nace del hombre.

Decir que hay tierras que producen algodón, seda, caña de azúcar, etc., es como decir que la máquina de vapor produce movimientos, el molino produce harina, el telar produce lienzo, etc.

No es la máquina la que produce, sino el maquinista.

La máquina es el instrumento de que se sirve el hombre para producir; y la tierra es una máquina, como el arado mismo en manos del hombre, único productor.

El hombre produce en proporción, no de la fertilidad del suelo que le sirve de instrumento, sino en proporción de la resistencia que el suelo le ofrece para que él produzca.

El suelo pobre produce al hombre rico, porque la pobreza del suelo estimula el trabajo del hombre al que más tarde debe éste su riqueza.

El suelo que produce sin trabajo sólo fomenta hombres que no saben trabajar. No mueren de hambre, pero jamás son ricos. Son parásitos del suelo y viven como las plantas, la vida de las plantas naturalmente, no la vida digna del ente humano, que es el creador y hacedor de su propia riqueza.

La riqueza natural y espontánea de ciertos territorios es un escollo de que deben preservarse los pueblos inteligentes que los habitan. Todo pueblo que come de la limosna del suelo será un pueblo de mendigos toda su vida. Que el pródigo o benefactor sea el suelo o el hombre, el mendigo es el mismo.

La tierra es la madre, el hombre es el padre de la riqueza.

En la maternidad de la riqueza no hay generación espontánea.

No hay producción de riqueza si la tierra no es fecundada por el hombre. Trabajar es fecundar.

El trabajo es la vida, es el goce, es la felicidad del hombre.

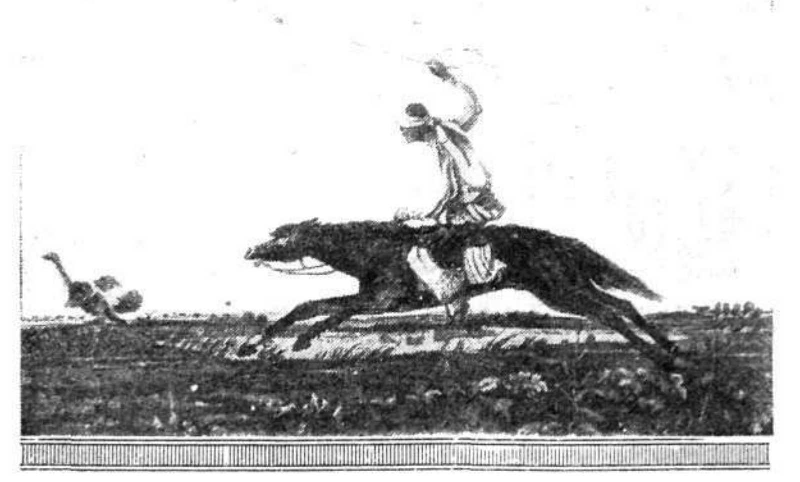
No es su castigo. Si es verdad que el hombre nace para vivir del sudor de su frente, no es menos cierto que el sudor se hizo para la salud del hombre; que sudar es gozar, y que el trabajo es un goce más bien que un sufrimiento. Trabajar es crear, producir, multiplicarse en las obras de su hechura: nada puede haber más plácido y lisonjero para una naturaleza elevada.

La forma más fecunda y útil en que la riqueza extranjera puede introducirse y aclimatarse en un país nuevo, es la de una inmigración de población inteligente y trabajadora, sin la cual los metales ricos se quedarán siglos y siglos en las entrañas de la tierra; y la tierra, con todas sus ventajas de clima, irrigación, temperatura, ríos, montañas, llanuras, plantas y animales útiles, se quedará siglos y siglos tan pobre como el *Chaco*, como *Mojas*, como *Lipes*, como *Patagonia*.

Juan B. Alberdi



—¡Tomá Seneguina, y dejate de toser!



LAS BOLEADORAS, ARMA PREDILECTA DE LOS GAUCHOS DE LA INDEPENDENCIA.

Como arma de combate, de temibles efectos, mostraron los indígenas de América del Sur, en primer lugar, las "bolas arrojadizas" o "boleadoras". Los españoles las adoptaron y adaptaron inmediatamente y, después de ellos, nuestros gauchos, que las convirtieron en elemento indispensable de su existencia, en el arma predilecta, sin la cual no se consideraban completamente dotados y que, con el lazo y el caballo, la mayoria de las veces, constituian todo su haber defensivo y ofensivo.

Tanto los indigenas como los españoles y los gauchos tuvieron en las boleadoras una arma insubstituible, tanto en la guerra como en las cacerias; con ellas, arrojándolas con una destreza y maestria sin igual, derribaban al enemigo o dejaban imposibilitado de todo movimiento al animal que querian someter a su dominio.

Durante las guerras de la Independencia fué instrumento glorioso en manos de los gauchos de Güemes, defensores, en cierto momento, de la libertad politica. En los dias de la guerra civil fué, también, el arma predilecta de los montoneros. Puede decirse que la tirania de Rosas perduró veinte años más por obra y gracia de unas boleadoras manejadas por Francisco Ceballos, aquel que en los campos del Tío "boleó" el caballo del general José María Paz.

La bola arrojadiza, denominada "perdida", era de piedra e iba sujetada a una soga hecha con nervios o "tientos" trenzados, más o menos de un metro de longitud. Los gauchos la volteaban por encima de la cabeza para darle impulso, logrando arrojarla a respetable distancia y con una punteria única. También, en las luchas individuales, solian utilizarla como maza.

En la cuenca del Plata, usábanlas los indios pampas, charrúas y chanaes, En lo que a estos últimos se refiere, cuenta el historiador Díaz que "sus labores se reducian a la fabricación de las boleadoras que primitivamente usaban de una sola piedra, adherida a una larga cuerda que sujetaban al puño por medio de un lazo maestro, sirviéndoles de arma de combate, la que, después que se hicieron ecuestres, mejoraron aumentando una y después dos piedras, convirtiéndose en arrojadizas y útiles para sujeción de flechas, cuchillos y moharras de lanza, sirviéndose con este objeto de la piedra silex o pedernal".

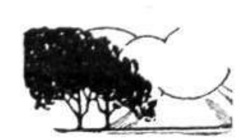
Las "boleadoras" consistian en dos o tres bolas de piedra, "retobadas" o forradas de cuero, enramadas por correas de cuero trenzado o "tientos" con que las ataban; y, tomadas con la mano derecha, por la bola de menor calibre, revoleábanlas alrededor de la cabeza y, lanzadas con violencia, iban a herir con singular acierto el blanco a que se les dirigia. Si éste era enemigo, para inutilizarlo, herido o muerto; si animal, para derribarlo enredando con ellas sus patas traseras, maniatándolas con la presión. En particular, las de dos bolas las empleaban para cazar avestruces, guanacos, venados y demás animales semejantes.

De las empleadas por las pampas, Francisco de Villalta, cronista de la fundación de Buenos Aires, en una carta del 2 de junio de 1556, dice lo siguiente: "... y si no fuera por la infanteria que atrás venia y que los socorrió, todos quedaran en el campo, por ser como eran los indios tan ligeros y tan diestros en atar los caballos que bolas traen".

Ulderico Schmidel también ha detallado "las bolas de piedra que, atadas a un cordel largo, eran arrojadas a los pies de los caballos". Don Diego de Mendoza y otros hidalgos españoles cayeron muertos por las boleadoras y, años después, en la costa oriental, en el combate de San Salvador, Juan de Garay fué herido malamente por esta arma de apariencia inofensiva.

Vidal, en su *Ilustraciones pintorescas de Buenos Airse y Montevideo*, dedica un extenso párrafo a las boleadoras y lo ilustra con un acertado grabado que es, precisamente, el que figura en esta página. Según él, las piedras pesaban hasta media libra, y los indígenas las traían desde larga distancia a Buenos Aires, donde las vendian con gran beneficio a los españoles y criollos.

Arma noble, genuinamente americana del sur, necesitada de un puño firme y de una mirada certera, en el presente ha desaparecido, y si las hay, ya no son más, que un remedo de aquellas que manejaron los indios y los gauchos defensores de la integridad del suelo patrio.



Arma genuinamente americana, fué adoptada por los españoles en la época de la conquista y pasó a ser la predilecta de los gauchos, con la cual, como ocurrió con los montoneros de Güemes, cuando la patria carecía hasta de armas, supieron mantener la integridad y la libertad del suelo nativo.

Pangram Canoira

LA máquina humana es un delicadísimo engranaje. Haga lo posible por conservarla en perfecto funcionamiento. Para obtenerlo obligue a su intestino a funcionar todos los días y para esto coma con

Pangram Canoira

que regulariza natural y espontáneamente las funciones intestinales, pues está hecho con el trigo entero aplastado.

Pangram Canoira

ENTRE RIOS 773
Y PASAJE GÜEMES
LOCAL 11

En la capital, 0.10 c/u.
En el interior, 6 panes . . . 0.80
A DOMICILIO

Una súplica de Laprida

Como letrado, fué Laprida asesor de cabildo, en 1813, en la intimación que se hizo de la renuncia del cargo de teniente gobernador al sargento mayor don Saturnino Lorenzo Saraza, con miras localistas, pues era porteño, y también por ser algo indulgente con los españoles desterrados en San Juan. Por estos motivos se produjo un movimiento de protesta que exigió la destitución de Saraza y la del alcalde de primer voto don José Clemente Rivero, sospechado de complicidad con el teniente gobernador.

Declarada, sin embargo, ilegal, inconstitucional e injusta la deposición de Saraza y de Rivero, se ordenó que ambos fuesen restablecidos en el poder, siendo arrestados y castigados con rigor, como perturbadores de la tranquilidad pública, los iniciadores y complicados en el movimiento subversivo.

Laprida también sufrió la prisión, creyéndosele coautor de la conmoción, y se le despojó del nombramiento concejil recaído en su persona de síndico procurador para 1814; pero, comprobada su inculpabilidad, se le puso en libertad.

Es notable la súplica que elevó al gobierno de Buenos Aires solicitando gracia para los reos que fueron sometidos a pena severa, como apoderado de aquéllos.

Dice así: "Nadie creo que podrá negar que, cuando se sabe de cierto que un jefe se halla de acuerdo con los enemigos para vender a la patria, no hay quien no esté autorizado para ser impunemente su juez y su verdugo. Asentado este principio, no me detendré en probar que el ex teniente gobernador don Saturnino Saraza había dado sobrados fundamentos para creérsele, no diré confabulado con los rivales de nuestra dicha, pero sí condescendiente hasta el extremo de autorizar su insolencia y dejarles libre el camino para sus maquinaciones; la verdad es que cuando una gran parte del pueblo pidió su deposición, alegaba por fundamentos de su solicitud los riesgos inminentes a que estábamos expuestos en aquellos momentos por el sistema de indolencia del teniente gobernador. A ser cierto cuanto en la representación, que aquel pueblo de San Juan hizo el día de la deposición del teniente gobernador; a ser auténticos los ecos que en ella se refieren y los que su propio tamaño ha hecho pasar por inverosímiles, no hay duda de que mis convecinos, lejos de parecer delincuentes y perturbadores del orden, deberían calificarse de fieles y celosos conservadores de su libertad y de sus glorias.

"Cesen ya, señor excelentísimo, los días de amargura y de dolor, que sufren mis instituyentes y que puedan ellos eternizar en su memoria el gloriosísimo triunfo de la patria por dos motivos igualmente dignos, por las sabias providencias de V. E. y su suprema beneficencia". El 21 de enero de 1815, el gobierno de Buenos Aires concedió indultos a los encausados que defendía Laprida.

Enrique Udaondo

L a o b r a

Reposad tranquilos, ¡oh, nobles maestros desaparecidos, que asomáis vuestros rostros en esos marcos modestos! Alcorta, guía dulce y paternal de la gloriosa generación que dispersó Rosas; Vélez, maestro de la malicia, esa rienda firme del criterio, y tú, Juan María Gutiérrez, artífice de la lengua, espíritu abierto a todas las luces, cultor de Pascal y de Voltaire, no temáis que la fama busque acomodo a vuestro lado para esos semidioses: el elemento nuevo no ganará las elecciones de la gloria.

Jóvenes: un pueblo sin arte, sin fuerza, sin creencias, no será nunca un pueblo en la noción civilizada de la palabra. Renán, en el prefacio magistral de su historia de Israel, señala los tres grandes pueblos que han creado la civilización. El los llama providenciales, vacilando en llamarlos milagrosos, creyendo, sin embargo, que si hay historias en que el milagro haya intervenido, esas historias son la de Grecia, la de Judea y la de Roma. Grecia creó nuestra ciencia y nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía; creó la política, la estrategia, la diplomacia, nuestro derecho marítimo e internacional. El genio ardiente, dice, de una pequeña tribu establecida en un rincón perdido de la Siria, ideó la forma de una religión universal. Sus sabios experimentaban accesos de cólera. Los profetas israelitas, a partir del siglo IX antes de Cristo, son publicistas fogosos del género de los socialistas y anarquistas del día, fanáticos de justicia social, que proclaman altivamente la destrucción del mundo, si el mundo no ha de ser justo o si es incapaz de serlo. Pero la cultura humana, creada por la Grecia, y el sentimiento de los precursores del Cristianismo, habrían naufragado en la tierra, si la fuerza humanitaria de Roma no hubiera surgido en el mundo. Ella abatió los obstáculos que oponían los patriotismos locales a la propaganda idealista de Grecia y de Judea. Roma realizó esta misión extraordinaria, y por medio de prodigios de virtud cívica creó la fuerza que propagó la obra griega y la obra judía, es decir, la civilización.

Pero nosotros, pueblo nuevo, organismo tierno, expuesto a todas las epidemias del mundo, ¿qué escuela de cultura formaremos? Han desaparecido nuestras clases intelectuales, o los pocos representantes que quedan de ellas son ya, según la expresión del poeta latino, raros nadadores en el piélago inmenso. ¿Qué creencias tenemos? ¿Este pueblo no cree en nada, o por lo menos ha dejado de creer? ¿Qué fuerza, qué barrera poderosa opondremos para dar prueba de nuestra virilidad? No somos ni artistas ni poetas, somos escépticos y hay quien ya dice que hemos dejado de ser belicosos.

Entonces yo digo, señores, que es gran deber, gran virtud, gran imperio, volver al pasado, inspirarnos en la influencia clásica de la revolución argentina, defender a la América del materialismo que la amenaza...

L u c i o V . L ó p e z



AGUAFUERTES DEL ALTIPLANO

SIRENAS

Por J. MURILLO VACAREZA

CUANDO los de casa me vieron ajustando la silla a mi mula reacia, provistas mis alforjas de pisco, de un pedazo de cordero asado y de dos panes morenos, me dijeron con desgano:

— Te vas a correr una aventura.

Pero los mineros ponemos un poco de fe en todo cuanto puedan brindarnos las entrañas de la Tierra. Porque algunos días antes varios indígenas de veinte leguas más allá habíanme traído algunos trozos de roca. Yo los examiné minuciosamente, los sopesé, y con mi ojo certero pude vislumbrar que contenían "shelita", precioso metal que entonces se vendía a altas cotizaciones, y con el que muchos estaban haciendo rápidas fortunas.

El ensayador, amigo mío, un poco rústico porque toda su niñez y su juventud las había pasado en la inclemencia de los altos minerales, me trajo un análisis optimista. Los indios me habían dado el derrotero a cambio de escasas monedas y de un poco de bondad en mi tratamiento.



Por eso ese día decidí partir en dirección a la Cordillera. Cuando, iniciada la mañana, estuve ya en pleno camino, con el compás corto de los trancos breves de mi cabalgadura, y veía recortarse violetas los cerros de las primeras estribaciones, allá en el lejano horizonte, sentíame, como todos los mineros agraces, dueño de una enorme explotación, dirigiendo un ingenio complicado y recibiendo cada fin de mes dinero abundante para engrosar una fortuna vasta.

No sé cuántas veces y con qué variantes me hice los mismos cálculos y proyectos, pero, entretenido con ellos, ascendí por los repechos, atravesé lugares en que los senderos desaparecían entre las breñas y no percibí muy bien los trompicos de mi mula, a esa hora de la tarde, cuando sus belfos sangraban ya de tanto haber mordido el hierro de sus bridas.

El frío entonces se hizo intenso. El hermoso sol del día, con el que se atezó mi rostro, habíase perdido entre las innumerables cumbres de esas estribaciones. Alguna que otra estrella se insinuaba en la limpidez cerúlea del cielo invernal, y al estallar cada una en su luz cabrilleante parecía lanzar a la atmósfera un soplo helado que atería la vegetación brava y adormecía a la escasa fauna de esas alturas.

Con una buena copita de pisco, de ese aguardiente que reconforta en el frío e ilumina mejor la inteligencia, y experto ya en estas andanzas, sabía cómo había que luchar contra las inclemencias de la Cordillera. Mis manos, agarrotadas hasta entonces, volvieron a recobrar agilidad y fuerza.

Así, en dos penosas jornadas, llegué hasta el silencioso rincón de esas montañas donde los últimos rumores de la vida no llegaban sino como ecos muy vagos y temerosos. A pocos metros más de altura comenzaban las nieves eternas. Por suerte, el roquedal donde descansaba con mi arria era el cauce de un hilo de límpida agua, proveniente del hielo de los ventisqueros.

Mientras la mula triscaba los yerbajos que aparecían agarrados a las piedras, púseme a ambular en pos de la ubicación exacta del tesoro. Anduve por uno y otro lado, subí a las eminencias para otear mejor el yacimiento. Lo encontré. El lugar coincidía claramente con los datos de mis amigos, los indios.

Alguna vez habían venido éstos por aquí empujando a sus llamas cimarronas; quizás la noche sorprendiólos en estas altitudes, o tal vez pusiéronse a descansar para mascar contadas hojas de coca. Entonces, con la experiencia en cierne





que les trajo alguna labor precaria en una mina remota, creyeron descubrir vestigios de mineral en los pedruscos del alud. Movidos por el afecto y el respeto al patrón que de su pan y de su queso les daba la mitad sin recelo ni altivez, llevaron como un presente, como el único con que podían medir ese cordial acercamiento, los trozos de roca que determinaron luego tan grande empresa.

Púseme a arañar con mi pequeña picota ese suelo de roca blanda. Los primeros trozos que logré arrancar eran exactamente iguales a los de la muestra. Animado por el éxito, resolví hacer una calicata más profunda. Cuando la explosión de la pequeña carga de dinamita removió ese lugar, sacudiendo el eco somnoliento de esas montañas dormidas, vi que comenzaba una rica vena de mineral.

Esto que se dice con tan pocas palabras es tan arduo y difícil en la realidad como el hallazgo de cualquier tesoro. No niego que a esas alturas, mientras el viento persistente doblaba las pajas y cantaba en ellas la canción monorrítmica del Altiplano, tal como flauta de inmenso órgano y de voz quejumbrosa, copioso sudor inundábame el cuerpo, quizá por el persistente esfuerzo en arañar la montaña, tal vez por las sucesivas emociones de estas búsquedas o por la enorme soledad de esas montañas sin derrota.

En mi bolsa de fuerte arpillera puse los mejores retazos y, refeccionando con mis sobrias provisiones, descendí otra vez en procura de la ciudad lejana. Entonces volví cantando aquellas coplas que el acaso de las parrandas me había enseñado. Competí con el rumor del viento y, ya en las laderas, distendíme en los extensos prados, reconfortado por el sol, por el rumor de los arroyos, por el balar de los carneros diseminados en el verde amparo.

Llegado a mi casa cuando la noche había caído en la ciudad, extendí sobre una mesa las piedras de mi presunta fortuna. Los míos las examinaban con satisfacción imprecisa.

Por todo eso, no fué extraño que, días más tarde, hipotecara mi pequeña casa y, obligándome a otras deudas, fuera convirtiendo poco a poco ese lugar en un campamento amplio, donde hormigueaban los obreros y hasta donde subían, como gruñendo por el esfuerzo, camiones repletos de material para el ingenio.

Ruda gente vino de diversos lugares. Cada uno hízose su casa de adobe con techo de paja; las mujeres con sus criaturas habían llegado también tras sus maridos. Entonces la mina fué un verdadero colmenar. Los domingos de pago venían desde la ciudad los vendedores con sus productos y, en una de las explanadas, improvisóse una feria.

Pero estas fiebres son siempre fugaces. No sería provechoso a mi espíritu recordar cómo fué decreciendo la empresa. Como una roca que se desprendiera de los farellones altos y fuera hacia abajo chocando con todas las salientes y estrellándose con otras rocas en un vertiginoso descenso, mi pequeña industria vínose también abajo.

Agotada la veta, cubierto de deudas que acrecían tanto como las ganancias, tuve que suspender las labores porque el precio del metal había bajado en todos los mercados.

Entonces fuí despidiendo a mis obreros. Las grandes instalaciones quedaban poco a poco desiertas y abandonadas; el mismo viento se llevaba la paja de los techos al mismo tiempo que nosotros arrancábamos el cinc de los cobertizos, la madera de las puertas y las máquinas que podíamos llevarnos, como si, impulsados por la invasión y el fracaso, tuviéramos que destruirlo todo.

Ellos, cesados sus salarios y sin saber qué rumbo tomar, reunían sus escasos enseres y descendían silenciosos por el camino que se estaba destruyendo, a pie con sus mujeres y sus niños, con la esperanza de un trabajo que tal vez no había en ninguna otra parte. Algunos, horros de toda ventura, permanecieron algún tiempo más bajo el techo hospitalario de la mina abandonada; no tenían otras casas en la ciudad dónde morar.

Pero, como nadie ganaba ya y nadie llevaba ni lo más indispensable para la vida, se vieron precisados a dejar el desierto de las montañas proditorias que todo parecen ofrecerlo y que luego lo niegan todo con una espantosa y muda crueldad, como las sirenas del océano.

Cuando, años más tarde y arruinado completamente, volví a pasar por esos ámbitos, contemplé sin querer y con un fuerte espasmo en el corazón, el anchuroso camino carcomido por las aguas, quebrantado por los torrentes; las casas de los mineros con sus paredes en solar inclinándose por el peso del abandono y del silencio; el ingenio con vestigios de maquinaria y la negra boca de la mina por donde habíamos entrado tantas veces y tantos días, ahitos de ilusión, y por donde habíamos salido finalmente, engañados por la falacia de esas entrañas misteriosas que se brindan y se insinúan para devolvernos destruídos y aplastados.

J. MURILLO VACAREZA

Trenzador

DECÍANLO capaz de trenzarse un poncho tan fino, tan flexible y sobado como la más preciada vicuña. Remataba botones con perfección que hacía temer brujería; ingería costuras invisibles, le nombraban como rebenquero. La maceta de sobar era parte de su puño; el cuchillo, prolongación de sus dedos hábiles. Entre el filo y el pulgar salían los tientos, que se enrulaban al separarse de la lonja. Aleznas, de diferentes tamaños y formas, asentaban sus cabos en el hueco de la mano, como en nicho habitual. Humedecía los tientos, haciéndolos patinar entre sus labios, después corríalos contra el lomo del cuchillo, hasta dejarlos dúctiles e inquebrantables.

Corre también, que poseyó una curiosa yegua tobiana. Cada año le daba un potrillo obscuro y otro palomo. Núñez los degollaba a los tres meses para lonjearlos, combinando luego, blancos y negros, en sabias e inconcluíbles variaciones, nunca repetidas. Durante cuarenta años puso el suficiente talento para cumplir lo acordado con el cliente. Hizo plata, mucha plata; lo mimaron los ricachos del partido, pero hubo siempre una cerrazón en su mirada. Viejo ya, la vista le flaqueaba a ratos y no alcanzó a trabajar más de cuatro horas al día. Cuando insistía sobre el cansancio, las trenzas salían desparejas. Entonces fué cuando Núñez dejó el oficio. El pobre, casi decrépito, pudo al fin disponer, libremente, de su vida. No quería para nada tocar una lonja, y evitaba las conversaciones sobre su oficio, hasta que, de pronto, pareció recaer en niñez. Le tomó ese mal, un día que, por acomodar un ropero, dió con el bozal que empezara en sus mocedades. El viejo, desde ese momento perdió la cabeza; abrazó las guascas enmohecidas, y olvidando su promesa de no trenzar más, recomenzó la obra abandonada cincuenta años antes sin dejarla un minuto, en detrimento de sus ojos gastados y de su cuerpo, cuya postura encorvada lo acalambra. Cada vez más doblado, en la atención fatal de aquel trabajo, murió don Crisanto Núñez.

Cuando lo encontraron duro y amontonado sobre sí mismo, como peludo, fué imposible arrancarle el bozal que atenazaba contra el pecho con garras de hueso. Con él tuvieron que acostarlo en el lecho de muerte.

Los amigos, la familia, los admiradores, cayeron al velorio, y se comentó aquella actitud desesperada con que oprimía el trabajo inconcluso.

Alguien, asegurando que era su mejor obra, propuso cortarle al viejo los dedos para no enterrarlo con aquella maravilla.

Todos miraron con enojo: "¡Cortar los dedos a Núñez, los divinos dedos de Núñez!"

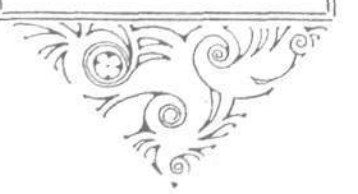
Un recuerdo curioso e indescifrable queda del gesto de zozobra con que el viejo oprimía lo que fué su primera y última obra. ¿Era por no dejar algo que consideraba malo? ¿Era por cariño? ¿O simplemente por un pudor de artista, que entierra con él la más personal de sus creaciones?

Ricardo Güiraldes

Algunos aspectos originales de las tropas españolas de la colonización



Fué el español uno de los ejércitos más perfectos y aguerridos que existieron en la antigüedad; fueron sus capitanes hombres previsores y emprendedores que en muchas de sus organizaciones y empresas se anticiparon a nuestra época. Profunda huella y grandes enseñanzas dejaron en tierras de América, y hasta no resulta aventurado decir que nuestros ejércitos revolucionarios se constituyeron y organizaron sobre las bases sólidas dejadas por los realistas. He aquí, a continuación expuestas, algunas características capitales y originales de aquellas tropas valientes y aguerridas que tan alto colocaron los prestigios y el honor de España.



EL ORIGEN DE LOS CORONELES Cuando se inició la conquista, la unidad táctica en el ejército español era la "capitanía", o sea una compañía compuesta de cien hombres. Como se la considerara demasiado débil para combatir aisladamente contra los naturales, fueron creados los cuerpos llamados "colunelas", posteriormente llamados "coronelias", con dotaciones de ochocientos a mil quinientos hombres, formadas por compañías que permanecían independientes unas de otras. De ahí el título de coronel, oficial superior, que subsiste en el presente.

LOS CONSCRIPTOS DEL GRAN CAPITAN FERNANDEZ DE CORDOBA En los comienzos del siglo XVI, Fernández de Córdoba estableció algunos principios que en el presente se tienen por modernos, entre ellos la conscripción, sujeta a las condiciones fisiológicas del individuo, en edad, vigor, agilidad y hasta moralidad. Reformó la infantería española e hizo de ella la mejor del mundo.

LA ARTILLERIA COMO ACOMPAÑAMIENTO DE LOS INFANTES En cada escuadrón de seis mil infantes entraban seiscientos hombres de a caballo, la mitad de ellos de armadura y la otra mitad ligeros, llamados aquéllos "caballería de línea" y éstos "caballería ligera". A la artillería no se le prestaba más importancia que la correspondiente a un arma auxiliar, limitándose a interpolar entre infantes y hombres de a caballo algunas baterías aisladas, de dos cañones, reforzadas muy pocas veces por piezas de poco calibre y escaso alcance.

LOS TERCIOS Cuando Mendoza llegó al Río de la Plata, la infantería hispana recibió otra reforma de importancia con la creación de los "tercios", equivalentes a los regimientos, con doce compañías de arcabuceros y piqueros mandadas por un capitán, a cuya cabeza se colocaba un maestro de campo, equivalente al coronel. El segundo jefe tenía el título de maestro mayor.

LOS CASCABELES DE LA CABALLERIA Los caballos del ejército español que actuó en la conquista llevaban cascabeles con el propósito de aumentar en el indio el espanto que producían las bestias. Alvar Núñez, en sus *Comentarios*, al ocuparse de una batalla librada contra los indios, dice que "mandó echar los pretales de los cascabeles a los caballos, y puesta la gente en orden arremetió contra el enemigo"... Pero el espanto infundido no duraba mucho, y casi a continuación, maravillado por el arrojo de un indio, agrega: "que se abrazó al pescuezo de una yegua en que iba el caballero y con tres flechas que llevaba en la mano dió por el pescuezo del animal, que lo pasó por tres partes y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron".

EL ORIGEN DE LOS BLANDENGUES Poco antes de expirar el poder español en América, la línea fronteriza de Buenos Aires y Santa Fe la cubrían los famosos blandengues, creados en 1751 por el gobernador Andonaegui, y así denominados, según es tradición, porque al pasárseles revista en la que es la actual plaza de Mayo "blandieron" en señal de saludo las lanzas de que estaban armados. Constituídos en sus comienzos por tres compañías de milicia regular que fueron denominadas "La Valerosa", "La Conquistadora" y "La Invencible", se las destinó, respectivamente, al Zanjón, a Luján y al Salto. Residían en campo volante y estaban encargadas de cuidar el tránsito de carretas y otros medios de comunicación. En su oportunidad, la Academia Española incorporó el sustantivo al léxico en esta forma: "Blandengues, s. m. Soldado armado con lanza que defiende los límites de la provincia de Buenos Aires".

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO Estaban obligados a servir en las milicias todos los hombres aptos para el uso de las armas, desde los diez y seis años hasta los cuarenta y cinco. "Aunque nadie estaba libre de defender al rey y de servir a la patria", en la milicia no se alistaban los comerciantes ni mercaderes de reconocido caudal, abogados, médicos, escribientes, notarios, administradores, maestros de escuela, impresores y el resto de los profesionales. Empero, ninguno podía pedir excepción para sus hijos, escribientes, mozos y allegados. Además, por altas razones sociales y de humanidad, estaban exentos los hijos únicos y legítimos de viudas y padres sexagenarios, el que mantuviera a las hermanas solteras, y de los hijos que estaban bajo la patria potestad, siempre se dejaba uno para que ayudara a los padres.

LA UTILIDAD DE LA TROPA En el capítulo III de las Ordenanzas Reales, se especifica y recomienda a los coroneles y comandantes tener siempre presente "que todo vasallo nace con la precisa obligación de servir a su rey y defender a su patria, y que la utilidad de cualquier tropa pende mucho más de su buena calidad, disciplina, subordinación y honor, que del número".

El ejército moderno

TERMINADA la guerra de fronteras y cerrado el período aquel en que el ejército intervenía más o menos directamente en las evoluciones políticas de los partidos, ya para sostenerlos en sus derechos a viva fuerza, o ya para contenerlos en sus desmanes, el progreso intelectual del país y de la época abrió rumbos a la institución militar, bien distintos por cierto de los que hasta entonces había seguido. El mejoramiento innegable del individuo de tropa, la influencia del colegio en los jefes y oficiales y las necesidades impuestas por la modificación de las circunstancias, alteradas con el perfeccionamiento de las armas; todo esto había de llamar la atención del gobierno, obligándolo a medidas que produjeran la reacción vivificante que, a la hora actual, sacude con impulsiones patrióticas el organismo militar de la República.

La guerra, cuya supresión entre los hombres es una hermosa utopía, pero utopía y nada más, por remota e inesperada que sea debe encontrar a los pueblos prontos y dispuestos a sostenerla con éxito, del propio modo que las epidemias deben hallar a los municipios en aptitud de combatirlas.

Para esto es necesario trabajar y gastar.

Tenemos lo que en lenguaje vulgar puede llamarse "materia prima" de primer orden. Tropa sufrida hasta el último límite de la resistencia humana, obediente hasta el desprecio de la personalidad, pero altiva, sin embargo, hasta rayar en bizarra altanería. Para mandar a ese individuo, mezcla de espartano antiguo fundido en el crisol en que se modeló el romano de la primera república, tenemos oficiales capaces de conservar con brillo el recuerdo tradicional de las glorias argentinas.

Llegamos a los generales, y al colocar sus nombres en línea, sentimos con orgullo palpitar el corazón. Al mirarlos, cualquiera diría que son los capitanes del imperio de Napoleón el Grande, escapados del libro en que la inmortalidad ha escrito con letras de oro la epopeya de Marengo y Austerlitz. Son los ejemplos vivos que debemos imitar, esforzándonos por seguir la senda que imprimieron, ya con su propia sangre en los campos de batalla, ya con su inteligencia y sus consejos en ese otro campo de batalla también, donde se baten las ideas para que surja la luz.

Con ejércitos como el nuestro, donde todo es armónico y homogéneo, donde el egoísmo no ha echado raíces de manera que pueda constatarse su existencia con caracteres epidémicos; con un ejército aclimatado a todas las latitudes y disciplinado a todos los rigores del hambre y la fatiga; con tropas cuyos acantonamientos se transfieren del Chaco al estrecho sin transiciones extraordinarias; con un personal militar de tal naturaleza y condición, no hace falta más que cuidarlo en su instrucción y mantenerlo en el grado de cultura que el carácter de la época impone y exige con rigor.

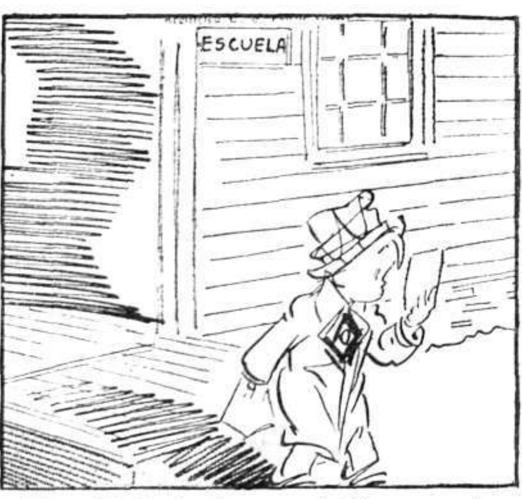
Nicolás Levalle

Las aventuras

Por PERCY



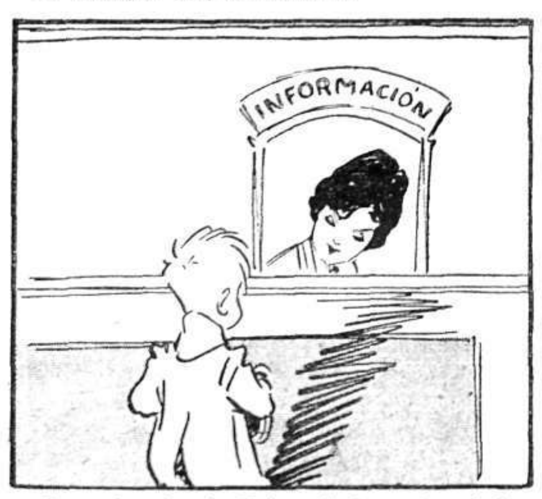
1 — Este es el momento más amargo de la vida. ¡Dichosa libreta de clasificaciones!



2 — ¡Zambomba, tres veces! ¿No me engañan mis ojos! ¡No, tres veces no!



5 —Sosegate, Chingolo, no demostrés mucho entusiasmo. A lo mejor se te corta la redoblona.



6 — ¡La pipeta! ¡Qué emplea'a se ha echado para el diario el ranún de mi viejo!



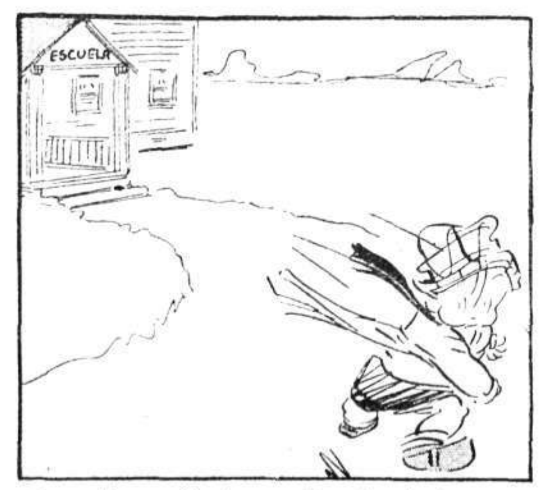
9 — Señores miembros del directorio: me complazco en anunciarles que las reformas que proyectamos...



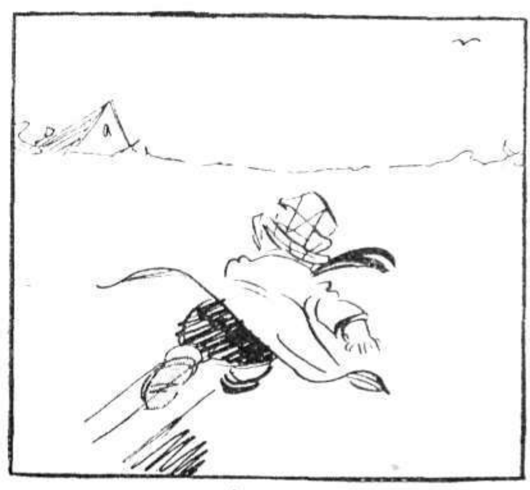
10 — ... pueden realizarse con un veinte por ciento de...
(Chingolo). — Papito, parate un poco.

de Chingolo

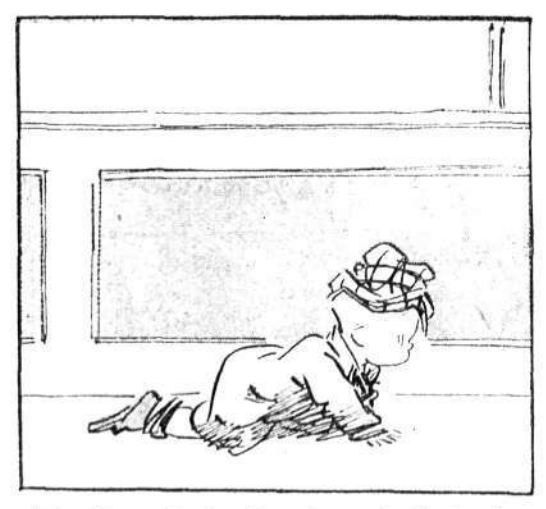
CROSBY



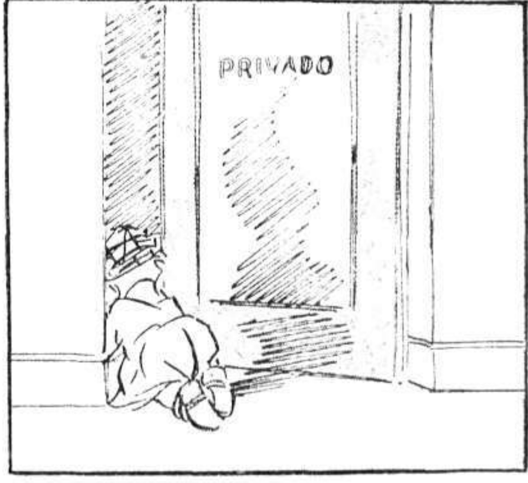
3 — Esta noticia hay que llevarla volando para que no se enfríe.



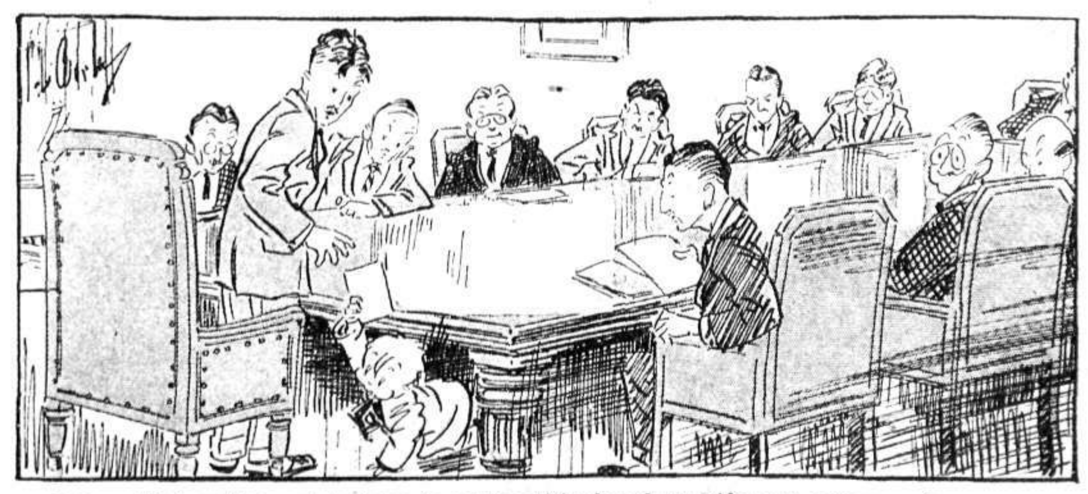
4 — Pero, ¿cómo no me palpité la cosa? ¡Aquel problema me salió macanudo!



7 — Bueno, ¡qué me importa que el autor de mis días esté ocupado! Yo tengo que verlo.



8 — ¡Qué papa! Una reunión de viejos. Seguro que se cuentan chistes alegres.



11 — Mirá, papito: aquí te traigo la mejor noticia de toda tu vida: esta semana pasé como rata por tirante en aritmética. Voy a tirar una bomba: Pssss... psss... ¡bum!... Ra, ra, ra...

La muerte de Laprida

El fraile Aldao, borracho, nos disparó seis culebrinas al grupo que formábamos sesenta oficiales en torno de Francisco Aldao, su hermano, que había entrado en nuestro campo, después de haberse concluido un tratado entre los dos partidos beligerantes. El desorden de nuestras tropas, dispersas merced a la paz firmada, se convirtió en derrota en el momento, en despecho de esfuerzos inútiles para restablcer las posiciones. Jamás la naturaleza humana se me había presentado más indigna, y sólo Rosas ha excedido en cinismo a los miserables que le preparaban así el camino. Yo estaba aturdido, ciego de despecho; mi padre vino a sacarme del campo y tuve la crueldad de forzarlo a fugar solo. Laprida, el ilustre Laprida, el presidente del congreso de Tucumán, vino en seguida y me amonestó, me encareció en los términos más amistosos el peligro que acrecentaba por segundos. ¡Infeliz! Fuí yo el último, de los que sabían estimar y respetar su mérito, que oyó aquella voz próxima a enmudecer para siempre. Si yo lo hubiera seguido, no pudiera deplorar ahora la pérdida del hombre que más honró a San Juan, su patria, y ante quien se inclinaban los personajes más eminentes de la República, como ante uno de los padres de la patria, como ante la personificación de aquel congreso de Tucumán que declaró la independencia de las Provincia Unidas. A poco andar lo asesinaron, sanjuaninos, se dice, y largos años se ignoró el fin trágico que le alcanzó aquella tarde. Yo salí del campo del Pilar, después de haber visto morir a mi lado al ayudante Estrella, y haber ultimado uno de los nuestros a un soldado enemigo que me cerraba el paso, mientras bregábamos con la lanza y el sable con que yo había logrado herirlo. Salí por entre los enemigos, por una serie de peripecias y de escenas singulares, entrando en espacios de calle en que nosotros éramos los vencedores, para pasar a otro en que íbamos prisioneros.

Más allá dos hermanos Rosas, de partidos contrarios, se disputaban un caballo; más adelante juntéme con Joaquín Villanueva, que fué luego lanceado, reuniéndome con José María, su hermano, que fué degollado tres días después; y todos estos cambios de situación se hacían al andar del caballo, porque el vértigo de vencedores y vencidos que ocupábamos en grupo media legua en una calle, apartaba la idea de salvarse por la fuga. Pocos sabían lo que pasaba realmente atrás, y de esos pocos era uno yo. Cuando la hora de la reflexión, de la zozobra y el miedo vino para mí, fué cuando, habiendo salido de aquel laberinto de muertes, por un camino que entre ellas me trazó mi buena estrella, vine a caer en manos de las partidas que se dirigían a la ciudad a saquear, y una de ellas, después de haberme desarmado y desnudado, me entregó al comandante don José S. Ramírez.

Domingo F. Sarmiento



VALDA

VERDADERO
REMEDIO
DEL HOGAR
LAS PASTILLAS
VALDA
son indipensables para PRESERVAR
SUS ORGANOS RESPIRATORIOS
o para CUIDAR
los Constipados, Dolor de Garganta, Laringitis,
Bronquitis, Grippe, Trancazo, Asma, Enfisema, etc.
PERO HAY QUE TENER CUIDADO
de no emplear sino las
PASTILLAS VALDA
VERDADERAS
que se venden unicamente en **CAJAS**
con el nombre **VALDA**
en la tapa y nunca
de otra manera

Todos los miembros de la familia pasan mejor día comenzándolo con una cucharadita de este famoso laxante inofensivo y seguro.

"SAL DE FRUTA" ENO

Marca de ENO'S "FRUIT SALT" Fábrica

ALOJA DE MOLLE

CARAS Y CARETAS

POR

FAUSTO BURGOS



LOJITA de molle!... ¿Cuándo te tomaré? — exclama el viejo Misael, que ha vuelto a Pomán, después de haber pasado varios años en las tierras paniegas de las provincias de Abajo. — Alojita de molle, ¿cuándo te tomaré?...

Rosita, una de sus nietas; Rosita, que maja algarroba blanca en un mortero de pedernal, al escuchar las palabras del viejo, levanta la cabeza y dice:

— Si quiere, tata viejo, yo iré a juntar fruta de molle. Arribita, casi sobre el camino, hay un mollar tupido.

— ¿Tupido? ¿Habrás visto bien?... ¿O será engaño de los ojos?

— Tupido... ¡Cómo no me voy a fijar bien!...

— Cuando yo me fuí, hace una punta de años, ya estaba ese mollar.

— ¿El mismo será?

— El mismo. Muy lejos hay otro. A ese mollar íbamos a juntar fruta.

El viejo calla y la niña torna a majar algarroba para añapear. La algarroba molida irá a parar a un balde de latón; verterá agua en él y pronto la añapa se entregará dulzona, amarillosa y turbia.

Es el vino de los pobres; apaga la sed, y como lleva lo gordo de la fruta en sazón, mata el hambre. ¡Un jarro, un mate de aloja a la umbría de un algarrobo negro, es más agradable, es más fresco que una copa de vino!

El viejo torna a ver aquel mollar lejano, gris, tupido, arenoso, buscado de las ápokas, de las pumpunas y de toda laya de palomas monteses.

— Tata viejo, si quiere, yo me voy al mollar, junto una ponchada de fruta molle y... ¿Con dos tinajas de aloja de molle se contentará?

— ¿Con dos?... ¡Quién sabe!... Muchas ganas de macharme tengo. ¿Y qué me va a hacer una machita, ya cerca del carnaval?

— Claro...

— ¿Y en qué te vas a ir, Rosa?

— En el burro. Llevaré los yoles.

El viejo, que sentado toma la fresca a la umbría del parrón de las moscateles, se pone de pie.

— Aurita me voy al mollar... Todavía no tengo las chuncas duras... ¡Amalaya, amalaya un aguacero de aloja de molle!...

Siente una sed, no de agua fría, tembladora y limpia; no de vinos rosados, rubíes o glaucos; no de añapa amarillosa, turbia, gorda; siente una sed de fragante aloja de molle. ¡Pomanista había de ser! Es un viejo espigado, de barbas tordillas, musculoso y derecho; uno de esos viejos que se echan, de grado, una bolsa de harina a la espalda.

— ¡Y qué linda está la tarde, Rosa!... ¡Fresquito ha de estar el mollar ese, tupido!...

— Bueno, iré, tata viejo. Primero le dejaré la añapa a mamita.

El viejo, que ha quedado solo bajo el parrón de las moscateles, mira a la perezosa, en derechura de los cercanos montes sobre cuyas peñas las matas de chahuares forman tupidas manchas grises.

El borrico de los mandados se aduerme, plantado, con la cabezota gacha, junto a un peñón de la cuesta. En el mismo sitio se clava diariamente, cuando no lo necesitan. Rosita le pone una soga al cuello y lo trae de tiro.

— Ya está, tata viejo.

— Bueno, vidita. ¿Le has dicho a la Rosa Grande?

— Le dije a mamita.

— ¡Mi hija solía hacer una aloja de molle, de aquéllas!...

— Hasta luego.

— Volvé pronto, vidita.

Sale Rosa, la Rosa chica, montada en su borrico, con la carga de yoles a manera de árguenas de piel de buey, dentro de los cuales los chan-

gos acarrean duraznos, zapallos, sandías y trigo.

El viejo se echa al camino. El borrico es cenizo, un cenizo claro; la niña lleva traje blanco. El viejo mira y mira para el lado de los cerros que forman inmensas moles azules, hasta que la mancha blanca que se achica, subiendo y bajando, se pierde...

El mollar. Fragancia suave. Voladas de palomas; ápocas y pumpunas castigan a los dos costados de su cuerpo, con la lonja de sus alas. Aroma grato de molles viejos y de molles retoñados.

"¿Es ño Ramón el que sale del mollar?", se pregunta Rosita.

Un emponchado sale de la umbría de los molles dulces.

—Buenas tardes.

—Buena tarde.

—¿Hay mucha fruta?

—Hay...

—¿Aloja para cuántos días?

—Nai... como pa una semana...

El emponchado se sienta sobre unas matas verdes que se doblan sin ganas de morir. Por instantes se queja y se soba el cuello.

Cuatro días estuvo la tinaja panzuda con la cabeza atada por un trapo blanco. Cuatro días de impaciencia para el abuelo que tornó de las tierras paniegas del lejano sur, con deseos de alojear.

Es domingo. El domingo anterior al de carnestolendas. Ya se siente el pon-pón del bombo y el compás de los tamboriles de mano.

Toda la familia del abuelo, del tata viejo de barbas tordillas y de los ojos decidores, se halla alegre, bajo el envigado de vides moscateles, cuyas ramas son torzales negros, como de algarrobo.

Un violinista y un bombista tocan de concierto, bañados por dentro, y por fuera, de la alegría que despierta la dulce aloja de molle, madura, brava y fragante.

Una jarra y otras y varias, a la hila.

—Rosa... ¿por qué no querís que tome otra copa? ¡Cuántos años pasé lejos, deseándola!... ¡Y ahora que la tengo a mano!...

—¡No y no! ¡Yo no quiero que se chume! —le dice la Rosa grande, que baila con su marido; le dice en una de las vueltas de la chacarera. Parece que va a llorar el tata viejo, mientras el violín canta y el bombo lo sigue zapateando, zapateando.

Los pámpanos del parrón viejo se agitan aplaudiendo a los bailadores.

—¡Y ahora que la tengo a mano!...

Fausto Burgos



El verdadero Tucumán

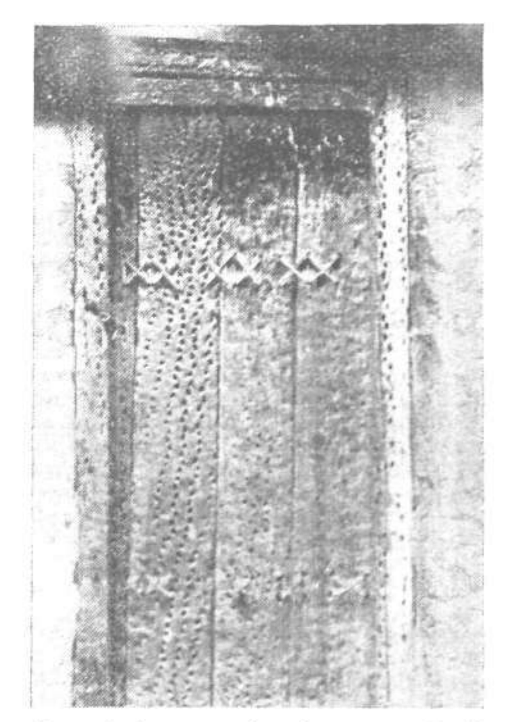
En el corazón de los valles del oeste de Catamarca existió la corte de Tucma, hoy arenal ardiente, de seculares algarrobos, y uno que otro rancho a su sombra, que a nadie haría pensar que allí estuvo ubicado el viejo Tucumanao (*Tucumanahaho*).

El verdadero Tucumán de la historia clásica son aquellos valles catamarcanos, y el Tucumán de la jurisdicción de San Miguel no es sino lo que una porción insignificante respecto del todo. Cuando se habla del Tucumán incásico no se habla de ese Tucumán de San Miguel, ni cosa que se parezca, el que ha usurpado el nombre del viejo Tucumán, trayendo, por lo mismo, errores crasos, como aquellos en que ha incurrido un eminente historiador chileno. Asimismo, este Tucumán de San Miguel no tiene que ver con el Tucumán propiamente dicho, donde estaba ubicado Tucumanao, y donde existió el Tucumangasta de los llanos andalgalenses: es a este Tucumán al que me referiré al tratar de asuntos relativos a la conquista; y cuando hable de la región de los lules y tafíes, lo llamaré por su nombre: la jurisdicción de San Miguel de Tucumán, o simplemente San Miguel.

Es por el Tucumán catamarcano por donde hicieron sus entradas los aventureros castellanos, y por donde el descubridor don Diego de Almagro pasó a Chile. Son las tribus indígenas de sus valles y sus sierras las que han sustentado la guerra de la conquista, con brazo nervudo, valor y constancia. Es allí donde han actuado los dos personajes épicos más notables: Don Juan de Calchaquí y Chelemín; y allí es también donde el *embayador* Pedro Chamijo, titulado *Huallpa Inca*, desarrolló sus planes de traición descubiertos por el cacique de Machigasta, y donde se encendió la guerra.

Hay más: en ninguna región de Sud América como en esta parte del Tucumán la resistencia ha sido más enérgica, más eficaz, ni más duradera. Con efecto: apúntanse generalmente cuatro epopeyas en la América Meridional: las del Perú, Arauco, Paraguay y Río de la Plata, añadiéndose, por último, la Calchaquí. Pero, a mi juicio, las epopeyas, en el sentido de esta palabra, no son sino dos. En la conquista del Perú lo único que en este sentido es digno de admiración es el atrevimiento castellano desde el desembarco de Tumbez hasta la muerte de Atahualpa Inca; pero no hay resistencias de parte de los nativos, a no ser los proyectados movimientos de Calicuchima y Quizquiz. Es verdad que merece, posteriormente, rememorarse el alzamiento del Inca Manco, desde la acción en los llanos de Yuncay; pero todo lo empequeñece la cobardía de sus soldados, como que un puñado de castellanos desbarató el ejército en el sitio del Cuzco, al que rodearon doscientos mil guerreros nativos, al decir de los cronistas de la época. Las resistencias del Paraguay y Río de la Plata no pueden tampoco constituir hechos trascendentales en la historia de los heroísmos épicos. Arauco, desde la gran batalla de Andalien, sí que es una epopeya.

Adán Quiroga



Puerta hecha con madera de pasacana. Sirvió en la residencia del primer gobernador de Los Andes, en San Antonio e los Cobres.

Las cactáceas

Por

ALCIDES PLUKENET

La tulipomanía sacudió a Francia en el siglo XVII. Parece que el XX no sólo está reservado para la farandulomanía del orden social, sino también para la pencomanía, frenesí que nos ha llegado por vía marítima o aérea, juntamente con la "maffia", el "jazz", los pantalones óxford, la ventilación permanente de las cabezas vacías y otros espasmos de ese jaez.

Cactáceas es el nombre botánico de la familia; se deriva del genérico "Cactus", aplicado a unas especies que no son de nuestra flora. Todas las Cactáceas son oriundas de América y no como se creía antes, que pudiesen provenir también de Africa y China. En el Continente americano pueblan el área comprendida entre los 50º más o menos a ambos lados del ecuador, esto es, desde el sur del Canadá por el hemisferio norte hasta la parte austral de Santa Cruz por el del sur. De aquí se importaron y se importan a Europa, llegando a propagarse, como en su patria, en algunas regiones del Mediterráneo y también en las costas de Argelia, Túnez, etc. En Australia cubren los campos desérticos... y así han ido hasta China. Los grandes centros de población son los desiertos del sur de los Estados Unidos, de Mejico, el nordeste del Brasil, las costas áridas de Perú y Chile y todo el occidente argentino.

La forma bizarra de sus cuerpos, lo mismo que la hermosura aunque efímera de sus flores, ha dado motivo a que la jardinería moderna las prefiera, rivalizando con las orquídeas.

Entre las características anatómicas de la familia, figura la de estar sus especies provistas de espinas reunidas en manojos que constituyen las "osteolas" o "areolas" de los botánicos, de ser sus cuerpos carnosos — por eso los alemanes las denominan "plantas suculentas" y también "plantas gordas", — y la de carecer de hojas casi todas. Pero estos caracteres no dejan de sufrir sus excepciones. Tenemos especies inermes como el peyote ("Echinocactus Williamsii") de las tierras yermas de Méjico, de donde se venden con el nombre de mezcal sus tajadas secas en rodajas de aspecto de orejones, las cuales contienen varios alcaloides, cuyas propiedades ya conocían los pueblos primitivos de la región.

En su abundante pulpa albergan gran cantidad de agua, mucílago y otros cuerpos. En algunas especies que no se lignifican, almacenan mucha agua que puede servir para aplacar la sed de los viajeros de los desiertos. No todas son tan carnosas como hace pensar el calificativo de "suculentas" o "gordas". Las especies higrófilas, es decir, las de las selvas húmedas, lo son tan poco que guardan la "línea"...

Existen especies con hojas normales, como la "sacha-rosa" ("Peireskia sacha-rosa"), de las selvas del noroeste argentino, o bien modificadas en apéndices cilíndricos de permanencia fugaz, por ejemplo los que aparecen en las palmetas jóvenes de las opuncias, o a veces persistentes por mucho tiempo, tal cual ocurre en "Opuntia subulata", de patria dudosa, tal vez chilena o argentina.

El tamaño es de lo más variable: desde 24 metros de altura a que alcanza el corpulento "Carnegiea gigantea" de Arizona, el "pasacana" de nuestras punas, al que no le lleva mucha diferencia, hasta el diminuto "Echinocactus pygmeus" del cerro de Montevideo, que crece al ras del suelo, midiendo una pulgada de alto toda la planta, por un diámetro mucho menor. Su aspecto curioso podría sugerir el modelo de una polverita de fantasía, si no fuesen las inarmonías de la naturaleza, que tan bien estudió Metchnikoff, de rara vez acompañar la inteligencia a la coquetería.

En las zonas secas de la Argentina derriban los cardones y les queman las espinas; lo mismo hacen con los pencales para que el ganado los aproveche como forraje y aplaque la sed. En el occidente de San Luis no es raro de ver las manadas de burros disputar a patadas — cual si fuesen humanos — las pencas a las vacas. En las provincias de tierra adentro existe el término "cabra penquera" para designar las habituadas a ese alimento. La toponimia cuenta con varios nombres alusivos a esta familia de plantas: Tunal, Quimili, Alto Pencoso y otros que tal vez se cambien de un momento a otro cuando sople el viento norte sobre la Gran Histérica de Sicardi o algún día primaveral vuelva románticas a las colegialas, aun sin previo accidente ferroviario.

"Opuntia" (opuncia, se pronuncia) es el género de las pencas que tienen los miembros articulados, ya sea aplastados como una palmeta o globosos como una papa. Una de sus especies, de origen mejicano, da la fruta comestible llamada "tuna", nombre generalizado también a la planta en algunos casos y empleado en todas nuestras provincias, menos en San Luis... La infusión de los trozos de estas palmetas, desposeídas de la túnica pergaminosa que las cubre, es un excelente expectorante, en la medicina casera del interior, lo mismo que el arrope hecho con el zumo

de las frutas, dulce que sólo se puede hacer allá donde sobran tiempo y sirvientas. Si se ponen a podrir en el agua las palmetas y al cabo de un tiempo, cuando todo se ha deshecho, después de colado, se mezcla en proporciones conocidas ese líquido espeso con una cantidad dada de cal, se consigue un buen frescoral para blanquear los galpones de cinc. De las mismas partes podemos obtener adornos: si las dejamos podrir bajo tierra y después que estén reducidas al esqueleto, las lavamos con lejía y las barnizamos de blanco, tendremos unas palmas blancas dignas de las mártires que viven sin amar, o si recurriésemos a la galvanoplastia para embadurnarlas de oro o plata, las convertiríamos en una filigrana.

Los mechones de espinas que caracterizan a las opuncias no son las largas, a veces como leznas, verbigracia las del quimili, sino las pequeñas que existen en su base, semejando pincelitos de cerda, molestísimas y más difíciles de sacar que una mala costumbre. Para evitar que se introduzcan, es necesario sumergir en el agua las frutas o lo que se va a manipular. A estas espinitas las llaman "ticas" en Corrientes, "janas" en Salta y "penepas" en San Luis. Los botánicos peregrinamente las denominan "pulvinulus", diminutivo de "pulvinus", almohada... ¡Como no sea para que reclinen las sienes los tiranos!..

Burbank, el gran cultivador californiano, obtuvo una raza sin espinas que la propagan como forraje en los terrenos áridos.

Entre las especies de este género, que el vulgo individualiza con nombres propios, pueden mencionarse la "salagria" de San Luis o "tuna agria" en Córdoba, el "quimili" del Chaco, Santiago, etc., el "quishcaloro" de esta última provincia, lo mismo que el "uturunku - huacachina", el "airampo", penquita cespedosa de las altas montañas con flores amarillas o rojas, la "chuschampa" del Famatina o "pushcaya" de la Puna de Atacama, que tienen los miembros globosos y el conjunto forma enormes masas que aparentan bloques erráticos si se los ve desde lejos en los campos cordilleranos.

"Cereus", cuya traducción es cirio, género de las pencas arborescentes de color glauco, grandes flores blancas y lampiñas; antaño se usaron junto con las pitas para cercos vivos; todavía se encuentran en algunas localidades: Mercedes de Buenos Aires, Concordia, etc. Las especies denominadas por el vulgo, son: el "hachón" de San Luis; el "ucle", que da un fruto comestible de color purpúreo al madurar, y otros.

"Trichocerus", es decir, "cereus" con "tricho" (pelos) — se pronuncia trico, — son los gigantes de las Cactáceas en nuestro país. Ora cubren las faldas de las montañas en las áridas punas, ora ponen su nota melancólica con su arquitectura funeraria en las sierras catamarqueñas o riojanas. Los de tamaño mediano crecen asociados, ya sea aparentando, sus cuerpos largos y arqueados, serpientes en acecho, ya sea en direcciones diferentes como si se retorciesen convulsivos. Sus flores suelen ser blancas con un tubo largo provisto en el exterior con mechones de pelos; las hay también rojas y amarillas, algunas con aroma delicado. A la categoría de los gigantes, pertenece el "pasacana" (Trichocerus pasacana"), árbol de las faldas desérticas de las altas montañas de Jujuy, Salta, Los Andes, etc., cuya madera se emplea en las construcciones de ranchos, pisos, muebles y otros menesteres. Es tan extraña la apariencia de sus tablas que recuerdan las láminas de metal extendido. Su hermano el "cardón" o "cardón del valle" ("Trichocereus Terscheckii"), no tiene la boina radical que adorna al otro, es su rival en tamaño y el poblador de los campos de Chilecito, Guanchín (Rioja), Vipos y otros lugares de fisiografía semejante.

"Gymnocalycium" (cáliz desnudo), "Echinocactus" (cactus como erizo), "Echinopsis" (aspecto de erizo) son los géneros de las pencas globosas semejando pepinos y a veces cestitos, cuyos cuerpos con gazmoñería cordobesa apenas emergen del suelo y pasan desapercibidos a primera vista en muchos casos. Esta humildad de sacristía hace pagar caro tributo a las caravanas veraniegas de las chicuelas en edad del chivateo que irrumpen en los veranos, de las ciudades aguachentas las sierras cordobesas; de ahí su bautismo eufemista de "sentáculos", confidencialmente designados.

"Rhipsalis" es el género de las penquitas llamadas "suelda con suelda" en las provincias del noroeste argentino. Crecen sobre la corteza de los árboles, colgando como manojo de tallarines, según la gastronómica analogía que les sugiere a los estudiantes porteños cuando descubren las provincias, en sus vertiginosos "viajes de estudio" para "conocer" el país y sus "industrias".

En Alemania existe una sociedad para el estudio de las Cactáceas y otra en Estados Unidos, de reciente creación en la ciudad de las estrellas cinematográficas.

La copiosa bibliografía de esta materia se encuentra especialmente en los idiomas de esas dos naciones.

Desde Méjico se exportan Cactáceas vivas en gran cantidad para diversos puntos de Europa, donde se cultivan en los jardines. También se hace otro tanto desde la Argentina, pero en menor escala. Entre los establecimientos europeos que más comercian, están los de la isla de Sicilia, favorecidos por el clima cálido y seco semejante al país originario.

Fué menester que la tiranía de la moda llamase la atención, hasta convertir en asombro la mueca displicente de la dama provinciana, que de la civilización europea tan sólo tiene una que otra planta cuyo nombre y procedencia ignora, e hiciese justipreciar las bellezas de esos hijos de la tierra
dignos de fama y de gloria
y que no dejan memoria
porque nacieron aquí!



Ferocactus Covillei. — Sonora (Méjico). Foto. Mc. Dougal. En los desiertos de Méjico se recurre a las pencas para aplacar la sed.

Alcides Plukenet

L a f a m i l i a

En los orígenes, en la época primitiva del mundo, o sea en los tiempos heroicos, como se ha convenido en llamar a esa época, impera el caos en las relaciones de familia. La familia no está organizada. El estado no está constituído. La vida nómade hace del hombre el viajero de todos los días sin vinculación al suelo sobre el cual pone su pie para abandonarlo al día siguiente. No hay estabilidad, porque no hay propiedad; no hay hogar, porque las relaciones sociales no tienen otra regla que el acaso.

La familia empieza con la vida sedentaria. El hombre hace intervenir la divinidad en todos los actos de la vida. Cada casa tiene un dios simbolizado en las manos de sus antepasados que velan desde la tumba por el hogar en que habitaran. El matrimonio aparece entonces como una inspiración religiosa y obedeciendo a los propósitos del culto privado. La condición de la mujer se modifica. Desaparece en mucho el envilecimiento en que había vivido hasta entonces, conquista cierto rango social y doméstico, pero se halla, sin embargo, sometida a la sujeción absoluta del jefe de la familia. Es considerada como una cosa, porque el marido la adquiere por medio de la compra, recibiendo su precio el padre de la desposada. La mujer era, pues, propiedad del marido, que podía transmitirla a un extraño por el mismo título con que la había adquirido, esto es, por medio de la venta. Figuraba entre sus bienes como una parte del patrimonio y quedaba después de su muerte sometida al poder de sus herederos. Imperaba el principio de que la mujer debe estar siempre sometida al poder del otro: primero, al de sus padres; luego, al del marido, y más tarde, al de sus hijos.

Tal era el régimen de la familia en la infancia de las sociedades. Pero un vuelco completo sufre este régimen cuando los estados empiezan a formarse, especialmente en el Oriente. Allí la familia pierde su autonomía. El estado reemplaza al padre en sus facultades omnímodas. Las leyes procuran suavizar la condición de la mujer protegiéndola en su persona y acordándole ciertos derechos con relación a los bienes. Pero, a pesar de esto, no adquiere capacidad legal, ni influencia moral, ni autoridad alguna. Por el contrario, en la opinión de autores distinguidos se ve sufrir una decadencia profunda. Es considerada como un ser de naturaleza inferior, que participa a la vez de la condición del niño y del esclavo, débil como el primero, vil como el segundo, objeto a la vez de piedad y de desprecio.

En la Grecia antigua, cuya civilización admiramos todavía, contando para su eterna gloria con filósofos como Sócrates y Platón, con historiadores como Heródoto y Tucídedes, con poetas como Homero y Píndaro, con oradores como Isócrates y Demóstenes; en la Grecia antigua, decía, el estado sigue absorbiendo a la familia, y la condición de la mujer no sufre alteración sensible en su personalidad jurídica.

M a n u e l O b a r r i o

CONCURSO DEL VINO "EL ABUELO"

RESULTADO



1er. PREMIO

$ 2.000

Ganado por el señor Alberto Aguirre Hilla de la Capital Federal, calle Esmeralda 61, 3er. piso derecha.

2º PREMIO

$ 500

Ganado por el señor José Conti, de la ciudad de Rosario de Santa Fe, calle Mendoza 1682.

La frase que ha obtenido el primer premio es la siguiente:

"El gran Colón pudo hacer
"su arribo a estos parajes
"porque en su mesa al comer
"tomaba durante el viaje
"EL ABUELO" de Moguer".

La del segundo premio dice:

"Una botella en cada hogar".

Dada la gran cantidad de premios, nos es imposible publicar en este aviso el nombre de todas las personas que han sido premiadas, y esperamos que ya se encuentren en su poder los premios respectivos. Los interesados pueden solicitar a los propietarios del vino "EL ABUELO" la lista de premios.

Vino Generoso

EL ABUELO

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES - Propietarios: SAENZ, BRIONES & Cía. - Buenos Aires

CAMINANTE

Soy un caminante
que buscando va
la lejana estrella
de su claridad.
Tierras y más tierras
recorro al pasar
por el caminito
de mi soledad.
Con los pies desnudos
no paro jamás;
es largo el camino,
¡hay mucho que andar!
Voy juntando flores
— flores del pesar, —
las únicas flores
que pude encontrar.
Todos los viajeros
que me ven pasar
me ofrecen su cántaro
con fraternidad.
Mas esta sed mía
es la sed de amar,
y a esa sed ninguno
la puede calmar.
En medio a los campos
canto mi pesar.
Canto como canta
el triste chajá.
Las sombras noctámbulas
me han querido hablar;
y así me habló el viento
y el ave fugaz:
— Caminante lírico,
¿buscando qué vas?
— La estrella — repuse —
de mi claridad.
— No tienes más senda
para a ella llegar,
que tras la montaña
ya comienza el mar...
— No importa — les dije;—
eso está ahí no más...
Yo voy por la senda
de la eternidad...
Y seguí mi ruta
sin nunca alcanzar
la adorable estrella
de mi claridad.
Viajeros que obscuro
me visteis pasar,
conoced ahora
cuál era mi mal.
Estrellita triste
de mi claridad,
que apagas y enciendes
tu luz sideral:
Al menos alumbra
mi eterno vagar
por el caminito
de mi soledad.

JULIO DIAZ
USANDIVARAS



DISCOS = ULTIMAS NOVEDADES:

BAILABLES

Discos dobles de 25 ctms. $ 2.50 cada uno

[VICTOR]

47662 Juan Moreira. Ranchera.
Bajo el sol de Andalucía. Pasodoble. — Víctor Popular

47592 Confesión. Tango.
Hoy me han dicho. Tango. — Típica Porteña

47671 Nunca jamás. (Desilusión). Vals.
El pináculo. Tango. — Típica Guido

47674 Savalaje. Tango.
El Viejo Vizcacha. Ranchera. — Típica Los Provincianos

47578 Siempre te amaré. Vals.
Mi Piba. Tango. — Típica Guido

47691 Carrillón de la Merced. Tango.
Angustia. Vals. — Típica Víctor

47626 Melodía negra. Blue Foxtrot.
Carnaval. Marcha Tarantella. — Carabelli

[NACIONAL]

4725 Parisina. Foxtrot de gran éxito.
Milonga. Tango. — Típica Canaro

3003 Se casó la viuda. Polca.
Se necesita un amigo. Tango. — Típica Firpo

4711 Yo no sé qué me han hecho tus ojos. Vals.
Un galleguito. Tango. — Típica Canaro

7873 Hay que aprender a bailar. Foxtrot.
¡Qué lindo es amar! Tango. — Típica Lomuto

3002 El ahorcado. Tango humorístico.
En el maizal. Ranchera. — Típica Firpo

9096 Gracia madrileña. Pasodoble.
La canción de la montaña. Tango. — Típica Pacho

[BRUNSWICK]

1829 Aura el gringo. Ranchera. (1er. premio Concurso Rosario).
Mi zorzal. Tango. — Típica Brunswick

1932 La cordereada. Ranchera.
Pájaro payador. Tango. — Típica Brignolo

1067 Tus horas negras. Vals.
El viejo Cuco. Tango. — Típica E. Donato

1436 Tango mío. (Fresedo). Tango.
El mal de ausencia. Ranchera. — Típica Fresedo

[COLUMBIA]

6021 Taconeando. Tango.
Páginas muertas. Tango. — Típica Maffia

6023 Pelele. Tango.
Chique. Tango. — Típica Maffia

Novedades en Cintas Sonoras

22530 Monte Carlo. "Más allá del horizonte". Foxtrot.
Monte Carlo. "Siempre, siempre". Foxtrot.

23020 Fantasía 1980. "Nunca mates a las moscas". Foxtrot.
Riéndose de la vida. Foxtrot.

22505 Noche de novios. "Lo estoy haciendo". Foxtrot.
Noche de novios. "Ve a decirlo a mamá". Foxtrot.

22516 Noche de novios. "Aprendiendo de ti". Foxtrot.
Un ramillete para ti. Foxtrot.

22531 ¡Qué viudita! "Di oui cherie". Foxtrot.
¡Qué viudita! "El amor es como el canto". Foxtrot.

8908 Bajo los techos de París. Vals java.
Calle de París. One step.

DISCOS DOBLES a $ 1.50 – SOLICITE LISTA GRATIS

CASA AMERICA
EL HOGAR DE LA MUSICA

AVENIDA DE MAYO 959-961 BUENOS AIRES

Un puerto de salida al Atlántico

A su vez los gobernadores del Tucumán, más que nadie interesados en el asunto como más distantes de España por el mar del sur y más próximos por el Atlántico, buscaban también la salida al río de la Plata. En 1567 mandaba en la Provincia Francisco de Aguirre. Deseaba fundar un pueblo en las inmediaciones del mar del norte, "por do — según él mismo escribía — se pudiese ir á España sin peligro de corsarios y en 30 ó 40 días, así los de esta gobernación de Tucumán, como los del Paraguay, los de Chile y del Perú, cosa que tanto S. M. ha deseado, y aún mandando á la Audiencia de Charcas que lo haga por expresa provisión que para ello he visto"; púsose pues en camino hacia el oriente, llevando 120 hombres con 500 caballos. A lo que parece, el punto elegido para la población era Sancti Spiritus; pero llegado a 15 leguas de allí, según documentos, y según el padre Lozano, a los que todavía se llaman "Altos de Aguirre", esperando por momentos un ataque de los indios comarcanos, rebeláronse parte de sus soldados; prendiéronle, y a sus hijos y amigos, y los llevaron a Santiago del Estero, autorizando su proceder con decir que tenían un mandamiento del presidente de Charcas.

Al año siguiente (1568), el sucesor de Aguirre, Diego Pacheco, mandaba reconocer el río Bermejo por 40 hombres; pero después de internarse en el Chaco cincuenta leguas, éstos tuvieron que retroceder ante las inundaciones del río. En 1573 la conquista dió un gran paso hacia el sur: Jerónimo Luis de Cabrera llegaba hasta las sierras de Córdoba, y a punto de fundar esta ciudad escribía: "Se entiende puede haber hasta el Río de la Plata y mar del Sur como 25 ó 30 leguas, tierra llana, el cual puerto se descubrirá para que él se contrate esta tierra con España". Al fundar a Córdoba (6 de julio), no le fijó términos, pero a los dos meses partió hacia el este, y el jueves 17 de septiembre, "estando junto a la fortaleza de Gaboto", dijo que "habiendo venido á descubrir puerto para que se traten estas provincias y las del Perú y otras con los reinos de Castilla", tomaba posesión "del dicho puerto, y tierras, y gran Río de la Plata, é islas que dentro tene", y "las señalaba por de la jurisdicción y distrito de estas Provincias y ciudad de Córdoba". Al otro día, viernes 18, repetía lo mismo 7 leguas más al norte "y tomó por la mano á un Indio y lo paseó por el dicho asiento, como Indio de los vacos para los encomendar á vecinos de Córdoba".

Pero la roca Tarpeya distaba un solo paso del Capitolio. Al día siguiente, sábado 19, hízose una nueva escritura y de carácter bien distinto: era un requerimiento al capitán Juan de Garay "que no poblase ningún pueblo" en aquellos parajes porque correspondían al Tucumán. Garay se retiró diciendo "que así lo haría".

P. A. Larrouy



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL	EN EL INTERIOR	EN EL EXTERIOR
Trimestre . . . . . $ 2.50	Trimestre . . . . $ 3.—	Trimestre . . . $ oro 2.—
Semestre . . . . . . „ 5.—	Semestre . . . . . „ 6.—	Semestre . . . „ „ 4.—
Año . . . . „ 9.—	Año . . . . „ 11.—	Año . . . . . . „ „ 8.—
Número suelto . . 20 ctvs.	Número suelto . . 25 ctvs.	
Número atrasado del corriente año . . 40 „	Número atrasado del corriente año . . 50 „	

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año. . . . . $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

EL · COMANDANTE · BARGAS

· POR · RICARDO PICCIRILLI

La tropa había galopado fuerte aquel día de estío del mes de enero.

Por el camino reseco y polvoriento, el escuadrón del "Dos de Campaña" avanzaba envuelto en una gruesa nube de polvo, que la brisa de la tarde elevaba suavemente y la echaba al espacio, cubriendo a los jinetes y dejándose luego caer a lo largo del sendero donde se deshacía caprichosamente, semejando copos algodonosos de humo.

El Sol, que había abrasado durante todo el día los rostros curtidos, declinaba empurpurando la línea del horizonte; la pampa brillaba aún a sus últimas caricias y ofrecía el espectáculo de su belleza misteriosa. Reinaba la calma hasta en las alas de la brisa; sólo se oía el galope de las cabalgaduras martillando el suelo; era un ruido acompasado, mezclado al de los sables que golpeaban los arneses.

Hacía tres horas que duraba la marcha de aquellos soldados de fronteras, internados en el corazón de la llanura en un duro período de instrucción a que habían sido sometidos, en previsión de males que habían de desencadenarse, según las órdenes impartidas a los comandantes de campaña del sur de la provincia de Buenos Aires, por aquellos años azarosos de 1846 en que el general Mansilla defendía en el paso de San Lorenzo la integridad del suelo argentino amenazada por la escuadra anglo-francesa.

El jefe don Cándido Bargas, de ojos pequeños y barba larga y blanca como las crines del caballo que montaba, quebró de pronto el mutismo en que había venido envuelto, diciendo al trompa:

— Yegamos al arroyo; metele al chisme.

Un toque sonoro de clarín corrió entonces de extremo a extremo de la línea; toda la columna se conmovió en su formación, y los jinetes, sofrenando, pusieron sus cabalgaduras al tranco.

En aquella hora aun se sentía calor. El sudor, descendiendo de las frentes en hilillos delgados, abríase paso a través de las barbas enmarañadas que cubrían los rostros; alguno que otro soldado enjugábalo con el revés de la manga mientras aflojaba las riendas al caballo, que estirando el cuello olfateaba el aire, como si presintiera la proximidad del agua.

El cansancio de la jornada agobiaba los cuerpos y sellaba los labios. Por las mentes de todos rodaban análogas ideas: dar por terminada la marcha de aquel día sofocante, beber un poco de agua para refrescar las bocas resecas y tumbarse después, si fuera posible, para desentumecer aquellas piernas duras y aquellos pies torpes, que parecían suspendidos, más que apoyados, sobre los estribos de la silla.

La marcha no obstante continuó por espacio de algunos instantes. El Sol, lanzando sus últimos reflejos, habíase hundido, y el crepúsculo, tendiéndose sobre los campos, insinuaba las sombras, como sobre las almas de aquellos hombres sencillos el recuerdo tendía sus alas hacia los seres queridos dejados distantes para correr la vida de las armas.

Habían llegado a las costas del Chapaleofú (arroyo pantanoso). Bargas mandó hacer alto.

— Tuitos pie a tierra — agregó; — desensiyen y den agua a la cabayada, que vamos a acampar.

Volvióse luego al sargento y continuó:

— Mientras yega la carreta con la carne, ordená que hachen leña de esos troncos que están ahí en la barranca y priendan juego pa yerbear.

Así diciendo, se apeó de su tordillo blanco y, mal disimulando su renguera, se acercó a la orilla del arroyo y allí se quedó pensativo mirando el agua tranquila y limpia que corría a sus pies. Una idea fija parecía dominarlo; ella había venido trabajándolo durante todo el día, a tal punto que explicábase su mal humor y las palabras sueltas que de tiempo en tiempo se le escapaban, salpimentadas con algún grueso vocablo de su repertorio pintoresco.

¡Vea, canejo — decíase — que tratarlo a él, a Cándido Bargas, comandante de milicias de la frontera sur con asiento en el juerte de la "Independencia del Tandil", de despreocupao, cuasi de inútil pa la instrucción de los reclutas que mandaba a Santos Lugares, eso era una mofa pa su honor; parecía más bien obra e mandinga enridando las cuartas de la suerte! Pero pa su disgracia era ansina no más; no tenía güelta.

Aquel chasque mandado por don Antonino Reyes, cumpliendo órdenes de su excelencia don Juan Manuel de Rosas, que él se había hecho descifrar por el oficial Barrientos, el ayudante letrado, le gritaba su falla, le encendía de vergüenza hasta las orejas; poseía un espíritu ignaro, pero bien era cierto que había en su alma un culto encendrado al deber y al sacrificio por la causa restauradora.

Cuando vió venir a su encuentro al oficial, sacudiendo la carta en alto, profirió:

— Se acabaron las blanduras, teniente. Hay que meterle a estos maulas. Dales marchas y trotes mañana, tarde y noche. Tenemos que mandarlos sobaos como soga e maniador. ¿No te parece que debemos asigurar nuestro rispeto de federales?

— Ansina es, comandante — repuso Barrientos, atusándose el bigote y agregando: — Mañana al rayar el alba haremos simulacro e combate cruzando el arroyo...

— Eso es — interrumpió Bargas. — La idea es güena, pero, pa que sea más juerte el ejercicio, cada uno ha de vadearlo a nado yevando el cabayo del cabresto, y en después, ¡a galopiar hasta que salgan bifes!

— Está bien, mi comandante — repuso el oficial. — Si no se le ofrece más nada, vi a retirarme pa dar órdenes.

— Andá no más — exclamó aquél. — Y no te olvidés de lo hablao.

La noche había cerrado. La caballada, no muy distante, pastaba junto al arroyo; en medio de la obscuridad, a la luz de los fogones, los soldados, formando grupos, tomaban mate y charlaban sentados en rueda.

No faltó alguien que, fregándose las piernas doloridas, se quejara de la marcha.

— ¡Bonitos nos va dejando el comandante! — exclamó. — Vamos a yegar a Santos Lugares despatarraos como catres que se les han cortao las lonas.

— Y pa pior — repuso otro, — anda retobao. Yo no sé qué órdenes habrá recibio, pero dende ayer ha montao el picaso y anda a los gritos con el que se le atraca. Hasta lonjazos ha meneao...

— Sin embargo, yo vi a tener que hablarlo — terció Carmelo Ortiz — pa que me dé franco mañana.

— ¡ Lambete que estás de güevo! — replicó uno del grupo. — ¡ Cualquier día te afloja el viejo! Anda como animal encelao. Se lo pasa escarbando el suelo con la lanza cuando está montao. ¡ Cómo pa boyos está el horno!...

Los del corrillo rieron, mientras Ortiz, por toda respuesta, púsose de pie y se dirigió al repecho de la barranca donde su superior, acompañado del oficial y el sargento, dialogaban.

— Con permiso, mi comandante — dijo. — Quisiera hablarle...

— Atropeyador el mozo — interrumpió el oficial. — ¿ Dende cuándo consigue venia pa hablar con el superior sin pasar po el subalterno?

El sargento, que notó la mala posición del recién llegado, también creyó oportuno intervenir, para acrecentar personales virtudes.

— ¡ Soldao Ortiz, firme como "estuata"! — gritó. — Aura, adelántese.

No sin turbación, el aludido avanzó, pensando la desairada situación que la flamante disciplina le creaba ante sus camaradas. Después de enunciar toda la retahila de las autorizaciones para llegar hasta su jefe, que lo esperaba con aire de gravedad, Carmelo expuso.

— Este... vea, mi comandante — empezó, — yo venía a pedirle franco unas horas pa mañana por la mañana. Quiero dir al pueblo; tengo un compromiso...

Bargas lo miró arrugando el entrecejo.

— ¡ Ajá! — repuso. — Conque faltar mañana a las filas, ¿no es eso? ¡ Recluta pa sar mañero! — Y, cambiando de tono, prosiguió: — ¡ No, señor! Aquí tuitos estamos pa agachar el lomo. Se han terminao los confites.

Ortiz no se desanimó y pretendió ensayar razones.

— Es que... Comprienda, mi comandante... Yo quisiera cumplir con tata. Mañana al finao le dan una misa. Ya han mandao a buscar el capeyán del Azul.

— ¡ Qué tata, ni qué misa! — exclamó Bargas. — El soldao es de la patria y nada más. Así, que quitate de mi vista, y mañana a formar.

Carmelo titubeó un momento, pretendió retirarse, pero no pudo. La voz del cariño no cejaba en su intento.

El jefe, que, a pesar de ser un espíritu simple, era intuitivo por naturaleza, no se le pasó inadvertida la angustia experimentada en aquellos instantes por su subalterno.

— ¿ Y aura qué esperás? — objetó en tono menos agrio. — ¿ No me has oido?

— Pa mi desgracia, demasiao bien — repuso Ortiz. — Tendré que aguaintar, mientras todos los de casa van a dir. ¡ Pobre tata!... — Hizo una pausa y continuó: — Asigún me contaba, lo conoció a usté en Puente Márquez; estuvieron en Yeruá, de ahi, hasta Famaillá y en dispués jueron a Jujuy, donde cayó Lavalle.

El desfile del pasado pareció conmover al veterano; el pecho recio y erguido se arqueó un tanto hacia adelante; las mandíbulas se aflojaron; una ola de bonanza, que duró un segundo, pasó por su corazón; luego sacudió la cabeza y gritó, como si pretendiera aturdirse:

— ¡ Sí, canejo, jue mi amigo! Pero dejuro que si viviera se volvería de nuevo dijunto, al ver un hijo tan gayina.

El soldado pareció no oir y al cabo de un instante insinuó de nuevo:

— ¿ Me deja dir, comandante?...

— He dicho que no, ¡ caray! ¡ Soldao Ortiz, dé media güelta pa el lado de mi pata renga y retírese!

Como se dispusiera en la tarde anterior, al despuntar la aurora la tropa se puso en movimiento. Bargas, observando con detención, se presentaba más adusto que de costumbre; sus ojos estaban empequeñecidos por marcadas ojeras y había en el timbre de su voz un acento áspero que indicaba sensiblemente el insomnio de la noche anterior y las contrariedades que hacían presa en su espíritu.

El arroyo que se atraviesa, marchas y contramarchas violentas, jinetes parando con la lanza golpes de un enemigo imaginario, galopes precipitados del escuadrón abriéndose en abanico y despeñándose como alud, para irse a reunir a doscientos metros más allá de donde se figuraba colocado el adversario; fué el espectáculo repetido que durante largas horas el jefe desplegó sobre los campos.

Después de algunas otras evoluciones, dieron en caer sobre el camino que llevaba al pueblo, el trompa de órdenes tocó "a galope" y, envueltos todos en un torbellino de polvo, prosiguieron mientras el superior de tiempo en tiempo picaba espuelas, precipitando la marcha; iban casi a media rienda.

La mañana promediaba. Recortadas sobre el horizonte las serranías azuladas encuadrando el paisaje, se acercaban cada vez más. Traspuestas las últimas lomadas en el fondo del valle, se perfiló el caserío del Tandil.

Don Cándido, precedido de sus hombres, entró en el pueblo por la calle principal. Algunos vecinos curiosos salieron a contemplarlos. Del hueco de una puerta, una mujer saludó agitando la mano a uno de los soldados, que creyó reconocer. Los chicuelos sucios que jugaban con el polvo de la calle se apartaron primero, amedrentados, para estallar después en la algazara de sus vivas.

La tropa se dirigía al fuerte. De pronto Bargas, que venía mirando atento a ambos lados de la calle las casas del lugar, dió con aquella que desde hacía rato lo traía preocupado y mandó en el acto hacer alto. Se apeó rápidamente del caballo y ordenó:

— ¡ Tuitos pie a tierra y a formarse por escuadras!

Luego volvió a mandar:

— ¡ Media güelta sobre el lao de mi pata renga; marchen!...

Y con el mismo aire solemne con que un día en Palermo desfilara frente al ilustre señor Restaurador, después de la campaña de Oribe, entró en la capilla donde sólo el oficio del capellán y la voz de los rezos, elevados por el eterno descanso del camarada del Yeruá y Famaillá, quebraban el silencio. Avanzó con sus soldados hasta el altar mayor, hizo presentar armas y él se quedó allí como clavado en el suelo, inmóvil, rígido, marcial.

Había cumplido con el deber impuesto, pero también con su corazón.

Ricardo Piccirilli

Génesis de la república

Fué en los días más difíciles de la emancipación y bajo el fuego de los cañones enemigos, que el Congreso de Tucumán declaró la independencia de estas provincias y esa resolución valerosa, propia de hombres fieles a la conciencia de su época, y de pueblos que tenían la visión de sus destinos, quedó sellada por aquella serie de victorias que constituyen la página más brillante de la historia.

El sentimiento republicano levántase desde los primeros días, fuerte y poderoso, sin que influencia alguna se decidiera a resistirlo; y si entre las nieblas que precedieron al sol de la Independencia, algunos espíritus rectos se ofuscaron, creyendo en la posibilidad de ensayos monárquicos, abandonaron pronto ese pensamiento y acataron la voluntad de los pueblos.

San Martín, sin desconocer los azares y peligros de las transformaciones iniciadas, destempla con palabras juiciosas y severas a los que en la capital del Perú y en las horas más propicias para el héroe de los Andes hablan de la fantástica corona de los Incas.

Bolívar, fascinado por la gloria que le circunda, intenta desvirtuar con presidencias vitalicias y proyectos ingeniosos el espíritu republicano que todo lo abarca y domina. Pero aquel pensamiento debilita el prestigio que lo acompaña; reduce su figura política en el principal escenario de su grandeza, y silencioso más tarde en las áridas playas de Santa Marta, condena seguramente las prolongaciones del mando que ofuscaron las luces de su genio.

Y la Europa que, convocada en el congreso de Verona, incidentalmente discute el proyecto de monarquías constitucionales en este continente, se reconoce impotente para dirigirlo, y cuando tiene la infausta idea de renovarlo, Méjico devuelve trágicamente a la Francia los restos mortales del personaje que ella pretendiera imponer en las alturas artificiales del trono.

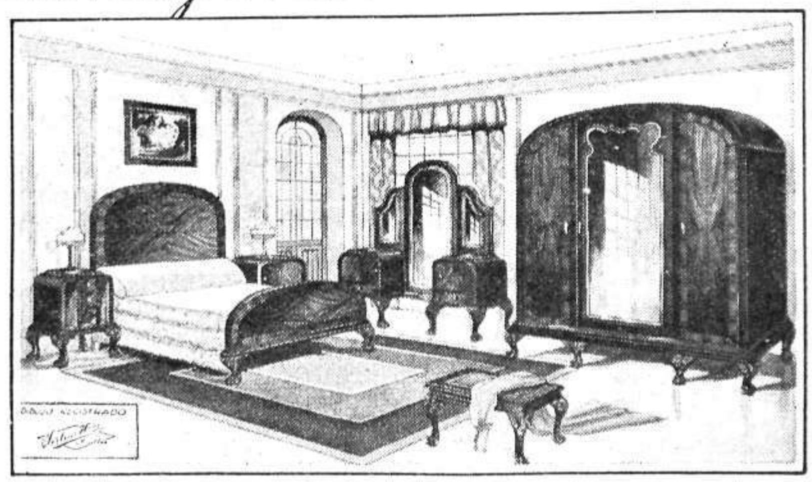
La emancipación es ya irrevocable y las potencias extranjeras lo comprenden. La Gran Bretaña y los Estados Unidos manifiestan la necesidad y justicia de reconocer aquel hecho, afirmado por la opinión y la victoria. Forbes y Parish son los primeros representantes de gobiernos extranjeros que llegan a nuestras playas; y la república queda incorporada al movimiento internacional.

La imprenta libre y el individuo garantido, la conciencia inviolable, la esclavitud, los fueros y las vinculaciones suprimidas; la religión de nuestros antepasados venerada, el extranjero favorecido por leyes liberales, la tierra distribuída con sujeción a los principios de la ciencia económica son, entre otros, los actos administrativos con que los jurisconsultos y pensadores argentinos solemnizan los triunfos de Salta y de Montevideo, de Maipú y de Ayacucho. Son los actos políticos con que se enseña a las potencias europeas que las felices jornadas de nuestras armas son también adhesiones calurosas al progreso de la humanidad.

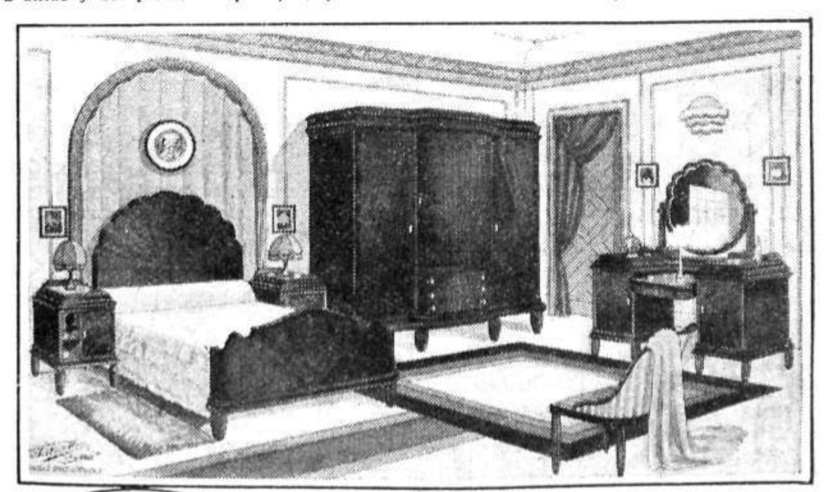
Bernardo de Irigoyen

DORMITORIOS

MODERNOS y SOLIDAMENTE CONSTRUIDOS



DORMITORIO de notable creación, construído en nogal, interiores en raulí. Compuesto de: ropero 2 metros desarmable, interiores: estantes, cajones y pantalonera; toilette probador 3 lunas; cama 2 plazas, elástico metálico; 2 mesas de luz; 2 sillas y banqueta. Completo, a. . . . . $ **485.-**



DORMITORIO estilo futurista, esmerada construcción en roble y nogal, finamente lustrado en tono brillante marrón oscuro. Compuesto de: 1 ropero metros 2.10 de frente, interiores: gavetas, estantes y perchero; 2 mesas de luz, tapas revestidas con cristal; toilette 3 cuerpos, tapa cristal; 1 mesa y 2 sillas haciendo juego. Completo, a. . . . . . . $ **1200.-**



SILLON MORRIS, construído en cedro chileno lustrado, tapizado en felpas, colores variados, sumamente cómodo y práctico, pesos **34.-**

Sirlin Hnos Muebles

CORRIENTES 1170

BUENOS AIRES

Mensaje de un presidente

Llego a la primera magistratura de mi país con la experiencia de la vida y a una edad en que no pueden perturbarme ya la ambición ni el poder. Sería un insensato si, desde la altura en que me habéis colocado, no consagrase la última parte de mi existencia al bien de mis conciudadanos y a la gloria de mi patria. Sé la historia del país, sus heroicos esfuerzos para conquistar la independencia, lo que costó salvarlo de la anarquía y del despotismo, cómo trabajamos para ponerlo en las corrientes de la civilización contemporánea, y no voy a disipar, por cierto, en locas aventuras el caudal de los sacrificios argentinos.

Miro también hacia el porvenir y pienso en que antes de llegar al término de mi mandato constitucional, tendré que presidir las grandes fiestas con que la nación argentina va a celebrar el primer centenario de su vida independiente. En ese día de regocijo para mis conciudadanos, cuando subscriba el resultado de mi acción gubernativa, ante el ejército formado al pie de las estatuas, bajo la bandera nacional flameando en todas las ciudades, hasta en los pueblos del desierto por donde no pasaron los libertadores, le pido a Dios que me permita añadir con patriótica satisfacción esas últimas páginas de un siglo.

Hay un rasgo común en nuestros hombres, que se descubre desde los tiempos de la colonia, en la magnitud de los planes guerreros, en el fragor de las luchas intestinas, en los gobiernos y en los partidos de la época constitucional, lo que todos tenemos en el fondo de nuestras almas, lo que nos hace juiciosos un día y heroicos otra vez: es el sentimiento de nuestra grandeza futura.

Bajo estas impresiones recibo las insignias del mando.

Mis compatriotas saben que no tengo nada que vengar. No hay amarguras en mi vida pública; llevo el alma libre de animosidades y de rencores; no voy a cavar abismos entre mis conciudadanos, sino a presidir con la más alta imparcialidad los destinos de mi patria.

Y para los pueblos extranjeros soy desde ahora el jefe de una nación que tiene un ideal en América. No importa las tendencias de predominio y absorción que prevalezcan en el mundo. En el ejercicio del Poder Ejecutivo voy a conservar las tradiciones de nuestra política exterior: la paz continental como una aspiración, el arbitraje ante el disentimiento irreductible, y la justicia, en vez de la fuerza, como fundamento del derecho internacional.

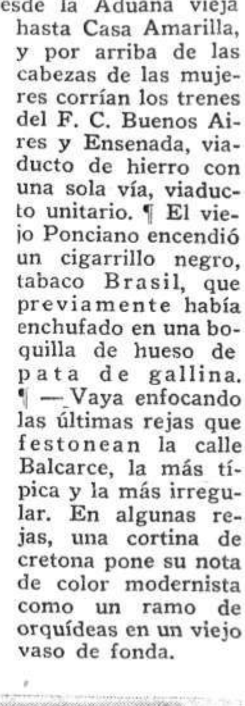
Manuel Quintana

RETAZOS DEL PASADO

Las rejas coloniales de la calle Balcarce, la más típica e irregular del caracú porteño

Por FELIX LIMA

En esta lonja del barrio de San Telmo, la que guasquea de norte a sur, por Balcarce y por Defensa, se han atrincherado los últimos recuerdos materiales de una época que va aventando el pampero del progre-edilicio, baluarte de la tradición porteña, con sus casas, con sus puertas, con sus rejas clavadamente coloniales, sobre todo con sus rejas. Si me acompaña a recorrer la calle Balcarce, a partir de la de Chile y con rumbo a la que fué Casa Amarilla, verá retacitos de nuestro pasado que todavía matrerean a los empujes del modernismo. Calle típica, medio dejada de la mano de Dios y de los intendentes municipales, casi huérfana de tráfico en las horas en que la ciudad trabaja, cementerio en cuantito se efectúa el relevo nocturno de los "botones" en sus paradas policiales, calle irregular, la más irregular de Buenos Aires, y también con más vueltas que político atraído por el alfajor del presupuesto. ¶ Entramos a Balcarce por la calle Independencia, numeración arriba. ¶ —Aquí en esta única esquina de Paseo Colón e Independencia, se encuentra una de las fondas más antiguas de Buenos Aires, la fonda de los carreros. Después de las 11 la rodea una guarnición de chatas y de caballos tronqueros y cadeneros, vehículos que operan en los depósitos de la Aduana. Ahí la tiene como medio enterrada con sus mesas largas y sus hules dragoneando de manteles. En la esquina de Balcarce y Luján hay otra fonda venerable: la fonda "Calda de Reyes". Las dos conservan algunas de las rejas de antaño, rejas que vieron rielar la luna en las aguas de lejanas crecientes. Porque el río llegaba hasta Paseo Colón, el bajo de San Telmo. Las lavanderas extendían las ropas sobre las toscas, desde la Aduana vieja hasta Casa Amarilla, y por arriba de las cabezas de las mujeres corrían los trenes del F. C. Buenos Aires y Ensenada, viaducto de hierro con una sola vía, viaducto unitario. ¶ El viejo Ponciano encendió un cigarrillo negro, tabaco Brasil, que previamente había enchufado en una boquilla de hueso de pata de gallina. ¶ —Vaya enfocando las últimas rejas que festonean la calle Balcarce, la más típica y la más irregular. En algunas rejas, una cortina de cretona pone su nota de color modernista como un ramo de orquídeas en un viejo vaso de fonda.



El monumento a Dorrego

TODA estatua conmemorativa que se erige en un sitio público equivale a una sentencia pronunciada por el pueblo para consagrar a un gran hombre e inscribirlo definitivamente en el santoral patriótico. Revistiendo, en otro orden de hechos, la misma gravedad que los procesos de canonización de la Iglesia católica, ese fallo debería siempre ser precedido de las formalidades necesarias para reducir a su mínima expresión el coeficiente humano de error. Sólo en casos excepcionales las glorificaciones son decretadas con acierto por los contemporáneos o los próximos sucesores del favorecido. El espíritu de secta, cuando no la adulación cortesana, suelen discernir apoteosis a las veces inmerecidas, llegando en algunas a salvar, en un salto indiscreto de lisonja, la estrecha zona fronteriza que, conocidamente, separa lo sublime de lo ridículo. ¿Puede darse actitud menos elegante que la descrita por Cané, del dictador Guzmán Blanco, pavoneándose satisfecho, en la Plaza Mayor de Caracas, al pie de una de las efigies que la obsequiosidad de sus admiradores se anticipó a levantarle en vida? Razón asistía, pues, al romano, cuando colocaba su austera virtud por arriba de este género de homenajes, no siempre justificados, para concluir diciendo: "Prefiero que la posteridad pregunte por qué no se me ha erigido una estatua a que pregunte por qué se me ha erigido".

La de Dorrego, sancionada por ley del Congreso en el año 1905, más de tres cuartos de siglo después de la muerte del prócer, no está comprendida, ciertamente, en el número de aquellas que se apresuran a elevarse, como si se buscara salvar del olvido a una notoriedad sin títulos a la gloria. El retardo en pagar esa deuda hace presumir su legitimidad. Y ésta hoy ya no se discute. La saña partidista pudo imponer, durante algún tiempo, al vencido de Navarro, la preterición y el silencio, que son el ostracismo de la historia. Colocadas por arriba de los partidos del pasado, libres de sus odios y prejuicios, las actuales generaciones han sabido aquilatar en su justo valor los méritos del "león del ejército del norte"; del heroico guerrero, de "alma grande y magnánima", como lo califica el general Mitre, que cubrió con su cuerpo, desangrado en mortales heridas, la retirada de la primera expedición libertadora, que compartió con Belgrano los laureles de Tucumán y Salta, que combatió, en instante oportuno, el caudillismo separatista, que salvó la dignidad de su ciudad natal aventando del territorio de la provincia las huestes vandálicas agrupadas bajo la bandera vengativa de José Miguel Carrera, que hizo la paz con el Imperio brasileño, llamando a vida independiente a la nación uruguaya, que se dió a la magna tarea de encauzar la evolución política del país en armonía con su complexión geográfico-económica y la índole de los pueblos que lo forman.

Antonio Dellepiane

Mariano Moreno

Moreno es un hijo del pueblo. Todos los hombres son hijos del pueblo. En su primitivo origen fueron nada más que pueblo. A través de los años han levantado su nivel y se permiten despreciar lo que antes amaron; ¡efecto de la escala, insondable poder de la distancia! Los hijos de modestos padres, que sienten algo dentro, que suben de nivel, se encuentran molestos frente a la mediocridad de los que les dieron el ser. La resignación o la admiración conservan los lazos de cariño entre hijos y padres de condiciones diversas; la vergüenza los rompe: ¡vergüenza de lo que debe ser orgullo! Cuando no hay resignación ni admiración nace la indiferencia, el desprecio o la blasfemia.

Todos fuimos vagabundos y llevamos en nuestro ser la propensión al abandono, a la vagancia.

Las razas de hombres dirigentes tienen como origen la fortaleza de uno, trasmitida de generación en generación. La masa, la mayoria, el pueblo o como quiera llamársele, propende a la ascensión, por el ansia de dominar, latente en todo ser; educa sus músculos, educa su cerebro constantemente para llegar al fin propuesto. El que está arriba se cansa, tiende a descender, a confundirse, a caer en el pecado original.

Las clases dirigentes no perduran en el gobierno de los pueblos, caen porque tienen que caer. Los organismos se resienten con el esfuerzo del mando; las energías se pierden; y así como el individuo muere antes de tiempo, mueren las castas por desgaste de los que las componen.

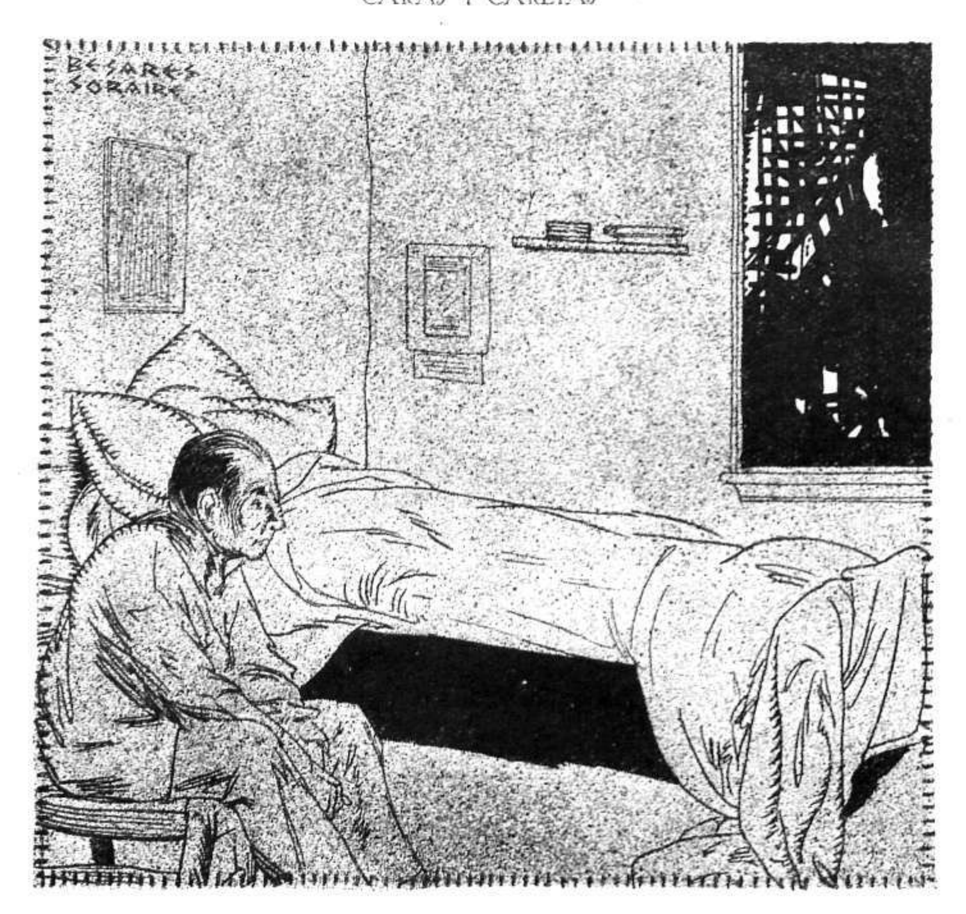
Las clases superiores se renuevan eternamente. ¿Quién las sustituye? La casta inferior que siempre asciende: el pueblo verdadero. El es la base de toda sociedad. El tiene el hábito conjunto de la obediencia. El produce los hombres del porvenir. El recibe en su seno amante los hombres del pasado. El lo refunde todo, todo lo amalgama, y da la espuma que llega a la superficie, y produce la broza, que se deposita en el fondo, para ser siempre fondo.

No reneguemos del pueblo, que el pueblo es el factótum de la historia. Las hazañas las comete el pueblo; los galones son donados por el pueblo, los grandes proyectos los sugiere el pueblo, nacen de su miseria o de su imposición. El pueblo es el continuo amordazador de gobiernos, el enemigo constante de la tiranía; puede resistirla y sufrir sus consecuencias, pero la vence al fin, y hasta se convierte en tirano. 1793 es la tiranía del pueblo vejado; es la revancha de los maltratados; ¡y qué revancha! ¡La guillotina!

"Moreno" puede ser un calificativo de conmiseración, la designación de un hombre de color. Todos los apellidos marcan al sujeto del presente con el hierro del pasado. El origen siempre perdura. Las condiciones físicas pueden denunciar una descendencia a través de varias generaciones, por más que la superioridad actual del sujeto haya borrado toda huella.

Juan Manuel Edgar


NORWAY
FINLANDIA
SUECIA
GOLFO DE BOTNIA
CARELIA
LADOGA
RUSIA
GOLFO DE FINLANDIA
ESTONIA



UN HOMBRE DE LA CIUDAD

Por JUAN D. MARENGO

ARTIFICIALIZABA su estado de ánimo para ocultar la tragedia que envolvía a su vida cotidiana. Pero la amargura de Eduardo Pérez se filtraba por sus ojos a pesar de su ingenuo afán en disimularla con sonrisas y risas pintarrajeadas de buen humor.

Para Eduardo Pérez, exteriorizar, hacer públicas sus miserias íntimas que, como con puntas de vidrio, lastimábanle el alma con obstinada insistencia, equivalía a sentir frío y, no obstante, desabrigarse; significaba claudicar de su dignidad de hombre trabajado desde la infancia por los más rudos y crueles sufrimientos. Conservaba a su dolor intacto en el más profundo escondrijo de su alma. ¡El alma de Eduardo Pérez, alma de pueblo, que nunca terminaba en desangrarse! Y como un buen hombre de la ciudad, se acorazaba de prevenciones para seguir adelante con el plomo de su vida...

La revelación de sus infortunios ahuyentaría a sus semejantes, arriesgándose a quedar desamparado, más solo que nunca, mientras una atmósfera de humillaciones se levantaría en torno suyo. La pobreza es una deshonra. Por eso las almas caritativas, los espíritus del bien, la exhiben para mortificarla. En otros, la desgracia del prójimo revela sentimientos desconocidos que se traducen en exclamaciones redentoras y piadosas, que empequeñecen al infeliz, hasta despojarle de su virilidad... El instinto de conservación convertíale en un egoísta de sus propias angustias.

Cuando Eduardo Pérez no era tironeado por una injusticia de la mala suerte — decía él — su dolor venía a verle con la careta del recuerdo, mezclado de un rumor silencioso de desesperación. Y envenenaba sus horas de oficina, sus viajes en ómnibus, su vida entera. Entonces encontraba un pálido consuelo observando a la gente, y atribuyéndole sus propios sobresaltos e inquietudes, asegurábase a sí mismo, con suspicacia, que esa enorme tristeza que arrastran las muchedumbres en el ir y venir de todos los días era, sin duda, el indicio de tormentos ignorados y anónimos. ¡Si sabía él que cada uno llevaba su buena porción de dolor encima! Pensaba esto sin una mínima sensación de congoja. Tan bárbaro era el suyo, que se había vuelto insensible frente al pesar ajeno.

Eduardo Pérez era de estatura menos que mediana. Semicalvo. En su cara desteñida aparecían los pómulos puntiagudos estirando la piel. En sus ojos negros, grandes, taciturnos, debió quedarse quieta para siempre una pena larga, muy larga, como los siglos y los siglos. Había llegado a los treinta años y ni siquiera la sonrisa de una esperanza hizo irrupción en su espíritu iluminándolo. Veía escapársele su juventud por las grietas que los días hacen en el Tiempo. ¡Su juventud siempre dispuesta a redoblar los esfuerzos persiguien-



Eduardo Pérez regresaba del empleo. Iba de pie en el ómnibus que le conducía hasta su casa. Reconcentrado en sí mismo, insensible a los apretones, rumiaba su dolor. Algún balanceo del vehículo apenas si lograba arrancarle de sus cavilaciones.

¡Días iguales los suyos! Después de quemar diez y doce horas haciendo malabarismos con cifras y cálculos, volvía a su casa, débil el cerebro y con sus ojazos negros, taciturnos, enfermos de cansancio. ¡Siempre igual su vida! El banco. Su casa. El ómnibus. Semanas tras semanas. Años tras años...

¿Qué había hecho durante el día?... ¿Qué? Sumar y sumar. Dividir mil veces. Multiplicar otras mil. ¿En cambio de qué?... ¡Ah, sí!... En cambio de un poco de olvido. Del olvido de sus tristezas. Porque las cuentas y problemas de contabilidad absorben y alejan toda preocupación exterior. Allí se aturdía. Sus mejores horas, podía decirse, transcurrían en la oficina, en esos momentos en que se quedaba como ebrio de números. Pero, ¿y para qué se quedaba ebrio de números?... Y adivinaba a los banqueros, sus amos, allí, en sus hogares llenos de luz, felices, o en los restaurantes de lujo, satisfechos. ¿Y él? ¿Y su hogar? ¿Era hogar el suyo? ¿Era hogar ese cuartucho frío, obscuro, sin aire y con las paredes transpirando humedad?

Junto con la visión de la covacha se le metió en el alma un espanto silencioso, y una impotencia como de ilusiones fracasadas le hizo murmurar, sarcástico consigo mismo:

—¡Hogar! — y agrandó los ojos tristes mientras le acometieron intentos vehementes de bajar del ómnibus... Quedarse allí... En cualquier parte... Vivir... Olvidar...

Pero, por entre las sombras que acudieron a destrozarle el alma, vió a su madre, luminosa de estoicismo, resignada, junto al lecho del enfermo y experimentó una sacudida dolorosa que fué el principio de una transición. Y de repente empezó a empujarle el anhelo de llegar pronto. Quería ver despejado el tráfico para que el vehículo pudiera volar. Vino a atormentarle, como otras veces, el presentimiento obscuro como atardecer de invierno, que llevaba siempre vivo en su imaginación, de encontrarse un día cualquiera con la fatalidad en su casa. Con la fatalidad que parecía andar rondando la abnegación de su vida heroica. Unas lágrimas desapercibidas le humedecían los ojos y contenía en su pecho unas ansias delirantes de echarse a llorar fuerte, amargamente, de gritar su tremendo dolor anónimo, que le prensaba el corazón en una angustia insoportable. Pero la indiferencia que sospechó de sus compañeros de viaje le penetró en el alma como una ola de frío... Y reaccionó. Sudaba helado.

A un pasajero se le reventó en la garganta una carcajada potente, sana, limpia. Instintivamente, Eduardo Pérez se dió vuelta y le arrojó una mirada tímida, dolorida, como de perro enfermo, y regresando a la vida ignorada de un hombre de la ciudad, él también festejó, como ya habíanse anticipado otros, con una sonrisa urbana, al inesperado embajador de la alegría...

do una vida mejor, de luchas y sacrificios, pero fértil en bienestar! ¡Su juventud ansiosa en volcarse íntegra en las perspectiva de un horizonte! Pero su juventud estaba abandonada a la voracidad de las cuentas y de los números de un banco. Era allí tenedor de libros, en cambio de doscientos pesos que el último día de cada mes le entregaban en un sobre cerrado. Doscientos pesos que le convertían en un consumado financista frente a las libretas de sus deudas. ¡Sí había hecho equilibrios, él, con su sueldo! En los doscientos pesos de Eduardo Pérez se apoyaban tres vidas. ¡Se apoyaban bamboleantes! El y sus padres. Antes ayudábale su madre con la aguja a llenar algunos huecos en la tiranía del presupuesto; cosía y cosía la vieja hasta tarde de la noche, pero el trabajo fué devorándole poquito a poco los restos de luz que aun quedaban en sus pupilas. ¡Su madre! Una anciana de espaldas vencidas por golpes incalculables y que, como un milagro, continuaba de pie, sobreponiéndose en valientes erecciones de ánimo a la derrota de su cuerpo que pedía tregua. Diríase que ya era puro espíritu y sin embargo caía sobre ella el fardo de los quehaceres en tanto que atendía a su marido, quien, en el lecho, parecía un espectro antes que un ser humano inmovilizado por una parálisis. ¡Había que verla ir despacito de un lado a otro, con una paciencia divina, bíblica, preparando la comida para cuando regrese su Eduardo del empleo! ¡Su Eduardo! ¡Su hijo! Erguíase su orgullo maternal, llenándole el pecho de ventura al pronunciar su nombre. Madre como todas las madres, sorprendía los más íntimos pensamientos de su hijo, aunque él se empeñara en ocultarlos, fingiendo alegría. ¡Cómo no iba a darse cuenta ella! ¡Oh, el dolor de su hijo! Su muchacho pretendía en esfuerzos grotescos, como esos de los payasos que sufren, divertirla con bromas y chistes en manifestaciones de ternura. Trágicos llegaban éstos a su espíritu, pero, sin embargo, reía ella para evitarle el latigazo de una pena más. Callaba y temía que Eduardo descubriera las santas intenciones que estaban ocultas en su ficción. "Que no se entere que conozco su dolor, ¡por Dios!", decíase a sí misma. Y en los besos con que cubría la cara de su hijo, descargaba ella la angustia del silencio, mientras le escondía los ojos porque las lágrimas siempre estaban preparándole una traición.

DIBUJOS DE BESARES SORAIRE

El Campo de las Carreras

Tampoco sabían nada de la exacta ubicación del Campo de las Carreras. ¿Dónde está su precisa situación? Sólo cuando mencionamos la plaza Belgrano recibimos respuesta. Es fácil suponer lo que ocurrirá con los forasteros sin información.

Al pisar el espacio de tierra que formó el Campo de las Carreras, acudieron a mi memoria las palabras de Montalvo: "Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa dónde está..."

El campo de la batalla está comprendido en el perímetro edificado de la ciudad, y sólo se distingue en él una plaza, hermosa, pero que nada evoca. Le falta el panorama, el escenario histórico del paisaje que hace latir el corazón en el Plumerillo de Mendoza y en el Campo de la Cruz de Salta. Lo ha cubierto la ola irresistible de los ensanches urbanos. Nada absolutamente conserva de su aspecto primitivo. Ni siquiera es campo.

El que pisa el Campo de las Carreras sin conocer su significado, tampoco advierte ninguna indicación. Ni una sola placa le dice: "Aquí un pueblo en armas libró la batalla reivindicatoria de derechos americanos el 24 de septiembre de 1812". Las inscripciones del humilde monumento que existe en la plaza consignan, es verdad, esta fecha; pero como pudiera hacerse con cualquier otra. Es necesario precisar.

Es necesario difundir el conocimiento de nuestra historia, no para cristalizarnos en la veneración a próceres y descansar a la sombra de los laureles "que supimos conseguir", sino para cosechar en ese campo riquísimo abonado con sangre y amojonado con huesos de héroes, y aprender a hacer hoy y en el futuro lo que supieron hacer nuestros mayores. Y esta batalla, aunque sólo fué el prólogo de la de Salta, tuvo tal trascendencia, que con justicia plena ha sido situada entre los grandes hechos de la emancipación del Continente. Marcó la pleamar de la dominación realista en el vasto Virreinato del Plata. Jamás volvieron las huestes del rey a avanzar más acá del extremo norte argentino. En ese sentido bien merece el título de "Sepulcro de la Tiranía" que le dió Belgrano.

Fué en este mismo campo de batalla donde encontráronse años más tarde dos fuerzas antagónicas de la misma sociedad argentina. Conócese la segunda acción con el nombre de "La Ciudadela", por haberse librado cerca de las ruinas de la que comenzó a levantar San Martín durante el breve tiempo que permaneció al frente del ejército del norte. En la época más sombría de nuestras guerras civiles corrió aquí sangre de hermanos. Quiroga y La Madrid, dos nombres que personifican dos tendencias, dos corrientes, dos ideales contrarios: no había lugar para ambos juntos en el inmenso territorio: tenían que buscarse para chocar, para aniquilarse.

Ada María Elflein

Congreso constituyente

De los treinta y dos diputados que finalmente se reunieron en Tucumán, algunos pretendieron representar distritos del Alto Perú que estaban ocupados por los realistas. Los otros representaban diez ciudades o provincias de la región argentina. La mayor parte de los diputados, personajes en sus provincias, eran poco conocidos en Buenos Aires — hecho que indica el carácter imperfecto y no nacional de los sucesivos gobiernos que se habían establecido en Buenos Aires. Cuatro de los diputados, la octava parte por tanto del total de la Asamblea, eran sacerdotes, porque en las Provincias Unidas el clero en general no se oponía a la Revolución, como ocurrió en otras partes de Hispanoamérica. El sentimiento provincial y la tendencia a alejarse de Buenos Aires ocasionaron alguna duda en elegir a un porteño para Director; pero la urgencia del caso se sobrepuso a estos sentimientos y se eligió a Pueyrredón, que ya se había hecho notar por su capacidad y sus anteriores servicios, para Director Supremo de las Provincias Unidas, cargo que desempeñó durante tres años.

Otro problema apremiante era la cuestión decisiva de la declaración de la Independencia. Todos, o casi todos, los diputados eran sinceros partidarios de la proclamación de una independencia que en la práctica tenían desde hacía tiempo; pero algunos de ellos dudaban si el momento era propicio para una inmediata declaración. En toda la América del Sur, excepto en las Provincias Unidas, los gobiernos revolucionarios parecían estar deshechos por la reconquista realista. Fernando VII, para una mirada superficial, volvía a dominar en todos los reinos del Continente con la excepción del Río de la Plata. Esta duda o inclinación para aplazar y aguardar fué, no obstante, vencida, principalmente por la presión exterior de dos hombres que no eran miembros del Congreso, Belgrano y San Martín. Ambos estaban determinados, desde años atrás, por una completa independencia. San Martín escribió desde su cuartel general en Mendoza al diputado por la provincia de Cuyo insistiendo en la inmediata declaración de la Independencia. Belgrano, vuelto ya de su misión en Europa, llegó a Tucumán a comienzos de julio para tomar el mando del ejército que allí se encontraba, e incitaba simultáneamente a dar el mismo paso. Dentro del Congreso se vieron secundados sus esfuerzos por la elocuencia de fray Justo de Santa María de Oro, cuyo nombre se recuerda con honor como uno de los campeones eclesiásticos de la Revolución. Por último, el 9 de julio de 1816 el Congreso por unanimidad proclamó solemnemente la declaración de la Independencia. La nación, que seis años antes se había formado, proclamábalo así a la faz del mundo.

F. A. Kirkpatrick

El hogar

Podéis estar tranquilas, madres de familia que habéis confiado o confiáis aún vuestros hijos a la Universidad de Buenos Aires: en este recinto no se siente otra pasión que la del amor a la patria y a la ciencia; no se oye otro lenguaje que el de la verdad, porque éste es el de la ley, que aquí se enseña a conocer y respetar.

Podéis estar seguras que vuestros hijos han sido educados en los preceptos de la más sana moral y que serán siempre dignos de vuestro aprecio; que sabrán llenar vuestras aspiraciones más legítimas si no olvidan las palabras de sus maestros, si no se apartan de los ejemplos que han recibido.

Ese sentimiento es la virtud, es el honor, es la dignidad en el ejercicio de la profesión, es la abnegació y el sacrificio antes que el crimen.

Se conserva con el respeto de él mismo, con el respeto de la ley, que condena todos los actos inmorales negándoles su protección. La moral y el derecho marchan de perfecto acuerdo, están estrechamente unidos, y vosotras, madres, si no conocéis el derecho, conocéis la moral y sabéis inspirarla.

Con ese sentimiento, vuestros hijos tendrán una alma afirmada en los principios de la justicia y del derecho, un corazón exento de todo vicio, un carácter templado por el honor.

Y éste sería, jóvenes doctores, el homenaje más grato que podríais ofrecer a vuestros padres, a la sociedad en que vivís, a la nación que costea la instrucción en todos sus grados para tener ciudadanos dignos de su renombre, dignos de aquellos varones fuertes que nos dieron independencia y libertad.

Grandes peligros vais a correr; la profesión que habéis abrazado puede haceros acreedores al respeto y consideración de los demás; puede también traeros el menosprecio y la ignominia. No necesito recordaros vuestros deberes, que ya debéis conocer: pero quiero preveniros contra el mayor de los peligros, verdadero escollo en que encallan los que quieren andar demasiado a prisa, arrastrados por prematuras ambiciones.

Ese mayor peligro es el ansia de enriquecer, de adquirir una rápida fortuna, olvidando que jamás el abogado debe ser estimulado a la defensa de una causa por la sola esperanza del lucro.

El hogar modesto, pero honrado, tiene más atractivo que el fausto adquirido por el deshonor. La fortuna puede daros momentáneos goces deseados, puede daros una posición en apariencia ventajosa, pero lo que no se adquiere por medios honrados trae el abandono del sentimiento moral, y el sentimiento moral una vez perdido deja al hombre como la mano de lady Macbeth, que todos los perfumes de Arabia no podían purificar.

Sabe también el sentimiento moral perdido tener sus apariciones, y ¡ay, de aquel que puede conocer su valor, su grandeza, cuando ya no le es dado recobrarlo!

Leopoldo Basavílbaso

Un Cuerpo Soberbio y Salud Maravillosa para las Mujeres

¡Pobrecitas las mujeres enfermizas, consumidas, de cutis pálido y un cuerpo flaco y feo!

¿Para qué envidiar la personalidad y la felicidad de otras mujeres — mujeres que se distinguen por su bella silueta, por sus piernas bien formadas y por su gran vitalidad y energías? ¿Por qué tener un aspecto desagradable cuando fácilmente puede Vd. obtener un cuerpo magnifico vibrante de juventud y salud?

La ciencia recomienda las Pastillas McCOY de Aceite de Higado de Bacalao, llenas de vitaminas que vigorizan y dan salud. Vd. se sorprenderá de la rapidez con que estas pastillas le ayudarán a aumentar varios kilos de peso y que pronto restablecerán su salud, dándole nuevo vigor y vida.

Compre hoy mismo en las buenas farmacias una caja de Pastillas McCOY. Tienen todas las maravillosas propiedades del aceite de hígado de bacalao, sin sabor ni olor y lo que es aún más cómodo, son tan eficaces en verano como en invierno.

A Estanislao Del Campo

AMIGO: He leído en su manuscrito, que devuelvo, el sabroso diálogo de Anastasio y don Laguna, sobre el "Fausto": óptimo. Usted quizá no ha meditado sobre el serio peligro a que se expone dando a luz su obra, habiendo entre nosotros tantos alemanes de esos que, nadando en el espacio, se embaucan en la contemplación de las nubes, tras de las cuales a menudo sólo existe el vacío, o bien a veces, como sucede con el "Fausto", sirven de velo a la divinidad columbrada en su seno.

Ha profanado usted el santuario del sublime poema, del cual nadie puede hablar con propiedad sino en tudesco, porque en romance no hay quien explique sus delirantes bellezas. Treinta años gastó Goethe en meditarlo y componerlo — Goethe, el Júpiter de la literatura germánica. Y parece indudable, según la opinión de la rubia y soñadora Alemania, que sólo lo compuso para ella; pues si usted dice a cualquier alemán: "he leído el "Fausto", su fisonomía toma al momento una expresión entre desdeñosa y sarcástica, que traducida al español quiere decir: "Lo ha leído usted, pero no lo ha entendido".

Quizá tienen razón; gentes de letras conozco yo que lo confiesan "soto voce". ¡Qué mucho si, la misma madama de Stael, ferviente admiradora del gran oráculo de Weimar, le llamó la pesadilla del espíritu, agregando que, si la imaginación pudiera concebir un caos intelectual, el "Fausto" debería haber sido compuesto durante ese período de ebullición y de tinieblas!

Mas, por lo visto, Anastasio no ha sufrido el mareo que causa en el ánimo esa composición vertiginosa. En un santiamén se ha dado cuenta del enmarañadísimo drama, tal como nos lo presenta en el libreto de la ópera la mano impía del autor. En su lenguaje rústico lo narra, lo comenta, lo critica, mezclando con naturalidad inimitable lo peregrino a lo grotesco. Preciso es, amigo, sea su numen el mismo Mefistófeles para haberle inspirado a usted la más estrafalaria de cuantas ideas puedan venir a la mente, y sobre todo, para sacarle airoso del berenjenal en que se había metido. Su parodia está llena de gracia, de novedad, de frescura. Los dos paisanos que usted nos hace conocer, atraviesan por entre la nebulosa metafísica del "altísimo poeta", como suelen hacerlo gallardamente al través de las brumas de la pampa nuestros gauchos, interrumpiendo los cantos con que entretienen el camino, para fijarse acá o allá en las perspectivas fantásticas que produce el miraje. ¡Cuánto ingenio es necesario para que no decaiga el interés! A este milagro concurren una versificación fácil y espontánea, un pincel galanamente colorido, un epigrama chispeante, del cual se escapan algunos versos de una melancolía expresiva. Engarzados en una composición tan lozana y burlesca, parecen lágrimas en el rostro de un niño que ríe y llora al mismo tiempo.

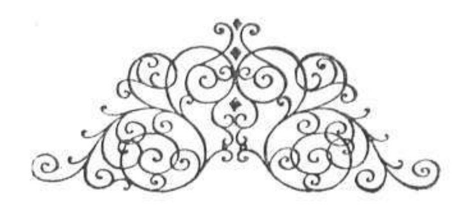
Plácemes, trovador paisajista...

Carlos Guido y Spano









Independencia

Soy morocha y tucumana,
Es mi madre la Argentina;
Soy la chola más ladina
De la estirpe americana;
Es mi sangre criolla, indiana,
Fuerte, audaz, de tal vehemencia,
Que, en mi núbil inconciencia,
Hasta a España reté un día,
Y por eso en carne mía
Se encarnó la Independencia.

En mi escudo, el sol naciente
Ve, que, en vez de la diadema,
Llevo el frigio, rojo emblema
Que es la llama de mi frente.
Me ve todo el continente,
Al claror de inmensa aurora,
Ser la audacia redentora,
De San Martín ser la espada;
Y hoy, en fecunda jornada,
Ser vaquera y sembradora.

Rafael Obligado







Independencia

Soy morocha y tucumana,
Es mi madre la Argentina;
Soy la chola más ladina
De la estirpe americana.
Es mi sangre criolla, indiana.
Fuerte, audaz, de tal vehemencia,
Que, en mi núbil inconciencia,
Hasta a España reté un día,
Y por eso en carne mía
Se encarnó la Independencia.

En mi escudo, el sol naciente
Ve, que, en vez de la diadema,
Llevo el frigio, rojo emblema
Que es la llama de mi frente.
Me ve todo el continente,
Al claror de inmensa aurora,
Ser la audacia redentora,
De San Martín ser la espada;
Y hoy, en fecunda jornada,
Ser vaquera y sembradora.

Rafael Obligado

Julio-1913.



RECUERDOS DEL PASADO
MI MADRE

Por Roberto E. Nieva Malaver

Se me ha preguntado con insistencia cuál es la fuente de la que tomo las anécdotas del pasado que vengo publicando.

No tengo inconveniente en hacerla conocer. Más: lo considero un deber. Es mi madre. Mi madre, virtuosísima matrona, una gran señora en toda la extensión de la palabra. A ella debo la sinceridad que desde niño he sentido por todo lo que se refiera al pasado histórico argentino y que hoy me permite efectuar ampliamente y sin mayor esfuerzo estas narraciones. Aparte de haber alcanzado, tratado o conocido a la mayor parte de los hombres que actuaron en las luchas por la Independencia, época de Rosas y organización nacional, había leído mucho, tanto, que muy difícilmente puede ser superada en ese sentido. Poseedora de un talento extraordinario, su conversación, clara y pausada, era, además de instructiva, interesantísima. Jamás me cansaré de arrepentirme bastante por no haber estudiado la taquigrafía: de haberla practicado, serían muchos los volúmenes que hubiera editado, sin cambiar ni una coma, con sólo limitarme a escribir las anéc-

dotas y recuerdos de los sucesos que desde los tiempos de la colonia refería mi madre. Hija de otra santa, mi abuela, que mereció de uno de los prohombres más ilustres que ha tenido la República Argentina el calificativo de anciana venerable, en cuyo hogar se reunía lo más expectable del patriciado porteño, pudo ahí nutrirse de ese perfume de tradición que su memoria, realmente privilegiada, nos enseñaba hasta en los últimos días de su larga vida. Llamóse María, y llamada cariñosamente misia María Malaver. Perteneció a una familia que ha merecido en todo tiempo el mayor respeto de esta sociedad, de antiquísimo arraigo, pues ya en 1727 uno de sus antepasados, don Andrés de Malaver, aparece conjuntamente con el Ilmo. y Revmo. señor obispo de Buenos Aires, fray Pedro Fajardo; el gobernador del Río de la Plata, teniente general don Bruno Mauricio de Zavala; don Juan de San Martín, don Antonio Gallegos, don Juan F. de Burzaco, don Juan Guillermo González y Aragón, don Fernando Mansilla, don Juan de Carvajal, don Francisco de Orbes, don Antonio de Miranda, don Francisco de Araujo, don Francisco de Lemos, don Juan Antonio Giles, don Javier de Espinosa, don Gregorio de Viacava, don Juan de Cañas, don José de Esquivel y muchos otros caballeros, de lo más representativo del Buenos Aires colonial, reuniéndose en la iglesia de San Juan, que aun existe en su mismo solar, esquina de Alsina y Piedras, a efecto de constituir lo que después fué la célebre Hermandad de la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, precursora de la actual Sociedad de Beneficencia, fundada cien años después por don Bernardino Rivadavia. En 1730, hace precisamente doscientos años, en esta misma fecha, don Andrés de Malaver desempeñaba en esa benemérita institución el honroso cargo de prioste y en 1739 fué electo procurador general y consultor de la Hermandad, todo lo cual consta en los documentos que he tenido a la vista y que se conservan en el Archivo General de la Nación. Las campanas de la torre del convento de Santo Domingo, la que ostenta las balas de los ingleses, fueron, según me lo manifestó en cierta ocasión el dignísimo padre prior de la comunidad dominicana, regaladas por el mencionado don Andrés de Malaver. En los archivos del convento existe constancia de ello. Poseo autorización en forma para examinarlos, no habiendo hasta hoy encontrado la oportunidad para realizar esa tarea, que me ha de proporcionar sin duda alguna fuente de informaciones valiosísimas respecto a nuestro pasado.

Otro antepasado de mi madre lo fué el doctor Antonio de Ezquerrenea, que hace cien años desempeñaba el alto cargo de miembro de la excelentísima Cámara de Justicia conjuntamente con los doctores don Miguel Villegas, don Vicente López, don Pedro Medrano, don Juan José Cernadas y don Felipe Arana, el que construyó la primera casa moderna, puede decirse, en la que vivía durante el invierno, la misma que sin variación alguna adquirió y ocupó el doctor Luis Sáenz Peña, calle Moreno entre Defensa y Bolívar. En verano se trasladaba a su casa quinta, situada en lo que es hoy parque Lezama y, según contaba don Santiago Calzadilla, lo efectuaba tarde a tarde, después de terminadas sus tareas en el Tribunal de Justicia, en el más hermoso caballo de silla de su época, chileno y, por tanto, braceador.

Contaba también entre otros de sus antepasados a don Fabián y a don Manuel Gómez, padre el primero del más tarde infortunado (a pesar de poseer la fortuna más grande del país) Fabián Gómez y Anchorena, conde del Castaño. Los Gómez, de origen santiagueño, como los Taboada, también de la familia, poseían una enorme fortuna cuya base fué debida a valiosas minas que habían heredado en el Perú. De la misma rama descendía el inolvidable doctor Gabriel Larsen del Castaño y el doctor José Luis Viana, muerto el último en forma trágica en 1876 en la noche en que se inauguró el teatro de la Opera y al retirarse del mismo. Había desempeñado el cargo de secretario de la Convención Constituyente en 1870, siendo reemplazado por el doctor don Leandro N. Alem, su íntimo amigo.A propósito de este recuerdo, referiré aquí cómo narraba mi madre la forma en que conoció, siendo aun niña, al doctor Alem. Fué en el velorio de la abuela del doctor Viana. Entonces éste era estudiante, lo mismo que Alem. A mi madre llamóle la atención un joven delgado, pálido, que durante horas y horas permanecía sentado en un rincón de la casa mortuoria, triste, muy triste, agachada la cabeza y con la mano apoyada en la frente. Intrigada mi madre por el signo de profundo dolor que ese joven demostraba tan ostensiblemente, preguntóle a su primo quién era ese joven.

—¿No lo conoces? Voy a presentártelo: es Leandro Alem.

Aquellos eran otros tiempos, y fresca estaba aún la tragedia de 1853. No era, pues, de extrañar la tristeza del hijo del ajusticiado. Muy limitados serían sus amigos, pero puedo asegurar que el doctor don José Luis Viana, que fué un caballero sin tacha, noble y distinguido en todos sus hechos, jamás le negó el calor de su corazón a Leandro N. Alem, desde el aula hasta la noche de su trágica muerte, suceso que omito de narrar, ya que los descendientes del victimario ocupan sitio destacado en nuestra sociedad y es solamente a Dios al que corresponde juzgarlo.

Roberto E. Nieva Malaver.

DIBUJOS DE LOPEZ NAGUIL





JUNIO 27

LONDRES. — Organizóse una agrupación de "Camisas azules" destinada a contrarrestar propagandas extremistas.
MADRID. — Se realizarán mañana en toda la península elecciones para elegir representantes ante las próximas cortes constituyentes.
TARENTO (Italia). — Anuncióse que el primero de los submarinos argentinos será botado al agua en la primera quincena de julio.
LIMA. — El gobierno permitió el regreso del señor Sánchez Cerro, ex presidente del gobierno provisional
RIO SANTIAGO. — El teniente general Uriburu visitó la Escuela Naval, en donde presenció la jura de la bandera por los cadetes, y el Arsenal.
BUENOS AIRES. — Inauguróse en esta capital el monumento al gran dramaturgo Florencio Sánchez.

JUNIO 28

BUENOS AIRES. — Ante numeroso público fué inaugurado el monumento al ingeniero Emilio Mitre.
MADRID. — Dos mujeres, Victoria Kent y Clara Campoamor, han resultado electas en las elecciones de hoy.
LONDRES. — Continúa extendiéndose la revuelta del partido Liberal contra su jefe, Mr. Lloyd George, por haber apoyado éste al jefe del gobierno.
PARIS. — A raíz de un voraz incendio quedó destruído en la Exposición Colonial el hermoso pabellón de los Países Bajos.
CONCORDIA. — Inauguróse con todo éxito en esta ciudad el concurso de citrus.
CATAMARCA. — Preocupa a las autoridades el desarrollo de la neumonía pestosa, que ha causado ocho muertos en el departamento de Andalgalá.

JUNIO 29

MADRID. — Confírmase el triunfo de la coalición republicano-socialista. Es escaso el número de monárquicos electos.
NUEVA YORK. — Se han registrado en el país más de 200 defunciones, a consecuencia de la terrible ola de calor.
BERLIN. — A raíz de los últimos disturbios ha sido clausurada la Universidad.
TUCUMAN. — Ha aparecido una plaga de ratas en Yerba Buena y Muñecas. Son crecidos los daños hechos por los roedores en plantíos, sembrados, huertas y gallineros.
BUENOS AIRES. — Es solemnemente celebrado el Día del Pontífice.

JUNIO 30

BUENOS AIRES. — En homenaje a la memoria de Paul Groussac, inauguróse una sala de lectura para niños en la Biblioteca Nacional.
PARIS. — Francia sigue haciendo objeciones al plan de moratorias de Hoover. Mientras éste desea que se otorgue un plazo de 25 años a Alemania, Francia quiere que se rebaje a 5 y se aumente al 4 % la tasa del 2 %.
BUCAREST (Rumania). — Un tren embistió a un ómnibus repleto de escolares, resultando cinco muertos y veintidós heridos de gravedad.
MADRID. — Han surgido serias disidencias entre los partidarios de Prieto y los de Lerroux.
SALTA. — El interventor federal, doctor Meabe, se hizo cargo de su puesto.

JULIO 1

ROOSEVELT FIELD. — Los aviadores Post y Gatty terminaron su viaje en aeroplano alrededor del mundo. Emplearon en la magnífica empresa ocho días y quince horas.
ROMA. — El Vaticano envió una nueva nota al gobierno de Italia declarando su insatisfacción por las excusas presentadas a raíz de los acontecimientos católico - fascistas.
ARICA (Perú). — Constituyóse una junta provisional en Cuzco. Los revolucionarios del sur se proponen pedir la renuncia del gobierno de Lima.
BERLIN. — Los comunistas apedrearon el consulado norteamericano.
NUEVA YORK. — Ha llegado a 776 el número de víctimas producido por el calor.

JULIO 2

LONDRES. — Si las negociaciones franconorteamericanas no tienen éxito, el gobierno piensa convocar una reunión de representantes de países afectados por el proyecto Hoover.
BARCELONA. — El proyecto de constitución española no satisface ampliamente al pueblo catalán.
CORUÑA. — Después de una manifestación, la multitud incendió un convento.
ROMA. — Estalló una bomba en un ferrocarril. Resultaron tres obreros muertos.
BUENOS AIRES. — El coronel Pedro M. Sarapura ha sido designado director de la Penitenciaría en reemplazo del doctor Alberto Viñas.

JULIO 3

COPENHAGUE. — Fueron inhumados los restos del profesor Harold Hoffding, eminente filósofo dinamarqués.
PARANA. — Según informes recogidos en las esferas oficiales, el parlamento se inaugurará el 9 de Julio, pues ya fueron aprobados los diplomas de los diputados electos.
BUENOS AIRES. — El lunes próximo entrará en funciones el nuevo directorio del Banco Hipotecario Nacional, presidido por el doctor Alejandro Carrasco.

JULIO 4

NUEVA YORK. — Asciende a 1400 el número de víctimas producidas por el calor.
BERLIN. — Se asegura que la cosecha de trigo dará este año excelentes resultados.
BUENOS AIRES. — Inauguróse una exposición de arte uruguayo con el auspicio del embajador de la república hermana y otras autoridades.